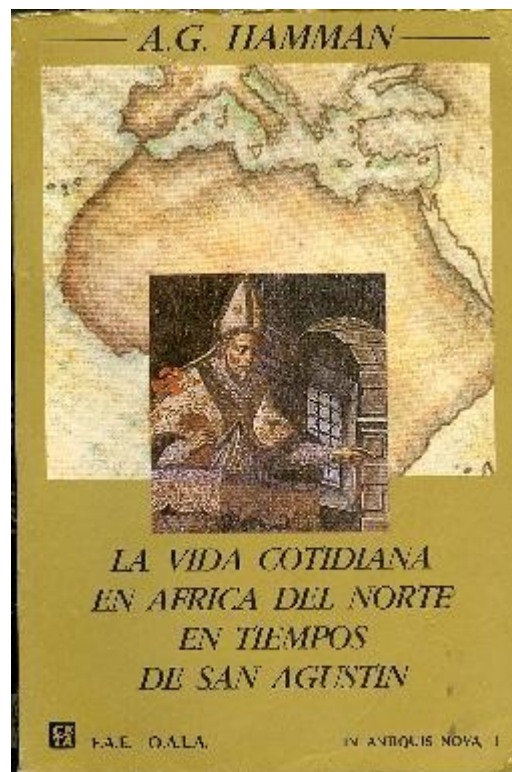


LA VIDA COTIDIANA EN AFRICA DEL NORTE EN TIEMPOS DE SAN AGUSTÍN

A. G. HAMMAN

@ CETA, 1989



Versión castellana de la obra de A.-G. HAMMAN,
La vie quotidienne en Afrique du Nord au temps de Saint Augustin, París, 1979, realizada por
LUIS CASTONGUAY

ÍNDICES

PREFACIO.....	5
PRIMERA PARTE: LA VIDA HUMANA EN SU MEDIO AMBIENTE	7
CAPITULO I: HACIA EL DESCUBRIMIENTO DE ÁFRICA	7
La conquista romana.....	7
La evangelización del campo africano.....	11
El África cristiana en el siglo IV: nacimiento de un cisma.	13
La Iglesia de África.	13
CAPITULO II: HIPONA LA REAL	15
La ciudad	16
El barrio cristiano	18
La vitalidad del puerto.	19
El mercado	20
Oficios y profesiones liberales.....	21
Gente de mar, gente de tierra	23
CAPITULO III: LAS COSAS DE LA VIDA	25
Lengua	25
Vivienda.....	27
Alumbrado	29
Vestido.....	29
Alimentación.....	33
Tabernas.....	35
Juegos	36
Caza y pesca	37
Viajes	38
Hospitalidad.....	39
CAPITULO IV: DE LA FAMILIA A LA CIUDAD	39
Lo propio de la juventud.....	40
El noviazgo	40
La celebración del matrimonio	41
Matrimonios mixtos.....	42
Esposos cristianos	43
La familia.....	45
La educación escolar.....	48
Bibliotecas	52
Deporte	52
CAPITULO V: RICOS Y POBRES.....	53
Una tierra nutrida.....	54
La organización agrícola.....	56
Problemas y conflictos sociales	58
El escándalo fiscal	59
Los esclavos.....	61
La vida social en la ciudad.....	63
El chancro de la usura.....	65
Conciencia cristiana ante la desigualdad	66
CAPITULO VI: LOS ESPECTACULOS	67
El teatro.....	68
El mimo	69
La pantomima	70

El anfiteatro	71
El circo.....	73
Las fiestas del paganismo	74
La Iglesia y los espectáculos.....	76

CAPITULO VII: PRESENCIA CRISTIANA Y REMINISCENCIAS PAGANAS 78

El enfrentamiento.....	78
¿Es posible ser cristiano?.....	82
Los malos cristianos	83
Supervivencia de prácticas paganas entre los cristianos.....	84
Los astrólogos llamados matemáticos	87

SEGUNDA PARTE: LA COMUNIDAD CRISTIANA..... 90

CAPITULO VIII: LA RED LLENA DE PECES 90

Los judíos.....	90
Los hermanos enemigos	91
Un cargo que pesa.....	95
Monjes y monjas	99

CAPITULO IX: UN DOMINGO EN HIPONA..... 101

La comunidad de Hipona.....	102
La entrada del obispo.....	102
El servidor de la Palabra	104
Junto con su grey	107
La liturgia eucarística	109

CAPITULO X: LA MAS BELLA DE TODAS LAS NOCHES 112

La preparación pascual	112
La noche pascual.....	115
El bautismo	116
Cada día es pascua	118

CAPITULO XI: LA CARRERA DE OBISPO 121

Ser obispo	121
Vocación episcopal	122
Como se hace un obispo	124
Un día en la vida del obispo	125
El obispo en la Iglesia.....	128
El obispo y su clero.....	129
Clero rural	131
Los laicos en la Iglesia.....	132
El obispo y los bienes eclesiales	132
El obispo y los pobres	134
La defensa del pueblo	135

CAPITULO XII: LA TUNICA INCONSUTIL, DESGARRADA 135

El mal africano.....	136
La acción de Agustín	138
La conferencia del año 411	140
Personajes importantes	144

CAPITULO XIII: TIERRA SEMBRADA CON LA SANGRE DE LOS MARTIRES 146

El culto a los muertos	146
Del culto de los muertos al culto de los mártires	150
Floración de las reliquias	153

TERCERA PARTE: LA IGLESIA Y LA CIUDAD..... 157**CAPITULO XIV: EL INCENDIO DE ROMA VISTO DESDE AFRICA157**

La caída de Roma	158
Los refugiados de Roma en África	159
Agustín habla en Cartago.....	161
Nuevas recriminaciones.....	163
El pagano Volusiano.....	164

CAPITULO XV: LAS DOS CIUDADES 166

La Iglesia y la ciudad antigua	166
El cristiano en la ciudad.....	168
Cultura antigua y cultura cristiana	170
Como ser soldado	172
Servir al Estado.....	175

CONCLUSION: LA CIUDAD DE DIOS..... 178

PREFACIO

La vida cotidiana en África del Norte, al declinar el Imperio romano, nos concierne a todos: para los hombres del viejo Continente, ella describe las últimas páginas de la epopeya romana ultramarina; para los cristianos, descubre la vitalidad explosiva de una comunidad; los exegetas de San Agustín encuentran también el contexto diario de la vida del obispo de Hipona.

Para encontrar la fuente de esta vida cotidiana, nos es necesario releer los monumentos de la historia pasada, interrogar a las ruinas, exhumadas piadosamente, que relatan con precisión y complacencia las vidas y los logros humanos; pero también contemplar el cielo, las montañas, el mar, los paisajes, que son los mismos que, vio Agustín: ellos se reflejan en sus escritos, estimularon su sensibilidad y formaron su alma.

Meditaba, una mañana de primavera, en la Basílica de Hipona, y me pareció escuchar la voz de su obispo, sentir vibrar su corazón, semejante al mar tan cercano, "figura del mundo, con sus aguas saladas, amargas, tumultuosas, balanceadas por las tempestades..." ¿Cómo entender el alma del pueblo africano, marcado por influencias sucesivas y, a veces, contradictorias, y siempre combativo por la conservación de su identidad?

¿Por qué el Evangelio ha ejercido tan extraña seducción sobre ese pueblo?

El obispo de Hipona nos ha servido de faro en esta investigación. El Pastor nos ha permitido descubrir a su comunidad y encontrar en su predicación dirigida a los más sencillos, la espontaneidad e inconstancia, la exuberancia y pesadez de esa gente. Nuestro propósito no ha sido el de escribir una nueva biografía del obispo de Hipona. Existen excelentes, como la de Peter Brown. Nosotros nos limitaremos a interrogar al obispo sobre la vida cotidiana y no sobre las controversias o sobre el misterio de la Gracia. Agustín es una montaña de difícil acceso. Nosotros la contemplaremos desde la superficie, a partir de las humildes cosas de la vida que Agustín observó y compartió diariamente, durante treinta y cinco años, para "comulgar y participar humanamente" con la multitud.

Para escribir la vida cotidiana de los primeros cristianos nosotros sufrimos la escasez de documentos y testimonios. En este libro nos ocurre todo lo contrario: estamos desbordados por la abundante documentación. "Es imposible decir todo y no se sabe qué omitir", decía ya el gran Tillemont. Los escritos de Agustín son un jardín tan rico, tan amplio, que hemos elegido lo que nos concierne, sin extendernos a otras cuestiones. De esta manera respetamos los límites de la Colección "La vida cotidiana".

Nuestra investigación partirá del medio ambiente para llegar al corazón de la comunidad cristiana. Cristianos y paganos participan de las mismas realidades geográficas, étnicas, familiares y culturales; hablan la misma lengua, habitan las mismas ciudades; se reconocen y se distinguen. ¿Cómo separar ese mundo de los cristianos quienes, además, divididos por un cisma endémico, viven juntos los momentos fuertes, las fiestas litúrgicas?

Agustín, obispo de Hipona, nos confía sus alegrías y sus angustias de pastor, los gozos y las penurias de su grey, la mezcla de dos pueblos, de dos ciudades, confundidas en un mismo peregrinar hasta que el camino termine en los umbrales de la nueva Jerusalén.

La vida cotidiana del África está aclarada y transfigurada por el autor de las Confesiones gracias a la potencia de su talento y al calor de su ternura. Aquél que deseaba "amar y ser amado" ha sabido escuchar

el alma insatisfecha y buscar en Dios la satisfacción de toda búsqueda e inquietud. Amar totalmente, amar como él fue amado, es decir, hasta la entrega total...

Por no haberse limitado en su amor a África sino por haber comprendido las ansias del hombre que se vislumbran desde los confines de la tierra, el obispo de Hipona pertenece al Universo, a la Historia.

Roma, I.XI.1978

El Autor

PRIMERA PARTE: LA VIDA HUMANA EN SU MEDIO AMBIENTE

CAPITULO I: HACIA EL DESCUBRIMIENTO DE ÁFRICA

COMO los bellos mosaicos policromados, África, tan acogedora por la dulzura de su litoral soleado, es una continua invitación. Entre Oriente y Occidente, África siempre nos parece próxima. Su historia ha conocido las olas sucesivas de las invasiones, desde los fenicios a los romanos, desde los vándalos hasta los árabes, desde los turcos hasta los franceses. Todos la han conquistado. Pero ella no se ha entregado a nadie. Seis siglos de vida común han podido hacer creer a Roma, como si fuese un matrimonio de conveniencia, que el amor llegaría. Pero nada sucedió.

La conquista romana.

La conquista romana transforma el país. Ella lo enriquece como las aguas que riegan las planicies pero no penetran en las montañas. Inmensos campos de trigo se doraron con el sol, en el rico valle de Medjerda, en las altas planicies y en las mesetas de Numidia. África fue el primer granero de Roma. Alimentó a la "Urbs" y le permitió a ésta dedicarse sin preocupaciones a los placeres del teatro y del circo.

La costa era un "rosario" de villas y de puertos. La región, de norte a sur (hasta los límites del Sahara) y de oeste a este (hasta el centro de Mauritania) estaba surcada por veinte mil kilómetros de caminos y rutas. Había ciudades en todas partes, especialmente ciudades que dependían de Roma. Ciudades cuyo corazón, por así decirlo, seguía; el ritmo de Roma. Al igual que la capital, cada ciudad poseía su foro, basílica, termas, teatro y anfiteatro. Algunas ciudades, como Hipona, eran antiguos pueblos púnicos transformados; otras, como Timgad y Lambesa, son creaciones totalmente romanas.

Junto con la progresiva romanización en Numidia, los "castella" fortificados suceden a las ciudades. Es necesario recorrer amplias planicies para descubrir a uno de esos "castella", rodeado por las montañas: la antigua Cuicul, actualmente llamada Djemila. Hacia el sur, el uso del camello ha permitido penetrar en el desierto. y organizar las tribus de nómadas camelleros. En 363, es posible registrar en Lepsis Magna, cuatro mil camellos. Las tribus constituirán una amenaza constante en las regiones fronterizas.

En el siglo IV, Roma había dividido el África, de Libia a Mauritania, de Cartago a Cherchel, en siete provincias. En la misma época, cada ciudad posee un obispo, a veces dos (en el tiempo del cisma donatista). Las "diócesis" comprendían aproximadamente una superficie de treinta a cuarenta kilómetros. La diferencia entre el campo y la ciudad no es rígida, como lo es hoy en día en la Italia meridional: no es cuestión de población sino de civilización. Se estima que la población global del África colonizada era de seis millones de habitantes. Las grandes ciudades, como Cartago, se prolongaban en suburbios. Duga es una colonia que pertenece a una ciudad típicamente africana; cierto número de campesinos viven en la ciudad y diariamente van a trabajar en los campos, fuera de los muros. La ciudad de Tidis vive de su producción agrícola. Hasta en Hipona nos encontramos que una parte de la población habla púnico y entiende con dificultad un sermón en latín.

Los ingenieros romanos habían consagrado todo su talento para economizar la distribución del agua, el "oro blanco" que aportaba la prosperidad y el bienestar. Celebrada por los mosaicos marítimos, poblada de genios, de diosas y de venenos; el agua es verdaderamente un don del cielo. Una fuente de agua equivale a una fortuna. Es considerada como una divinidad. La prosperidad de África se abre paulatinamente a nuevas culturas. Bosques de olivos cubren la llanura de Tysdrus y las colinas de

Numidia. Agustín, hacia donde dirija su mirada, desde su Tagaste natal, percibe el verde gris de los olivares.

Además del trigo y del aceite, la región exporta mármol y vestimentas. Para valorizar el suelo, los romanos realizarán enormes trabajos hidráulicos para irrigar los campos. Los acueductos conducen el agua al corazón de la ciudad. Se puede admirar a Tiddis, construida como un castillo, en el litoral de la costa; y sus enormes depósitos que recogían el agua de la lluvia para alimentar la ciudad. Se construyen pozos y cisternas. Algunas de éstas, en Cartago, miden 3000 m². Los diques capturan el agua de los torrentes en inmensas reservas. La distribución es hecha según leyes precisas. Cada propietario tiene derecho a horas determinadas, como sucede actualmente en los oasis.

Un reglamento de esa distribución ha sido encontrado en Lamasba, cerca de Lambesa. Existe también un sindicato de aguas. Una inscripción de El Djem señala que una actuación sindical permitió que el agua llegase a toda la ciudad y a las casas particulares. Un habitante de Calama (actual Guelma) alaba los trabajos realizados: antes apenas disfrutaba de un hilo de agua; ahora, el agua llega mucho más copiosa y abundante. Las termas y los sanitarios municipales consumen una cantidad enorme de agua. Las inscripciones prueban el cuidado con que se construían los acueductos, se limpiaban los conductos y se reparaban los depósitos.

Como Roma y las ciudades italianas, las ciudades africanas multiplicaban las fuentes públicas. Los magistrados municipales las adornaban con elegantes monumentos, que son la maravilla del turista cuando hoy en día visita Tipasa, Hipona y Djemila.

La tierra era rica y el terreno parecía predestinado a los cereales. La espiga madura, símbolo de la fecundidad de la tierra, representa, al mismo tiempo, la divinidad de África, como lo muestra una estatua del museo de Susa.

Los romanos habían reconstruido Cartago, gracias a la prosperidad africana. César y Augusto la habían poblado de colonos venidos de la capital y de las provincias de Italia.

Esplendor del talento romano, llena de sol y vida, Cartago inspiró a los poetas africanos, maravillados por su belleza. Poetas romanizados por la cultura pero cuya sangre permanecía africana. Sobre la colina de Birsá, desde donde la mirada puede escrutar la lejanía del mar, se estableció el barrio de casas blancas, que brillaban en medio de los jardines donde florecían los naranjales. El palacio del procónsul forma el centro de la ciudad. El "forum" está rodeado de pórticos y de basílicas. Cartago posee un auditorio para los espectáculos musicales, semicircular y enteramente cubierto, un teatro, un anfiteatro y las grandiosas termas de Antonino. Los decuriones embellecían la ciudad y construían edificios suntuosos. Agustín viajó a Cartago por primera vez a la edad de dieciséis años y seguramente abrió sus ojos maravillados frente a una belleza hasta ese entonces desconocida. Descubre el amor y su tormento, el ardor de las pasiones con momentos de exaltación y de pudor.

Cartago es el sueño de todos los altos funcionarios, y era buscada, como lo es en la actualidad, por ejemplo, una embajada en Roma o en Londres. Los grandes personajes viven y se enriquecen en ella: Símaco, la familia de los Volusianos. Los hombres de letras son apreciados como un académico lo es en la villa Bonaparte o en el Palacio Farnese en Roma. Tertuliano ya había criticado la vida disipada, el lujo, la vanagloria, los banquetes fastuosos, las fiestas y las modas de la alta sociedad. Otra clase de gente participa en los clubs literarios con sus sesiones de poesía. y sus concursos de elocuencia. En la estación cálida, el patricio vuelve a sus tierras o descansa en las estaciones termales más afamadas.

El mundo exterior decía: "África es grande, bella y buena. Los africanos no lo son". Los romanos se sentían a gusto en esta tierra opulenta y soleada, tan cercana y tan diferente. África recibe todo pero jamás se entrega. La prosperidad de la región no fluía totalmente hacia Cartago o Roma. África también saca

su partido y su beneficio. El coliseo de El Djem celebra la opulencia de la región, en particular la recolección de las aceitunas. Cada ciudad se embellece con monumentos, templos y estatuas.

Los cónsules y los nobles querían ganarse la simpatía de los ciudadanos mediante el ejercicio de la magnanimidad. Cuando se contemplan las construcciones de Lepsis, en Libia, ordenadas por Septimio Severo para adornar los lugares de su nacimiento con lujo y magnificencia, nos da la impresión que el Emperador ha querido desafiar a los siglos posteriores.

Roma, por su parte, había introducido sus instituciones, su organización, su idioma, su cultura, sus escuelas y corporaciones, sus colegios y juegos, evitando intervenir en los asuntos municipales siempre que las ciudades no tuvieran dificultades financieras. África formó, por esta razón, a escritores y retóricos, funcionarios y senadores y hasta emperadores. El África cristiana nos muestra un Papa, escritores de la talla de Tertuliano y, finalmente, a Agustín que ya anuncia la Edad Media.

Los recursos del África eran múltiples. El milagro económico no se debía sólo a la presencia romana. El suelo era fértil pero la población también era trabajadora y sacrificada. El campesino tenía el sentido de empresa y gusto por el comercio que los hombres del litoral habían heredado de los fenicios. Sacerdotes católicos se encargaron de administrar el tesoro público por amor a los negocios... o por compensación.

Los bereberes eran sincretistas. Aceptaban las divinidades fenicias, egipcias, griegas y romanas sin abandonar las suyas propias. En el siglo IV encontramos entre los cristianos prácticas religiosas locales, como los ritos para obtener la lluvia. África había recibido los dioses fenicios: Amón y Tanit, con sus exigencias de sacrificios de niños. Roma, con sabiduría, mantuvo sus templos dándoles, sin embargo, un nombre latino. El pueblo campesino, entonces, estaba convencido de que continuaba venerando los mismos dioses que sus ancestros. Apuleyo es considerado como el sacerdote de Eschmun. El templo de Tanit es el centro de la piedad nacional. Agustín nos describe las celebraciones que ha visto desarrollarse ante sus ojos: las danzas lascivas, etc. La trinidad púnica reina en Cartago con soberanía y poder.

Puede dar la impresión que el matrimonio entre el colonizador y la región colonizada había sido consumado y de que una nueva generación mestiza se emergía en África.

El África que se dice romana está orgullosa de serio. Las inscripciones hablan de una "edad de oro" o del "joven vigor del nombre romano": Los mismos habitantes abandonan los nombres púnicos para adoptar nombres latinos. En todas las ciudades, el latín es la lengua oficial. La más modesta inscripción habla la lengua del conquistador. En el campo, se habla un latín incorrecto. No obstante, hasta en Hipona, el púnico no deja de hablarse. En el ambiente rural de la diócesis, en tiempo de Agustín, un sacerdote que hable latín no se hará comprender y deberá recurrir a un intérprete. Basta con alejarse de las ciudades para encontrarse con la resistencia de los bereberes. En realidad, las familias africanas de las ciudades contaban entre sus ancestros a soldados y colonos romanos, a comerciantes fenicios y a artesanos bereberes. Es una curiosa mezcla de Oriente y de Occidente, de Italia y de África. Esa mezcla permite que florezcan escritores brillantes como Tertuliano y Agustín formados en la cultura latina.

África fue romanizada de una manera inarmónica. Túnez oriental es el que recibió mayor influencia. Numidia y Mauritania permanecieron más independientes. El "limes" (frontera fortificada) protegía a la región contra las incursiones de las poblaciones nómadas.

Patricio, Mónica y Agustín, con probabilidad, eran de descendencia bereber. Hasta en su nombre, Mónica recuerda a una divinidad autóctona. El padre de Agustín es "curialis", es decir, consejero municipal del "ordo splendissimus" de Tagaste: el superlativo dignifica a una clase social pobre. Su hijo, profesor de la capital imperial, esperaba convertirse en gobernador provincial. Siendo ya sacerdote, un retórico pagano de Madaura, Máximo, ironiza los nombres púnicos de los primeros cristianos de la ciudad (Migin, Namfamo). Agustín se muestra, entonces, orgulloso de su pasado bereber y polemiza con el retórico.

La tierra caracteriza y marca a una raza. El suelo fecunda el trabajo, la contemplación y la acción.

Tertuliano y Agustín son dos hijos del suelo africano: Tertuliano, el hombre extremista, antiherético por excelencia y que termina su vida en las elucubraciones del montanismo, y Agustín, el introvertido, que se hace monje; consagrado obispo, es agobiado por su pequeño pueblo. Nos confía su vida en sus Confesiones, una obra maestra. ¿Cómo definir al alma africana en su entidad irreductible? Es un trabajo peligroso: implicaría hacer una mezcla de Yugurta y de Tertuliano, de Apuleyo y de Agustín. También será necesario distinguir entre africanos autóctonos e importados, entre romanos y números romanizados. Agustín es hijo de esta África donde encontramos a fenicios, griegos y romanos, libios, mauritanios, números y bereberes. Estos pueblos forman seres de violencia y ternura, de pasión incontrolada y de fervor excesivo. Recibió de esta tierra su temperamento ardiente, impulsivo, extremista. Más músico que pintor, más atento a la voz que a la belleza de un paisaje, sensible a la ironía y al sarcasmo.

Las sedimentaciones sucesivas han modificado la morfología del alma africana-o La costa mediterránea ha sufrido al influjo fenicio. Las poblaciones númeras son más plásticas. En el fondo, sin embargo, son rebeldes a toda asimilación. Con relación a Roma la actitud es ambigua: algunos la rechazan, otros la aceptan, otros dudan... En el momento del donatismo entre los cristianos existe división y separación. Los ataques de los circunceliones, entre otras rebeliones endémicas, son una manifestación antirromana. También en el África Proconsular y en Numidia, los mauritanos creen encontrar ayuda entre los bereberes del campo y entre los siervos de las grandes propiedades. En Cartago, alrededor del Templo de Tanit y de Baal, el menor incidente desencadena el fanatismo pagano. Las poblaciones reciben al cristianismo como una forma de rebeldía.

Rica en contradicciones, África es sólida, resistente al dolor. El mismo Agustín poseía una salud vigorosa que le permitía consagrarse a sus ocupaciones durante el día y a los estudios y a su obra teológica durante la noche; de emprender numerosos y pesados viajes a través de toda el África como peregrino de la ortodoxia y de la elocuencia: de Cartago a Jerjel, de Hipona "a Tebesa. Y, sin embargo, vivió hasta los ochenta y seis años.

Sus bronquios delicados soportaban mal el clima húmedo y marítimo de Cartago e Hipona. La población africana es sana y robusta. Herodoto había ya dicho que no conocía la enfermedad y moría... de vejez. Los centenarios eran numerosos según nos indican los epitafios. "Yo he celebrado cien honorables aniversarios", escribe el orfebre de Cirta. La inscripción de una mujer en memoria de su marido que falleció a los ochenta y dos años, dice: "Tú has muerto demasiado pronto. Deberías haber vivido cien años . Otro epitafio, en Cilium, de Flavio Sabino, muerto a los 110 años (su mujer falleció a los 105 años) se lamenta de lo fugitiva que es la existencia humana. Elius Catus, en Tebesa, espera cumplir 104 años para hacerse construir un mausoleo. A los 104 años todavía viaja a caballo para visitar sus propiedades. El mismo supervisa los trabajos de los albañiles que construyen su monumento funerario en donde también se reunirán con él su esposa Rogata y su nuera.

El alma africana, aún antes de estar dividida entre Cartago y Roma, entre el donatismo y la Iglesia Católica, estaba dividida por un fuerte maniqueísmo.

El donatismo es la proyección en una situación religiosa de una división interior que se expresa en la necesidad de juzgar a los otros, de dividir tajantemente entre buenos y malos, en la imposibilidad de hacer una autocrítica y de interrogarse sobre la pureza de su creencia, sobre la sobrevivencia de sus supersticiones y prácticas paganas. Agustín reprocha esto con frecuencia a sus fieles. Los intransigentes obispos donatistas eran, por otra parte, contradictorios. Reprochaban a los católicos su colaboración con Roma pero no dejaban ellos también de recurrir al poder imperial. Se pretendían hijos de los mártires y permitían un culto supersticioso de las reliquias. Por eso es fácil afirmar "los restos de paganismo que existían en los ritos fúnebres donatistas".

Agustín, partidario del rigor en las celebraciones funerarias, evolucionó, sin embargo, en su actitud frente a este fenómeno. Su corazón de pastor ha evangelizado al del teólogo. Lo que sorprende, cuando se

considera el donatismo como fenómeno africano, no es la diferencia sino la identidad fundamental de las posiciones y de los comportamientos.

El problema crucial de África no era la alergia de sus élites y de sus intelectuales al Evangelio sino su gran permeabilidad, el movimiento de las masas populares y el exceso de su sensibilidad: "Una palabra, y las lágrimas brotan", reconoce Agustín. Una injuria los hería profundamente, el temor del castigo los sometía a sus dominadores, con lágrimas y gritos. Humillado, el donatista convertido volvía a la disidencia. ¡Imaginemos la responsabilidad de un obispo en estas circunstancias! Esto explica la rápida difusión pero también la desaparición del cristianismo. En el litoral, sobre las ricas planicies de la parte preconsular donde se instalaron todos los conquistadores, la Iglesia se estableció rápidamente. Las regiones montañosas, pobladas por bereberes, hostiles a la penetración romana y cristiana, manifestaban la misma resistencia a toda posible invasión y asimilación. Sin embargo, el Evangelio inculturizado se mantiene contra viento y marea.

La evangelización del campo africano.

Algunos judíos, provenientes de la Libia cirenaica y testigos de Pentecostés en Jerusalén han llevado indudablemente las primicias de la Buena Nueva a tierras africanas. Esto es, por lo menos, lo que dice Tertuliano apoyándose sobre el testimonio de los Apóstoles. Los navíos de Alejandría y de Oriente hicieron escala en los puertos africanos. El Evangelio vino del Oriente y no de Roma. Las inscripciones cristianas en las necrópolis judías de Gamart y Adrumeto prueban que las dos comunidades vivían en concordia hasta el punto que "dormían unidas el último sueño".

El Imperio no había dividido estas comunidades; hecho que será consumado en la época de Nerón. De Tertuliano a Agustín y Salviano de Marsella, los escritores, no necesariamente africanos se basaban sobre una lejana tradición de origen apostólico, venida de Oriente. La influencia oriental se manifiesta en la decoración y en la arquitectura de las iglesias, en la liturgia y en las disciplinas sacramentales. Es posible que la primera lengua litúrgica haya sido el griego. De hecho, las primeras actas de los mártires africanos han sido escritas en griego.

Bruscamente, al fin del segundo siglo, la Iglesia de Cartago aparece enteramente constituida, con comunidades importantes y fervientes, una jerarquía, cementerios, lugares de reunión, liturgia estructurada en donde la influencia oriental es visible. "Nosotros hemos nacido ayer y ya invadimos el Imperio" "formamos la mayoría en cada ciudad". Lo que Tertuliano escribe al procónsul Scápula, a comienzos del siglo III, conviene mejor a África que a Italia. La fe cristiana comienza a infiltrarse en las tribus bereberes de Getulia y Mauritania. La Buena Nueva corre rápidamente sobre la región, llegando hasta lugares modestos, como Scilis, actualmente no identificable; que dio al África sus primeros mártires (180). La copia de esos actos gloriosos se conservaba en los archivos de las Iglesias y se leía, de aniversario en aniversario: esos mártires, con sus nombres púnicos latinizados, significaban la profundidad de la penetración cristiana hasta los lugares más alejados.

Tertuliano nos permite comprender el alma africana en lo que posee de barroca e irreductible. En los comienzos del siglo III, Tertuliano es un moralista rígido. Esta actitud lo llevará al fanatismo y la división. También hay algo de donatista en él. Del Evangelio retiene las fórmulas abruptas, la violencia que sufre el Reino; se complace en los colores del Apocalipsis. Hombre íntegro, pertenece a la raza de los revolucionarios y de los profetas. Le falta equilibrio y dulzura. Se enoja con todo el que lo contradice. Su inteligencia aguda e inquisitorial, descubre en el adversario todos los defectos posibles.

Utiliza especialmente el arsenal de sus conocimientos jurídicos y retóricos. Tertuliano juzga todo con rigor y modifica sus afirmaciones según las causas y los adversarios. Sus escritos reflejan su temperamento apasionado. A su manera amaba el placer... con violencia. Intransigente, prohibió a su

mujer que, en caso de su muerte, volviese a casarse. Sería interesante conocer las confidencias de su esposa... Tertuliano es más africano que cristiano, su drama es el drama de África.

La vitalidad misma del cristianismo provoca la persecución y los períodos de tolerancia acompañados de los períodos de delación y represión: bajo Decio (250-253), bajo Valeriano (253-260) y, sobre todo, bajo Diocleciano (entre 295 y 304). El martirologio africano se inaugura, bajo Septimio Severo, con Felicidad y Perpetua, dos cristianas de Tuburbo, que confesaron su fe en Cartago. Ellas son seguidas, cincuenta años más tarde, por el obispo de la metrópolis: Cipriano. Estos hijos e hijas de África confesaban bravamente su fe delante del poder romano. Con o sin razón, los donatistas invocaban el testimonio, la independencia y la intransigencia de Cipriano, ya legendario. El habría defendido la autonomía africana contra la centralización religiosa de Roma.

Al procónsul, Cipriano había hablado con una noble dignidad: "Haz lo que se te encomendó. En un asunto tan evidente, no hay que dudar". Después de cierta deliberación, el magistrado lee la sentencia: "Tascio Cipriano morirá por la espada. Esto ordenamos", "Deo gratias" responde simplemente el obispo. El martirio de Cipriano será explotado por las tropas donatistas para justificar la resistencia africana antirromana. "Bajo la apariencia de la religión, escribe Monceaux, continúa la lucha, iniciada hacía siglos; entre el conquistador y el indígena".

La persecución intensifica la evangelización. Los setenta obispos del siglo II son ya ochenta y siete en 256.

A principios del siglo V serán más de seiscientos. Esta cantidad contenía lo mejor y lo peor; los fieles hasta el martirio y otros que rápidamente sacrificaban a los ídolos (los lapsi). Cipriano nos esboza un cuadro pesimista de la comunidad que encuentra en Cartago hacia el 250:

"Cada uno quiere aumentar su fortuna. Los cristianos olvidan lo que sus antepasados han hecho en la época apostólica y que ellos deberían continuar haciendo; arden en el deseo de las riquezas; sólo en esto piensan. Se necesita más piedad en los sacerdotes, más integridad en la fe en los ministros de Dios, más caridad fraternal, más orden en las costumbres. Los hombres se adornan con frivolidad sus barbas, las mujeres ostentan su vanidad. Se casa a los infieles y se entrega a los paganos las cosas sagradas".

Aunque existe paz exterior, en el interior hay guerra. Esta comienza como una resistencia, una intransigencia con sospechas, rivalidades, guerrillas. Atacar parece el mejor medio de afirmar la propia integridad. Los partidos se oponen. La tendencia a la división, característica del alma africana, provoca choques y cismas. El cristianismo africano es bravío y combativo. Está profundamente arraigado en la tierra que ha bebido la sangre de sus mártires. Celebra solemnemente a éstos: Felicidad y Perpetua, Cipriano de Cartago; sin embargo, recuerda Agustín, no se venera a San Lorenzo ni a los mismos Pedro y Pablo que no han tenido el honor de ser africanos.

¿Qué es lo que ha seducido a los africanos en el Cristianismo, venido de Oriente, cuna de tantos movimientos espirituales? La respuesta es tan compleja como el alma africana. Las explicaciones puramente sociológicas, políticas o estadísticas no nos dicen lo esencial. Es erróneo explicar la expansión cristiana como un fenómeno político de protesta contra la presencia romana.

Entre los convertidos había rebeldes: basta comprobar para convencerse de esto que los primeros objetores de conciencia en la iglesia son los africanos. Conocemos las actas de Maximiliano, hijo de Víctor, reconocido como apto para la milicia: "Yo no puedo servir, no quiero obrar el mal porque soy cristiano -Es necesario servir o morir- Jamás seré soldado. Puedes cortarme la cabeza. Jamás serviré en los ejércitos del mundo. Soy soldado de Dios". Marcelo, otro africano, que fue centurión, en una fiesta militar que celebra el aniversario del Emperador, "arroja sus insignias delante de sus compañeros". Abiertamente profesa su fe: "Soy soldado de Jesucristo, el Rey eterno. Ya no serviré más a vuestros emperadores". La atención a los pequeños y a los oprimidos, basada en un evangelio que habla de

igualdad, de fraternidad universal; la necesidad del misterio y de la trascendencia, el temor frente a la majestad divina, la doctrina de la salvación y la gracia tienen un gran influjo en la difusión de la Buena Nueva. La doctrina cristiana seduce a los pragmáticos africanos por su incidencia en la vida cotidiana. ¿Qué es lo que cambia? El Evangelio da una respuesta a esta cuestión. Son las costumbres cristianas de Cartago, la fraternidad vivida con los pequeños y los pobres lo que atrae al fogoso Tertuliano. Es la conversión, a una vida casta, que le parecía imposible, lo que cambia la existencia de Cipriano. El mismo Agustín, que se debate en cuestiones metafísicas, es conmovido por la voz que le pide cambiar de vida: es una llamada de San Pablo a vivir en la pureza lo que decide finalmente al futuro obispo de Hipona a hacerse cristiano

El África cristiana en el siglo IV: nacimiento de un cisma.

El donatismo domina toda la historia del siglo IV en África. Divide a la Iglesia, paraliza sus esfuerzos, fanatiza en lugar de evangelizar. Las pasiones bullen o hacen eclosión.

Los africanos están divididos y se pelean entre ellos hasta el exceso. El cisma comenzó por un malentendido. El obispo de Cartago, durante la persecución de Diocleciano, se comportó con moderación. La minoría intransigente le reprochó esto. Acusado en Roma, Mensurius se justifica y fallece después de un viaje. Le sucede Ceciliano, elegido regularmente por la comunidad y luego ordenado. La minoría hostil, sostenida por Lucila, una matrona riquísima, se opone y elige a un lector, Majorino, que pertenecía a la familia de esa matrona. Majorino es ordenado con el apoyo de obispos nómadas. El clan opositor a Ceciliano, bajo el impulso de Donato, se dirige al obispo de Roma y después al emperador Constantino. No reciben ninguna respuesta positiva y, por eso, comienzan una revuelta en África. La autoridad intenta disuadirlos y, con el tiempo, el endurecimiento "manu militari" se ensañará con las iglesias rebeldes. Esto fue un error: "Los que ensalzaban a los mártires encuentran la ocasión de convertirse ellos mismos en mártires". El incidente se agranda y adquiere proporciones inusitadas. Lejos de ofrecer un frente común, el donatismo se divide y subdivide. Todo el siglo IV vivirá este drama, agravado por las intervenciones del poder estatal. "La túnica indivisa" de la Iglesia se rasga.

La Iglesia de África.

El árbol no nos debe impedir ver el bosque ni la historia del donatismo nos debe obstaculizar apreciar la vida y organización de la Iglesia africana. Debemos intentar esbozar el rostro de esta Iglesia, algunas veces desfigurado o al que se ha prestado poca atención. La Iglesia de África estaba dividida como la administración civil en seis provincias, a las que se debe añadir Mauritania, Tingitania (Tánger), unida a España. La sede de Cartago gozaba, después de Cipriano, de gran prestigio y autoridad que se conservarán hasta la invasión bizantina.

El Primado convoca y preside los Concilios plenarios, promulga las decisiones, cuida que se ejecuten, confirma las elecciones episcopales, fija la fecha de Pascua, recibe las apelaciones de los procesos eclesiásticos, conserva los archivos conciliares. Maestro en las cosas divinas, podía decir como Aurelio que "tenía la responsabilidad de todas las iglesias". Jamás adopta las actitudes de lo que podría ser un faraón cristiano, a la manera del Patriarca de Alejandría: y en oposición de éste último, aquél afirma su autonomía frente a Roma. Después de Cipriano, son numerosos los obispos de Cartago que no aceptan simplemente la supremacía romana. Sabían que podían hablar fuerte porque eran los jefes de una África cristiana sólidamente organizada; a partir del siglo III se convierten en los portavoces de numerosos obispos. La crisis donatista obliga al África a multiplicar sus contactos con Roma. Sin embargo, las medidas relativas al donatismo, decididas el 393 en Hipona y puestas en vigor por el Concilio del 401 no contaban con el consentimiento de Roma. Las diversas provincias tienen un Metropolitano que también lleva el nombre de Primado, título que corresponde no a una Sede sino a un conjunto de obispos. El

Primado de Numidia es un personaje notable, ya desde el 305. Los otros buscaban afirmarse con más o menos eficacia. Las provincias religiosas no coincidían enteramente con la administración civil. Por ejemplo, Hipona, que era parte de la Proconsular, dependía del Primado de Numidia.

Estudiando los cánones de los diversos concilios africanos, se comprende que la Iglesia africana era consciente de su autonomía, celosa de sus privilegios y hostil hacia quien no quería reconocer su identidad. Busca incluso no recurrir a Roma en cuestiones delicadas: un sacerdote excomulgado, por su obispo, pero exonerado por un juicio romano, podía permanecer no obstante esto, excluido del clero africano.

Esta manifestación de autonomía puede sorprender pero se aclara a la luz de historias como la de Apiarius, depuesto y excomulgado por faltas reiteradas. Viaja a Roma, donde es bien recibido por el Papa.

Al regresar a África es considerado indeseable en Sica hasta que encuentra un lugar en Tabraca, sobre la costa mediterránea, a mitad de camino entre Cartago e Hipona. Su comportamiento deja mucho que desear. El Papa lo confía a un legado pontificio" Faustino, encargado de obtener la anulación de la sentencia africana. Aurelio, obispo de Cartago, reúne un Concilio' plenario. Faustino, con poca habilidad, en lugar de permitir el desarrollo del asunto, interviene defendiendo a su cliente. Los obispos no se dejan intimidar. Deliberan tres días. Golpe de teatro: el mismo acusado reconoce sus faltas. Faustino regresa con una carta en la que se leía: "Dejad de lado los procedimientos arrogantes; no convienen a la Iglesia de Cristo, en donde todo debe ocurrir con simplicidad y humildad, en presencia de Dios". Este lenguaje enérgico será entendido. Es el canto del cisne de una Iglesia que va a destruir la conquista de los vándalos.

La vitalidad de la Iglesia de África se manifiesta en una generación de jóvenes obispos, que reemplazan a los prelados ambiciosos, comprometidos, intrigantes, sin sólida formación teológica. Alrededor de Agustín, nosotros encontramos a obispos de calidad, de una teología segura, de una dedicación desinteresada al servicio de la Iglesia y del pueblo cristiano.

Una vez que se instauró la paz, la Iglesia se organizó. Se construyen basílicas e iglesias que expresan el fervor y la voluntad de dominio y poder. Optato de Milevis reprocha a los donatistas el que construyan Iglesias como la de Timgad: desmesurada e innecesaria.

Cartago posee muchos edificios de culto -Hipona también aunque en menor proporción- además de la Basílica mayor, construida sobre los restos de Felicidad y Perpetua; estaba la Restituta, Basílica dedicada a Fausto; las iglesias dedicadas a la memoria de los mártires cilitanos en Celerina; a San Agileo, San Pedro, a la Theotókos, a San Pablo; las tres Basílicas dedicadas a San Cipriano, gloria de la ciudad, y que fueron construidas en el lugar de su martirio, en una sepultura provisoria, esperando construir luego una Iglesia definitiva. Agustín reza, con ocasión del aniversario de Cipriano, en varios lugares de peregrinación.

Paulatinamente nace una arquitectura, un estilo, un arte africano que se afirma en las iglesias, los altares, los relicarios, los mosaicos, los frescos y la pintura, los sarcófagos y las lámparas. La Iglesia utiliza la técnica y la experiencia' del arte bereber de la cerámica para expresar los valores religiosos de su fe. Las piedras son poca cosa, dice Agustín en Hipona, donde la Basílica no era particularmente elegante. Lo que importa son las piedras vivas. Esta iglesia recibe, según la imagen del Pastor de Hermas, en su construcción, a las piedras más diversas, algunas deformes o mal ajustadas.

Más que en Italia, la aristocracia se cristianiza. La élite intelectual escucha a Agustín, influenciada por su gracia y prestigio. El monaquismo masculino y femenino echa raíces en Hipona, desde donde se extiende a las ciudades de la provincia. La comunidad de Adrumeto se nos hace notoria durante la controversia pelagiana. Las regiones del interior son más reticentes y más fieles a sus antiguas divinidades. No olvidemos que "paganus" significa, en su origen, campesino.

Las luchas internas de África paralizan la acción misionera. El magnífico esplendor de los primeros siglos parece palidecer. La cristianización se afirma e intensifica en las zonas donde la Iglesia ya está sólidamente establecida pero no avanza más allá. Los africanos de las montañas, de la Cabília, Hodna, Aurés, mal controlados por los soldados romanos, son impenetrables al Evangelio. Lo mismo pasa en la Mauritania Tingitana. A pesar de la presencia de los romanos, la región es "ligeramente romana y ligeramente cristiana". La Iglesia tiene la imagen de una capellanía militar. A los comienzos del siglo V, el obispo de Hipona reconoce que existen numerosas poblaciones en África que no han recibido el Evangelio.

En efecto, en la Conferencia de Cartago (411), dos obispos, uno donatista y el otro católico; representan a la región de Arzugas. Curiosamente, bajo la ocupación vándala, cuatro esclavos católicos, vendidos por Genserico al jefe de la tribu, Capapiti, continúan la evangelización en tierra infiel.

No obstante el entusiasmo, en las horas oscuras de la persecución el África cristiana se desmoviliza, incapaz del heroísmo cotidiano. En tiempos de paz, la sangre bulle y se rebela: es la sangre de Donato y Gildon, no la de los mártires. Insuflar a la Iglesia de todos los días el fervor de los mártires es la misión que se impone Agustín en Hipona, donde está destinado. El obispo vive sus primeras experiencias entre entusiasmos y desalientos. "Amar y ser amado": es el lema que lo guiará en su acción pastoral.

CAPITULO II: HIPONA LA REAL

EL viajero o el turista que hoy desembarca en Annaba, la antigua Bona, se imagina difícilmente que en ese cúmulo de piedras que observa, existió Hipona, llamada la Real en memoria de los reyes númeridas que la habían elegido como capital durante la conquista romana. Es la segunda ciudad de África. Solamente un garaje lleva el nombre de la antigua ciudad.

Durante bastante tiempo los restos arqueológicos de la antigua Hipona habían permanecido sin descubrir. Fue la obstinación bretona de un oficial de la Marina, Erwan Marec que, ya en 1924, llamó la atención sobre la olvidada Hipona con el fin que el gobierno francés alquilara 25 de las 60 hectáreas que cubrían aproximadamente la antigua ciudad. Se descubre lentamente lo que quedaba de la ciudad donde Agustín fue obispo durante 36 años: su teatro, foro, curia, mercado, sus termas, la Basílica cristiana que, sin duda, es la "Basílica pacis" donde, los domingos y las fiestas, se escuchaba a Agustín.

Musulmanes y cristianos vienen a visitar los lugares y peregrinan hacia la moderna Basílica que perpetúa la memoria de uno de los más prestigiosos bereberes de la historia.

De Agustín mismo Hipona no posee nada, absolutamente nada. Ni una piedra ni una inscripción ni una reliquia. Sus restos fueron llevados a Italia cuando ocurrieron las invasiones vándalas y son venerados actualmente en la Catedral de Pavía. El hombre que hizo la gloria de su ciudad y del África cristiana no ha dejado ninguna traza, como insinuando que pertenece al Universo.

La misma Tagaste, la ciudad natal de Agustín, el Souk-Ahras actual a 96 Km. al sur de Hipona; no conserva nada de su pasado ni de los primeros años del más célebre de sus hijos. La ciudad, ubicada a 600 metros de altura, en medio de bosques de pinos y olivares que ya no existen, contemplaba los valles cubiertos de árboles y ricos en trigales. La ciudad antigua, al igual que la actual, lindaba con el campo. Los agricultores venían para vender sus productos: trigo, aceite, vino, aves de corral y frutas. Es difícil hacerse una idea exacta de la opulencia de la región, actualmente abandonada, sin bosques. Por lo menos,

Agustín podía en Tagaste, como en Hipona, alimentar generosamente su lámpara de aceite producido en el lugar: esto le permitía trabajar de noche. Esto no lo podía hacer durante su residencia en Italia.

La ciudad

Hipona, "Hippo regius" para los latinos, tenía su personalidad propia. Construida en el estuario de la Seybousa, con su rica planicie agrícola, formaba una puerta natural entre dos colinas. Hacia el oeste comenzaba la cadena montañosa del Djebel Edough. Una de sus alturas, frente al mar, donde se eleva la actual Basílica de San Agustín, era lugar de un santuario dedicado al dios fenicio Baal (Amón): el Saturno de la ocupación romana. Había cambiado de nombre pero no de religión ni de fieles.

La ciudad, como lo muestra el mosaico del Pescado; resalta en el fondo de un golfo, con sus casas y monumentos.

Los muros de la ciudad, frente al mar, contruidos en caprichosos zigzagueas durante el período comprendido entre el 1er siglo antes de Cristo y el 2do siglo después de Cristo, llaman la atención por sus bloques de cal maciza. Protegían la ciudad contra las legendarias tempestades del golfo, luchando contra los peligros del mar y la tierra, es decir, contra las inundaciones y los aluviones.

Como muchas ciudades de Italia meridional, Hipona se prolongaba en los campos que enmarcaban a la ciudad. Los agricultores del rico valle de Seybousa habitaban algún tiempo en la ciudad donde escuchaban los sermones del obispo. Conocemos por los escritos de Agustín, por lo menos, una decena de propiedades agrícolas que son mencionadas en la predicación del Pastor.

La ciudad como tal, antiguo reducto fenicio, es un puerto, abierto sobre el mar, donde vivía una población heterogénea: descendientes de fenicios y libias, con sus razas, colores y dialectos. Desde la época húmeda los intercambios comerciales con el resto de África, Italia y Grecia son activos y variados, como lo comprueba la cerámica italiana y las ánforas de Campania. Esta importación no paralizaba para nada la producción local en la época romana.

Con sus murallas, Hipona contrastaba con las nuevas ciudades romanas poseedoras de rutas trazadas geométricamente. Estrechas calles contorneadas, con rasgos fantásticos, contruidas con bloques irregulares aún visibles, conducían hacia la colina de Gharf-el-Artran, donde se eleva el actual Museo. Allí, Erwan Maree ha descubierto un altar dedicado a los "dii consentes", los doce grandes dioses venerados en Hipona.

Villas lujosas, contruidas sobre seis niveles, entre los siglos I y V, han revelado admirables pavimentos de mosaicos superpuestos, representando el Triunfo de Amfitrita, o a Apolo y Baco. Hacia el este, en otra ciudad, se han descubierto los grandiosos mosaicos de la Cacería y del Pescado, que ocupan actualmente todo un muro del museo.

El barrio residencial era elegante y la ciudad, en contraste, con sus extranjeros y esclavos, no brillaba precisamente por su prosperidad. Agustín la considera una ciudad sucia. Las calles son las letrinas naturales, una especie de cloaca pública. Los residuos amontonados, al ser quemados, creaban una atmósfera de aire enrarecido.

Los romanos limitaron la influencia púnica aunque no pudieron hacerla desaparecer. El Foro es el real corazón de la ciudad. El de Hipona, el más grande de África, estaba poblado por un conjunto de estatuas. El nombre del procónsul que lo hizo contruir estaba escrito en bellas letras mayúsculas sobre toda la longitud del pavimento: C. Paccius Africanus. Vivió en el tiempo de Nerón y de Vespasiano, como lo

dice el historiador Tácito. Una tribuna permitía a los oradores dirigirse a la multitud: institución romana que se adecuaba al temperamento africano, atraído por la palabra. Estaba adornado con estatuas y proas de navíos como en Roma. La basílica civil, sala rectangular que servía para las cuestiones judiciales, prototipo de la Iglesia cristiana con sus exedras y naves laterales, era un lugar de reunión. Todo invitaba a los encuentros y paseos. Por dentro, los muros tenían nichos donde se encontraban tiendas. El conjunto aparentaba una curiosa mezcla de "galleria" italiana y (sudafricana) de "soux" africana. En un ángulo del Foro, como en Timgad y en Lambesa, las letrinas públicas disponían de un espacio de sesenta centímetros, separadas por una losa esculpida en forma de delfín. Estaban suspendidas sobre el vacío, encima de un canal. Una fuente de agua y un sistema perfeccionable permitía tener siempre preparados estos lugares para la población.

Las termas o baños públicos, al Norte y al Sur de la ciudad, completaban el panorama de Hipona y jugaban un rol considerable en la vida pública: lugar de encuentro, de reposo, de placer y de cultura. Poseían lugares deportivos, una biblioteca, clubs e, incluso, como en Sbeitla, un teatro. Se los podría comparar a los actuales casinos. Las ruinas bien conservadas de las termas del Norte rivalizaban con las de Roma por su grandeza y elegancia.

Las diversas piscinas de agua fría, templada y caliente estaban adornadas con lujo. El "frigidarium", es decir, la piscina de agua fría, era un rectángulo de treinta metros por quince. Todo el edificio estaba revestido de mármol blanco y gris. Los muros estaban revestidos de azafrán amarillo. La decoración lujosa evoca las termas de Caracalla en Roma. En el "frigidarium" sonreía una Venus con rostro de Gioconda, descubierta mutilada por E. Marell. Diversas obras de arte testimonian el refinamiento del gusto en Hipona: una Minerva armoniosamente revestida, una Afrodita coqueta: expresaban la gracia importada de la Hélade. Un Hércules, de dos metros sesenta de altura, podía rivalizar con el de las termas de Caracalla, actualmente en el Museo de Nápoles. Finalmente un Dionisio, en un ángulo exquisito, con la frente coronada de pámpanos y ceñido por una mitra, expresa el encanto ambiguo del dios de la eterna juventud. En Timgad, entre el "frigidarium" y el "caldarium", se leía: "Bene lava". Buen baño. Semejante inscripción no ha sido encontrada en Hipona.

Al pie de la colina, donde se eleva la actual Basílica de S. Agustín, fuera del centro de las ruinas arqueológicas, se ha descubierto el antiguo teatro, lujoso edificio del siglo I, parecido en su estilo al de Dionisio en Atenas. Toda la elocuencia de Agustín no podía alejar a sus oyentes de los espectáculos, de los mimos y pantomimas, ni tampoco los convencía de que no faltasen a los servicios litúrgicos durante los días de carreras o de juegos. El teatro de Hipona, con sus balaustradas esculpidas y bien conservadas, ofrecía de cinco a seis mil plazas que podían albergar a la mitad de la población. Se puede leer todavía sobre una placa de mármol el final de una inscripción... en Maritum, fácil de interpretar: "infelicem maritum". Esto significa el marido engañado. Puede ser el título de una comedia con un tema siempre nuevo y siempre antiguo.

Dejando el centro urbano de Hipona, en dirección al puerto y al mar, a la izquierda, se encuentra el mercado más importante descubierto en África: con amplios pórticos que conducen al "souk" propiamente dicho. El patio estaba pavimentado por un mosaico geométrico con cubos blancos y negros. En el centro, una rotonda, a la que se accede por tres escalones de mármol blanco. Las dimensiones de este mercado, a mitad de camino entre el foro y el barrio cristiano, permiten juzgar la importancia comercial de Hipona. Estaba rodeado por construcciones industriales, difíciles de reconstituir.

Como todas las ciudades edificadas por los romanos, la ciudad de Agustín cuidaba particularmente del agua. Un sistema de canalización bien construido y conservado hasta hoy, alimentaba las diversas termas de la ciudad y de las viviendas. Llegaba a las alcantarillas de la calle, admirablemente diseñadas y mantenidas. Los magistrados municipales se gloriaban de construir fuentes monumentales. El agua se deslizaba en fuentes superpuestas, de manera que pasaba de una a otra dando una sensación de reposo y frescura en las horas cálidas del día. La fuente de Gorgona, a la salida del foro, medía diez metros de largo y cerca de siete de ancho. El manantial del agua estaba siempre en el lugar. Otras fuentes, en forma leonada o de diversas máscaras, encontradas en Hipona, permitían hacerse una idea del número y belleza de las fuentes municipales.

Caminando por la ruta de la Abundancia, hacia el este, nos encontramos con lo que se llama el "barrio cristiano", fuera del centro romano aunque dentro de las murallas. En Timgad, al contrario, los cristianos se establecieron parcialmente fuera de los muros, lo que permitió a los donatistas edificar su monumental Basílica.

El barrio cristiano

La "insula" cristiana no designa el barrio donde habitan los fieles, dispersados en toda la ciudad, dentro y fuera de los muros, sino el complejo arquitectónico de la iglesia que comprende la Basílica mayor y todas las dependencias necesarias a la vida de la comunidad: casa episcopal, "secretarium", biblioteca con capacidad para recibir, en el 393, a los obispos de África, monasterio de clérigos y de laicos, capilla de San Esteban, Baptisterio con salas anexas y, sin duda, la diaconía.

En el centro de este conjunto, estaba la Basílica mayor, probablemente la Iglesia de la Paz, curiosamente orientada hacia el oeste, como muchas otras Iglesias de África condicionadas por el lugar. Un cambio en la orientación del muro es la prueba de que ha existido una sala rectangular, prolongada por un ábside cuadrado, orientado como la Iglesia posterior que servía como la primera sala de la reunión eucarística. La Basílica mayor parece haber sido construida, como la mayoría de las Iglesias africanas, de prisa para responder a las necesidades inmediatas más que para satisfacer las exigencias de la estética. Tigzirt y Tebessa, como la iglesia donatista de Timgad, son excepciones a esta regla.

Hacia el norte de la Basílica, nos encontramos con una ciudad, una de cuyas villas estaba decorada con mosaicos de motivos amorosos de inspiración pagana. Agustín cuenta cómo hereda la villa Julianus, anexa a su Catedral, lo que le permite extender el conjunto cristiano.

La Basílica, tal como aparece actualmente en sus ruinas, tiene 40 metros de longitud. Es una de las más grandes de África. Una simple recensión de los epitafios que se encuentran por la arqueología, muestra la difusión del culto a los difuntos. Una profunda cisterna, que ocupa toda la longitud de la nave, ligeramente oblicua, parece haber servido de cripta funeraria a sepulturas superpuestas, como lo testimonian los huesos encontrados. Si la arquitectura parece mediocre, la combinación de motivos en el pavimento desarrolla, en compensación, un juego suntuoso de colores y de formas. Los epitafios decoran la nave como tapices multicolores y nos recuerdan a quienes descansan ya en Dios.

A la derecha de la entrada, son aún visibles, el Baptisterio, apoyado en cuatro columnas, y las pequeñas termas. Han podido pertenecer a una villa. A la izquierda de la gran Iglesia, a la altura del coro, llama la atención una capilla. El suelo está tapizado por mosaicos, el más bello de los cuales, "el arca de Noé", ha sido depositado en el patio del Museo.

Al oeste de esta capilla se encuentra un edificio donde aparentemente vivieron los monjes laicos. Está al lado de un jardín. Cuando Agustín llega a Hipona para fundar un monasterio, recibe del obispo el jardín de la Iglesia principal. Más tarde, ya obispo, lo visita regularmente lamentándose de no poder seguir esa vida de oración, de estudio y de trabajo manual.

La casa episcopal, englobada en las dependencias eclesiales, no tenía acceso directo a la Iglesia. Agustín llega a la Basílica atravesando la calle en donde los mendigos piden ayuda y caridad. La topografía de las ruinas confirma lo que sabemos por los Sermones del obispo.

En las ruinas, al noroeste de la Basílica, en un anexo, se ven piezas que pueden haber servido como depósito de granos y aceitunas, un lagar, ánforas de todas formas y dimensiones. ¿Estaban reservadas a la comunidad o a los pobres de los que el obispo se preocupaba constantemente?

La vitalidad del puerto.

Pasando el barrio cristiano comenzaba el puerto, que abre Hipona al mar y da a la ciudad su fisonomía y su animación. El Mediterráneo mezcla gente griega y comerciantes sirios. El predecesor inmediato de Agustín es uno de esos griegos que nunca habló fluidamente latín. El obispo cita en griego las aportaciones de esa gente a la ciudad.

Como todos los puertos, Hipona posee sociedades de armadores encargados de transportar los productos naturales sometidos al impuesto. Cuando no son requisados por el Estado, podían realizar travesías en las que lucraban bastante. Reciben un salario proporcionado al valor de las mercancías: el 4% del trigo, por ejemplo. Agrupados en corporaciones, heredaban su profesión, al igual que los panaderos de Roma. Si corren peligro se unen y forman un poder importante: podían especular sobre las mercancías del Estado, retenerlas en los puertos, embarcar clandestinamente a comerciantes que no pagaban su patente. Otras profesiones y corporaciones giraban alrededor del puerto: obreros de las canteras, calafateros, areneros, zambullidores o "buzos" y especialmente estibadores, los únicos que podían cargar y descargar las mercaderías de los barcos.

El mar, atrayente, rico y peligroso, era para algunos como una divinidad inalcanzable, al que algunos mosaicos presentan con la cabeza del dios Océano, de rostro majestuoso, con la barba preñada de algas. También se representaban a las náyades marinas, con formas lascivas y vestidas graciosamente.

Los mirones observaban los barcos llenos de aceite y de grano. "Orgullosos navegantes, conocen numerosos países y se enriquecen". El obispo también ha observado en la estación en que no se trabajaba el puerto cercano a su Iglesia y las embarcaciones en reposo. Hace una graciosa comparación:

"Esos barcos se aman los unos a los otros, por eso están siempre cerca entre sí sin hartarse. He aquí reflejadas la unidad de la igualdad y la constancia de la caridad. Si el viento sopla intensamente, el timonel deberá actuar con prudencia. Sólo en el puerto estarás seguro".

Dirigiéndose a aquellos que miran la partida de los barcos, el obispo escribe:

"Ved a aquellos que aman el oro. Ellos navegan, hasta mediados del invierno, estimulados por el amor del lucro. No temen el frío. En medio de las olas, ponen en peligro sus vidas y se dirigen hacia lo desconocido".

Agustín habla de esto aunque él no ama la navegación y haya viajado por mar solamente una vez y por necesidad. Los ribereños conocen el mar, como hoy los teleespectadores un partido de fútbol. Veían en las playas de Hipona restos de diversos naufragios. "Cuando veas en la playa el cuerpo de un comerciante naufragado, llora de piedad y di: ¡Qué desdichado! Por el oro ha perdido su vida; el oro se la ha quitado". ¿Cuántos son los navegantes que hacen negocio? Sin duda, no muchos. Algunos negaron hasta la India. Agustín se imagina el siguiente cuadro:

"No te expongas al frío, reposa. Otra voz dice: "Atraviesa los mares, busca los países desconocidos, transporta tus mercaderías hasta la India. ¿No conoces la lengua hindú? El amor de la plata es políglota. Desconocido, tú encuentras un desconocido. Tú das, él paga; tú compras y transportas". Has partido en medio de los peligros; en medio de los peligros regresarás. Cuando el mar agitado te asusta, rezas: "¡Sálvame Señor!" No entiendes lo que te responde: "¿Acaso yo te envié?" La sed del oro te ha hecho partir para poseer lo que no tenías. Yo simplemente te pido que des, sin fatiga, una limosna al pobre que mendiga junto a tu puerta. El oro te ha llevado a la India; yo solo he puesto a Cristo cerca de ti para que alcances el Reino de los Cielos".

El obispo describe la cerrazón del corazón de aquellos que acompañan al navegante hasta el barco; de aquellos que parten sabiendo que deberán enfrentar peligros y hasta naufragios; habla de la alegría de todos cuando el navegante regresa al puerto y a tierra firme, a la casa y a la patria. El tema del viaje, la imagen de la peregrinación, sugeridas por los Salmos y por la vida, encuentran aquí un fundamento y su verificación cotidiana.

El mercado

La red vial relacionaba Hipona con las llanuras de la Numidia cerealista y aún con los grandes olivares de la región de Theveste. Todos esos productos habían motivado la construcción de enormes alniacenes, según atestigua la epigrafía. Aun hoy, mercado y boutiques de Hipona confirman la importancia del comercio y del negocio. Cereales y aceite, frutas y legumbres de la campiña, así como el producto de la pesca constituyen la parte más importante; pero no faltan tejidos, piedras preciosas, oro y plata.

El obispo recorrió muchas veces el vecino mercado, hervidero de vida. Mejor que los libros, le permitía entrar en la onda de lo cotidiano, en la algarabía de las embarcaciones y de los vendedores. Los romanos rodeados de clientes, se cruzaban con nómadas de tez bronceada, mientras los esclavos se codeaban con los prestidigitadores y las prostitutas envueltas con túnicas de colores brillantes, dejando detrás de sí una estela almizclada. Un escriba, una echadora de la buenaventura y un mago haraposo recitan peroratas y devanan hechizos. Unos bailarines negros dan vueltas frenéticas, mientras un narrador va improvisando un interminable relato con una mímica que subraya lo patético de una heroína necesariamente desventurada.

El mercado de M. Cosinius en Djemila nos da una idea concreta como deberían estar organizados todos los mercados. Alrededor de un patio enlosado, bajo la galería, se encuentran las tiendas de diversos comerciantes. Para poder entrar, el vendedor debe deslizarse a gatas por debajo del mostrador de piedra. Cerca de la mesa, se encuentra el ponderarium, una gran losa horadada con diez huecos cilíndricos, donde están empotrados los ganchos en que cuelgan pesas y medidas. Unas cavidades todavía visibles corresponden a las medidas para el vino, el aceite y los cereales. El comerciante las llena con la cupa olearia (medida de aceite), sacándola de ánforas entregadas por el productor. A veces, se puede encontrar una estatua de Mercurio, el dios del Comercio, que da, él mismo, el ejemplo al sacar el aceite de las jarras.

Los comerciantes de Hipona, según sus convicciones o intereses, se hicieron cristianos. Agustín les observa, recoge las quejas de los clientes, recuerda las exigencias de la justicia y las ganancias deshonestas:

"Tú pagas el trigo con tu moneda, una tierra con tu dinero, una piedra preciosa con tu oro. Y la caridad, la pagas con tu persona. Quieres comprar una finca, una perla, un animal; para pagarlos, buscas en tus posesiones y en tu casa. Para comprar la caridad, debes buscarte a ti mismo, te debes encontrar a ti mismo."

El africano de ayer como el de hoy elevó el comercio y el regateo al nivel de un rito y de un juego. El más astuto es quien gana. Pero todavía se trata de respetar las reglas del juego, de no usar falsas balanzas y de no engañar con la mercadería. Ireneo ya hablaba así a los lioneses a propósito de la ganancia justa: "¿Quién trabaja en negocios, preguntaba él, sin buscar algún beneficio?"

El obispo de Hipona conoce bien a su pequeño pueblo. Un día le comenta el versículo del Salmo: "No hice comercio". Ataca de frente:

"Traficantes, escúchenme y cambien de costumbres. Les ocurre engañar con el precio de la mercadería, y no satisfechos con la mentira, le toman a Dios como testigo. Con lo que la gente va diciendo: "¡Así son los cristianos!"

Con todo, el comerciante interpelado no se da por vencido. Agustín le oye cuando protesta:

"Mi mercadería viene de lejos, porque aquí no se encuentra. Evidentemente, vendo a un precio superior al precio- de compra, pues se debe vivir y sacar beneficio de la propia pena. ¿Acaso no está escrito: "El

obrero merece su sueldo."? ¿A dónde iré si me prohíben mi negocio? ¿Me haré artesano o zapatero? Como si los zapateros no mintieran y no blasfemaran. Te prometen el trabajo para hoy y lo hacen el día siguiente".

Para apartar la atención del comerciante, el obispo se las ve ahora con la gente del campo. Es comprensible en una ciudad que linda con la campiña: "¿Se imaginan que el campesino no murmura en contra de Dios cuando truena, y no recurre a la magia por temor al granizo? No hay labradores honestos, ya no hay".

Oficios y profesiones liberales

En los sermones se habla de todos los oficios ya que la mayoría se encuentran representados en Hipona. Uno tras otro aparecen en la predicación: tejedores, sastres, orfebres, alfareros, zapateros y carpinteros. Incluso el pajarero con la Flauta Mágica. Los bataneros ocupan un lugar privilegiado, quizás porque una fábrica de púrpura al lado de una tintorería, colindaba con la catedral. Agustín vio a los artesanos en acción y lo recuerda cuando los encuentra entre sus oyentes. Sin duda conoció el taller, hallado en, la colina de Garf-el Artrán, los deshechos de la cochura, los anillos de arcilla que separan los envases en el horno para producir las lozas verdes usadas en la región.

Los oficios en su conjunto bien pueden ser honestos, sin embargo son y se tornan lo que son las personas. "No echas la culpa a tu profesión, a tu oficio, sino a ti mismo, a tu corazón ávido de ganancias y que no teme a Dios". Agustín diría naturalmente: "No hay oficio malo, sino malos trabajadores". Existen oficios francamente deshonestos, como los que conciernen la idolatría en los espectáculos, y a fortiori los de proxeneta y de prostituta, "el oficio más antiguo del mundo". Una ciudad portuaria como Hipona no escapa a sus tentáculos. Sin embargo, el obispo insiste poco: ¿a qué sirve hablar a los ausentes?

Agustín, al igual que todos los escritores cristianos de su época, Ambrosio y Basilio, ataca la usura, verdadero chancro del Imperio en decadencia. Es practicada por grandes y chicos, senadores y aún clérigos. El obispo de Hipona habla duramente de los usureros a quienes trata de ladrones. Les reprocha la impudencia con la que se desempeñan en la plaza pública. Su tráfico es comparable a los oficios más ruines: el ladrón, el proxeneta, el mago, quienes "trapichean la iniquidad. España exigía de los convertidos el abandono del oficio de usurero, bajo amenaza de exclusión de la comunidad.

Las profesiones liberales a que el maestro de Hipona se refiere las más de las veces, son las de docentes, gramáticos, profesores de derecho, retóricos, abogados, y sobre todo médicos. El obispo de Tagaste y Madaura conservó un mal recuerdo de sus primeras clases, en que la enseñanza no era descubrimiento del espíritu sino férula y castigos. Con cierto humor, asegura a sus oyentes: "Yo soy un padre para ustedes mas no un gramático que esgrime el palo".

Hipona no es una ciudad de cultura como Madaura. Su única biblioteca es la de la Iglesia. Pero sus hombres ilustres no son todos importados. El historiador Suetonio, de quien se encontró una inscripción mutilada cerca del foro, fue considerado alguna vez como hijo de la ciudad. Otras inscripciones recuerdan dos hipódromos pertenecientes a hiponenses, de los cuales uno llegó a ser jefe de oficina de asuntos latinos (¿correo?). Los espléndidos medallones del mosaico de las musas comprueban que las artes eran un tema decorativo, porque eran una preocupación cultura.

El obispo de Hipona no hubiese acertado al hablar mal de los oradores, hombres del derecho y de los pleitos, que saben usar la palabra y la elocuencia. La función judicial del jefe de comunidad exigía por lo demás una competencia jurídica real, lo que llevó a escoger hombres formados en el derecho. Los hombres de pleitos no tenían por lo tanto la mejor reputación. Cobraban tarifas prohibitivas que les

enriquecían de la noche a la mañana. La gente del pueblo, que estaba obligada a pedir su ayuda, admiraba a los abogados.

La abogacía, decía el pueblo, es una magnífica carrera, según como cuenta Agustín, y la elocuencia, un poder singular. Los clientes están de alguna manera constantemente pendientes de los labios de un patrón que habla bien, esperando el éxito o el fracaso en algún asunto, la muerte o la vida, la ruina o la salvación.

No sin humor, el retórico ya hecho obispo anota no obstante:

Cristo no ha escogido a oradores como apóstoles, sino podían decir: yo fui escogido por mi elocuencia.

La profesión médica, bastante mediocre en los comienzos del período romano, se levantó notoriamente a partir del siglo II, con el desarrollo de las clases medias. En la época en que Agustín es estudiante en Cartago, el procónsul Vindiciano ya se desempeña como médico de renombre.

¿Existía en Hipona como en Cartago y Tuburbo Maio un templo al dios Esculapio, parecido al viejo Eshum púnico? Un reglamento encontrado en Tuburbo recuerda las prescripciones a que se sometía el devoto antes de su admisión en el recinto del templo: abstinencia temporal de carne de cerdo y de frejoles; castidad transitoria; prohibición de acudir a la peluquería y a los baños; buena higiene. Estos nexos de la medicina con la religión se notan todavía en el bello mosaico de Lamberidi (siglo III), donde Esculapio se parece a un sólido médico de campo, auscultando a un enfermo esquelético. En la época de Agustín, la medicina es una ciencia perfectamente autónoma frente a la idolatría. La Iglesia primitiva jamás ha considerado el ejercicio de la medicina incompatible con la profesión cristiana ni aun con el sacerdocio, como lo hiciera el derecho canónico, que llegó a ser más pudoroso. Historiadores y epitafios hablan de sacerdotes y obispos médicos. Médicos y medicina ocupan un gran lugar en la predicación de Agustín. Al igual que sus predecesores, le gusta comparar a Dios. Y a Cristo con el médico, temapreciado por la antigüedad cristiana. La palabra *salus* que significa a la vez salud y salvación, le da ocasión de hacer vibrar los armónicos del tema y de hacer comprender su aplicación espiritual. En su correspondencia, Agustín habla a menudo de médicos que conoce, a quienes escribe por haber recibido medicamentos de ellos. Uno de ellos, Genadio, es un cristiano admirable:

Casi todo el mundo lo conoce. Vive ahora en Cartago. Había ejercido su arte antes, en Roma. Como saben, es religioso y atiende a los pobres con una compasión vigilante.

Las alusiones a la vida médica en la predicación comprueban que sus oyentes recurrían fácilmente a la Facultad y tenían confianza en su médico.

Cae enfermo un hombre, se llama al médico. En seguida, éste declara que es asunto suyo. ¿En quién pone sus esperanzas el enfermo? En el médico. Si el médico tiene gran reputación, entonces la sanación queda prácticamente asegurada.

Como Apuleyo, Agustín da una descripción del médico que examina al paciente, haciendo el diagnóstico: "Es hidrópico. Está condenado. De este mal no se sana". "Tiene elefantiasis. No se puede hacer nada". "Está tísico. ¿Cómo sanarle? Está perdido, morirá".

Un médico menos lúcido, llamado a sanar a un joven de que habla Evodio, precisamente amigo de Agustín, le declara fuera de peligro; sin embargo, el mismo día muere, lo que deja al obispo hondamente conmovido.

Ordinariamente, el médico alivia y sana. Muchas enfermedades provienen de los excesos, de que Agustín habla tanto. El médico dice: "Cuídese de esto y de aquello. Le prohíbo tocar tal cosa. No coma más de esto. ¡Ni gota de vino! En cuanto a lo demás, no se preocupe". Agustín señala que el enfermo obedece y

sigue las recomendaciones del médico. A menudo no basta la dieta y es necesario operar. El médico se torna cirujano, quemando y cortando.

Utiliza el bisturí no contra el ser humano sino contra el mal. Corta pero es para curar. Y sin embargo, cuando opera, el paciente sufre, grita y resiste. Si la fiebre le ha hecho perder el juicio, llega hasta a pegar al médico. Pero éste le sigue curando, haciendo lo necesario, sin preocuparse por los reniegos o los insultos. No abandona su trato de dulzura. Vean como los médicos aseguran a sus pacientes que curan con el fierro en mano.

Los prácticos dan mucha importancia a la virtud curativa de las aguas, particularmente buscadas en África. Existían estaciones termales en las puertas de Cartago. En la región de Kef se descubrieron bellas piscinas romanas, talladas en roca, al lado de fuentes con cabezas de león.

Los ciegos son tan numerosos en África como en el Evangelio. Todavía hoy en día basta con abrir los ojos para descubrirles en las calles y por las puertas de las ciudades. El sol, el polvo y las moscas hieren e infectan los ojos. A pesar de los progresos de la ciencia, la ceguera sigue siendo una gran preocupación. El oculista cura con drogas, colirios, opiatas diversas, garantizadas con un sello de su nombre. Fue hallado un maletín de la época con medicamentos.

Las clases modestas como los campesinos, tanto en la época de Agustín como en nuestros días, prefieren recurrir a curanderos. Los días de feria, el curandero se instala debajo de su carpa; coloca cuidadosamente las bolsitas con drogas en una estera, porque también es boticario. La gente lo consulta. La entrevista empieza invariablemente con un debate sobre los honorarios, cuyo monto se discute largamente. El curandero lee su libro (incluso siendo analfabeto), compone el remedio con plantas o cenizas de animales (camaleón, escorpión y 'erizo) bajo forma de brebajes o de colirio, de compresas o cataplasmas. No conoce de antisépticos. La magia es parte de la cura: amuletos, polvo de escarabajo, talismanes, fórmulas escritas en jeroglíficos. El amuleto debe ser llevado durante toda la duración del tratamiento. La superstición suple a la ciencia e implica una confianza ciega "en un hombre que a falta de competencia, no duda de nada y además sabe conjurar los maleficios".

Gente de mar, gente de tierra

Siendo bicéfala, Hipona mira a la vez al mar y al continente. El tráfico regular del puerto favorece las relaciones con el mundo exterior. Las cartas, que juegan un papel tan considerable en el intercambio con los amigos y las comunidades, hacen posible que Agustín se comuniquen con los obispos de Roma y de Occidente, amigos queridos como Paulino de Nola y Jerónimo de más edad que él, con quien mantiene al comienzo duras fricciones, que acaban por suavizarse con el tiempo. El receloso monje de Belén había comenzado por escribir: "Joven, te aconsejo no meterte en mi terreno (la exégesis). No provoques a un anciano".

La posición marítima de la ciudad sirve a la acción del obispo, más allá de África. Los barcos cargados o vacíos dejan en Hipona a viajeros, obispos, sacerdotes y frailes en cantidad cada vez más numerosa. La fama de Agustín atrae la intelligentsia de la Iglesia: Orosio y el monje Leporio. El mismo monje Pelagio, que huye de la Roma invadida, desembarca en Hipona al llegar a África. Informa al obispo de su llegada por medio de una carta; lastimosamente, éste se encuentra ausente. Por falta de una entrevista, le escribe una respuesta "cortés pero prudente". Conviene preguntar lo que hubiere sucedido al poder encontrarse el ascético monje con el obispo teólogo. ¿Hubiese estado bajo el encanto de aquel anciano? Agustín se acuerda haberle entrevistado, una o dos veces.

La gente de mar estaba demasiado ausente para influir en la vida cotidiana de la comunidad. La "diócesis" de Hipona, desde el centro de la ciudad hasta su amplísima periferia, estaba compuesta principalmente de

agricultores. El opulento valle de Seibus significaba prosperidad para la ciudad y el puerto y alimentaba el comercio exterior.

Fuera de las murallas, los viñedos cuidadosamente trabajados subían a los contrafuertes del Djebel Edugh. Hasta donde podía llevar la mirada, el obispo podía contemplar vergeles de olivos y campos de trigo que le recordaban su Tagaste natal. Contrariamente a San Pablo, hombre de ciudad, Agustín, más cercano a la tierra y a los cultivos, sabía cómo se injerta un olivo y cómo se prepara el aceite y el vino.

Los que no eran hacendados cultivaban pequeños jardines, fuera de los muros de la ciudad. Esto permitía el acercamiento de aquellos "campesinos dominicales" a la población agrícola; aprendían a trabajar la tierra, incluso a fertilizarla con abonos naturales. Los intercambios entre la ciudad y el campo eran diarios por lo menos en el mercado. Los campesinos, en unos veinte kilómetros a la redonda, participan en la vida religiosa de la ciudad y se acercan a escuchar al obispo.

Agustín habla del trabajo de la tierra como muy auténtico conocedor y no con el estilo de un romántico incompetente. Conoce los trabajos de la hacienda: la trilla, la elaboración del queso, el labrantío de la huerta donde las mujeres usan la azada, como se ve en los mosaicos. No confunde, como los habitantes de la ciudad, el trigo con la cebada; sabe que el trigo de Numidia da 10 por uno, en Getulia, 60 y aún 100, Y cómo cualquier grano está amenazado por el gusano. Al estilo de los campesinos, habla del granizo amenazador, de la sequía que aniquila las pro mesas de las cosechas, de las bestias que devoran, del vino que se aceda en los toneles, de la lluvia que se anuncia cuando se acumulan las nubes y oscurecen el Djebel, después de semanas de sol tórrido. Don del cielo por el cual da gracias junto con su grey, y que Dios sabe dar a todos, cristianos y paganos. La proximidad del mundo rural le permite decir:

¿Acaso existe un espectáculo más bonito y maravilloso? ¿Dónde se entretiene mejor la inteligencia humana con la realidad de las cosas, que cuando examina la sembradura, los semilleros, sus esquejes, sus injertos, y se interroga sobre la virtud secreta de los gérmenes y de las raíces, su crecimiento y su esterilidad?

En otra parte, da un ejemplo al labrador:

¡Cómo!, hermanos. Cuando el labrador va detrás de su arado atado a dos bueyes, llevando la semilla que desea sembrar, ¿acaso no lo azota el viento frío o no le estorba la lluvia en su trabajo? Escudriña el cielo medio oscuro. Tirita y sin embargo camina y siembra. Si se detiene por causa de un cielo demasiado nublado en la espera de días soleados, teme entonces que pase la temporada de los sembríos y él no pueda luego cosechar nada.

El lagar vuelve constantemente en la prédica del obispo, que se complace en desarrollar su simbolismo. Tanto la vida como la Biblia le obligan a ello. Las aplicaciones son diversas: el mundo, la Iglesia, la adversidad.

El ser exprimido en el lagar tiene una ventaja. En la viña, la uva no es prensada, aparece entera pero nada sale de ella. Lejos de ser inútil, el daño causado impide que la uva quede estéril.

Otro día, se trata del lagar de aceite, cuyos ejemplares tan numerosos fueron encontrados en África. Las aceitunas eran prensadas en una cuba. El orujo recogido era sometido a la prensa. El jugo que se conseguía de esta manera se recogía en un tonel colocado en el piso inferior, luego se purificaba al pasar por dos badenes hacia una segunda cuba antes de colar en las tinajas. En una prédica, Agustín habla del lagar de aceite:

A este respecto, no esperen que yo les hable de cubas, de prensas, de canastas. En un lagar, se deben considerar tres cosas: una prensa de donde sale lo que se guarda y lo que se arroja. Entonces se prensa, se pisa, se machaca en el lagar y de ahí sale invisiblemente un aceite que se purifica en el envase, mientras el erraj se derrama en la calle. Sean pues el aceite y no el desecho.

En buen año, cuando todo le sale bien al campesino, "nada se agosta en las viñas; no hay granizo, tampoco aparece la bestia estéril; el vino no se agria y los rebaños no abortan. El agricultor está satisfecho, sus amigos le rodean, los clientes afluyen, los niños obedecen y los servidores conservan el respeto. Tu esposa vive contigo en una perfecta armonía: conforme a lo que dice, he ahí la casa feliz".

Todos esos productos, todas las frutas del suelo se encuentran en el mercado de Hipona. "Vas a hacer compras, das tu dinero para recibir pan, vino, aceite, leña o algún utensilio. Das y recibes, pierdes y consigues".

El trigo sobre todo, sembrado, cosechado, entrojado, almacenado, es lo que enriquece: puede arruinar al pequeño campesino y dejar fortuna al especulador. Desde hace siglos es la riqueza de África. En Roma, para hablar de un hombre inmensamente rico, se decía: "Posee en sus graneros todo el trigo de África". El alza de los precios, los años malos, las ganancias de los latifundistas de Hipona, provocan las quiebras de colonos, lo que aumenta el número de campesinos arruinados, de pobres y mendigos que el obispo encuentra en los cruces y en la calle.

El hormigueo de la vida con sus actividades y sus miserias, sus preocupaciones diarias, asedia por todas partes al obispo de Hipona. En esa ciudad donde ha sido nombrado, es consciente de ser el vigía de todos, para mostrar hasta dónde conducen las aventuras humanas a través de callejuelas y caminos.

Si se pudo hablar de "todo el Evangelio en toda la vida", en el caso de Agustín, toda la vida se descubre en su evangelio, irisado con la pincelada de una poesía discreta, siempre sostenida por un toque de simpatía: los hombres y sus faenas, los juegos de luz en las espigas maduras y el mar salpicado con pepitas de oro y de plata, todo esto se refleja en su predicación. Agustín vive, sufre, espera, goza con los pequeños de Hipona, que se encuentran en su palabra, porque él les ha descubierto.

CAPITULO III: LAS COSAS DE LA VIDA

Cazar, bañarse, jugar, reír, ¡he ahí la vida!", dice una inscripción de Timgad. Efectivamente, era la vida de una clase privilegiada, la que dejó las huellas más numerosas y cuya fortuna se confirma en magníficos mosaicos domésticos. Para la mayoría de los fieles del obispo de Hipona, la realidad cotidiana resulta más seria y menos fútil. El sombrero de los días y de la existencia contrasta singularmente con la fiesta diaria de la luz y los colores de las estaciones.

Por modesta que fuera la persona o la familia, era necesario vivir: alimentarse, vestirse, alojarse, aunque sólo fuera miserablemente. Cuando un buen par de zapatos rústicos costaba más caro que el calzado de lujo, ¡ni hablar de cambiar a menudo.

En Hipona, Agustín no se confinó en su sacristía; vivió en medio del pueblo humilde; lo observó y se encontró con él, en su vida y su trabajo, en sus alegrías y penas. Basta con hojear las obras de San Agustín, en particular sus sermones pronunciados en Hipona o en Cartago para ver desarrollarse la vida cotidiana: vivienda y alimentación, juegos y distracciones, caza y pesca, viajes y recibimiento, nada escapa al ojo observador del obispo.

Lengua

En tiempo de San Agustín, la situación en África podría compararse con la de la ocupación francesa, cambiando el francés por el latín. Las ciudades y los ambientes cultos hablaban y escribían latín. Roma no sólo había suplantado al griego, lengua cultural e internacional hasta el siglo III, sino que había detenido

igualmente el púnico traído por los fenicios y que parece haberse mantenido en la Costa Mediterránea donde se escalonaban las factorías.

Los historiadores están lejos de ponerse de acuerdo sobre el significado de la palabra púnico. Los hay que traducen por africano; otros hacen remontarse la palabra a las lenguas autóctonas. Algunos distinguen el púnico-fenicio de la Costa Mediterránea, de Lepcis a Orán y el líbico-berberisco que sirve en las relaciones diarias del campo, particularmente en Numidia. Ambos se mezclan además en ciertas inscripciones, como sucede actualmente con el árabe y el berberisco.

La periferia de la ciudad de Hipona, las regiones interiores, más particularmente las zonas húmedas hablaban sin duda una lengua de origen líbico, que se encuentra en inscripciones y epitafios, una especie de mezcla de elementos cartaginenses y berberiscos. En esa lengua corriente, sólo las palabras técnicas son traducidas al latín, un poco como el norte africano actual utiliza las palabras garaje, auto y moto.

Númidas, moros, gétulos que habitan las mesetas y la montaña, siguen hablando bereber (lo que en un 'principio significa bárbaro -deformado en bereber- o sea, no latino) en las chabolas de Kabilia y de Aurés, cuando cosechan la aceituna o llevan sus ganados a las landas del Chelif. El donatismo que nació en Numidia, encuentra en el bereber su principal apoyo, ya que utiliza la lengua vernácula.

En las ciudades, las de la Costa sobre todo, el público de las iglesias entiende el latín; la porción menos culta y más modesta está compuesta de fieles venidos del campo, de las mesetas o son descendientes de inmigrados mediterráneos. Parte de esa gente en Hipona habla el púnico, como lo señala Agustín. Los rudimentos del latín de la vida cotidiana, no bastan siempre para poder comprender al obispo, cosa que él advierte. Socorre a esa gente humilde visiblemente desamparada, y traduce en púnico, esto es posiblemente el púnico-fenicio, las palabras claves que se parecen a la lengua hebrea, como Baal, Edom, Mammon, messias, salus. Incluso cita un proverbio púnico y lo traduce en latín.

La lengua latina, al igual que la cultura, apenas alcanza los muros de las grandes ciudades. Los que viven en el campo o en las mesetas, por ejemplo en Fusala, hablan púnico. Cuando Agustín separa aquel pueblo de su diócesis y nombra un obispo, se ve obligado a buscar a un clérigo que entienda y hable el dialecto local. En esas regiones se reclutan con predilección las tropas disidentes. El púnico resulta indispensable entonces en aquellas pugnas con los circunceliones cuando se trata de discutir con los donatistas.

En Hipona, el comercio era más próspero que la cultura, hasta tal punto que no se conoce la escuela secundaria. Y ¡ésta es la segunda ciudad de África del Norte! El latín corriente es tan diferente de la lengua de Cicerón como el francés de Ménilmontant del que habla la Academia. El fino letrado Agustín se adapta a su público, sobre todo en Hipona. Cuando se encuentra en Cartago, cuida más su lenguaje.

El latín como lengua cristiana se confirma primero en Cartago y en África, mas no en Roma donde la liturgia se celebra en griego, hasta mitad del siglo IV. Conforme la iglesia va ganando a la burguesía romanizada de África, el latín sigue progresando. Tertuliano, un hombre poco sospechoso de simpatizar con Roma, sabe perfectamente el griego, pero en sus escritos opta netamente por el latín. Así se forja una lengua de iglesia, más viva que literaria, utilizada para la Biblia, la liturgia y la predicación, lo que ofendía a los puristas, pero servía al pueblo cristiano. De esa manera, la Iglesia familiarizó al pueblo con el latín y ayudó a su difusión en el Proconsulario y en Numidia. El latín llegó a ser expresión de la promoción social. Sastres, carniceros, zapateros, liberto s y esclavos redactan o hacen redactar sus epitafios en latín. Por cierto, es un latín pobre en que abundan errores y términos impropios, faltas gramaticales, solecismos y barbarismos. Pero si esa gente humilde habla mal el latín -un poco como el obrero norteafricano o portugués usa el francés, quiere hablarlo, e incluso escribirlo, ya que es la lengua en uso y la de los maestros. En Tebesa, sobre un ataúd infantil hecho en una estela, con la estatuilla del niño, dos columnillas y un frontón, encontramos un nombre púnico y una inscripción latina'. A otro, el dolor le inspira un verso realmente emocionante, lo que no lo hace correcto por ellos.

Cultura y lenguas latinas se modifican en contacto con el pueblo africano hasta llegar a lo que se llamó, después de Monceaux, "el barroco africano", y que fue brillantemente analizado por G. Charles-Picard en su libro: *La Civilización de la África Romana*. África trae un nuevo aliento a una lengua algo asmática. El genio magrebino fecunda la cultura greco-romana por la riqueza de la imaginación oriental y la rareza de combinaciones verbales. Es lengua mestizada, más florida que racional, recia y viva, en búsqueda de la palabra rara al estilo de Charles de Gaulle trae sangre nueva al latín clásico, rígido y académico. Hemos asistido en estos últimos años a un fenómeno similar en cuanto a los escritores franceses oriundos de África o los africanos formados en nuestra cultura.

El pagano Máximo de Madaura, hombre culto de la época, ironizaba al hablar de las tradiciones africanas y se burlaba de los cristianos que preferían el archimártir Nanfamo a los dioses inmortales de Roma. Agustín se irrita por ese hecho, que creía romanizado sin matices ni límites, responde inmediatamente en los mismos términos:

Podrías hallar suficiente motivo de chistes en Roma, con el dios Esterculino, la diosa Cloacine y la calva Venus. ¿Cómo has podido' llegar a atacar nombres púnicos, tú, un africano que escribe a africanos, cuando ambos somos africanos? Pareces olvidar lo que unos grandes eruditos reconocen, que los escritos púnicos son de buena calidad.

En África, la lengua es un componente esencial de la vida cristiana y de la expresión de fe; toca el alma africana, pues su admiración por la cultura latina no hace que los más romanizados pierdan la calidad de su identidad y el orgullo de su pertenencia a la raza de Jugurta.

Vivienda

Las diferencias sociales son muy marcadas. Un señor Julius, hombre notorio de Cartago, se había construido una mansión suntuosa cerca de las puertas de la ciudad. Al pasar por ahí, no había reparado mucho en los mapalia, una especie de favelas, donde se amontonaba sin aire y sin luz en unas chozas de adobe, la clase proletaria. Un mosaico de su villa ostenta el contraste entre el lujo y la pobreza. El amo vive en un enorme castillo, mientras los obreros temporales moran en chabolas de paja. Lo sorprendente del cuadro es que se haya fijado en piedra aquella disparidad, como si se tratase de un orden inmutable, cuyas consecuencias no entrevieran los beneficiarios. En un mosaico de Udná, los obreros agrícolas aparecen viviendo bajo carpas.

Estatuas y mosaicos descubiertos en África, en Cartago y también en Hipona, demuestran el gusto refinado de los propietarios. La provincia rivaliza con la capital; el Magreb saca provecho de la arquitectura griega y mediterránea para adaptada al clima y a las necesidades del país. La abundancia y la variedad de mármoles de África favorecen el desarrollo del mosaico cuyo brillo y belleza impresionan a todo visitante, en el Museo del Bardo particularmente. Conocemos numerosos talleres, de Duga a Theveste, pero principalmente en la Costa, de Cartago a Tánger. El mosaico aporta frescura y decora las piezas como si fueran frescos o alfombras. Se inspira en episodios de la vida cotidiana: caza, pesca, festines, placeres del amor. Mejor que los libros, el mosaico describe la vida.

En la ciudad como en el campo, las bellas residencias contrastan por su lujo y confort con los tugurios ahumados donde viven la mayoría de las personas humildes que componen las comunidades cristianas. Las casas modestas, sobre todo en el campo, son construidas con piedras no talladas sino juntadas con un mortero hecho a base de barro. Ladrillos y losetas escasean. Ya desaparecieron aquellas casuchas apretadas unas contra otras con fines de protección.

Imaginemos algún palacio de ricachón, lleno de bienes. Abundancia de todo: vasos de oro y plata, multitud de criados, numerosos rebaños, gran cantidad de caballos. Pinturas, mármoles, entablados dorados, columnas y galerías realzan el resplandor del lugar.

Podría haber añadido lo siguiente: numerosos son los bustos, las estatuas, los canapés incrustados con marfil. "Las camas son de plata", dice Juan Crisóstomo, y aún los orinales, lo que provoca el sarcasmo de Clemente de Alejandría. Tanto más rico es el propietario cuanto más colgaduras y cortinas se deben atravesar para llegar hasta él. Los mosaicos del barrio de las villas, conservados en el Museo de Hipona, como aquel bellissimo de la Caza que cubre toda una pared, unían el movimiento con el realismo en la representación de los ratos libres de los ricos.

Agustín contrapone a los modales de los notables, la moderación del hombre modesto: "Su descanso es su casa, su familia, su esposa, su trozo de tierra: el huerto que siembra con sus manos y la vivienda que acondiciona con amor".

Conocemos cantidad de casas africanas. Se parecen todas; difieren principalmente por el lujo y las dimensiones, según la fortuna de los propietarios. Además, la arquitectura general se mantiene igual hasta hoy, como pudimos darnos cuenta en un dar árabe de Gabés.

Al igual que la griega, la casa africana dispone los cuartos alrededor de un espacio interior descubierto: patio, jardín, piscina para los más ricos. Más allá de la entrada única, se abre un vestíbulo que lleva al patio. Este es rectangular o cuadrado. Es cercado con pórticos donde susurran una o varias fuentes, que ofrecen frescura. Plantas y flores alegran aquel cuadro familiar. A la izquierda del patio, la sala común; a la derecha, los cuartos con mosaicos monumentales. Las casas de los ricos propietarios son como la de Portus Magnus en Argelia: más allá del primer patio interior, se amplía con dos jardines y sus fuentes; una cisterna en el ángulo norte recoge las aguas que fluyen de los techos y las terrazas.

En Timgad, numerosas casas acomodadas poseen preciosos baños particulares que pueden ser una simple piscina llamada baptisterium (que más tarde se llamaría bautisterio) o si no forman varias salas, con piscina de agua fría y caliente, y espacio para ejercicios físicos. Unas termas en miniatura. Los baños en las casas de propietarios cristianos, respondían no sólo al gusto del confort sino a la preocupación por evitar la promiscuidad de los baños públicos, equivalentes a nuestras playas modernas, donde la desnudez total está además autorizada.

La casa africana se adapta al clima que varía desde la Costa hasta la Montaña. El lunes de Pascua 12 de abril de 1977, estando en Constantine, al despertarme vi que la ciudad estaba cubierta de nieve. En el valle de Medjerda sin embargo, el más caluroso de todo Túnez no sahariano, los habitantes ricos de Bulla Regia se construyen unas villas con planta baja y sótano. Este último admirablemente bien conservado, forma un apartamento completo, con salas de servicio, agrupadas alrededor del patio. Frente a la entrada, en el fondo del patio: el triclinium o comedor, donde los sofás están dispuestos en forma de herradura; todavía queda visible el mosaico. Esas casas debían ser deliciosamente frescas durante la estación calurosa.

El nombre del propietario o del inquilino está grabado en la entrada. Los vestigios paganos entre los convertidos al cristianismo, dejan lugar poco a poco a los símbolos cristianos. En los dinteles, los fieles graban un versículo de la Escritura, de preferencia sacado de los Salmos; de ello se conservaron algunas muestras encontradas en Cartago en el dintel de una puerta: "Dame una señal de bondad". "Mis enemigos verán y se ruborizarán". "Señor, me has socorrido y me has consolado". En una cornisa se lee: "El Señor te guarda de todo mal, El guarda tu alma". En Cartago, se encuentra en varios lugares el versillo paulino: "Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?" "Son signos simples, ciertamente, pero atestiguan la revolución en marcha; el Evangelio.

Alumbrado

La producción de aceite permitió que África resolviera uno de sus problemas cotidianos: el, alumbrado. Gracias a la riqueza del país, Agustín encuentra en Hipona -lo que no sucede en Milán- tiempo para trabajar de noche.

La fabricación de lámparas es una industria particularmente desarrollada. África las exporta a Sicilia, Cerdeña e Italia. Fueron encontrados hornos de alfarería en Milán y en Tidis. El Museo Alauí muestra aún el taller de un alfarero cristiano. Basta con visitar atentamente los museos de Argelia y Túnez para constatar la importancia de las lámparas, su elegancia y diversidad. Las lámparas africanas hechas primero de arcilla gris y parda, de forma redonda y mechero corto, se modifican y se tornan más elegantes. El tanquecillo se alarga y una depresión ilustrada en las lámparas más bellas, reúne el disco central con el orificio barrenado 'para recibir la mecha. Las mujeres las cuidaban mucho. La época que nos ocupa, se caracteriza por sus lámparas de bella tierra roja. El disco interior presenta un motivo con círculo decorativo. Los temas mitológicos y las divinidades como Cibeles, Minerva y Baco, aparecen más raramente.

El candelabro de siete brazos (en hebreo: menorah) con animales simbólicos como el pavo real, el gallo, el cisne, la cobra y la pantera, parece ser simplemente decorativo; la paloma, el ciervo y el pescado sobre todo, pueden interpretarse en código cristiano.

Las lámparas contemporáneas de Agustín, representan motivos específicamente bíblicos o cristianos. Ahí, el historiador de la antigüedad cristiana encuentra los temas de la Catequesis bautismal: el sacrificio de Abraham y los tres visitantes, los dos mensajeros volviendo de Jericó con un racimo enorme de uvas, el profeta Jonás sentado bajo una cucurbitácea o saliendo del monstruo marino, los tres jóvenes en la hoguera popularizados por la secta donatista y la vida de Daniel. Todas estas son figuras de Cristo, que pertenecen a la enseñanza fundamental del Cristianismo. A veces el Salvador aparece glorioso, como en Hipona, pisando la serpiente de bronce. En general, es representado simbólicamente por la cruz, un monograma cruciforme (una cruz con hebilla) o monograma constantiniano (la X y la P entrelazadas, a menudo envueltas en un círculo). En Utina, en unas termas privadas, se encontraron el alfa y omega, Cristo entre dos ángeles y, el Buen Pastor. Los utensilios más sencillos contienen una catequesis que recuerda las grandes etapas de la iniciación bautismal que el cristiano tiende a incluir en su vida cotidiana. No existe tema más impactante para la sensibilidad religiosa del Oriental que el de la luz, que ilumina el día y la noche. La simbología de esta "reina de los colores", como la califica Agustín, canta a la vez a Cristo y la fe. Por vivir bañada de luz, África canta con todas sus fibras el Cántico del sol, que sazona la vida en una embriagadora voluptuosidad.

Esta luz baña todo cuanto se ve, dondequiera que yo me halle durante el día, me acaricia incidiendo sobre mí de mil modos cuando estoy ocupado en otros problemas y ni siquiera me fijo en ella. Va insinuándose con tanta fuerza que si desaparece de repente, la buscamos con empeño, y si su ausencia se prolonga, mi espíritu se siente abatido.

Para el obispo de Hipona, la belleza se transforma en fiesta de luz y colores, "en la profusión y el resplandor de la luz del sol, de la luna y las estrellas, en la sombra de las selvas, en los colores y los perfumes de las flores, en la variedad de colores de las aves, su gorjeo y su plumaje. "Al contemplar la bahía de Hipona, el obispo canta aquel grandioso espectáculo: el mar se engalana con un manto matizado de púrpura y "azul". No sorprende entonces que el único poema litúrgico compuesto por Agustín, sea un elogio del esplendor que se desprende del cirio en el alba pascua.

Vestido

Como sucede con la moda hoy, el vestido africano conoció influencias diversas, según las poblaciones que se mezclaron en ese crisol vivo: Fenicia, Roma, Chipre y Libia. Los monumentos confirman que el

traje se modifica. En el siglo III, Tertuliano deja bruscamente la toga romana y viste el himation griego, especie de abrigo, para afirmar su independencia en relación con Roma. Justifica su actitud en su libro "Del Manto". El ejemplo de Tertuliano parece haber formado escuela. La toga tiende a desaparecer, Las togas que llevan ciertos africanos de la época en los cipos funerarios, hacen pensar en la vestimenta antigua de oficiales franceses, que no sirve más que para el estudio fotográfico, y para adornar los recuerdos militares en la chimenea doméstica.

En el momento del martirio del obispo Cipriano en 258, éste fue despojado de su ropa. Llevaba un sayal sobre una túnica de lino, llamada dalmática, del nombre de su país de origen, puesta de moda en esa época y que los sastres modernos acaban de descubrir. Es una especie de casaca ajustada y muy corta, con mangas, puños y delantera adornados con trencillas. Esta dalmática elimina la túnica clásica y se convierte en el traje habitual tanto de hombres libres como de esclavos, en casa y en el campo. Para el trabajo o cuando viaja, el africano la levanta por medio de un cinturón. Debajo, lleva una túnica más ligera, verdadera camisa de lino transparente que se guardaba para dormir.

La gente de condición modesta no lleva otro vestido que la túnica, incluso en la calle. Los menos civilizados siguen cubriéndose con pieles curtidas de animales. Los mismos ricos se visten con pellizas en la temporada fría.

El hombre distinguido se sirve de la túnica como vestido de andar por casa. Afuera, añade el abrigo. Es así como se debe representar a Cipriano y a Agustín, al obispo o al notable del siglo IV. Bajo su forma primitiva, el abrigo es una gran tela rectangular, abrochada en el hombro por medio de una fíbula. En invierno, lo usan los campesinos. Los jinetes, cazadores y viajeros lo dejan ondear al viento y sólo se embozan en él para protegerse del frío o de la lluvia. Dalmáticas y abrigos son de lana de ovejas y carneros de las mesetas o los alcores morados del Sahara. Existía un abrigo de invierno y otro de verano. La forma y la calidad de lana podían variar. San Agustín habla de una lana de angora, lo que le permite hacer un juego de palabras lamentablemente intraducible. El abrigo de gala de seda se enriquecía con dibujos, monstruos marinos o genios alados (en el caso de los paganos) y escenas bíblicas (en el caso de los cristianos). No se sabe si el abrigo estaba provisto de una capucha. Tanto en la ciudad como en el campo, el africano andaba con la cabeza al descubierto. Sólo los pescadores llevaban un sombrero de paja de anchas alas.

Las bragas o calzones ceñidos al estilo europeo, llegan a África no antes del final del siglo IV, la época de Agustín. Se encuentran en un mosaico de Cartago que no es anterior al siglo V. Antes, al ir a pie o a caballo, el africano tenía los muslos desnudos. Se contentaba con polainas en las pantorrillas para cazar o trabajar en el campo.

El calzado es el signo por excelencia de la elegancia. El protocolo lo reglamentaba. Agustín alude frecuentemente a ello. Dirigiéndose a ciertos coquetones, dice: "Respira más alto que tu zapato". Se reconocía a un senador por sus mulas rojas: eran una especie de botines que cubrían el pie, salvo los dedos, y estaban ornados con una lúnula de marfil, fáciles de reconocer en las estatuas de la época. Los ciudadanos comunes llevaban babuchas sin ornamento o sino sandalias enlazadas, al estilo de nuestros espartanos, o totalmente descubiertas como las sandalias saharianas. Los mismos calzados que se ven en un mosaico de termas de Timgad, están hoy de moda.

Los cabellos se llevaban cortos. La moda había variado. El emperador Adriano había sentado escuela con su barba corta. Constantino repuso la moda del afeitado, que luego fue conservada. Juliano el Apóstata fue el único en hacer excepción. Tenía una barba hirsuta y mal cortada, por lo que le apodaron "el chivo". Los trovadores de la época se burlaban de él en sus versos, cuyo refrán concluía: "Hazte afeitar". A su vez, los hombres presumían de elegantes. Las navajas púnicas, a menudo cinceladas, llevaban inscripciones o dibujos: una medialuna o un sol. El mango terminaba en cuello de oca o de cisne. Aún se conservan en la época romana.

Los cristianos disertan a propósito de su barba, desde el siglo III. En el Pedagogo, Clemente de Alejandría la considera como "la flor de la virilidad, invitando a reglamentar su uso. Afeitarse la barba deja pensar en algo femenino; da aspecto de "golfo o cortesana". Además esto deshonra al Creador. Clemente ve en la barba un atributo divino dado a los hombres y los leones. En Oriente, la barba es característica de los monjes. San Basilio le recuerda a un monje destituido la dichosa época de su fervor, cuando lágrimas de compunción rodaban en su barba. La epigrafía conservó epitafios de peluqueros cristianos, con las insignias de su profesión: espejo, afeitador, peine y tijeras. Las alusiones de Agustín en referencia al aseo: lavarse el rostro, perfumarse la cabeza, suponen que el hombre está totalmente rasado. Los retratos más antiguos lo representan con cabello corto, el rostro afeitado al estilo romano.

El aseo de las mujeres ocupó y preocupó a los escritores en África, desde Tertuliano y Cipriano. Ambos autores dejaron una obra sobre el tema. Tertuliano en especial se extiende con una especie de voluptuosidad al hablar de la cabellera femenina, su tez, sus vestidos y perfumes: "No permitan que la ligereza de sus velos deje ver su peinado". Evidentemente la cabellera femenina le emociona mucho. "Que sus cabellos no se vean; no deben ni ondear con negligencia ni ser arreglados con arte". Se las toma con los africanos que se decoloran los cabellos: "Veo que algunas mujeres se ocupan en desteñir sus cabellos para ponerlos rubios. Se ruborizan por su naturaleza y sienten con amargura el no haber nacido en Germania o en Galia".

El vestido femenino había sufrido la misma evolución que el de los hombres. A los vestidos matizados y a los corchetes engastados con piedras preciosas, la sustituyen túnicas ajustadas, ornadas y cubiertas de bordados. La camisa es de lino, la túnica de lana. Las dos mujeres que se encuentran en medio de bebedores, en el Coliseo de El Djem, llevan el mismo vestido que ellos, una con la túnica amarilla adornada con rayos verticales pardas, la otra con un abrigo verde. Para ir de paseo, la mujer se contentaba con poner otra túnica más gruesa encima de la primera o envolverse en un abrigo en forma de chal.

Si en el "país de la sonrisa" las blusas tienen ingenio, los sostenes africanos, por su parte, están llenos de imaginación. Un mosaico de Hipona que Agustín pudo ver, representa la primavera bajo las características de una mujer joven, cuando se está poniendo una faja de tela o de lino para sostenerse los senos lo más alto posible, a fin de acentuar el grácil perfil de su cuerpo. Escultores y fabricantes de mosaicos representan ninfas y diosas con ese paradigma de la feminidad. Además, éste es frecuentemente el único vestido que llevan. Se dice que los africanos habrían vestido a los mismos ángeles, de quienes Agustín afirma que la luz es su único vestido. El mosaico del señor Julius representa al ama de casa en un jardín lleno de flores, vestida con una ropa de muselina blanca, importada de China o de la India; la ropa es singularmente transparente, con dejo provocativo al igual que la Afrodita de la Columna. Si aquella mujer fue cristiana, ¡no debió estar muy atenta a la predicación de su obispo!

La coquetería femenina se apoyaba menos en el corte de un traje o de un matizado muy simple cuanto en el adorno: tejidos preciosos, telas tornasoladas o ornadas con figuras, ropas tejidas con hilos de oro, peinados y joyas. La dama elegante guarda en estuches, aretes, collares, brazaletes, anillos de tobillos, sortijas de oro y plata. Hasta hoy se conservan píxides de marfil, con escarabajos de oro y marfil, así como piedras preciosas grabadas en hueco y camafeos, por lo que podían soñar las mujeres elegantes. Los museos de Túnez y Argelia conservan espejos de bronce y plata. Gran cantidad de Venus en los mosaicos quedan inmortalizadas con el espejo en mano. Las cartaginesas habían usado y abusado de todos los artificios de la elegancia. Sus descendientes del siglo IV continúan con esa moda, sin mayor discreción. Cipriano había increpado a una noble matrona por haber realzado el esplendor de sus ojos con kojol azulado. Tertuliano, por su parte, está al tanto de todo ello, ya que es hombre casado. Sabe que los polvos aclaran la tez un poco morena; el carmín aviva labios y pómulos. Las pastas depilatorias permiten que las africanas tengan el cuerpo totalmente liso. Aceites y aromas importados de Arabia, sirven para impregnar el cuero cabelludo y maquillar el cuerpo. Al placer de los ojos, los perfumes vienen a añadir la voluptuosidad del olor.

La Iglesia se esforzó por moderar aquellos excesos. Cierta día Agustín fue consultado por un obispo colega sobre este punto. Responde diciendo que no prohíbe a las mujeres casadas los adornos de oro ni los ricos brocados, pero rechaza los coloretos que dan brillo. "Estoy seguro que ni siquiera se dejan engañar los mismos maridos. Aún las mujeres casadas deben llevar un velo que cubra el cabello". En la misma carta, el obispo menciona incidentalmente "los aretes que los hombres llevan de un solo lado". Se trata de una moda masculina, de origen supersticioso, una especie de amuleto por el cual los cristianos siguen "honrando a los demonios". Más profundamente, la Iglesia reacciona no sólo llamando la atención contra las infiltraciones paganas hasta la coquetería femenina y masculina, sino dando el ejemplo de las vírgenes consagradas. Llevan un vestido discreto sin atildamiento, que no atrae la atención; su velo es signo de consagración, ya desde la edad de los 25 años. En Cartago, en la época de Tertuliano, las mismas mujeres casadas llevan el velo fuera de casa. Las jóvenes se cubren unas veces en la calle; otras, se contentan con taparse el rostro. Pero jamás se ponen el velo en la iglesia. Tertuliano les imponía el veto desde la pubertad.

Hombres y mujeres utilizan el engaste del anillo como sello. Los paganos lo ornan muy a menudo con un motivo de buen augurio, para la buena suerte de su propietario: Venus, Mercurio, Minerva, un timón, un cuerno de abundancia o un retrato imperial. Los cristianos afirman discretamente su fe escogiendo como sello una paloma, un barco a velas desplegadas, una ancla, un pescado, una lira, pero jamás una imagen idolátrica. Otros se inclinan por una orante, el monograma de Cristo, alguna inscripción como *Spes in Deo* (esperanza en Dios), *Vivas in Deo* (Vive en Dios). Es una manera más de inscribir sus convicciones religiosas en las cosas de la vida diaria. El peine de una cristiana de Hipona, con una cara que representa a Daniel en el foso de los leones, hace ver que la coquetería desviaba de la religión. Tertuliano, ya en su época, se burlaba de las mujeres que llevaban aros en todos los dedos de la mano izquierda. No se sentiría desorientado si viviera en el siglo XX. Clemente de Alejandría dice que la sortija de pedida era convertida luego en anillo sigilario. La ponían probablemente en el cuarto dedo, por lo cual ese dedo se llegó a llamar anular. El anillo sigilario tenía un papel importante en la vida. Autenticaba los actos más graves: noviazgo, matrimonio y testamento. Se imprimía en las cosas preciosas y los regalos. Con él se marcaban víveres, bebidas y aún las llaves. Servía para limar (sellar) cartas y actas públicas. Los obispos de la época que llevan el anillo y firman con él sus cartas circulares, no hacen más que acomodarse a la costumbre.

Adornos aparte, la higiene era comparable a lo que conocemos hoy. Aún no se conocía el jabón; lo suplían con aceites perfumados, importados de Arabia. Todavía se guardan aquellos frascos de aceite llamados leцитas, utilizados para el baño, y unos estrígilos que servían para la piel, una especie de almohazas limpiadoras. Ya en el siglo II, el dentífrico hecho con plantas exóticas, dejaba los dientes brillantes y limpios. Los más humildes usaban el carbón.

Las termas particulares eran privilegio de ricos, privándose así de distracciones y encuentros. La gran mayoría de ciudadanos se lavaban diariamente en los baños públicos. El mandato de Adriano que reservaba las termas para las mujeres por la mañana, y por la tarde para los hombres, parece haber caído pronto en desuso. En el tratado sobre El Vestido de Las Vírgenes, San Cipriano se levanta contra las que van a los baños públicos porque son mixtos. La desnudez era completa para ambos sexos. En las Confesiones, San Agustín relata que a la edad de 16 años, mientras se bañaba con su padre, éste se alegró al constatar "los signos de pubertad". Hasta el pueblo más pequeño tenía su baño. Los habitantes de Hipona y de las ciudades de la Costa podían bañarse en el mar. En África bañarse no era un lujo sino una necesidad. Según Agustín era un remedio contra la tristeza 72. Sin poner en duda la utilidad de las termas y la necesidad de la limpieza, a fin de no incomodar a los demás, particularmente en la ciudad, y en las reuniones litúrgicas, la Iglesia no obstante pone sordina al culto excesivo y afeminado del cuerpo. Clemente de Alejandría condena la voluptuosidad que acompaña a los paños emolientes, por la sola búsqueda del placer. Recomendaba el baño por la limpieza y sobre todo llama la atención sobre el peligro de la atención dada por esclavos del otro sexo. La regla de San Agustín permite que las religiosas se bañen una vez al mes. La razón es por demás evidente. Sólo algunos frailes excéntricos rehúsan bañarse y cultivan el desaseo. Los baños seguían un rito, una casi liturgia: inmersión en agua fría, luego en agua tibia y caliente; un tiempo en el sudarium, especie de sauna para transpirar, unción con aceites

perfumados, fricciones, depilación. Una vez relajado, el africano podía entregarse a la conversación o a la lectura. La superstición que todo lo llena, alcanza también a los baños, como lo atestigua San Agustín. Es así como en Hipona, en la fiesta de San Juan, los cristianos iban a bañarse en el mar, siguiendo una costumbre supersticiosa de los paganos, que se remontaba a la celebración del solsticio de verano.

Alimentación

La comida juega un papel considerable en la Antigüedad. Es un rito que conserva algo de su origen religioso. Es el momento de honrar a huéspedes y recibir amistades. Esto es principalmente cierto para la cena, que era la comida principal y, en África, como en todo el Oriente, se realizaba al caer la tarde. El desayuno que, en sentido literal, rompe el ayuno, es la primera colación. Agustín la menciona alguna vez cuando habla de estómago vacío, al final de la mañana, en casa de ricos y pobres: "Sea cual fuere tu riqueza, cuando llegan las once horas, tienes hambre y te sientes desfallecer".

En el África romana, como en Túnez, todavía hoy en día entre los musulmanes, el hombre es quien va de compras cargando la canasta. Trae pescado, huevos, pan, legumbres, frutas y trigo. El hombre del campo vive de los productos del suelo. Aceite y olivos jamás le faltan. La pesca en la Costa y la caza en los lugares montañosos y las mesetas, permiten diversificar y enriquecer la comida ordinaria. Para mejorar su menú, los pobres recogen caracoles, saltamontes y langostas; sacan raíces del suelo o hacen hervir cardos. El pescado es el alimento y la carne del pobre. Tanto en Cartago como en Hipona, el mercado de pescado tiene mucha clientela; la gente puede conseguir esturiones, escaros y mujoles. Los pobres se contentan con pescado ordinario, fresco, salado, o ahumado. Agustín menciona el pescado entre los alimentos diarios.

La harina de trigo (para los pobres la de cebada) es la base de la alimentación: caldos, pastas, pasteles y principalmente el pan. El puche africano es una mezcla de cereales y de agua al que se podía añadir trigo fresco, miel y un huevo. El impuesto de la anona y las deducciones operadas por Roma obligan a menudo a que el campesino productor de trigo se contente con mijo y cebada.

La carne era signo de riqueza. Se servía en mesas de gente acomodada; entre los pobres, era señal de fiesta. Ninguna carne era prohibida a los cristianos que ya habían suprimido los tabúes alimenticios del judaísmo. Algunas sectas, como el maniqueísmo, que se encontraban en África, prohibían carne y vino: el vino, lo vetaban por virtud, y la carne de animales porque las almas de los vivos podrían haber pasado en los animales sacrificados. En la mesa frugal de San Agustín, la carne era cosa rara. En Cartago, el obispo era invitado a menudo a comidas succulentas. Un día le sirvieron un asado de pavo que él mismo recuerda en la Ciudad de Dios; le había gustado mucho porque era distinto al bodrio conventual. En la mesa del obispo, sin embargo, el vino era parte de todas las comidas, fuera de las temporadas de ayuno. A Agustín le gustaba pero lo bebía con moderación. El menú se componía, sobre todo, de legumbres y frutas. La alcachofa era muy apreciada en África. Entre las frutas se encontraban higos, manzanas, peras, uvas y nueces. Agustín había conservado un mal recuerdo de las peras robadas durante su infancia. Las carnes más habituales eran la de buey, cerdo, cabra, cordero, conejo, liebre y lirón. En las mesas finas, servían pavo, algún flamenco o hasta loros.

El carácter religioso de la comida se perpetúa en África en las numerosas cenas de las cofradías y en los banquetes ofrecidos con ocasión de fiestas religiosas, como el aniversario de un fundador o la dedicación de un nuevo edificio. El reglamento de la curia Iovia de Simitú, proporciona el detalle de las prestaciones exigidas a los miembros de la junta o percibidas como multas a los compañeros indisciplinados: pan, vino, sal y víveres, sin duda de calidad común. En la época de Tertuliano, ya los cristianos socorrían a los pobres, invitando de costumbre a los desheredados, las viudas que la Apologética llama los "niños de pecho de la fe". Esta invitación existe todavía en el siglo IV. Los maniqueos no aceptan su legitimidad, porque se sirven carnes y frutas y esa práctica les parece inspirada de los sacrificios paganos. Agustín

rechaza esta aproximación o similitud sin matices. Es necesario reconocer que las comidas religiosas tenían mala fama, porque se convertían a menudo en borracheras y orgías. Las hojas de hiedra, aquellas insignias de la Bacantes, se encuentran en un mosaico africano del siglo IV y comprueban bastante que las fiestas de Baco o LÍber, celebradas el 17 de marzo en la época de Tertuliano, no habían perdido nada de su popularidad, dos siglos más tarde. Agustín diserta sabiamente sobre el tema en la Ciudad de Dios, dando un sentido freudiano a esta palabra de LÍber (libre), en que el dios ayuda a la potencia viril. Era una fiesta de primavera y de fecundidad. Paseaban en triunfo un falo gigante en un carro, primero en la ciudad, luego por el campo. La fiesta recibía su inspiración de Roma, pero se supone que debían sobrevivir tradiciones primitivas de religiones africanas. La comida de caridad practicada por los cristianos ya desde el siglo II en África, no tiene raíces en prácticas paganas, sino en una motivación evangélica. Como su Maestro, el cristiano debe preocuparse por los que tienen hambre. "El sacrificio del feligrés consiste en ayudar a los que viven necesitados".

La cena era preparada por el ama de casa, sirvienta en casa de ricos, señora en casa del pobre. Utilizaban el fogón o el fuego encendido en medio de piedras, o sino el hueco de alguna piedra. El lugar que lo contiene es ése donde viven familia, hijos y servidores. Allí se tuesta el trigo, se prepara el pan y se asa la carne. Por extensión, la palabra hogar o fuego se refiere a toda la familia.

Las villas ricas de África tienen un comedor llamado oecus o triclinium, que da normalmente al fondo del patio interior. Los mosaicos permiten descubrir la disposición de las camas en que se acostaban los invitados. Eran colocados en forma de herradura alrededor de la pieza. El espacio central que quedaba libre para mesas y el servicio, era ricamente adornado con mosaicos: cuadros de Baco llevando la rueda del zodiaco y el cuerno de la abundancia (en Hipona) lleno de uvas, visita de Dionisio a Icario, a quien le regala un racimo para agradecer su hospitalidad. La posición reclinada de los comensales apoyados en el codo izquierdo, limita su número a nueve, de ordinario.

Un mosaico proveniente de Udná, la antigua Utina, a unos 20 kms. al sur de Cartago, y que hoy se encuentra en el Museo del Bardo, permite reconstruir un menú, según las sobras de comida echadas en el suelo por los comensales: cáscaras de huevos, espinas y cabezas de pescado, vainas de alubias, cáscaras de melones y limones, garbanzos brotados y hojas agostadas, todo disperso en un piso sin barrer. Es un trabajo de extrema fineza. Nuestro sentido moderno de la etiqueta y de la limpieza choca con semejante descuido, aunque lo mismo se podía hallar todavía entre los cortesanos del Rey Luis XIV. En la Antigüedad era común, como lo demuestran las salas de banquetes mitriádicos, botar en un reguero cavado en la extremidad del plano inclinado de las camas, todos los desechos de la mesa. Es posible que los africanos, siguiendo así una vieja supervivencia religiosa, hayan creído que una fuerza sobrenatural residiera en los desperdicios por lo que los arrojaban con escrúpulo. Otros dos mosaicos de El Djem, verdaderas naturalezas muertas, pueden servir de menús ilustrados: pescado, langostas, codornices y cuartos de gacelas y cabritos. Una canasta contiene las frutas del postre: higos, uvas, manzanas y sidras.

Los comensales usan una cuchara. En mesa de ricos, el utensilio es de plata. Los platos son de madera, tierra o mármol. La alfarería africana es bastante conocida gracias a las tumbas. Las clases sociales más modestas utilizaban una cerámica tosca, modelada sin arte, rudimentaria como un mueble prehistórico, difícil de datar, que pudo servir a la población pobre de los suburbios urbanos. Los hornos conservados en Milán y Tidis, posibilitan el estudio de su fabricación. Los alfareros africanos parecen haberse limitado a la vajilla ordinaria: copas, fuentes, tazas, platos, tinajas y ánforas, sin olvidar los pebeteros. La cerámica de lujo era importada de Italia del Sur o de Grecia. Los productos galos eran más populares en los mercados de Mauritania. Los ricos sirven en una vajilla de plata. El vino se depositaba en ánforas, jarros, cráteras o botellas. Era de buen tono utilizar el oinokoé, una especie de ánfora con pitorro trifoliado.

Con la idea de extender su fe a todas las dimensiones de su vida, los cristianos adornan los utensilios de la mesa con temas religiosos. Una fuente de cerámica representa el sacrificio de Abraham, y un vaso de Adán y Eva en el paraíso (Museo de Hipona). Era una manera de contener la influencia de escenas mitológicas en las habitaciones cristianas. En el cristianismo, el pescado tiene un significado religioso. Dos pescadores aparecen en el arte africano. En una copa de cristal que proviene de una iglesia de Cartago, se perfilan en una costa rocosa, vestidos tan sólo de taparrabo. Uno tiene en la mano una caña,

mientras el otro sostiene una red. Un edificio con frontón y columnata acaba el cuadro. La inscripción ilumina el dibujo: *Apostoli Petrus et Johannes*. Los Apóstoles Pedro y Juan. Se trata de evocar no sólo la pesca milagrosa en el lago Tiberíades, sino la iglesia simbolizada por el edificio. Los peces: besugos, meros, salmonetes, calamares y diversos mariscos, simbolizan a los fieles según el tema popularizado por Tertuliano. Dos peces (un salmonete y quizás una dorada) se colocan entrecruzados sobre algunas piedras: es la comida preparada por Cristo. Al igual que en las catacumbas, los temas se enlazan: multiplicación milagrosa de los panes, comidas después de la Resurrección, eucaristía, a la vez que la iglesia y los dos sacramentos que le dan existencia: el bautismo y la eucaristía.

Tabernas

Alrededor del foro de Hipona, se encontraban unos bares que pueden verse aún en Lepcis. Se observan las placas de mármol de las mesas. Al estilo de nuestros cafés públicos, las posadas servían a la política y permitían que los candidatos expusieran su programa con argumentos en mano. Es fácil reconstruir su atmósfera. Los esclavos cargan enormes ánforas. Los vasos se entrechocan para el brindis. Se conservan suscripciones en griego y latín, encontradas en África. ¡Bebe y vivirás! (*Udna*), Utere, feliz, ¡Sírmete y sé feliz! (*Duga*). Un fresco de Adrumeto representa a un tabernero, cristiano o pagano, de nombre *Purpurius*; aparece vestido con una larga blusa blanca, con cuello y trencillas azules. Se encuentra de pie frente a una mesa cubierta con una placa metálica. En la mesa hay cinco vasos y un barrilito. Al fondo de la taberna, un armario abierto hace ver una serie de vasos, cubilete s parecidos a los nuestros, una copa y un cántaro de dos asas. Un mosaico, sin duda contemporáneo de Agustín, descubierto en Duar Chott y que se encuentra hoy en el Museo del Bardo, presenta a veinticuatro bebedores. Llevan la dalmática cubierta por la lacerna, que equivale al impermeable. Están sentados a la turca o, más exactamente, en cucullas, en unas bancas-mesa con alto respaldo, como pueden verse todavía hoy en día en los cafés moros de Túnez. El centro de la pieza está reservado para el servicio y las atracciones. Los sirvientes pasan entre las mesas cargando en su cabeza bandejas llenas de pasteles o panes. Un muchacho sirve a los comensales. Otro empleado tiene un cuchillo en mano para cortar la carne. En un ángulo de la pieza, el cocinero cuida sus hornillos y la olla colocada en la cocina. El vino está en unas botellas de gollete largo sobre las mesas. Son botellas al estilo de las garrafas italianas. Cada comensal tiene su copa. Un esclavo con su ánfora, llena las botellas conforme se van vaciando. La comida viene acompañada de atracciones: un malabarista en túnica corta, juega con un aro. Dos bailarinas amenizan la comida con castañuelas al ritmo que marca la música de una flauta de Pan. Las más célebres venían de Cádiz en España, y eran muy populares en Cartago. A pesar de vestir con cierto decoro, nunca dejaban de ser cortesanas.

Como el país es productor de vino, busca sacar de él utilidad. A menudo el vaso es consuelo y droga para el pobre. Cualquier pretexto era bueno para beber, incluso las motivaciones religiosas, según costumbre que en África se remontan a la profundidad de los tiempos. El culto a los muertos y los mártires degenera en excesos, como lo veremos. Por haberse opuesto a unas escenas de embriaguez hasta en la Basílica de Hipona, el mismo Agustín arriesgó su vida. Se vio obligado a predicar durante dos días para convencer a los reacios. Y mientras saboreaba su victoria, los donatistas de enfrente, también algo chispados, berreaban unos salmos con voz avinada. Al leer las numerosas filípicas de Agustín en contra de la borrachera -uno de sus temas acostumbrados-, se puede concluir que muchos feligreses pasaban el domingo en las viñas del Señor. Las llamadas de atención de Agustín provocan más hilaridad que reprobación. El abuso del vino hace también estragos entre clérigos, dice el pastor de Hipona, e incluso entre los obispos. Otro día, el predicador hace referencia a los compadres de taberna, aquellos asiduos invertebrados. Agustín se queja porque sus advertencias, lejos de ser escuchadas, alimentan más bien la sonrisa. Un día de bautismo, las recomendaciones se hacen más apremiantes para que los fieles no vuelvan por la tarde en estado ebrio. Con ocasión de la comunión solemne, la familia animaba al adolescente: Bebe, ya eres hombre. Y Agustín observa: "Lejos de censurarles, celebran su hazaña". Al tribuno Bonifacio, Comandante de África del Norte, que interroga al obispo sobre la manera de vivir

como buen soldado, éste le responde: "Beban un poco menos". En el Museo del Bardo, se encuentra la estatua de una anciana ebria, parroquiana de Hipona o de Cartago; lleva en la mano una botella, y admite en un latín macarrónico: "Quizá sea yo un poco aficionada a la divina botella, pero esto me da calor y me sienta muy bien".

Juegos

Los juegos, en particular los dados, eran una de las distracciones populares. La pérdida de tiempo y de dinero le merecieron severos juicios. Un tratado, o más exactamente un sermón, otrora atribuido a San Cipriano. De Aleatoribus (de los Jugadores), estudia este tema. El texto no es de Cipriano, sino más bien de origen africano, de comienzos del siglo IV. Ataca esta "perversidad sedentaria y perezosa", verdadero invento del diablo. El tratado describe a las cortesanas que se pasean alrededor de las mesas de juego. Esto, para el ambiente y el Sitz im Leben. ¿Se jugaba en los bares? Poco se sabe de ello. Se jugaba con tres dados y luego con dos. Eran de hueso o de marfil, a juzgar por los que se conservaron en los museos. El juego de azar se hacía de un solo golpe. Podía ser corregido por cálculo: los dados se combinaban con fichas, como en el juego moderno de chaquete. El juego se realizaba entonces en un tablero.

Una escena de Pompeya muestra a dos jugadores en plena actividad. Uno de ellos tiene en mano un cubilete y grita: "¡Saque! Exi", y el otro: "No es un tres sino un dos". En El Djem, un mosaico hace ver a dos jugadores; uno ha sido atrapado haciendo trampa, mientras los testigos le echan unas miradas incendiarias.

Los jugadores armaban gran jaleo en los lugares públicos: gritaban, invocaban a Baco y, a veces, a la querida. El juego era inocente u oneroso. Todo dependía de las apuestas. Uno podía llegar a arruinarse, lo mismo que en el casino. La cantidad de daños encontrados en los sepulcros demuestra que el juego aparece como un pasatiempo propio del más allá. Normalmente estaban prohibidos en los lugares públicos y para los esclavos, salvo en ciertas festividades como las famosas Saturnales. La gente jugaba en la calle o en la taberna. Se descubrieron unos juegos grabados en un empedrado, en la entrada del foro de Timgad, con la famosa divisa epicúrea: "¡Cazar, bañarse, reír, eso sí que es vida!" El juego ocupa la orilla de la vereda, lo que permite jugar tranquilamente sentado en una banca. El foro de Hipona deja ver todavía hoy una mesa de juego grabada en piedra.

Una especie de chaquete encontrado en Tuburbo, llevaba 36 casillas distribuidas en tres líneas; cada casilla llevaba una letra. Lo que da:

PATRIA SANCTA FACIAS UT MEOS SALVOS VIDEAM

(Patria sagrada Haz que vea a los míos salvos).

Y un detalle sintomático: una cabeza de asno, emblema que ridiculiza el cristianismo. En otro lugar, la inscripción lleva el nombre del propietario o una frase como: Lárgate, dame tu sitio. No sabes jugar, imbécil. Vete".

Los doce sabios, poetas de la época, compusieron versículos sobre este tema, por lo que se hicieron conocer. Otras inscripciones expresan un simple deseo: "Palma felíciter" (buena suerte). A veces se encuentra un navío, con la vela tendida y los remos en movimiento.

¿Existía acaso en las salas de juego la estatua de alguna divinidad ante la cual se hacían sacrificios? El De Aleatoribus parece confirmarlo. ¿Qué hubiese dicho el autor al ver en Damus-el-Karitu, una mesa de juego con el crisma? Los cánones apostólicos prohibían a los clérigos jugar, desde obispos hasta lectores. Justiniano les llega a prohibir incluso mirar jugar.

Caza y pesca

Cazar era deporte para los ricos, defensa de las plantaciones para el campesino y una necesidad vital para los menesterosos. A juzgar por los abundantes mosaicos africanos, la caza ocupó un lugar considerable en la vida y los tiempos libres de los grandes señores. Diana misma es representada a menudo como cazadora. El valle de la Medjerda, las mesetas, las sabanas y los bosques invitaban permanentemente a cazar.

¿Qué se cazaba? Los leones que Flaubert oía rugir todavía, eran raros, salvo en la imaginación de los fanfarrones que, a veces, vociferaban sus bravatas en los mosaicos, como éste que se encontró en BordjDjedid y que representa una fiera devorando un caballo vencido. El mismo tema se vuelve a encontrar en la pequeña ciudad de Tidis. Agustín mismo alude a la cacería de leones en uno de sus sermones. La caza de fieras era un derecho real hasta en tiempos de Honorio. El cazador llevaba un vestido corto, ajustado al cuerpo, que le dejaba libre en sus movimientos. En los pies usaba polainas o semibotas; a caballo, llevaba un abrigo flotante.

De ordinario, los militares son empleados en la captura de animales salvajes destinados a los juegos del circo. Como armas, utilizan el mazo, el hacha y, sobre todo, el venablo. También usaban el chuzo de dos picos conjugados. Para la caza de aves, empleaban el arco y la ballesta. Las redes servían para caza y pesca. En cacería, cortaban el paso a las fieras. Clamores y perros asustaban a los animales que se echaban en las redes. El mosaico descubierto en Henchir-Tungar en Túnez, y que es de fines del siglo III, describe una escena de cacería de jabalí. Dos perros hostigan a la fiera que acaba de salir del bosque: son mastines con pelaje raso leonado, los músculos del cuello henchidos y las orejas tiesas. Frente a ellos, se yergue un fuerte jabalí macho, pesado y macizo; dobla las patas delanteras presto a la defensa.

El famoso mosaico de la Cacería, en Hipona, es una tapicería de piedras. La escena central muestra a los jinetes llevando leones y leopardos hacia un cercado donde ovejas y cabras sirven de carnada. Otros cazadores, a pie, protegidos con escudos, espantan las fieras con antorchas, empujándolas a las redes escondidas en los matorrales. La escena es de un realismo cruel, ya que deja ver a un cazador víctima de las zarpas de un felino. Aliado, un jinete captura con su lazo un asno salvaje. En la parte inferior a la derecha, la carretilla con jaula está lista para recibir el botín. El ángulo opuesto presenta una cacería de antílope y de avestruz. Otro mosaico muestra el mismo espectáculo en un anfiteatro; en esta escena, se trata de que el público comparta también las emociones de la captura.

La familia de los Laberii de Utina parece haber cazado jabalíes y panteras en las selvas que lindaban con sus tierras. Los latifundistas practicaban también la montería. Los mosaístas los representan a caballo, rodeados de su jauría, siendo "la desgracia de las liebres", según el título de un mosaico de Tuburbo. Los esclavos sirven de picadores de caza y ojeadores. Eran célebres los perros libios, especie de lebreles, incansables en los caminos.

La gente más humilde, como el campesino de otro mosaico, simplemente abate las perdices en un buitrón. Una codorniz o una perdiz mejoran el menú en la mesa del pobre. Los animales salvajes, según el Derecho romano, pertenecen al cazador, donde sea que se haya capturado la presa.

San Agustín da también testimonio de la cetrería, que se introduce en África en su época, para espantar, derribar al suelo y capturar aves. Se ve un halcón en el hombro de un cazador en un mosaico Africano.

En un país que bordea el mar, la pesca era tanto profesión como diversión. Constituía la distracción ideal de los hombres apartados de la vida pública. El pescador lleva la túnica corta que deja el brazo libre; a veces se viste de abrigo. Unas veces está desnudo con sólo un taparrabo; otras, lleva un grueso pantalón o un sombrero. En su canasta está la camada: lombrices, moscas, insectos o migas de pan y desechos de salmuera. Ya hemos evocado el bello mosaico de la pesca encontrado en Hipona con el perfil de la

ciudad. Los pescadores semidesnudos traen redes en su velero. Delfines, dorados, peces de San Pedro, salmónes, sepías y torpedos de mar, están dibujados con precisión y elegancia. La pesca se hace con caña, red, buitrón o arpón. Los antiguos habían hecho observaciones muy atinadas sobre las costumbres de los peces. Se capturaba el mújol y el escaro, atando la nasa al barco con una hembra. Los machos se precipitaban a montones. En Susa, a orillas del mar, un mosaico representa un pescador de pie en su barca, subiendo a remo un gran pez capturado con una red circular.

A menudo el pez es motivo en los mosaicos. Su origen es probablemente oriental o fenicio. Para los africanos es símbolo de fecundidad y felicidad. Protege contra el ojo. De ahí viene el voto: "¡El pez, en tu ojo!" Todavía hoy se venden en los zocos de Túnez, enormes pescados de tela roja, utilizados con ocasión de fiestas familiares como nacimientos y bodas. El cristianismo lo utiliza a su vez para simbolizar a Cristo, el bautismo o al cristiano.

Viajes

Para el hombre moderno que se desplaza en avión o en coche-cama, viajar es sinónimo de ocio y placer. En la Antigüedad, el viajero, peregrinus, lejos de su patria, simboliza una condición precaria: vive la inseguridad, la indigencia, la hostilidad.

El vagabundo queda agravado por los medios de transporte. La gente sencilla va a pie o usa una montura o el carruaje; oficiales y notables con misión propia, utilizan el *cursus publicus* o la litera, que a la larga, es un martirio: el viajero soporta el choque de los ejes contra calzadas de pavimento desigual, mal cuidados en la época del Bajo Imperio. El balanceo de los portadores o de las monturas, provoca un mareo grande. Una carta de Juan Crisóstomo narra lo siguiente:

"Durante más de treinta días, no dejé de luchar contra fiebres agudas al hacer ese largo y penoso viaje, acometido por males estomacales agotadores. Sin médico, sin baño, sin lo indispensable, sin descanso, y agobiado de todas partes".

En África, lejos de las grandes rutas, se suman el calor, los precipicios, los lugares peligrosos, los ríos por vadear, las fieras y los ladrones. Los caminos secundarios no están señalados y son irreconocibles, especialmente en las selvas y durante la noche. Como sucede hoy en el desierto, el viajero recurre a un guía. Este a veces se equivoca; fue precisamente lo que, un día le salvó la vida a Agustín que iba a ser víctima de un grupo de terroristas donatistas (circunceliones). Las condiciones climáticas y el relieve geográfico eran peculiares: montañas y mesetas especialmente en Numidia, torrentes y ríos, pantanos y estepas agravan todavía el viaje. Incluso en automóvil moderno, el viaje de Hipona a Tagaste sigue siendo una prueba que agota al viajero más aguerrido. Los caminos son monótonos o accidentados según costean el mar o trepan por gargantas o desfiladeros de montaña. En invierno, las inundaciones llenan de baches (desfondan) los caminos; en verano, un calor tórrido incomoda al viajero. Agustín se contenta con decir que el comerciante africano, por amor al dinero, no teme salir de viaje los días en que hace frío.

Durante la época del Bajo Imperio, el viajero africano teme particularmente a los bandidos y a los sectarios donatistas. El bandolerismo fue una de las plagas de la Antigüedad, particularmente en África donde los desfiladeros escarpados son lugares privilegiados para los piratas. Cipriano narra cómo un viajero llegado a la posada, la ve de pronto asaltada por bandoleros que gritan: "¡Arriba las manos!". Las Confesiones hablan de desertores del ejército que desvalijan a los viajeros. Con los sectarios donatistas, el bandillaje se había constituido institución y subsistencia. Aquellas personas marginadas de la Ley, armadas con hachas y hondas, recorrían las campiñas aisladas, asediaban fincas y residencias rurales con el grito de guerra: ¡Deo laudes!

Tantas dificultades acumuladas casi no permiten que los viajeros admiren los paisajes. Las montañas que atraviesan, les causan más que emoción estética, temor. Ante las bellezas de la naturaleza, raras son las anotaciones admirativas en los relatos de antiguos viajeros. En Suiza, los romanos casi no pudieron contemplar los Alpes. Lo mismo sucede en Numidia. Para darse ánimo o romper la monotonía, el viajero prefiere cantar. Los soldados se entrenan así a marchar. Cantos a menudo verdes o trillados; los más recomendables celebran el hogar y la mujer que les espera. Para todos, el canto da ritmo a la marcha, hace olvidar la fatiga y, al caer de la noche, permite vencer el miedo.

Canta en espíritu el canto nuevo, predica el obispo de Hipona. Cántalo en el camino seguro, como cantan los viajeros; canta sobre todo en la noche; en su derredor, todo despierta el miedo: el menor ruido y aun el silencio que abruma porque provoca temor. Incluso los que temen a los bandoleros, se unen para cantar.

El cristiano canta, dice Agustín, sobre todo porque su corazón está de fiesta y Cristo camina con él. El amor es el tema de la canción. ¿Qué pedimos sino: "háblame de amor"? Y prosigue: "Canten los cantos de amor de su patria, aquellos viejos cantos del hombre carnal, que ya nadie canta. Nuevo es el camino, nuevo el viajero y nuevo el canto".

Hospitalidad

Rehacemos nuestras fuerzas en las paradas de las posadas y seguimos. Bella imagen de la vida, observa Agustín. Has entrado porque viajas. Has venido para partir y no para quedarte. Estás de viaje; esta vida es una hospedería.

La posada en que el viajero come y descansa, es comúnmente una casa con atrio o patio interior. Baños y establos se encuentran en la planta baja. La gente más pobre duerme cerca de sus animales. Los cuartos de huéspedes se encuentran en la primera planta. Allí al borde de la ventana que da al jardín, tiene lugar el célebre éxtasis de Mónica y Agustín en Ostia.

Tanto en África como en Italia las tabernas tienen mala reputación. El hotelero pasa por bribón y su sirvienta por mujer de dudosa virtud. Agustín cesa a un sacerdote en sus funciones por haber pasado la vigilia y la noche de Navidad en una posada donde la encargada tenía una reconocida reputación de pelandusca. La fama de las hotelerías y el costo de las estancias hacen que los cristianos del siglo IV que van de viaje, prefieran "una casa hospitalaria". A

fin de evitar cualquier abuso, sacerdotes y laicos llevan consigo una carta de recomendación firmada por el obispo. De este modo son acogidos como hermanos, alojados en familias u hospicios. Leporio construyó una de esas casas de ayuda en Hiponal. Por falta de hospicios, se abren incluso iglesias para descanso de los viajeros. Es así como Mónica, antes de embarcarse para Roma, pasa la noche en la memoria (capilla) de San Cipriano que se encontraba cerca del puerto de Cartago.

En la Antigüedad, principalmente en el Oriente, la hospitalidad era algo sagrado. Entre los cristianos africanos, es la expresión máxima de la caridad y de la comunión entre comunidades. "Cada vez que un cristiano recibe a otro cristiano, es Cristo mismo quien se encuentra alimentado y alojado". Al hablar de acogida, el obispo de Hipona gusta evocar la escena de Emaús, en que los compañeros de camino retienen al desconocido que no supieron reconocer y que es Cristo. "Es de noche. He aquí una puerta abierta, aquella oscuridad de una sala donde la llama de la chimenea ilumina sólo la tierra pisada y hace mover las sombras". Y el obispo añade: "Retén al huésped, si quieres encontrar a Cristo".

CAPITULO IV: DE LA FAMILIA A LA CIUDAD

A juzgar sólo por cijos funerarios y epitafios de la época, la familia africana vivía inquebrantablemente unida. El marido es "querido", y aún "muy querido", a menudo "digno". Jamás se elogia su fidelidad, y la

palabra casto o continente, no parece tener masculino. Por su parte, la esposa es incomparable, sabia, casta, dulce, amada, santa, rara y aún rarísima. Antonia Victoria de Madaura es celebrada como "mujer muy rara por su piedad, su inocencia y la seriedad de su conducta". Su virtud mayor es la sumisión. Todos los hijos son queridos; las muchachas son guapas y sumisas; el hijo, orgullo de sus padres, es muy llorado cuando muere "como flor de primavera".

Pero fijémonos un poco. Nos encontramos algo así como en el estudio del fotógrafo. La imagen de familia, como los santones de Provenza, posa para la eternidad. Basta considerar la familia de Agustín para encontrar un cuadro más cercano a la realidad. Padre pagano e infiel, cuyo hijo descubre los amores ancilares, madre rigurosamente cristiana, aunque un poco abusiva debido a su frustración. El hogar de Tagaste, a pesar de sus debilidades, vive profundamente unido cuando se trata de la educación de los hijos.

Lo propio de la juventud

Si África no conocía el matrimonio de prueba, sin embargo aun convertida al cristianismo debía tener en cuenta situaciones diversas. Antes de instaurar "el honor del matrimonio", como decía el Derecho romano, las familias acomodadas admitían que su hijo tuviera un enlace duradero. Santa Mónica parece alegrarse al ver que su hijo se estabiliza cuando toma una amante de modesta condición, una vendedora de violetas. Después de los quince años y a pesar del nacimiento de Adeodato, hijo de Agustín legalmente reconocido, cuando ella se opone a transformar el concubinato en matrimonio, sigue el prejuicio burgués y muy poco cristiano de la época. Los matrimonios inferiores (el concubinato) eran aceptados y parecían perfectamente respetables. Los epitafios lo mencionan a menudo. Los soldados estaban obligados por ley militar a este tipo de matrimonio y regularizaban su unión después de su liberación. Focaria significa a la vez mujer de soldado (no casado) y concubina que sirve al ciudadano como sirvienta y compañera.

La Iglesia se opone al concubinato sobre todo en las clases pobres, ya sea por falta de dote para la esposa o porque un cónyuge era esclavo. Se esfuerza por regularizar esas uniones, llevándoles poco a poco hacia un verdadero matrimonio. Pero condena como inmoral el concubinato que el hombre acomodado practica como diversión. En cambio, la madre de Agustín se siente sumamente feliz cuando su hijo despidе la innominada (la primera mujer) para desposarse con una rica heredera. Más tarde, Agustín se muestra más severo para los jóvenes de Hipona que lo había sido para sí mismo, aunque también es verdad que mientras tanto se había convertido y ya era pastor. "Si no son casados, les dice, no les es permitido tener concubinas, esas mujeres que van a despedir para contraer un matrimonio legítimos". El concubinato no podía coexistir con otra concubina ni con el matrimonio. Fue necesario entonces que Agustín despidiera a la madre de Adeodato para desposarse oficialmente en Milán.

El noviazgo

No era necesario el noviazgo. Se realizaba por simple consentimiento, a menudo en presencia de testigos. La intervención de los padres no era de derecho divino, observa San Agustín, sino, dice él con humor, Adán debería haber sido presentado a Eva por su padre. ¿Acaso Dios es inglés? La novia infiel -y no el novio- puede ser perseguida, desde la época de Sulpicio Severo. Jerónimo la llama adúltera. y Constantino había castigado la ruptura injustificada con la pérdida de todos los regalos recibidos por la novia por parte del novio.

En el momento del noviazgo, el novio entregaba una suma de dinero (arra) y como prenda un anillo de hierro o de oro, engastado con una piedra preciosa que la novia llevaba en el cuarto dedo. Era a la vez un testimonio de afecto y un vínculo de fidelidad. El beso intercambiado da al noviazgo cariz matrimonial. "Las jóvenes deben llevar el velo (como las mujeres casadas) desde el primer día en que conocieron su primer amor, en contacto con el cuerpo del hombre, por el beso y el apretón de manos", dice Tertuliano.

Otros regalos podían hacerse en el noviazgo, como el oro, la plata, piedras de valor, caballos, esclavos y tierras. Lo que da al noviazgo un carácter comercial que Agustín admite cuando habla de la novia "dada". Desde el siglo III. la entrega del anillo se transforma en ceremonia principal del noviazgo, y no existe bendición sino antes del siglo VI. Sigue el banquete con la firma del acta (tabulae sponsalium), en que se convida a parientes y amigos.

Sin modificar la estructura del noviazgo, los cristianos valorizaron su importancia. Según el Derecho romano, el matrimonio era cosa demasiado seria para que fuera abandonado al criterio de los interesados. Entonces la Iglesia hace evolucionar las costumbres. Atenúa la autoridad excesiva del padre, más particularmente en el caso del matrimonio de los jóvenes, y trata de que padre y madre compartan la responsabilidad de los futuros matrimonios. Tertuliano ya insiste en la importancia del consentimiento de los interesados. Todos los Padres de la Iglesia defienden el derecho que tiene la muchacha de optar por la virginidad. De rebote, esto valoriza igualmente la libre opción por parte de los jóvenes que se casan, subrayando la importancia del consentimiento mutuo. La influencia de la iglesia reduce la presión patriarcal y favorece las consideraciones más personales y las motivaciones más profundas. Si Agustín no acelera esta evolución, por lo menos la acepta en varias ocasiones. Ambrosio es más audaz y pide que el interesado haga conocer sus preferencias.

La celebración del matrimonio

La celebración del matrimonio entre cristianos debía de parecerse mucho a la de los paganos. La Iglesia modifica sólo lo que es incompatible con sus convicciones religiosas. Suprime el sacrificio a la divinidad. Contrariamente al Derecho romano, la Iglesia concibe el consentimiento inicial como dado para siempre, sin ruptura posible.

El ritual consistía en el intercambio de los consentimientos después del juramento de fidelidad. Los novios son presentados por sus padres, acompañados por paraninfos. Una mujer, casada una sola vez, ponía su mano derecha en la mano derecha del hombre. Los cristianos ponen las manos sobre el Evangelio. Seguía una bendición y una oración pronunciadas por el obispo o un sacerdote. Se leían públicamente ante los testigos las actas del contrato matrimonial (tabulae matrimoniales). Era el documento importante, suscrito por el obispo y redactado por su ayudante. Esta carta estereotipada precisaba que la procreación es el fin esencial del matrimonio. La mujer prometía servir a su esposo, como lo señala San Agustín. Este escrito firmado y refrendado, era el instrumento del contrato. Las celebraciones matrimoniales duraban siete días.

La joven Geminia lanuarilla mencionada en las tablillas Albertini, que se casó para tener hijos, vestía bella túnica, brazaletes, y aretes de conchas en las orejas; debía de parecerse mucho más a las desposadas de Kabilia a de Aurés que a una joven romana de provincia.

Un sarcófago de Tipasa, de factura pagana, pero que pudo servir para sepulturas cristianas, nos proporciona una representación sugestiva. El esposo barbudo, vestido con túnica y toga, sostiene en la mano izquierda el rollo del contrato; da la mano derecha a su mujer, que está vestida con una túnica sencilla y embozada en un abrigo. Entre ambos esposos, el himeneo en forma de un amorcillo. La escultura está sencillamente desbastada para recibir las características de los cónyuges en el momento del pedido. Se trata entonces de un producto en serie, según un cliché ne varietur. En un sarcófago de Arlés de diseño cristiano, ambos esposos tienen una actitud similar, pero la mujer lleva velo. La imposición del velo era usual en Roma y Milán y, sin duda, en Provenza. No existe testimonio alguno en cuanto al África.

Durante el Bajo Imperio, tanto en África como en Italia, se tiende a instaurar una dotación, además de la dote. San Agustín reprueba este procedimiento. Aconseja a los cristianos que se contenten con la "dote inmortal de Cristo", para no "flirtear como una esposa infiel con el mundo y el demonio".

Las festividades mundanas son a menudo escandalosas. Jóvenes estudiantes tienen la costumbre de cantar a los esposos unos versos llamados epitalamio. La música sentimental alterna con cantos más movidos.

Cuando nuestros compatriotas celebran alegres parrandas, tienen la costumbre de instalar una orquesta frente a la casa: arpistas y otros músicos ejecutan una música lasciva, que va acalorando los sentidos. El transeúnte se pregunta: "¿Qué sucede?", a lo que responden: "Es una fiesta, una boda, un nacimiento".

Los concilios africanos desaconsejan, cuando no prohíben simplemente, a los clérigos, participar de esas festividades, que terminan de pronto en orgías. Los grabados rupestres encontrados en la región berberisca, ilustran bien lo que puede producir una sexualidad desenfrenada.

¿La gente se casaba joven? La Iglesia impulsa a que los jóvenes se casen temprano para evitar aventuras y enredos. La joven debía esperar de todas maneras a que sus padres le encontraran un novio. Mónica tiene 23 años cuando nace Agustín. No se casó antes de los 22. Pomponia Rustícula, una romana enterrada en Cuicul, y casi contemporánea de Agustín, se había casado con un importante personaje, a la edad de 15 años. En el Concilio de Hipona, un obispo pide que los lectores de la Iglesia se casen al dejar la adolescencia, aparentemente para que lleven una vida ordenada. El obispo aplica también esta regla para huérfanos y niños que viven en adopción bajo su cargo. En las Confesiones, Agustín reprocha a sus padres por no haberle casado cuando era joven, "para mitigar los ardores". Con la ayuda de su experiencia pastoral, el obispo de Hipona desaconseja los matrimonios contraídos demasiado pronto: "Jóvenes amigos, piénsenlo bien. Se colocan en los pies una cadena de hierro. No se comprometan demasiado pronto. Lejos de aflojarla, me veo obligado a ajustarla más fuerte".

Matrimonios mixtos

Los matrimonios entre cristianos y paganos, son bastante frecuentes, porque la vida cotidiana mezcla a los unos con los otros y las consideraciones sociales permanecen invariables. Tertuliano consideraba estos matrimonios como adulterio. Cipriano es más moderado pero ve en ellos una falta grave. Después de la paz constantiniana, semejante rigor dio paso a mayor tolerancia. San Agustín conoce muy bien la disciplina africana pero admite que la Escritura "no prescribe nada en este punto". Sin embargo desaconseja los matrimonios mixtos. El mismo rehusa una joven confiada a la iglesia a un pagano que le pedía la mano.

En todo caso, es necesario tener en cuenta la diversidad de situaciones: matrimonio con judío, matrimonio con maniqueo o donatista. El obispo aconseja a uno de estos a que trate de que su mujer abandone el error. Por su parte, el Estado se mete en el asunto. Constancio castiga con penas por adulterio al matrimonio entre judío y cristiano. Los concilios africanos piden a obispos y clérigos no aceptar matrimonios de paganos y herejes. La vida modifica la ley. Agustín reconoce que en la misma casa se encuentran nuera y suegra, una hereje, la otra católica. El ejemplo de su propio hogar le había enseñado que el cónyuge cristiano podía santificar la parte pagana. Por ello, muestra moderación cuando comenta el Sermón de la Montaña, en 394. Desde luego, el creyente no despidió a la mujer no creyente que acepta morir con él, pues espera que se haga cristiana". En otro sermón, el obispo pide que el marido cristiano rece para que su esposa llegue a la fe. En ambos casos, lo extraño es que la mujer sea la pagana, mas no el hombre. En el Bajo Imperio, la desaparición de la clase media abrió un abismo entre grandes y humildes y redujo las posibilidades para un hombre libre pero pobre, para un campesino sin recursos.

El problema del matrimonio de dos esclavos el jurista romano ni se lo plantea. Para la Iglesia, más respetuosa de la dignidad humana, el estado de cosas tiene fuerza de ley y consagra el vínculo, ya que los interesados son ministros de su unión. Quizás bajo la influencia de la Iglesia, el Derecho pide no dividir

las familias serviles, en el caso de repartición de tierras. Cuando dos esclavos tienen dueños diferentes, la Iglesia subordina el matrimonio al acuerdo con los propietarios.

El matrimonio entre un hombre libre y un esclavo debía ser frecuente, si se recuerda cuán cercana a la esclavitud estaba la condición del colono. Todo les acercaba: el trabajo y la condición social. Su unión acarreaba graves dificultades: propiedad del dueño, la suerte de los niños (que normalmente seguían la condición de su madre). La decisión del Papa Calixto de no hacer caso a la prohibición legal, no parece haber tenido mucha popularidad. En este caso un amo cristiano (y eran mayoritarios en África) debía liberar al esclavo. El Derecho es pragmático y asimila este matrimonio a un *contubernium*, esto es, una especie de concubinato legal, matrimonio de pobres.

Esposos cristianos

"No pueden tener concubinas; no les está permitido casarse con mujeres ya casadas, cuyo primer marido vive todavía. La ley del foro no es la ley de Cristo", increpa Agustín, alcanzando así una afirmación de San Ambrosio..

La Iglesia había impuesto correctivos y nuevas exigencias a una institución tan fundamental como el matrimonio: indisolubilidad, igualdad de los esposos, procreación y fidelidad recíproca. Esta revolución fue difícil, porque el ambiente pagano había torcido los deberes que propenden al bien del hombre, manchando el significado de la vida sexual y disminuyendo la imagen y dignidad de la mujer. Por eso, los más generosos prefieren renunciar al matrimonio antes que tratar de impregnar la vida conyugal con espíritu evangélico. El jefe del ejército de África, Bonifacio, ya viudo, quiere renunciar al mundo. Cambia de opinión, y comienza una vida de desórdenes.

Tanto en África como en Italia, al igual que en el Japón, hoy, muchas jóvenes cristianas escapan a la servidumbre conyugal por medio de la vida religiosa. Esto explica que las monjas africanas sean más numerosas que los nacimientos en Milán.

Era difícil imponer la ley del cielo a los que eran privilegiados por el derecho del foro. La legislación permitía el divorcio, en particular en caso de esterilidad, de adulterio de la mujer, como si el marido jamás pudiese ser estéril ni infiel. Los maridos cristianos debían de objetar la autoridad de la ley, ya que un día Agustín les responde con tono bastante brutal.

¿Quién fue jamás llevado ante el juez por haber penetrado en una mancebía? ¿Quién jamás fue acusado ante los tribunales por haberse entregado a la corrupción, o por haberse llevado a una bailarina? ¿Qué marido fue denunciado por haber violado su sirvienta?

En primer lugar, la Iglesia afirma de manera unívoca la igualdad entre esposos, lo que los juristas paganos habían ignorado por completo. Esta igualdad viene establecida por el mutuo acuerdo; el amor conyugal se comparte por completo tanto en el plano moral y espiritual, como en lo económico. Pero todavía, incluso con Ambrosio y Agustín, hay mucho trecho entre la teoría y la práctica (de la mano a la boca se pierde la sopa). La primacía del hombre, afirmada hasta en el paralelismo entre los esposos y las relaciones de Cristo con la iglesia, sacralizada en las *tabulae nuptiales* e inveterada por una posesión secular, se erigía como un baluarte inconquistable. El mismo obispo de Hipona exclama: "El hecho es indiscutible, ya que el obispo confirmó su contrato: sus esposas son sus sirvientas, ustedes sus amos". En realidad, añade en sordina y para quedarse fiel con el Evangelio, al referirse a cónyuges recién bautizados:

Haz por ella lo que tú exiges por ti. De este sexo débil, tú exiges fortaleza; le toca al más fuerte vencer primero ¡Qué deplorable es ver a tantos hombres vencidos por sus mujeres! Las mujeres 'se mantienen castas y los hombres son incapaces de ello.

La parroquia de Hipona o de Cartago debía parecerse a la de Arlés, en tiempo de Cesareo. Los navajazos en el contrato matrimonial, las brutalidades de un marido encolerizado y las infidelidades de esposos frívolos debían de ser moneda corriente. El mismo Plinio se había asombrado al ver que una mujer tiraba del arado junto a un asno, en África. Sin duda, las cosas no habían cambiado mucho. La madre de Agustín tenía que aguantar un marido irascible e infiel; pero decía que, por lo menos, no la pegaba. La excepción confirma la regla. El proverbio africano antes de ser árabe: "Pega a tu mujer; si tú no sabes por qué, ella sí lo sabe", evidenciaba la situación en que se encontraban las amigas de Mónica, que mostraban huellas de los golpes recibidos. Los matrimonios eran arreglados por los padres y, por lo tanto, no preparaban a un verdadero intercambio afectivo. Reducir la vida sexual a la sola procreación. No concedía nada al eros y disponía poco a que se buscara complementariedad. Las mujeres piadosas actuaban fácilmente como cierta dama Ecdicia, que escribe a San Agustín. Después del nacimiento de su primer hijo, y, de acuerdo con su marido, había vestido el sayal monacal y el velo de las viudas, regalando sus posesiones a unos frailes visitantes. El resultado no se dejó esperar. Furioso, el perjudicado esposo fue a buscar consuelo por otros caminos.

Como muy bien sabía Agustín, la infidelidad de los maridos era una de las miserias diarias de Hipona. De haberse visto en la obligación de excluir a mujeres y, sobre todo, a hombres adúlteros de la basílica, el obispo no hubiera encontrado en la asamblea dominical sino a mujeres y monjas. Pero el predicador menciona menos este asunto que la avaricia. Escribe una carta muy dura a un amigo cuya mujer había fallecido, y le pide que haga el elogio de la difunta. Como el viudo se había consolado de manera escandalosa, Agustín no se muerde la lengua:

Estás rodeado por un harén de mujeres; el número de tus queridas aumenta de día en día. Y a sangre fría, ¿me pides a mí, obispo, escucharte a ti, el dueño, o más bien el esclavo de esta banda inmunda. Tienes el descaro de pedirme hacer el panegírico de una casta difunta, con el pretexto de calmar tu dolor.

No se debe por lo tanto representar a África como "la sentina del vicio", como lo hiciera Salviano de Marsella. "Entre tantos cristianos, se pregunta el obispo, ¿no había nadie que respetara la fidelidad prometida? Un poco desengañado, añade: "Es verdad que, por lo general, estoy obligado a tomar conocimientos de los casos de adulterio. Los buenos hogares apenas hacen hablar de sí".

En la basílica de Hipona, cuando el orador toca el tema, se da cuenta de que contraría visiblemente a los maridos que demuestran su descontento. El obispo sabía remar a contracorriente y atacar un privilegio masculino que, además, era apoyado por la ley. Pero lo hace con tacto y medida. Observa que ciertos ciudadanos no reciben el bautismo por miedo a tener que respetar la fidelidad conyugal.

Los que no quieren guardar fidelidad a sus esposas -son la mayoría-, querían que yo no hablara del tema. Estén de acuerdo o no, hablaré. Ya les veo rabiando contra mí y diciéndose: "Este hombre está al tanto, mi mujer se fue a hablar con él, una vez más en la iglesia.

Entre esos maridos frívolos, unos decían simplemente: "Dios no se preocupa por eso". Otros, algo escépticos: "¿Es realmente un pecado".

Los más modestos iban a buscar a mujeres de vida fácil, que estaban al acecho donde se juega y bebe, cerca de los teatros y lugares públicos. Agustín las compara a lobas. "La profesión más antigua del mundo", aún en Cirta, era una manera cómoda de preparar la dote. En una obra escrita cuando era joven, el obispo de Hipona muestra tolerancia para con prostitutas de ambos sexos. Considera la prostitución como válvula de escape para los que se entregan a ella, y protección para la mujer honesta. Un día, comentando la historia de las dos mujeres de mala vida que se pelean el mismo niño ante Salomón, Agustín manifiesta admiración por la madre verdadera, que no se ha hecho abortar, acepta los inconvenientes del embarazo y de la maternidad anónima, donde el amor materno triunfa contra una profesión infamante, y la purifica.

Los ricos disponían de numeroso personal femenino. ¡Era tan cómodo el placer a domicilio! EL obispo vitupera esos amoríos con sirvientas y trata a las concubinas de p... respetuosas, para escándalo de los amos en cuestión. Dejémosle hablar:

Oh santo obispo, Ud. exagera un poco; mi amiguita, ¡una prostituta! Yo no vaya buscar a mujeres públicas. La que reservo para mí, es mi sirvienta. ¿Acaso no soy dueño y señor en mi casa?

¿Por qué te amargas? ¿Eres casado o no?

Sí

Lo quieras o no la mujer con quien te acuestas, no es tu mujer, es una prostituta. Y ahora puedes ir a decirle que su obispo le ha insultado.

Cierto día, el obispo de Hipona, con humor excelente, en vez de vituperar, prefiere tomar el pelo a los maridos infieles:

Miren a ese infeliz, a merced de su querida, hasta en su vestido. Si ella le dice: "No me gusta verte con ese abrigo", él lo desecha. Si a ella se le ocurre la fantasía de decir, en pleno invierno: "Prefiero verte con abrigo ligero", el desgraciado enamorado, pasmado de frío, deja su abrigo de lana. Prefiere helarse antes que desagradar.

La ley y la opinión pública daban razón al marido adúltero. La misma mujer engañada, acababa por creer que lo que le estaba prohibido, está permitido a su esposo. Si, algún día, una mujer casada, era sorprendida in fraganti con su esclavo, la llevaban al foro; jamás sucedía esto con un hombre, observa Agustín. Es menester admitir que la prohibición del divorcio entre los cristianos no dejaba otra salida para un esposo mal casado o poco inclinado a la monogamia. En cuanto a las mujeres casadas, el predicador les aconsejaba vivamente defender su honor y la igualdad de derechos y deberes, que el cristianismo reconoce para ambos esposos:

No permitan que sus maridos se aparten de su matrimonio. Recurran a la Iglesia contra ellos. Por lo demás, sean fieles servidoras de sus maridos. Pero, cuando se trata de la vida conyugal para la cual el Apóstol estableció la igualdad de derechos, ¡defiendan su causa!

En los límites de la fidelidad, Agustín recomienda la moderación, inclinado a resumir la vida sexual como destinada a la sola procreación. Un poco guasón, declara a los maridos: "El vino que bebes, viene de tu propia bodega. Si bebes hasta la borrachera, el hecho de que sea tu vino, no excusa tu exceso". El mismo Evangelio permite despedir a la mujer, en caso de adulterio, pero San Agustín hace saber a los maridos que triunfan demasiado pronto, que la separación abre el camino hacia un nuevo matrimonio, sólo en caso de que el cónyuge no haya cometido la misma falta. Lo que debía de reducir notablemente los casos. El obispo quiere inculcar en el marido el sentido de su responsabilidad. Le pide dar el ejemplo de la conducta que él mismo imponía a su mujer o a su hija, a quienes exige una virtud que ridiculiza en otras mujeres. Agustín sabía muy bien que el contexto familiar y social cuidaba de muchas maneras a la mujer africana, a la que rodeaba de todo tipo de guardianes: la Ley de Dios, la vigilancia del esposo, de la servidumbre y de la vecindad, las leyes públicasso. Sin embargo, el hombre, si quiere permanecer fiel, no cuenta con otra ayuda que su propia disciplina viril.

La familia

La vida en Hipona debía de parecerse mucho a la de las ciudades de Italia del Sur. Fíjense bien y no verán sino sólo hombres. La calle, el foro y la taberna son suyos. Allí están durante horas; allí se juntan, se encuentran y se invitan. Juntos van a las termas. La vida transcurre fuera de casa. Los amigos son esenciales: ocupan y preocupan a Patricio como a su hijo. "Nada vale el rostro de un amigo, el sonido de su voz, su cálida, amistad", a tal punto que los homosexuales se afanaron por integrar a Agustín en la lista de sus héroes. ¡Sin razón! La ciudad no es una gran familia; pero la familia, una pequeña ciudad. Al igual

que Cicerón, Agustín define la familia como un semillero de la ciudad. Lo importante para el hombre, es tener éxito en su vida pública y "vivir para siempre, como reza un epitafio, en la boca de su pueblo". El padre está orgulloso de su hijo que, algún día, tomará el relevo en la ciudad y prolongará su fama. Patricio, el padre de Agustín, sin dinero, como su familia, está vestido pobremente. Esto le molesta cuando debe presentarse en público, saludar con deferencia a los patroni, dejarse ver por ellos, mostrarse con ostentación en la ciudad. Los ricos aparecen rodeados por su propia gente. Esos africanos poseían un particular sentido de la dignidad, eran vulnerables ante la ofensa, más aún ante el sarcasmo y sensibles a toda prueba de estima.

Quedarse fuera el tiempo más largo posible, solearse, mantener relaciones, tal era la existencia del burgués que confesaba en su epitafio: "He gozado de la luz casi todos los días de mi vida. Siempre he sido amable para con todos. ¿Por qué no sería yo universalmente llorado?" Llegada la noche, lo más tarde posible, el marido vuelve al hogar. Allí, la esposa esta recluida, ocupada en los quehaceres de casa y la educación de los hijos, rodeada de los empleados. Frustrada como está, da su afecto a sus hijos al extremo de hacerse exagerada. Así se explica el comportamiento de Mónica, la madre de Agustín.

Patricio podía burlarse de la falta de cultura, de los ribetes de una mujer: los ayunos de sábado, su afición por las tumbas que era el único paseo permitido a las esposas africanas, como a las corsas. Lo mismo que muchas otras mujeres, la madre de Agustín tenía una cualidad poco común y escasa en los hombres: la intuición, que le permitía presentir y comprender el estado de su hijo. Cuando Agustín se encuentra perdido, su madre sabe cómo tratarlo. Como los padres africanos están separados afectivamente, se vuelven a encontrar para posibilitar el éxito de sus hijos, particularmente del más dotado. La gloria re caerá sobre toda la familia. Pensemos lo que sucede en Córcega: si un hijo se convierte en oficial, toda la familia lleva los galones.

Agustín habla poco de la familia. Se ha señalado cuán poco utiliza las palabras familia, domus (familia, casa). En sus sermones, apenas se menciona la disminución de natalidad que afligía al mundo romano de la época. Muchas familias estaban sin descendencia. ¡Cuántas propiedades suntuosas sin gritos infantiles! Los padres con un hijo, dos o tres como máximo, se detienen por miedo a que los demás tengan un día que mendigar.

Los hijos del pecado son a menudo abandonados. Las vírgenes consagradas se encargan de cierto número de niños y se dedican a los hijos de los demás. El obispo de Hipona condena bajo todas sus formas el aborto que se practicaba corrientemente en la época. La exposición de niños abandonados se daba igualmente. "Mejor matar al niño que exponerle" decía Lactancio. Los que adoptan a niños abandonados, si son pobres, tienen derecho a subsidios. Esta ley del año 315, queda extendida a toda África, siete años más tarde.

Durante los cuatro primeros siglos, los padres que se convierten al cristianismo presentan sus hijos al mismo bautismo que ellos reciben. Al igual que el antiguo judío, el cristiano ofrece a Dios hijos e hijas que considera como un don de su ternura. Este fervor se entibia con la paz constantiniana en que aún padres celosos, como Mónica y la madre de Basilio o la de Jerónimo, aplazan la hora del bautismo. El temor a la penitencia pública, rigurosa y única en caso de caída grave, hacía que numerosos cristianos no se decidieran a hacerlo.

Las nodrizas parecen ser numerosas en África a juzgar por las referencias de Agustín. ¿Acaso no se acuerda de la negra, sacada del Sudán y que le sirvió de ama? La lactancia, en África como en Oriente, parece durar tres años. Una vez llegada esta edad, madres y nodrizas, según cuenta el obispo de Hipona en un sermón, se untan los senos con una crema amarga, para des amamantar al niño.

Bajo la forma de recuerdo u observación, el predicador de Hipona se complace en describir cómo madres y nodrizas saben ponerse al nivel de los niñitos, utilizar palabras latinas que no entienden, deformarlas, escamotearlas de alguna manera para transformar un idioma elegante en balbuceo infantil. "Las mujeres

saben hablar con los niños la única lengua que puedan comprender: dice L. Ménard. De lo contrario, el niño no presta atención y no progresa. Así sucede con el padre cuya elocuencia llena el foro y resuena en el tribunal, observa San Agustín: si tiene un hijo, cuando regresa a casa, deja en el vestíbulo el arte de hablar que le permitió lucirse en público, y se somete al balbuceo de su pequeño. El obispo es muy observador y recuerda haber visto un niño de pecho fijarse en su hermano de leche, temblando de envidia. La nodriza a menudo forma parte de la familia y llega a ser un verdadero pilar del hogar. Se le confía el niño. Ella lo cuida, lo acompaña y lo educa. Los niños se encariñan con ella, y la convierten en su confidente y cómplice. Cuando fallece, la familia le consagra un epitafio, alabando sus méritos.

El muchacho no permanece mucho tiempo colgado de las faldas de las mujeres. Al estilo del cabrito, brinca alrededor de la casa. Luego, se envalentona y busca compañeros de juego. Reaparece en la familia cuando le atenaza el hambre. De nuevo se le dejará de ver, y nadie se preocupará por él. Al leer las Confesiones, la infancia preescolar parece llena de descuido y vida silvestre. Hasta la edad de siete años, la única preocupación del muchacho es "pasar un examen de ignorancia", según la bella expresión del Abad Bremond. Se puede imaginar al niño Agustín en gandura, con un collar de cuero del que cuelga una bolsita con un fémur de rana... a no ser que Mónica le haya puesto el nombre de Cristo o de algún mártir africano o quizás alguna reliquia. Con los amigos de su edad, el joven Agustín juega en la campiña vecina a Tagaste; saca las aves de sus nidos, arranca la cola a los lagartos que atrapa y merodea en los vergeles. El hurto está muy arraigado en el corazón del indígena en un país donde la razzia (palabra que nos viene de África), es un medio de subsistencia. Con ocasión de los matrimonios y durante la noche cuando los propietarios descansan, el hurto es algo corriente. Un mosaico del establo de caballos, en Cartago, describe el juego cruel de los muchachos. Ocho chiquillos, de unos diez años de edad, atacan a unos animales que les han sido proporcionados: un jerbo y un pato grande capturado con lazo. Incluso uno de ellos se arroja sobre un cachorro de león. En un ángulo aparece un gallo enfurecido. Los rostros de los niños, su cara redonda con cabellos rubios cortados en flequillos mientras echan el lazo, son verdaderos retratos. Desgraciadamente para Agustín, la palmeta del primer maestro de escuela destruyó el mito del paraíso de la niñez y destrozó el jardín de flores. La conciencia del pecado original completó este desastre. En el ocaso de su vida, el anciano obispo reconoce que preferiría morir antes que volver a vivir su infancia.

El palo no está reservado sólo a la escuela. Ciertos padres gustan de aplicar métodos duros de los pedagogos. Algunos expulsan de la casa al hijo que no consiguen domesticar, sin perjuicio de aceptar todos los caprichos del más mimado. "Es raro, reconoce Agustín, que se encuentren padres quejándose de sus hijos". Hijos e hijas están particularmente atentos con unos padres envejecidos o empobrecidos, teniendo el desinterés de quien no espera ventaja material alguna.

El amor de los padres para con sus hijos se expresa en los epitafios, cuando no son fórmulas estereotipadas. En ciertas anotaciones gotea una lágrima: "Apenas acababa de decir tata (papa), o de hablar (de decir be-beca)". La edad es cuidadosamente indicada. El nacimiento quedaba anotado en un diario que tenían las familias.

Las hijas son educadas con más rigor que los hijos. Si los paganos desean la virginidad hasta la hora del matrimonio para la muchacha, con mayor razón se aplicaba esta regla para los cristianos. "Deseo que mi hija viva castamente, dice una inscripción africana, para que aprenda a amar a su marido". El obispo de Hipona observa que, cuando San Cipriano se encontró en la cárcel, rodeado por la comunidad que le esperaba afuera, éste se había ocupado mucho de que las muchachas recibieran protección y cuidado, ya que la noche es mala consejera. La astucia consiste en engañar la vigilancia, lo que constituye el precio de los regímenes demasiado severos. El mismo obispo de Cartago se dio cuenta cierto día de que unas vírgenes consagradas a Dios habían pasado la noche en casa de un diácono. Unos clérigos tenían costumbre de dormir con unas vírgenes, "con todo honor", según decían ellos. Movidito por la duda, el obispo hizo examinar a las jóvenes por una comadrona, para cerciorarse que aún eran vírgenes. Infelizmente, no se conocen los resultados del examen.

Entrar en religión, trae consigo dificultades tanto para la joven como para el varón. En esto Agustín es categórico: el joven y la mujer tienen derecho de escoger la vida religiosa, antes de la edad prevista. La

joven no sólo tiene opción entre el matrimonio y la vida monástica; el obispo de Hipona indica en una carta que el matrimonio es cuestión de inclinación y no sólo de madurez. El papel de la madre, esclarecido por los cristianos, permite guiar el corazón. El obispo de Hipona conocía por experiencia las intuiciones y los recursos de una madre.

Los padres no se preocupan por las travesuras de los muchachos. La juventud vive su edad. Deben tener libertad para hacer calaveradas. Los padres hacen incluso alardes de esta prueba de fuerza y de virilidad. El poeta cristiano Paulino de Pella narra en uno de sus poemas que recurría a las sirvientas de su casa: eran gratuitas y voluntarias, dice. Semejante situación debía de repetirse en muchos hogares africanos. A menudo también se enorgullecían las madres por los éxitos de sus hijos. Sólo las más lúcidas pensaban en las víctimas de esas aventuras sin sentido.

La educación escolar

Desde la época de Cicerón y Quintiliano la enseñanza romana no había cambiado. Los antiguos se hubieran quedado asombrados al encontrar tanto en Madaura como en Cartago la perfecta reproducción de lo que habían sido sus años escolares. Existe todavía el diario de un estudiante africano. Lleva por título Confesiones. Nos ofrece los recuerdos y las pruebas más que las alegrías de sus años de estudio.

La escuela elemental empezaba a los siete años de edad. Cualquiera podía improvisarse de litterator, que no se debe traducir por literato, sino por maestro de las letras y del alfabeto. El pedagogo que, muchas veces, era un liberto, se instalaba donde podía, debajo de un cobertizo, en un tenderete, a veces al aire libre o debajo de los pórticos. La escuela quedaba separada de la calle por una cortina para impedir que moscas y zancudos penetraran. Las tiendas, del foro estaban al alcance de la mano. ¡Cuán lejos de aquellas clases risueñas, "tapizadas con flores y follajes", de que habla Montaigne. A veces el maestro llevaba a su joven público hasta los suburbios de la ciudad y daba su clase en plena campiña, en la orilla de alguna zanja. Las cigarras cantaban a voz en grito, el sol calentaba la hierba donde los árboles esparcían una sombra de frescor. De ordinario, el maestro dominaba desde una cátedra -de ahí viene la expresión: hablar ex cathedra- mientras los escolares se sentaban en banquetas sin respaldo. ¿Cuántos eran? Diez, veinte, treinta... A veces eran numerosos para permitir que el maestro viviera de su trabajo. Era la última de las profesiones, agotadora y mal pagada. Según un Edicto de Diocleciano, se cobraban 50 denarios por alumno y por mes, en una época en que el celemín de trigo costaba 100 denarios. El maestro necesitaba entonces la presencia de unos treinta alumnos para ganar el salario de un albañil o de un carpintero. Pero existían compensaciones menores: ¡Algunos tenían una sólida reputación de pederastas!

La escuela primaria parece haber sido mixta. El alumno pagaba a principio de la temporada que comenzaba en marzo. De costumbre, un esclavo acompañaba al muchacho o a la muchacha para protegerle contra los peligros de la calle. Quien conducía al niño, y cargaba con la cartera, se llamaba pedagogo. Estaba al lado del niño durante todo el día para enseñarle las buenas maneras y cómo comportarse en sociedad. Un manual de conversación del siglo IV narra la vida del joven estudiante:

Al comenzar el día, me despierto, llamo al esclavo, le pido abrir la ventana y él la abre en seguida. Me levanto y me siento en el borde de la cama; pido mis calcetines y zapatos, porque hace frío. Una vez calzado, tomo una toalla, me traen una bien limpia. Me traen también agua en una vasija para que me lave. Me lavo manos, rostro, boca. Froto dientes y encías. Quito mi camisa de dormir, tomo una túnica de cuerpo y pongo un cinturón; me perfumo la cabeza y me peino; pongo un pañuelo alrededor de mi cuello. Encima, meto mi esclavina blanca. Salgo de mi cuarto con mi pedagogo, y mi nodriza para ir a saludar a papá y mamá. Les saludo a ambos y les doy el abrazo. Busco mis lapiceros y cuadernos y los doy al esclavo. Así todo queda listo, y me voy a la escuela, seguido por mi pedagogo, pasando por el pórtico que lleva a la escuela. En el vestíbulo de la escuela, pongo mi abrigo, me peino, entro y digo: "¡Hola, maestro!" El me abraza y me saluda a su vez. El esclavo me devuelve las tablillas, los lapiceros y la regla. "¡Hola, compañeros!

-Denme mi sitio. Muévete un poco,
-Ven acá
-Este es mi lugar.
-Llegué antes que tú.
Me siento y empiezo a trabajar.

El maestro enseñaba lectura, escritura y cálculo. Enseñaba letras a partir de nombres de divinidades, lo que hizo que su profesión se hiciera sospechosa a los ojos de los cristianos. Esta enseñanza fue prohibida a los convertidos al cristianismo durante el siglo III, en Roma. Se utilizaban letras de marfil o más simplemente de pasta que se podía mordisquear. Se encontraron moldes de abecedarios y unos alfabetos. El niño aprendía a trazar las letras sobre tablillas de cera con un estilete. Se podía escuchar cantar en un tono agudo desde la calle, narra Agustín, como en cualquier pueblo de Bretaña o Lorena. Uno más uno son dos; dos más dos, son cuatro. Se usaban también pequeñas fichas y la mímica de los dedos de la mano servía, como es común hoy día, para aprender a contar. Durante el recreo, los alumnos se entretenían en modelar la tierra, y se ensuciaban las manos. Al ser sorprendidos por el maestro, las ponían a la espalda para esconderlas.

A falta de pedagogía o de autoridad, el maestro de escuela recurría a la férula, cuyo recuerdo era tan áspero para Agustín. Como Theilhard de Chardin joven, Agustín se preguntaba para que servía todo esto. Era perezoso y recibía golpes. Llegó a ser piadoso, afirma él, al punto de pedir que el Señor le salvara y el Señor no le escuchaba. El hijo de Mónica se distraía mucho; pensaba en el juego de pelota que iba a seguir a la insípida lección. Más tarde, al preparar a unos jóvenes para el bautismo, hacía observar con humor que él no usaba la férula como lo hacía el gramático. Las bastonadas debieron traer sus consecuencias: hay epitafios que afirman que unos maestros de escuela fueron matados a estileta por sus estudiantes exacerbados. Caso excepcional, sin duda, compensado por el emocionado homenaje dado a excelentes educadores. La ruda iniciación a la cultura podía llegar entonces hasta la bastonada. Una pintura de Herculaneum muestra a un culpable en los hombros de un compañero, el trasero desnudo como gusano, recibiendo los azotes del maestro, debajo de un pórtico floreado. Esas pruebas públicas, no las soportaban de ordinario los hijos de familias ricas, que tenían pedagogo a domicilio.

El segundo ciclo tenía lugar en casa del gramático. Se trataba del grado superior, lo que explica que sus emolumentos, según el mismo Edicto de Diocleciano, eran cuatro veces más elevados que los del litterator. Esta enseñanza era reservada a una élite. No todas las ciudades disponían del ciclo secundario. Agustín tuvo que ir a Madaura para estudiar gramática y retórica. El joven estudiante descubrió una ciudad universitaria, apasionada por la cultura, con menos árboles que Tagaste, y más barrida por los vientos que vienen del Sáhara. El azul del cielo resaltaba con más nitidez. Los primos de Agustín fueron menos privilegiados, ya que jamás recibieron esta cultura universitaria. El gramaticus era consciente de su importancia y andaba arrebujaado en su abrigo, que arrojaba el gesto oratorio. Los bustos de los grandes escritores clásicos, como Virgilio y Horacio, adornaban el aula. Incluso se encontraban mapas geográficos en la pared. El aula apenas cambió: una tienda del foro, cerrada por una cortina, con un portero vigilante. Profesión siempre mal retribuida, sin gran prestigio, que para muchos, terminaba en un desván solitario, según la expresión de Suetonio. Conocemos perfectamente esta enseñanza gracias a las gramáticas compuestas por educadores africanos, que abundaban en la época de San Agustín. La preocupación manifestada en esos manuales, era conservar y cultivar el legado del pasado. El latín era tratado como idioma muerto, un poco como si un alumno de Secundaria en Francia, aprendiera la lengua del gran siglo (XVII). Formación que marcó profundamente a Agustín. Tomó gusto por la etimología, las definiciones y divisiones. Los grandes clásicos servían para ejercitar su memoria y le permitían esmaltar sus cartas con alusiones literarias, señal de buena cultura. Lo mismo hizo con la Biblia: ello explica sus 60,000 citas bíblicas, hechas a menudo de memoria.

La enseñanza secundaria consistía en lecturas y explicación de textos. La-lectura en voz alta era camino hacia el arte declamatorio. Ejercicios orales y escritos cultivaban las lenguas latina y griega. Los autores estudiados eran Virgilio, Salustio y Terencio. Eran menos numerosos que los de las escuelas modernas.

En esto, los recuerdos de Agustín no son de lo mejor. El gramático lo enturbió definitivamente con el griego, cuya evocación se relacionaba con la de la férula. Es probable que por ser mediocre helenista, el gramático no supiera comunicar entusiasmo en sus clases. El caso es que el obispo jamás se sintió a gusto con la cultura y la lengua griega. Fue una lástima irreparable. Sólo los infortunios de Dido, que se mató por amor, hicieron llorar a este romántico en ciernes: ¡Ah, el querido Virgilio! Aún obispo, Agustín jamás rompió con él y gustaba de citarle. Algunos de sus amigos podían recitar todo Virgilio. Un africano imaginó las cartas de amor de la reina abandonada. Una vez recitadas las lecciones, el maestro explicaba la gramática, corregía la pronunciación, lo que le hacía particularmente necesario con aquellos gznates africanos, deformados por los dialectos. El profesor daba caza a los solecismos y barbarismos. El gran chic consistía en perder totalmente el acento africano y hablar como en la capita. Por su parte, Agustín sobresalía en un ejercicio recomendado por Quintiliano: la transcripción en prosa de un texto poético. Un día, interpretó la cólera y el dolor de Juno, incapaz de apartar de Italia al Rey de los troyanos. Todo el público de alumnos se quedó boquiabierto y luego prorrumpió en aplausos. Según anota el mismo Agustín con un poco de coquetería. Con su espíritu penetrante y músico de la palabra, Agustín sacó de su cultura clásica todos los recursos de una lengua a la que daría nueva vida. Virgilio y Cicerón siempre serían sus maestros. Ellos le llevaron a ser un mago de la palabra. Un corresponsal que admiraba la cultura del obispo de Hipona, terminó su carta con una estrofa en hexámetros. Agustín le agradeció, pero le hizo ver discretamente que el último verso tenía un pie de más. En la época de Agustín, los estudios literarios se continuaban bajo la dirección del preceptor de retórica. Ambas enseñanzas se intercomunicaban. Como joven profesor de retórica, el hijo de Tagaste explicaba Virgilio y Cicerón.

El tercer ciclo de nivel universitario pertenecía al retórico. Este ocupaba socialmente un nivel netamente superior a sus colegas de los primeros grados. El sueldo subía según el ascenso. Juvenal habla de 2000 sestercios por alumno y por año, lo que era cuatro veces mayor de lo que recibía el gramático. Pero dos factores debían de tomarse en cuenta: la concurrencia y los malos pagadores. El retórico enseñaba cerca del foro donde el Estado ponía a su disposición salas en exedra, dispuestas en gradas como en el teatro, y que daban al pórtico. Sólo algunas ciudades como Cartago, Madaura, la ciudad de Apuleyo, pero también Mactar, tenían enseñanza superior. Programa y métodos eran los mismos, desde Burdeos hasta Cartago. Se trataba de "aprender el arte de las palabras, adquirir la elocuencia indispensable para persuadir y desarrollar los propios pensamientos". Cicerón era el maestro del arte oratorio. La exposición de la teoría se concretaba en ejercicios declamatorios.

Una vez terminados los cursos preparatorios, el estudiante aprendía a componer según las reglas un discurso sobre un tema dado. Lo estudiaba de memoria, luego lo declamaba en público, ante sus condiscípulos, en presencia del maestro, a veces de amigos y parientes. Existían dos tipos de discursos: uno de orden histórico, y otros de orden judicial: defensa y acusación. Los temas no tocaban problemas de vida, sino las cuestiones más inverosímiles como naufragios, madrastras, hijos desheredados o casos de conciencia estafalarios. He aquí un sujeto propuesto a esos oradores en ciernes: la sacerdotisa prostituta.

Se supone una ley fijando la obligación de la castidad y la pureza para una sacerdotisa, descendiente de padres castos y puros. Una virgen capturada por piratas, es vendida a un proxeneta que la entrega a la prostitución. A los clientes que se presentan, ella ruega que se la pegue, pero respetándola. Un soldado rehúsa dar le esta gracia y la quiere violar. Ella lo mata. Acusada, la absuelven y la devuelven a su familia. Ella pide el sacerdocio. Defender la causa o negarla.

Semejantes temas permitían el desarrollo de la sutileza, la agudeza, el efectivismo. El método demostró su eficacia. Es clásico, a punto de parecer escleroso, petrificado desde hace siglos. "Era a la vez complejo y eficaz; permitía construir una exposición sólida, desarrollar una demostración convincente, con la ayuda de todos los procedimientos capaces de seducir al público".

La técnica de la palabra permitía que el burgués africano tomara la palabra en el foro, para conseguir honores municipales; le permitía intervenir ante el tribunal para defender sus intereses o simplemente brillar ante la sociedad, dando a la conversación movimiento y pasión, escogiendo palabras exactas para expresar sus pensamientos. Los mejores obispos donatistas eran alumnos de retóricos; la conferencia de

411 les permitió desarrollar su arte. Julián de Eclano trató a Agustín de "orador púnico". y confesó el obispo de Hipona: "Es una gran cosa tener el poder, gracias a la elocuencia, poseer clientes atentos a cada palabra del discurso bien dado de su protector, y las esperanzas colgadas de sus labios".

El profesor de retórica debía de ser omnisciente y universal por sí mismo. Era capaz de hablar como Pico della Mirándola, de omni re scibili (de todo lo que se puede saber). El programa incluía derecho, elocuencia, historia, filosofía y aún ciencias. Ciertamente A. Lurius Geminius, en Mactar, en el siglo IV, enseñaba a la vez elocuencia y práctica de la medicina. En una carta a un maestro de Madaura, el Oxford africano, Agustín evoca la ciudad donde estudió. Todavía recuerda al profesor rondando en medio de las estatuas del foro. La mayoría de los epitafios en verso de la África romana, fueron compuestos por esos hombres cultos.

Los estudiantes de familias acomodadas o los más ambiciosos terminaban su formación en Cartago. Algunos llegaban hasta Roma. El padre de Agustín no era rico y se demoró un año entero para juntar el dinero necesario. En el otoño del 370, el joven de 17 años dejó a los suyos y emprendió la larga ruta de 240 kilómetros, a pie sin duda, que le llevaría a la soñada gran ciudad. Allí se alzaban las murallas de Cartago, anacaradas por el fuego solar. Por primera vez, veía el mar que en Tagaste había imaginado en un vaso de agua ISI: escamas de oro mecidas por las olas, donde el azul del agua se confunde con el cielo. Se deja invadir por la dulzura de los atardeceres mediterráneos. Los jóvenes provincianos venidos de las pequeñas ciudades, se paseaban por la urbe, felices de poder gozar por vez primera de su libertad. Los estudiantes de Cartago tenían fama de ser conflictivos. La turbulencia era uno de los sellos del barroco africano y de la vitalidad de la metrópoli, celebrada por Apuleyo y que perduraba dos siglos más tarde:

En toda la ciudad no veo más que hombres cultos; todos saben de todas las ciencias: los niños las aprenden, los jóvenes las acaparan, y los ancianos las enseñan. Cartago, escuela venerable de nuestra provincia; Cartago, musa celestial de África; Cartago, madre del pueblo que viste toga.

Elogio un tanto plagiado; pero Cartago se lo merecía como capital intelectual de África. La ciudad ofrecía el buen vivir, el refinamiento de la cultura, la calidad de música y espectáculos. Un deseo embargaba al joven Agustín, que expresaba sobre 'él la influencia de la ciudad opulenta y voluptuosa: a la vez "amar y ser amado". Y añadía: "Llegué hasta precipitarme en el amor, para quedar herido por los azotes de hierro candentes de los celos". Desde luego, las sirenas no habían dejado el puerto de Cartago. Si la cultura del espíritu encantaba a Patricio, era porque permitía también que el hijo de un pequeño burgués, inteligente y ambicioso, pretendiera cargos y honores. Había formado una casta de hombres conscientes de ser superiores a los simples mortales, que ocupaban los puestos codiciados del Estado. En Cartago, por añadidura, Agustín había trabado amistad con los lobos jóvenes, que algún día darían pléyade s de obispos excepcionales a la Iglesia africana. El orador, el vir eloquentissimus, capitaneaba en la ciudad. La retórica abría todas las puertas. Por muy artificial que haya sido la formación universitaria, orientaba a sus beneficiarios hacia la vida pública, como hoy el Derecho a menudo lo hace con los hombres políticos.

El entusiasmo por letras y artes es uno de los armónicos del barroco africano. La tradición humanista tiene algo de religioso. ¿No imaginaron los mismos cristianos a Virgilio anunciando a Cristo? Este culto se expresaba en el arte africano. El mosaico de una suntuosa residencia de Hadrumeto, un siglo antes de Agustín, representa a Virgilio en medio de las musas. Cultura era sinónimo de ascenso social. En el Imperio tardío, la retórica abría a carreras muy fructíferas, porque el sistema jurídico dominaba en todas partes. Las escuelas de retórica daban a la monarquía burocrática los grandes funcionarios de su administración y de su desvelo. Ausonio, en realidad el maestro del futuro emperador Graciano, fue cónsul y prefecto del pretorio.

El sueño del padre de Agustín era que su hijo hiciera una brillante carrera, a imagen de aquel africano que escribía: "He crecido en la campiña, hijo de un padre pobre y sin instrucción; con el tiempo, gracias a serios estudios, he llegado a una existencia muy confortable". Agustín fue huérfano desde la edad de 19 años y se vio obligado a escoger la enseñanza para ganarse la vida, primero en Tagaste, donde sólo la presencia de amigos le consolaba de una existencia provinciana sin grandezas. Tres años más tarde, volvió a Cartago, como titular de una cátedra municipal. El joven universitario no había abandonado por eso sus ambiciones. Esperaba ansioso conseguir algún día cargo honorífico en el Imperio. Fue promovido

a Roma y Milán. Allí se abrió paso a codazos y a fuerza de relaciones -así nos lo cuenta en sus *Confesiones*_, frecuentó las antecámaras de poderosos para conseguir un puesto de gobernador de provincia.

Bibliotecas

Cartago era la segunda ciudad del Imperio romano y por aquel entonces estaba bien equipada para la formación del espíritu. A falta de edificios universitarios como los concibe la Edad Moderna, la ciudad tenía una importante biblioteca cuyo lugar fue identificado pero que quedase sin resto alguno. Podemos hacernos una idea de lo que fue según otra que había donado a su ciudad natal un rico mecenas, Julio Quintiano Flavio Rogatiano. Gastó 400,000 sesteracios, lo que este bienhechor recuerda en una inscripción. El edificio era particularmente cuidado y bien conservado. Las paredes eran de ladrillos enchapados de mármol blanco y verde de Numidia. El inmueble incluía un patio con pórticos y una sala de lectura semicircular de doce metros de diámetro. Los libros estaban colocados en dos nichos que alternaban con las pilastras. La diosa de la sabiduría, Minerva, reinaba desde el nicho central. Los lectores se sentaban sin duda en las gradas frente a los nichos. Entre ellos, algunos manifestaron su descontento o su fastidio grabando un juego de rayuela en las losas del pórtico. Otros ensuciaron las columnas con dibujos obscenos. Los graffiti son de todas las épocas, sobre todo en los países mediterráneos. A su manera, expresan humores y reacciones del ciudadano medio.

No todas las ciudades disponían de mecenas preocupados por la lectura y la cultura. Pero existían bibliotecas en las termas y en ciertos templos. A su vez, los cristianos reunían archivos y volúmenes en las sacristías de las iglesias. Gracias a esta preocupación, se conoce particularmente bien la gesta de los mártires africanos, conservada primero en las comunidades y luego llevada a España e Italia, a raíz de las invasiones bárbaras.

¿Cuáles eran los libros de la biblioteca de Hipona? ¿Es posible precisarlo! Primero, la Biblia en griego y latín, en la traducción africana, los libros apócrifos en particular, los Hechos y el Apocalipsis. Había hechos de los mártires africanos, los de Felicidad y Perpetua, los de Cipriano y Fructuoso de Tarragona, y quizás los hechos de los mártires escilitanos. Las obras de Tertuliano, Cipriano, Lactancio y Ambrosio; las versiones latinas de los Padres griegos. Los manuscritos griegos debían de ser raros. En la controversia pelagiana, Agustín cita como autoridades a Ireneo, Cipriano, Hilario, Ambrosio, Gregorio, Basilio y Juan Crisóstomo; tradujo del original un texto griego que Julián le objetó. Es indicio de que lo poseía. Se sabe que la biblioteca de Agustín sobrevivió a la invasión bárbara. Todas sus obras, incluidos sus sermones y correspondencias, se encontraban allí.

Deporte

Los africanos no mostraban la misma reticencia que Roma con respecto al deporte. ¿Acaso eran menos afectados por el desnudo de los atletas? Las numerosas inscripciones de gimnasios muestran un real culto a la educación física. Quedan unas cuarenta inscripciones, contra solamente tres que hay en las demás regiones. Egrilano, un antiguo oficial profesionalmente preocupado por la forma física, aseguraba la responsabilidad de unos setenta días de juegos deportivos en Teveste. Se distribuía gratuitamente aceite para los masajes y también vino para animar a los gimnastas. Todo edificio de termas públicas -y a veces privadas- incluía una palestra: amplio patio cuadrado, bordado de pórticos, donde los bañistas practicaban el salto, el juego de pelota y disco, la esgrima. El africano Apuleyo, con sus treinta años, seguía ejercitándose, al punto de sufrir un esguince que le hizo cojear algún tiempo. En Mactar, se encontró una palestra que respondía perfectamente a las normas prescritas por Vitruvio.

Como hoy, existían entonces deportistas profesionales y amateurs. Asociaciones juveniles en África se llamaban *Iuventus*, término aun hoy en día muy popular entre los equipos de fútbol italianos. Menos

futbolistas en África que en Roma, organizaban juegos públicos y competiciones deportivas. Las inscripciones conservaron el nombre de las asociaciones de *Saldæ* en Mauretania, de *Teveste* y *Mactar*. Los jóvenes de *Mactar* recogían también los aportes en especie. Cerca de la *schola* de la *Iuventus* se levantaba un edificio con cuatro ábsides. Se trataba de un local destinado a recibir los cánones de trigo y aceite de los campesinos de la región. Los colegios de jóvenes eran patrocinados por personajes importantes de la ciudad, a menudo antiguos militares, como *Julio Crescens Didio Crescentiano*, en *Cuicul*. Tenían un carácter a la vez religioso y deportivo. Eran dedicados, a una divinidad como lo confirman las inscripciones: *Júpiter*, *Marte*, *Diana*, *Minerva* o *Hércules*, el ídolo de la juventud. En *Cirta*, el colegio era dedicado "a la religión del Honor y del Valor". Los sacrificios y la coronación de estatuas eran ritos obligatorios para los miembros de aquellas asociaciones, tal como las inscripciones nos permiten comprender. Es muy posible que los certámenes literarios no hayan sido excluidos de esas manifestaciones, tanto en África como en Grecia. Existían en Roma. La presencia de *Minerva* en las medallas acuñadas con ocasión de esos espectáculos, parece insinuarlo. Esos aficionados organizan sobre todo, juegos deportivos y combates de anfiteatro. La sociedad de los jóvenes eran un verdadero poder municipal, en marcado y dirigido por la ciudad, y se mezclaba a la vida popular, ya que tenía la responsabilidad de distraer a la población. "Es la ciudad de los jóvenes y el pueblo en días de fiesta, la contempla y la aplaude cuando baja al ruedo y brilla bajo sus armas pacíficas". Es muy posible que el carácter religioso y pagano de esas instituciones, las exigencias cristianas del pudor y de la ascesis, hayan contribuido a la decadencia de esos ejercicios físicos y del deporte en África.

Fuera de la educación física propiamente dicha, los africanos practican los demás deportes para los cuales el país ofrece facilidades: la natación en las piscinas de termas y en el mar para los ribereños. Como lo demuestra el arte de los mosaicos, la caza bajo todas sus formas, tal como lo hemos constatado. Todavía más simple y estoicamente, los habitantes de *Hipona* y *Cartago*, como nuestros pescadores dominicales, iban a pescar en los escollos del mar, vestidos con un simple taparrabo y un gran sombrero de paja en la cabeza. Un mosaico muestra ese cuadro pintoresco. Aún en *Djémila* y *Timgad*, a pesar de su lejanía del mar, el tema de la pesca y de los pescadores, niños y adultos, florecía en los mosaicos del barrio central de la ciudad. Era parte de la cosas de la vida diaria.

CAPITULO V: RICOS Y POBRES

Un mendigo está echado en el suelo, andrajoso y con frío; luego se duerme. Sueña con tesoros; feliz, se sonríe y se menea de satisfacción. Se sorprende al ver a su anciano padre todavía vestido con harapos. Pobre mendigo que vives soñando, mientras duermes un instante de felicidad. Todo ello no es sino sueño. Hasta que despiertes, estás colmado; después del despertar, volverás a tus lágrimas. Así es del rico; cuando muere, se parece a este pobre que sueña con tesoros cuando duerme.

Así es *Agustín*, entero en este apólogo. Ilusión de quienes creen poseer, hasta que despiertan, hasta la hora de la verdad. Riqueza y pobreza, para él no son problemas. Lo son los rostros de los hombres que tiene a su cargo. Llevan nombre que él les ha dado en el bautismo, para que encuentren el reino prometido.

Los ricos son pocos pero son inmensamente ricos, mientras los pobres son numerosos. ¿Cómo hacer con todos una sola familia de Dios? ¿Cómo hacer la distribución entre lo superfluo y lo necesario, el exceso y la miseria? Incansablemente, el obispo tropieza con el problema social de la disparidad de las fortunas. Inagotablemente amonesta a los codiciosos y rehabilita a los pobres, predica lo precario de las fortunas y el evangelio de la pobreza. No hay tema que sea tan tratado, como si el chancro de la época carcomiera en esto el cuerpo social de África y de toda la antigüedad. Curiosamente, una de las raras palabras latinas conservada todavía hoy por el árabe de África es *fluss*, que viene de *follis* calderilla o pieza de bronce mezclado.

Una tierra nutrida

La paradoja de África era alimentar a Roma y alimentarse mal a sí misma. El granero del mundo antiguo apenas podía abastecer a su población de unos seis millones de habitantes. En el siglo IV y sobre todo en el V, la situación económica y social se había deteriorado fuertemente en un Imperio agotado y sin recursos. Rutas y monumentos ya no eran cuidados. Un tercio de las tierras imperiales eran improductivas. África, en verdad, era una excepción en el ocaso del Imperio.

África vive mejor que el resto del Imperio, gracias a los productos de su suelo, el trigo y el aceite. Pero los recursos están mal distribuidos. Sólo una minoría disfruta verdaderamente de la riqueza del país y del trabajo de las clases trabajadoras que, con el genio romano, transformaron África y pusieron de relieve sus ricas posibilidades. "Unas risueñas propiedades reemplazaron a los desiertos más famosos; los campos labrados domesticaron las selvas; los rebaños domésticos hicieron huir los animales salvajes", escribe Tertuliano. En África, la riqueza es la tierra, la nobleza es antes que nada rural. Se conoce perfectamente la distribución del suelo, gracias al catastro romano que lo empadronó metro a metro.

Por haber sido conquistada África es propiedad estatal por derecho. Esta posesión no es ficción jurídica, ya que el Imperio posee los ricos valles de Bagradas, donde las inscripciones conservan los nombres de siete propiedades imperiales, a menudo llamadas saltus (este vocablo designa ordinariamente unos terrenos montañosos y poblados de árboles). Esos amplios espacios fueron roturados poco a poco, transformados en campos de trigo, en viñedos, en plantaciones de árboles frutales, y, sobre todo, olivares. Son enormes plantaciones, que igualan y, a veces, sobrepasan las dimensiones de una ciudad. Enfidá sola, cubre 150,000 hectáreas. La propiedad es administrada por un regidor imperial. El jefe de obras es asistido por aparceros y colonos.

Las propiedades privadas pertenecen a grandes familias que colocaron allí parte de su fortuna. Plinio el Antiguo relata que, cuando Nerón confiscó sus bienes, seis propietarios poseían la mitad de África. En el siglo IV, los Antonii, los Valerii, los Símacos siempre son propietarios. Un documento fiscal proporciona el nombre de esas propiedades o fundi y muestra que son casi tan numerosas como las ciudades. Otros propietarios son antiguos grandes empleados del Estado que utilizaron su estancia administrativa como procónsul o como legado, para conseguir enormes propiedades en circunstancias a menudo dudosas. Las "buenas" maneras de Verres, por haber tenido menos brillo en África, no fueron menos fructuosas. Así, Julio Martiano, legado en Numidia bajo Alejandro Severo, "adquirió" tierras cerca de Lambesa. La mayoría de esos propietarios viven en Roma donde se contentan con percibir los beneficios de sus dominios. Agustín escribe a uno de ellos, Pamaquio, senador romano, que presionó para que sus colonos reintegraran la Iglesia Católica. Proba, de la ilustre familia de los Anicii, llegó a África en 410 huyendo de los Bárbaros; seguía siendo todavía suficientemente rica para tentar al codicioso Heracliano. Festo, propietario de inmensas fincas en Hipona, posiblemente jamás las haya visto. Unos y otros, como Símaco, se contentaban con hablar de la "querida África". La catedral de Hipona lindaba con la casa lujosa de una noble dama cristiana, de familia senatorial. Los postigos de la residencia siempre estaban cerrados, ya que la propietaria vivía santurronamente en Roma. Los propietarios africanos preferían Cartago, con sus distracciones y su vida cultural en vez de la soledad del campo. Era el caso de un señor de nombre Julio cuyos mosaicos narran la suntuosa existencia en el barrio residencial de la ciudad. Lo mismo sucedió con el abuelo de Fulgencio, el futuro obispo de Ruspe.

Durante el Bajo Imperio, se realizó un éxodo masivo de los señores de la tierra, huyendo de las responsabilidades agobiadoras de las ciudades; se instalaban en sus propiedades, donde organizaban una vida confortable, a menudo lujosa, dividiendo su tiempo entre recepciones, caza, juegos de dado y conversaciones serias. "Romaniano, escribe el obispo de Hipona, te pasabas la vida en mansiones espléndidas, bañándote voluptuosamente, cazando, jugando y comiendo". Lo que resume la famosa inscripción de Timgad: "Cazar, bañarse, jugar y reír, esto es vivir", o más exactamente, he ahí su vida. En consecuencia, la situación de las ciudades abandonadas por grandes contribuyentes y por una parte

esencial de sus ingresos, iba degradándose; y no podían afrontar sus responsabilidades. Templos y teatros se deterioraban tanto en Cartago como en Roma. Las grandes ciudades tomaban el aspecto de capitales suramericanas, como Buenos Aires, ante cuya vista el viajero dice: "debieron ser bellas en épocas de esplendor".

En el campo, el nombre de villa significaba primero la casa del propietario, luego la propiedad misma con todo su personal. La hacienda vivía en autarquía. Se organizaba todo lo necesario para la vida: baños públicos, tiendas, comercios y mercado. Los más ricos, como en nuestros burgos o pueblos, tenían todas las profesiones: metalúrgicos, plateros, alfareros, carpinteros y toneleros, para que los campesinos no tuvieran pretexto de ir a la ciudad. Los grandes propietarios cristianos hacían construir una capilla o una iglesia para sí mismos y su gente. Esta dependía, primero del obispo vecino, hasta el momento en que recibía a un sacerdote, incluso a un obispo. Tal era el caso de Fúsala, por ejemplo, que dependía de Hipona. Para darse importancia, a veces los donatistas con la connivencia del propietario, nombraban a un obispo, que tomaba a menudo el título de la villa o del fundus. Cerca de Hipona, una piedra conmemorativa representa dos palomas que beben en un mismo vaso; así se recordaba que unos esposos recientemente bautizados, acababan de construir una capilla: "Las premisas de nuestra virtud, ustedes pueden leerlas y verla aquí. Este edificio nuevo que contemplan, gracias a nuestro esfuerzo, fue comenzado y se concluyó".

Cierto número de esas residencias, como es el caso de la del señor Julio, se construían en nebulosa, alrededor de las grandes ciudades, como por ejemplo, Cartago, donde no faltaba espacio para jardines, y, a veces, piscina privada. Los jardines de recreo estaban llenos de rosas y cipreses; los demás terrenos llevaban olivos, viña, vergel y pastos. Todo un ejemplo de policultura. En aquel agradable cuadro, el señor Julio y su mujer recibían regalos, además de los impuestos: olivas y patos en primavera, uvas y liebres en otoño. Una granja más modesta tenía sus dependencias alrededor de un patio interior, con huerta, establos, pozo y, a menudo, torre. La periferia montañosa estaba plantada con olivos. Carneros y cabras podían recorrer las colinas vecinas en busca de pasto. A partir del siglo IV, las fincas eran cercadas con una pared de más de un metro de espesor. Gracias a unas ruinas descubiertas pero, sobre todo, a los mosaicos, es posible hoy tener una idea de las suntuosas residencias construidas en la época constantiniana. No faltaba nada. Se encontraban baños, pozos, bodegas, establos para bueyes y carneros, depósitos y viviendas para servidores. Los propietarios más refinados, incluso, poseían un "pensatorio", una especie de refugio para el filósofo. Las termas del rico romano Pompeiano que fueron descubiertas en el camino de Constantina a Sétif, dan testimonio de gran refinamiento. A juzgar por un mosaico, la residencia tenía dos alas y una torre con dos pisos. Más allá se encontraba el establo. Se conoce el nombre de cuatro de sus caballos: Delicatus, PuUentianus, Titas, Scholasticus. Los restos de una lujosa villa romana en Tabarka permiten hacerse una idea de la disposición y la suntuosidad de aquellas mansiones señoriales. La casa del dueño estaba rodeada de un parque de recreo y era construida como los bordjes actuales: en el fondo de un patio cuadrado, el alojamiento del dueño, con un piso, flanqueado de dos salitas cuadradas con techo puntiagudo que llevaba a una logia de altura media. Torres y palomares permitían cuidar la finca y la región. Más adelante, depósitos y baños con establos para ganado mayor y menor, un corral donde corrían libres patos, gallinas, perdices, pavos y faisanes domesticados. El perro los protegía. En ningún mosaico se ve un gato. Un mosaico conservó el nombre de un propietario de remontas, Soloturo, así como el de sus caballos preferidos. Todos llevan en el muslo el nombre de su dueño; dos amorcillos flotan sobre de ellos. Los caballos húmedos eran particularmente cotizados en el mercado romano. Los mejores eran amaestrados para carreras. Crescens, cochero de origen moro, ganó 1,500,000 sestericios en diez años. Esto explica lo importante que era la cuadra para los grandes propietarios.

Esas villas de tagarotes acomodados, disponían de un personal de esclavos, de servidores y sirvientas para el buen funcionamiento de la casa y la explotación agrícola. Unos mosaicos hacen ver a obreros agrícolas cuidando rebaños (Udna) y cuidando en el campo la cosecha de olivas. Los trabajadores se ven desnudos en la escena de la trilla, lo que se explica por el calor del verano. Buen número de ellos andan descalzos o

con una simple suela de piel de buey, atada con cordones cruzados alrededor del tobillo. Raramente se ven representadas las mujeres en el trabajo. Un mosaico de Trifolio de Tabarka, representa a una hilandera, sentada a la sombra de un ciprés, y cuidando un rebaño de ovejas. La labranza tenía lugar en otoño, cuando las primeras lluvias reblandecían la tierra. El arado primitivo con su reja de metal, era halado por una yunta de bueyes. El suelo africano no exigía una labranza profunda. Los mosaicos de mansiones señoriales no representan el asno ni el mulo, sólo utilizados por los pobres. No sólo eran sembradas las tierras de cultivo sino también los olivares, como es costumbre todavía hoy en Italia. Según el mosaico de Cherchel, el bereber, en un gesto simple, saca el grano de un gran saco colgado de su cuello, y el brazo a la altura de su hombro, arroja la semilla, "abriendo sucesivamente los dedos de la mano, para distribuir igualmente el grano en toda la extensión del campo". La cosecha se recolectaba con una hoz: con la mano derecha, el secador cortaba a media altura un puñado de tallos de trigo que sostenía en la mano izquierda. En verano, según el mosaico de las Cuatro Estaciones, cargaba un haz de espigas doradas, símbolo de las fabulosas cosechas africanas.

El gran propietario vivía así en sus tierras, suficientemente cerca como para cuidar la marcha de la explotación, sin preocuparse demasiado. La mujer del dueño esta representada a menudo en medio de rosales en flor. A juzgar por los mosaicos, se consagraba a su aseo, que parece haber sido su principal ocupación en la soledad de la casa de campo. Jamás se ven los juguetes o la sonrisa de un niño. Este era celebrado sólo en su muerte; aparece en estelas y epitafios. Las casas modestas se deshilachaban a lo largo de las grandes rutas, reagrupadas en aldeas u organizadas en pueblos, con calles inexpugnables, a medida que uno se alejaba de aglomeraciones para internarse en regiones menos protegidas, más abiertas a las correrías. Al pie de las montañas, las casas de esos pueblos adujadas en un repliegue del terreno, se confundían con el color de las chozas. No dejaron rasgo ni ruina.

La organización agrícola

Las grandes propiedades, fueran públicas o privadas, eran administradas por un intendente llamado procurator, que era generalmente un liberto en una propiedad pública, un ingenuo o esclavo en una propiedad privada. Dirigía la explotación con la oficina, controlaba el personal del fundo, ayudado por cuadros subalternos, esclavos como él. Esta administración directa exigía una gran cantidad de esclavos y mercenarios; desapareció progresivamente porque era menos rentable que la aparcería. En el tiempo de Agustín, la gran mayoría de esclavos ya no estaban en los fundos sino en las ciudades, cumpliendo funciones domésticas, como lo veremos.

Los colonos arrendaban cada finca. La unidad territorial de base era la centuria que cubría 50 hectáreas. Ellos mismos trabajaban un lote por su cuenta y riesgo, y pagaban sus deudas, ora con una suma de dinero, ora en productos, según las normas del contrato. En general, esos contratistas preferían subalquilar a unos colonos con pequeños movimientos. Las parcelas eran agrupadas. El aparcerero cultivaba cierta cantidad para alimentar a su familia y mejorar su condición de vida. El estatuto de esos colonos subcontratados no era dejado a la arbitrariedad del regidor, sino definido por la ley llamada Lex Manciana, del nombre de Curtilio Mancian, quizás pro cónsul en África. Esa ley promulgada en la época de Vespasiano, regía propiedades públicas y privadas.

Los sub contratados remitían un tercio de su cosecha, como se ve en Aín-Uase. La inscripción de Henchir-Metik precisa el tipo de productos: trigo, cebada, vino y aceite. Un cuarto de frejoles y un sextario de miel por colmena. Se encontró en Tebesa y en Bulla Regia, el edificio de artesas en que los contribuyentes vertían sus productos. Existían también 'en pleno campo. El edificio encontrado en Bulla Regia, estaba lleno todavía de productos almacenados. Además, una prestación de días de faena: dos días de labranza, dos de escarda y dos de cosecha, en el saltus imperial Burunitanus. En Gazr Mezuar, subían a cuatro. Unos regidores poderosos, haciendo trampa, se afanaban en aumentar impunemente los días de faena, sobre todo cuando la mano de obra servil se hacía más escasa. Esto provocaba fricciones y

conflictos uno de los cuales, había sido arbitrado por el Emperador en persona. Lamentablemente, fue un caso excepcional. Mediante sus aportes, el aparcero podía habitar en su parcela de tierra y poseía el derecho de uso, transmisible por venta o por herencia, con la condición de no haber interrumpido el trabajo agrícola durante más de dos años consecutivos. Las tablillas Albertini del siglo V, certifican que esas normas regulaban la explotación de las tierras hasta los confines del desierto. El latifundio de Flavio Geminiano Catullino de que se trata, estaba dividido en cuatro partes, subdivididas en numerosas parcelas. Cada familia trabajaba unas cuantas. Esas distribuciones se mantuvieron en Habilia y Dahel.

Una disposición de la Lex Mandana favoreció la explotación de terrenos erizados: matorrales, estepas, terrenos accidentados o tierras de trigo agotadas. Los colonos recibían gratuitamente esas tierras vacantes, excluidas del catastro, con derecho de uso y de cesión, para la plantación. Realizaron prodigiosos resultados, disponiendo cultivos de bancales, con muralla, enterradas, haciendo que las aguas empaparan la tierra en vez de perderse. El olivo era reservado para terrenos inclinados y ya agotados por el trigo e impropios para la siembra, en la montaña y la estepa. Los árboles se presentaban generalmente como plantación al tresbolí. Un contemporáneo de Agustín, Bion, se felicitaba en su epitafio por haber plantado 4000 árboles, durante los 80 años de su vida. Algunas fincas, a golpe de trabajo y de economías, llegaban a producir verdaderas fortunas. En Mactar, una inscripción narra la singular odisea de un pequeño campesino enriquecido:

He nacido en una pobre choza, de un padre sin recursos, que no me dejó dinero ni casa. Tan pronto como maduraba el trigo, yo era el primero en cortarlo, y cuando los segadores se iban a cosechar primero, era el primero en la obra, y dejaba detrás de mí haces atados a montones. Así, bajo un sol de fuego, he cortado 'dos veces seis cosechas, hasta el día en que me hice capataz. Durante once años todavía, seguí cosechando con ellos la espiga madura en los campos núbidas.

El hombre llegó a ser propietario de una finca y una casa "que lo tenía todo". Con la fortuna llegaron los honores. Le nombraron decurión, esto es, regidor municipal e incluso fue escogido por sus colegas como primer magistrado de la ciudad. El labrador terminó ocupando el escaño presidencial en el gobierno de la ciudad. "De pequeño campesino, me hice censor. Es así como mi trabajo me procuró días brillantes que lengua ninguna jamás se atrevió a enturbiar". Al final, el Señor Alcalde no se perdió la ocasión de dar una pequeña lección de moral cívica: "Oh mortales, aprendan por mi ejemplo cómo vivir sin reproche. Y como yo, merezcan por su existencia una dulce muerte". Esta carrera era a la vez arquetípica y ejemplar, al margen de la autosatisfacción. Por su nacimiento, ese hombre pertenecía al mundo de los pobres, cuyo capital se limitaba a un terreno. El padre ya era liberto y probablemente ciudadano romano. El hijo no se contentaba con trabajar su campo; se alquilaba a sí mismo como obrero agrícola. 23 años de trabajo, 12 años como obrero, 11 años como capataz, le permitieron reunir los 50,000 sestericios exigidos para ser nombrado decurión. El jornalero estaba entonces relativamente bien pagado, en una época en que el legionario recibía de 1500 a 2000 sestericios por año.

El caso de este ascenso social no es único. En la misma ciudad de Mactar, otro ciudadano, Pinanio Mústulo, muerto a los 75 años de edad, se felicitaba por haber vivido el tiempo suficiente para "engendrar con alegría, juntar una respetable fortuna, con una pequeña ganancia, sin jamás cometer fraude. Engrandecido por mis honores y los de mis hijos, al morir dejó un renombre brillante y eterno".

No todos los colonos tenían la misma suerte que estos dos que nos narran sus éxitos. La expansión de los cultivos reducía los campos de los pastores seminómadas cuyos rebaños amenazaban invadir las tierras de cultivo. Una inscripción del siglo III habla ya de un conflicto entre pastores y agricultores. La vida pastoril no se interrumpe, a veces desarrollándose a orillas de las tierras de cultivo, principalmente en los djebeles. Vida seminómada, herencia de largos siglos que sobrevivió a todas las invasiones.

Problemas y conflictos sociales

El desarrollo intensivo de los cultivos obligaba a que decenas de miles de pastores volvieran a la vida sedentaria y agrícola. En época de siega, esos felás eran alquilados y se transformaban en trabajadores eventuales. Vivían pobremente en chabolas o gurbíes, especie de cabañas de cañas, cuyo diseño apenas cambió en milenios; eran similares a la que guarda un perro berberisco, en el mosaico del señor Julio. Había una gran cantidad de mano de obra disponible en el mercado.

La región estaba superpoblada de gente sin tierra, y, a menudo sin trabajo, que venía a aumentar las filas de los bandidos y se unía esporádicamente al donatismo, que les permitía expresar su insatisfacción y discrepancia. Esos obreros eventuales, sin trabajo durante la mayor parte del año, no se integraban a ciudad alguna; eran alérgicos a la lengua y la cultura latinas y seguían hablando los dialectos berberiscos. Se sentían frustrados por la presencia romana que había ocupado la tierra de sus antepasados en detrimento suyo. El cisma donatista les proporcionó una bandera y, pronto, mártires, sobre todo en la región berebere, entre Teveste y Sitifis. Desempleo parcial, irritación política y social, oposición a la presencia romana, originaron los circunceliones. Eran nómadas o vagabundos cuyas rebeliones eran dirigidas contra el Estado como contra los propietarios de latifundios. Los elementos más violentos no se echaban atrás ante sus motines ni asesinatos. Aterrorizaban mercados, dejaban inseguras las fincas aisladas, ejercían una justicia paralela. Una de esas bandas revolucionarias, encontró un día a un rico señor, instalado en su carruaje, mientras su esclavo corría ante el tronco. Hicieron bajar al dueño, instalaron al esclavo en su lugar y obligaron a que el señor corriera a su vez. Esta anécdota fue narrada por Optato de Milevi. Por más que la Lex Mandana legiferara, no podía cambiar a los hombres con su codicia de ganancia y la voluntad de poder. Con la decadencia del Imperio y de la autoridad en los siglos IV y V, los colonos, sobre todo los que vivían lejos de las ciudades, estaban a merced de sus amos, propietarios campesinos o granjeros comunes enriquecidos.

El historiador queda asombrado por el sorprendente estancamiento de la condición rural, que lejos de mejorar, pareció haberse deteriorado cada vez más durante el Bajo Imperio. La Lex Mandana que daba al roturador una cuasi propiedad, en calidad de emulación, era violada insolentemente. Los colonos tendían a permanecer en su tierra, verdaderos esclavos de la gleba. Esta situación sirvió a los grandes y arruinó a la masa de trabajadores rurales.

Las poderosas asociaciones de aquellos siglos, que eran verdaderos sindicatos, ya no defendían a agricultores ni colonos contra las exacciones de los regidores. Los aparceros del Estado recurrían al Emperador, pero este recurso era interceptado a menudo por la jerarquía. Cuando la petición llegaba al Príncipe, la gestión era habitualmente eficaz. "Nosotros, paisanos nacidos y criados en estas tierras, escriben los colonos del saltus Burunitanus a trabajo sin duda, no queremos ser molestados por recaudadores de impuestos" de tierras fiscales". Ganaron su causa con una respuesta que estipulaba lo siguiente: "En aplicación del reglamento de los términos del estatuto que he promulgado, los procuradores ya no exigirán más de tres veces dos días de faena. Nada les será pedido irregularmente, en violación de su contrato perpetuo". Infelizmente contra la gran cantidad de abusos de poder, sobre todo en el período del Bajo Imperio, no existía recurso posible. Los que podían dejar el campo, buscaban fortuna por otros lares. Los colonos que se sublevaban o huían, eran perseguidos. Si eran encontrados, expiaban su pena en los ergástulos, sin tener en cuenta ley alguna. Se encontraron collares de plomo o de cobre que los infelices de ambos sexos debían llevar.

El Estado era a menudo el mejor patrón porque defendía menos su interés particular. Lastimosamente, era servido por sus recaudadores de impuestos, que disponían de fuertes capitales, de relaciones eficaces, y hacían en las tierras imperiales lo que les venía en gana. Además, propiedades imperiales y senatoriales gozaban de grandes privilegios en materia fiscal, en una época en que los impuestos aplastaban literalmente a los pequeños propietarios y colonos. El poder de los latifundistas era tan grande que, en connivencia con los repartidores de impuestos, podían hacer recaer la mayor parte de cargas efectivas sobre decuriones y pequeños propietarios. Los procuradores de fincas tenían el derecho de policía,

disponían de la fuerza armada y podían hacer expulsar a los indeseables de sus tierras. Bajo Maximino, en el siglo III, un procurador en África podía, en las barbas del procónsul, proscribir y asesinar a cantidad de colonos. En la época de Agustín, los funcionarios de latifundios acabaron por ser jueces en los asuntos ordinarios. El resto de litigios eran solucionados en su presencia. San Agustín colocaba a las autoridades de los latifundios en el mismo nivel que las de la ciudad. Administraban justicia, y cometían injusticias, como por ejemplo, el no pagar a sus obreros.

Durante la controversia donatista, las iglesias ortodoxas pedían la protección (tuitio) de los latifundistas, así como la de los magistrados municipales. Pamaquio ejercía presión para que los colonos volvieran a la Iglesia Católica. Agustín le felicitaba y le rogaba actuar de la misma manera ante los senadores romanos que poseían tierras en África. El obispo de Hipona escribía a Festo, otro acaudalado personaje y alto funcionario del Imperio, que poseía tierras en la región de Hipona, porque sus colonos pasados al donatismo representaban un peligro para la comunidad católica. Le pedía trabajar "en la conversión de los que no son católicos". Se conservó otra carta, en que el mismo obispo ruega que "su hermano, el señor Donato", pro cónsul de África, que ha vuelto a la religión, exhorte con suavidad y benignidad a que todos los hombres del país de Sinit, en Numidia, e Hipona (donde parece tener propiedades también) entren en la comunión de la Iglesia Católica".

La ambigüedad de la controversia donatista, sus implicaciones políticas y sociales, explican las presiones ejercidas por ambas partes. Un propietario donatista, Crispo de Cálama rebautizó formalmente a ochenta colonos de su latifundio. Lo que ilustra la connivencia entre ricos y disidentes. El alejamiento de los centros urbanos permitía que los señores de la tierra sustituyeran a la autoridad estatal y aterrorizaran a los habitantes de la gleba. Encarcelaban a esclavos y por un motivo legal ejercían hasta la pena de muerte." Actuaban de la misma manera con libertos y colonos. Para protegerse, los pequeños propietarios y pueblos que no gozaban de la protección de asociaciones, debían ponerse bajo la tutela de un gran propietario y transformarse en clientela suya. Incluso un obispo ponía en un latifundio recién comprado, el titulus, el título ficticio de algún gran personaje, para escapar del fisco. Uno de sus clientes, que se sabía protegido por un poderoso, replicó a su adversario: "Mientras mi señor tenga la cabeza encima de los hombros, no puedes nada contra mí".

El escándalo fiscal

En la época del Bajo Imperio, el gran conflicto estaba en el régimen fiscal, que paralizaba literalmente la economía rural. La reforma de Diocleciano y de Constantino tasaba en principio la explotación agrícola según su superficie y la cantidad de trabajadores. En realidad, el número de los que cobraban, había llegado a superar el de los contribuyentes; por lo tanto, los colonos que estaban agotados por la enormidad de contribuciones, preferían echar la soga tras el caldero. ¿Por qué trabajar si, en resumidas cuentas, no quedaban más que deudas?

El impuesto en especie, la antigua anona, trigo, vino, aceite y tocino, era recogido por los perceptores, conservado en las tiendas y de allí transportado a las mansiones, controlado por las ciudades o dirigido hacia los puertos de embarque. En los muelles, los inspectores cuidaban a los estibadores y a los esclavos que amontonaban sacas de trigo hechas de basto tejido, mezclado de lana, pelaje de cabras y camello. Los dibujos de los tejidos permitían reconocer su origen: altiplanicies u oasis del Sur. Una saca que reventaba, provocaba destellos dorados. A pesar de las amenazas, los impuestos ingresaban irregularmente. El fisco mandaba sus agentes, que eran particularmente odiados. Los militares que se abastecían de los depósitos estatales, mandaban a su vez inspectores, lo que, según Agustín, no ayudaba a la buena fama del ejército.

Para escapar del fisco que lo aplastaba, el pequeño propietario cedía su tierra por donación o por venta y la recuperaba cargada de deudas. Uno de los ricos señores de Hipona, Romuliano, parroquiano de San Agustín, exigía que sus campesinos pagaran dos veces su deuda, cuando no podían ni pagarla una vez. La carta firme y llena de indignación de Agustín lo dice todo en relación a la desvergüenza de los regidores

que actuaban en connivencia con sus maestros. Otros propietarios arrancaban por la fuerza transacciones y donaciones, usurpaban las tierras de los pequeños, viudas y huérfanos sin defensa ni recurso. Eran los reyes de la usura y consumían a los pobres. Si eran cristianos, provocaban el escándalo entre los paganos. El gran propietario establecía unos mercados en sus tierras, lo que le permitía ejercer su dominio sobre los colonos, de los cuales muchos se endeudaban en esas ferias donde los nómadas vendían sus animales, los campesinos sus cosechas, ambos su alfarería y los utensilios de casa. Los productos comercializados eran sometidos a impuestos.

Sólo los propietarios poderosos eran considerados por la ley; si no eran simplemente dispensados. Las disposiciones jurídicas les daban cuatro meses para pagar su deuda, según "su devoción espontánea". En otros términos, para los más ricos, el reglamento del impuesto dependía de la buena gana de los dueños de las tierras.

El regidor -o el usurero- prestaba el dinero y reclamaba además del interés, aceite, trigo y vino del prestatario indefenso. Estos mercados se espaciaban en el tiempo para evitar la propia concurrencia. Todavía hoy, existe el suk-el arba, mercado del miércoles, y el suk-elkhemés, mercado del jueves. Como disponían de amplios depósitos, los grandes propietarios conservaban sus productos para venderlos en años de escasez y así poder hacer subir los precios. Eran los dueños del comercio y de la industria. Al ser los únicos clientes rentables para las pequeñas empresas, eran los comanditarios buscados del comercio y de la industria.

Esta posición les permitía pingües beneficios. El poder del empresario privado, era una característica permanente de las sociedades mediterráneas y existe aun hoy en la Italia del Sur.

La prepotencia de los latifundistas se extendía a la vida pública. Agustín escribe a uno de ellos para pedirle que no queme la iglesia de un sacerdote que se había opuesto a él en un proceso. ¡La Ley del más fuerte! Como eran temidos e influyentes, detenían los nombramientos; se esforzaban para que fueran elegidos obispos de su onda política. Esto embrollaba singularmente la controversia donatista. El ejemplo de Agustín muestra con evidencia que un joven aún brillante no podía hacer estudios sino sólo con el apoyo de un rico propietario y luego debía hacer carrera con sus recomendaciones poderosas. Romaniano era el modelo de ricos mecenas que gastaban su fortuna tanto por fausto y ostentación como por generosidad de corazón. Para tener éxito en África y conseguir puestos, médico, abogado y profesor recurrían necesariamente a terratenientes. Para remediar a ese monopolio, el Concilio de Cartago en 401, pidió que el Emperador instituyera defensores, o sea unos mediadores que tomaran la defensa de los pobres contra los poderosos ricos. Los que eran cristianos interrogaban al obispo de Hipona, como aquel riquísimo Publícola, yerno de Melania la Antigua. Lo que le preocupaba, no era la justicia social, sino la casuística. Se preguntaba de si el juramento hecho por un "salvaje" de sus tierras, en el país de Arzuges, a uno de sus capataces, en presencia de un decenario, era legítimo. No se preocupaba de todo lo que estaba contaminado por el culto a los ídolos. Nunca se interrogaba -ni interrogó al obispo- sobre la manera cómo los regidores trataban al personal, sobre las condiciones de vida de sus colonos y esclavos. Tal silencio demuestra bien que el ejemplo de su suegra había dejado poco rastro en toda su vida. No trocó la toga senatorial por el sayal del fraile, ni abandonó sus tierras. Tampoco comprendió la caída de Roma.

A fin de remediar eficazmente la situación social y vencer a los ricos en su propio terreno, la Iglesia se transformó a su vez en potencia económica a través de legados, compras, dones y donaciones. En Hipona, la basílica se anexó toda una barriada con las instalaciones industriales. Los productos eran distribuidos a los pobres. Ciertas iglesias poseían fundi donde trabajaban colonos. Esa gestión recargaba singularmente la tarea de los clérigos y significaba una lastimosa tentación para los que carecían de celo apostólico y evangélico. Provocaba la fácil acusación por parte del pueblo, "de usar y aprovechar los bienes de la Iglesia" como si fueran sus mismos dueños. Ciertas comunidades se esforzaban por encontrar a un obispo rico, a fin de satisfacer sus necesidades materiales. Hipona y Tagaste discutían por tener al riquísimo Piniano, de la familia de Melania, lo que estuvo a punto de sembrar discordia entre Agustín el

obispo de Tagaste. Los fieles de Trave reivindicaron la herencia de su obispo, Honorato, venido del monasterio de Tagaste, que todavía no había dispuesto de sus bienes.

Los esclavos

El problema de los esclavos había evolucionado durante los primeros siglos: la situación en el siglo IV ya no era la del III. La veneración dada a Felicidad con la noble Perpetua en la comunidad africana, era una lección permanente que no dejó de dar frutos. En la época de San Agustín, la mano de obra servil había disminuido mucho en el campo. Se compraba caro y era menos rentable al uso. ¿Cuántos esclavos quedaban todavía? Es difícil responder, más aún cuando dejaron pocos vestigios y sus tumbas a menudo eran anónimas. A pesar de esta evolución, existían aún cantidad de esclavos, sobre todo para las grandes propiedades imperiales y senatoriales. La prueba es que la riquísima Melania pudo libertar de una sola vez a más de ocho mil, antes de dejar África. Eran empleados en las propiedades directamente administradas por los regidores. Se repartían en cuadrillas, bajo la dirección de monitores, también esclavos. Incluso existía un colegio de gente servil, en una tierra senatoria.

Los esclavos poseían sus chozas, *cellae rusticae*, donde podían tener una vida familiar. Se favorecían los nacimientos que, como en África negra hoy, enriquecían la mano de obra y el patrimonio. Incluso se hablaba de *marita*; *uxor*, *conjux*, sin que estos títulos fueran reconocidos legalmente. A menudo se ocupaban del ganado, como *palafreneros*; otros eran pastores. Entre ellos existía una mano de obra especializada que dirigía los trabajos de construcción: torre, fortificación, conducción de agua; también ejercían las profesiones de herrero y carretero. Otros eran escribanos funcionarios, ecónomos, guardianes de caja de caudales o caja fuerte, mozos de despacho o correo. Los esclavos tenían el derecho de conservar para sí parte de sus beneficios. Lo que les daba un *peculio*. Ese dinero les permitía comprar su libertad. De hecho, su situación apenas se diferenciaba de la de los colonos. Estos últimos tomaban cada vez más importancia.

A veces se trataba de niños robados o vendidos por sus padres, como salida a su desesperación. Basilio y Ambrosio relatan casos políticos en que un padre estaba obligado a vender a un hijo para pagar sus deudas. Los que provenían de *razzias* entre las tribus de Mauritania, eran particularmente difíciles de educar. Se les trataba con dureza, lo cual explicaba las tentativas de fuga y los motines endémicos: *Revuelta* y fuga eran castigados con penas corporales y purgadas en las prisiones. En un sermón, Agustín enumeró algunos de esos malos tratos, cadenas, calabozo. Uno de ellos fue molido al girar una rueda. El esclavo gritaba hacia la mano que le golpeaba: "Piedad, piedad". Se encontraron esposas de esclavos con la inscripción siguiente: "Agárrame, me he escapado. Devuélveme a mi amo". Esos tratamientos prohibidos por ley, podían ir hasta el sadismo. Sin duda eran menos frecuentes en el siglo IV. Se entiende que hayan existido en regiones rurales aisladas, cuyo señor o regidor, lejos de todo control judicial o policial, podía mofarse del derecho y de la legalidad. Nadie osaría denunciado a la justicia, señalaba el Obispo de Hipona.

La mujer esclava era naturalmente para el amo una tentación ante la cual sucumbía fácilmente. Otros amos, verdaderos proxenetas, entregaban la esclava a la prostitución. Se encontró el esqueleto de una mujer de unos 40 años, que llevaba en el cuello un collar de plomo en el cual estaban grabados su nombre y profesión: *adultera*, *meretrix*. *Tene quia fugivi de Bulla Regia (adúltera, prostituta. Agárrame. He escapado de Bulla Regia).*

La gran cantidad de esclavos en el ocaso del Imperio, se encontraban en ciudades, donde prácticamente cada uno tenía uno por lo menos. Su número variaba según el nivel de vida, un poco como la servidumbre en Francia. Según un sermón de San Agustín, un hombre no muy rico poseía varios esclavos. Iglesias y clérigos los tenían a su servicio. Esos esclavos urbanos, mano de obra especializada que había recibido una formación profesional, eran muy apreciados. Provenían de mercados extranjeros. Al disminuir su número, aumentaron los precios. Por eso recibían mejor trato y remuneración que en el campo. El gran

número de los que lo deseaban, llegaban a conseguir su libertad. Su condición era a menudo más suave y confortable que la de hombres libres. Comían hasta hartarse, mientras los otros se quejaban por el hambre. Excepto el gozo de la propia libertad, nada les distinguía del colono. "Cuántos esclavos lo tienen todo, observaba Agustín, mientras unos libertos son reducidos a la mendicidad".

Dentro de su cuerpo social, había una jerarquía. Los que servían en las grandes instituciones, como el imperator, la administración, gozaban de una situación privilegiada. Los esclavos ocupaban a menudo puestos de confianza. La nodriza era parte de la familia. El pedagogo llevaba el hijo a la escuela, cargaba su cartera, como antiguamente el ordenanza del capitán. Otros se encargaban de los castigos corporales en los niños del amo. Un esclavo guardaba generalmente la caja fuerte. Agustín describe aún el escondite: "Es un lugar sólidamente construido, una pieza protegida por fuertes murallas. El cofre es de hierro". Las familias ricas tenían a un negro como mozo de baño o sirviente de mesa, como lo dejan ver los mosaicos, por ejemplo, en Timgad.

La servidumbre que choca nuestra sensibilidad, no era sentida de la misma manera en la Antigüedad tardía. Si algunos filósofos estoicos de la época la negaban, aparecía como un hecho y una necesidad a la vez económica y social. Sin embargo, es verdad, que los bandoleros, en un movimiento contra el orden establecido, obligaron a que los amos, sobre todo en el campo, libertaran a sus esclavos. La Iglesia del Bajo Imperio del Oriente al Occidente, sin detener los movimientos de insurgencia, empezó a dudar de la legitimidad de la institución. Su acción hizo evolucionar incontestablemente la esclavitud hacia nuevas formas de trabajo. Juan Crisóstomo, realista, ve en la esclavitud el precio de la avaricia y de la codicia: mano de obra barata. El obispo de Hipona en la Ciudad de Dios, la explicó como una tarea fruto del pecado. Cuando él veía a un esclavo querido, vendido en el mercado como un caballo, un terreno o un objeto de plata, comenzaba por interrogarse sobre la legitimidad de semejante asimilación, que hiere la dignidad humana. "Grave problema", decía, sin atreverse a responder. Protestaba contra la deshumanización comercial, que hiere la conciencia cristiana, pero él mismo en la enumeración de los bienes, colocaba al esclavo entre el dinero y los animales. La Iglesia prefiere actuar sobre los hombres más que sobre las estructuras, que siempre acaban por ceder. Se esfuerza por hacer comprender la incompatibilidad de la condición servil con la dignidad de quien esta hecho a imagen de Dios.

"¿Acaso se paga la imagen de Dios?", pregunta Gregorio de Niza. En un primer tiempo, la autoridad religiosa buscaba atenuar el rigor de la situación, pidiendo que los cristianos trataran a los esclavos como padres de familia y vieran por todas sus necesidades. Les animaba a tener una familia y que la reconocieran.

La liberación de los esclavos se generalizaba. Constantino había permitido que el clérigo liberara su esclavo e hiciera de él un ciudadano romano, incluso fuera de toda solemnidad litúrgica o legal. El esclavo que se hacía clérigo recibía la libertad de manos de su amo, que se demoraba a veces en hacerlo, o rehusaba hacerlo para sacar provecho de lo que recibía el promocionado. Una vez ordenado sacerdote, ya era libre. Quienquiera que se hiciera monje, debía liberar a sus esclavos. Algunos entraron con su amo al monasterio, sin ser emancipados por lo tanto. Melania la Grande llevaba esclavos con ella a Belén. Después de tres años de noviciado, el esclavo podía ser admitido a pronunciar votos y ser libre. Incluso antes de esos plazos, si su conducta era ejemplar, el propietario ya no podía hacer valer sus derechos. La Iglesia alentaba a que los amos cristianos liberaran a sus esclavos. La ceremonia tenía lugar a veces en la iglesia. Agustín describió el rito ceremonial en un sermón.

Quieres liberar a tu esclavo. Llévale de la mano a la iglesia. Se hace silencio. Se lee tu acta de liberación donde expresas tu intención de otra manera. Proclamas que das libertad, porque en todo se mostró fiel contigo. y él rompe el acta de compra.

Otro amo cristiano no sólo rehusó ser compensado por su esclavo liberado, sino que dijo: "Sería inicuo recibir ni siquiera una migaja de sus economías. Al contrario, prometo aumentadas más adelante con mis liberalidades". Delicadeza de alma que permite probar el cambio de mentalidad que se daba en el siglo V.

La vida social en la ciudad

En vez de oponer ciudad a campo, mejor sería reconocer la diferencia, y aún la oposición, entre la población que pertenecía a un solo propietario, y la que estaba constituida por múltiples pequeños propietarios. Por razones de rendimiento, el Estado no favorecía la parcelación de las tierras, que tendía a agrupar a agricultores autónomos.

La ciudad donde afluía la mano de obra en busca de trabajo, presentaba un aspecto bastante abigarrado. Las ricas villas suntuosamente instaladas, contrastaban con los barrios populares, donde se amontonaba sin comodidades la gente humilde. Favelas y chabolas, como en las ciudades del Tercer Mundo, constituían el chancro de las grandes ciudades, donde confluía como espuma de mar, todo aquel que buscaba trabajo, seguridad, y protección contra la arbitrariedad o el anonimato. Las diferencias sociales acercaban más que separaban en África. El gran señor y el mendigo se codeaban y se conocían. Los pobres admiraban más que envidiar a la gente acomodada. De ellos dependían y de ellos aprovechaban. Muchas veces, Agustín repitió en sus sermones sus reflexiones admirativas: "Allí están con envidia: saben vivir. Ellos solos". A propósito de una hermosa propiedad, dicen: "Pertenece a un senador, que se llama fulano. El es propietario: ¡Hombe feliz!"

Para juzgar las disparidades sociales a partir de datos sólidos, es necesario primero conocer el nivel de vida en África: La moneda romana, estable durante los dos primeros siglos de la era cristiana, se devaluó de manera gradual durante los siglos III Y IV. La unidad monetaria se contaba en denarios (4 sestericios) o en sestericios que se han tasado en 1 dólar. En un sestericio, había 4 ases.

Si es difícil tasar una moneda que sufrió múltiples devaluaciones, por lo menos se pueden establecer comparaciones entre diversos productos y diversos gastos. Las inscripciones africanas proporcionaban numerosos datos. Infelizmente, raramente aparecen con fecha. En su conjunto, son de por lo menos un siglo anteriores a San Agustín. Con un as, en una ciudad, se podía comprar una lámpara o ir a las termas. El mosaico de Kalfún, cerca de Sétif, que da este último dato, añade: "Mañana gratis", como en casa del peluquero, Un veterano preveía nueve den arios para la ceremonia aniversaria frente a su monumento: dos denarios a las dos sobrinas y a la mujer, tres para limpiar, perfumar y coronar la estatua y poner dos velas. Más exactas son las comparaciones, a partir de los derechos de concesión: caballo y mulo pagaban un mismo derecho por ser tasados de manera más o menos igual. Unos 50 denarios, el esclavo; 400, el caballo. La inscripción de Sica Veneria (El Kef, Noroeste de Túnez) relata una fundación para niños pobres, de tres a quince años. Concedía diez sestericios por mes a los muchachos, ocho para las muchachas. Lo que le daba la cantidad de 120 o 96 sestericios por año, sin duda sólo para la alimentación. La Ley exigía disponer de 5000 sestericios para no ser catalogados entre los económicamente débiles, los pauperes.

En la época diocleciana que abre el siglo V, está el edicto que presentaba los precios autorizados para los productos comerciales y los salarios. El peluquero recibía dos den arios por corte de pelo; un escriba era regiamente pagado, recibiendo 25 denarios por 100 líneas. El precio de los salarios, además de los alimentos, era dado por el empleador. El salario más bajo era el de la tejedora a domicilio: 12 denarios por día; un pastor, 20 denarios; un jornalero, un obrero no especializado, 25; y si era calificado, el doble. ¿Quién podía mantener una familia con 25 denarios? En las ciudades, el pan gratuito o barato permitía sobrevivir. ¿Cómo vestirse, además, cuando un par de zapatos de campo estaban más caros que unos zapatos de lujo?

Por otro lado, nadie podía ser recibido en la curia de los senadores sin un censo de un millón de sestericios. La fortuna mediana de los caballeros (paladines) era de 400,000 a un millón de sestericios. La burguesía municipal a la que pertenecía el padre de Agustín, accedía a los cargos pagando una suma que variaba según la importancia de la ciudad: en Cartago, 38,000 sestericios; en Hipona, 10,000; de 4 a 5000 en las ciudades medianas como Tagaste o Tevestel. La tasa más baja conocida era la de Altiburos, que era sólo de 2000 sestericios; el ingreso lo era por un capital de 40,000 sestericios. Los burgueses africanos, candidatos a cargos públicos, debían tener por lo menos 50,000 sestericios. ¿Cuántas personas en África podían acceder a esta élite local, regional o nacional, de la cual hemos visto un exitoso y espectacular ejemplo en Mactar? Muy pocas. El resto de la población vivía "en una pobreza mediocre o sórdida". Al

lado de grandes fortunas, existía en una ciudad como Cartago o aún Hipona, cierto número de familias acomodadas, algunos terratenientes y cantidad de hombres de negocios, enriquecidos en el comercio de exportación de productos. En general, no eran gentes muy escrupulosas. El público les señalaba con el dedo. Les atraía más la elocuencia y el prestigio de Agustín, que la devoción. El obispo les conocía por haber visitado sus residencias, donde los amos vivían "rodeados del respeto de los viejos servidores nacidos en el latifundio". Cuando Agustín hablaba de los ricos, hablaba también a los ricos; conocía su bienestar, sabía que lo superfluo de ellos representaba lo necesario para el pobre. Hacía el inventario: "Tienes oro, tienes plata, esclavos, tierras, árboles, ganados, servidumbre". Y en otra parte: "Tienes plata y oro. Tienes gemas, joyas y vestidos de brocado; tienes agradables jardines". El obispo utilizaba una imagen que curiosamente se encuentra en la literatura de los santos musulmanes: "Sepa este rico que sus bienes son para él una posada; sirven para rehacer las fuerzas y volver a marcharse, porque es un viajero; no lleva consigo lo que encuentra en la posada. Otro vendrá luego y se alojará a su vez".

Mas abajo en el escalafón cívico, se encontraban en las principales ciudades los incolae. Son extranjeros, privados de derechos de ciudadanía, como los obreros norafricanos o portugueses en Francia. Mano de obra barata, subproletariado desfavorecido. Están mal alojados, en la mapalia, tugurios de la Antigüedad que cercaban las ciudades. Para Agustín, simbolizaban la precariedad de la existencia humana. La mayoría de los ciudadanos cristianos vivían miserablemente. "Los pobres son aquí mayoría", observaba un día Agustín. "Pocos ricos, innumerables pobres", decía en otra parte. Hipona debía de parecerse a las demás ciudades. El modesto presupuesto bastaba apenas para el alimento y el vestido. En Tagaste, la familia de Agustín llevaba vestidos usados y remendados. Tanto en África como en Roma, los ciudadanos aprovechaban de los servicios comunes: termas y espectáculos. La mayoría vivía de recursos extremos: espórtulas o gratificaciones distribuidas por los ricos, banquetes de corporaciones, sacrificios públicos, en que los participantes consumían carnes ofrecidas. Esto mejoraba el menú ordinario. Las inscripciones nos dejan datos sobre fundaciones de banquetes o comidas anuales, por ejemplo, por los idus de mayo. En Tuga, el ingreso de una fundación de 100,000 sestericios permitía dar una comida a las curias, unas espórtulas a los decuriones, y gymnasia (distribuciones de aceite en las termas), con una representación teatral. La espórtula iba de 1 a 7 denarios, mientras una buena comida costaba 1 o 2 denarios. En Cirta, todos los ciudadanos recibían una vez al año, un denario de una donación, ocho de otra. En Rufak, en el Constantínés, daban 1 denario a cada miembro de un colegio. Las inscripciones tenían la doble ventaja de recordar a los ciudadanos sus derechos y mantener vivo el recuerdo del donante. Sobrevivir en la memoria de los ciudadanos, ¿acaso no era el sueño de todo burgués y de los notables? Los más afortunados, pero también los más despreciables, vivían a expensas de un amo que les alimentaba y les protegía desde la altura. Esa clientela se convertía en un signo exterior de riqueza; el donante se sentía halagado y protegido. Agustín lo enumeró junto con el oro, la plata, la vestimenta, los esclavos, los ganados y los honores. Los fieles pobres podían recurrir a la comunidad. Esta les alimentaba con los ingresos de sus tierras y las ofrendas de los fieles. Hipona disponía de un vestuario que permitía que fueran vestidos los más pobres. Las fiestas litúrgicas eran ocasión para hacer distribuciones. Los bienes de la iglesia de los que el obispo era administrador, pertenecían a los pobres. La comunidad organizaba la asistencia, acogía a los extranjeros y los casos de asistencia social: huérfanos, viudas, víctimas de razzias. "Da limosna; estás dando a tu ayudante, decía Agustín en un sermón, El almacena para ti en el cielo lo que le das.

Pobre y pobreza ocupaban en la predicación de Agustín el mismo lugar que tenían en la calle, en que ricos y mendigos se codeaban constantemente. "Me hago mendigo por los mendigos", exclamaba el obispo. Eran la mayoría. Agustín no podía llegar a la basílica sin encontrarles. Era triste el no poder satisfacer a todos:

Cada día, por desgracia, tantos indigentes piden, gimen, suplican; dejamos a muchos en su tristeza, porque no tenemos qué dar a todos. Al venir a la basílica, he sido detenido por los pobres. Me suplicaron decir una palabra a su favor. Pues, en estos últimos tiempos, no han recibido nada de ustedes. Evidentemente esperan que nosotros, gente de Iglesia, les demos algo. Hacemos lo que podemos, pero

nuestros medios están limitados. Somos sus mensajeros ante ustedes. Han escuchado y me han aplaudido. Deo gratias.

Otros mendigos golpeaban a la puerta, donde cantaban: "Tú das a este mendigo cuando te pide. Feliz quien no espera ser solicitado para dar. Invítales, nútreles, alégrate cuando están repletos, porque comen de tu pan, y tú de la justicia de Dios". Otra vez, el obispo analiza los sentimientos de quien da: "Has acogido a un pobre en tu casa. Estás en la duda. ¿Es verdad? Quizá sea un impostor, un hipócrita. Dale a pesar de todo. Si es malo, tu gesto quizás le haga bueno". Y más incisivo todavía: "Mira al pobre a tu lado. Tú eres rico, no eres sino un mendigo en la puerta de Dios". Agustín penetró el sentido del pobre, expresó la injusticia de las disparidades y las ilusiones de los acaudalados. Por lo menos, el pobre estaba cerca de su identidad real. Vive la parábola del hombre, de la humanidad en presencia de Dios. Un día, Agustín los increpó en un sermón: "Si tienes hambre y sed, eres un mendigo de Dios. Así estás en la puerta de Dios. Otro mendigo está en tu puerta. Como actúas con él, así actuará Dios contigo". El obispo de Hipona felicitaba a los que vivían de buen humor y cantaban las alabanzas de Dios. Pero no se engañaba. Sabía que el vagabundo con que se había encontrado, sin duda había acariciado demasiado la botella, o simplemente había encontrado a alguien que le había invitado a beber. No se hacía ilusión alguna con los que ahogaban su pena en la embriaguez. Sabía también que miseria e indigencia no aíslan de la codicia: existen ricos con harapos, porque el deseo quema más que la posesión de los bienes. Los hay, que llamaron la atención del pastor de Hipona: tenían facha de señores andrajosos. Eran ricos de pobreza. Eran los pobres de Yavé. Existen todavía hoy en día, harapientos y ciegos, en las puertas de las ciudades de África y del Oriente.

El chancro de la usura

La usura estaba muy extendida. Tenía casa propia y tomaba aspecto de profesión honorable. Incluso se le consideraba como un arte. Los que la practicaban formaban una corporación de utilidad pública. Conseguían enormes beneficios. Lejos de avergonzarse, se exhibían en la plaza pública. Ambrosio decía que era una especie de guerra que mataba sin recurrir a las armas. La usura era una costumbre generalizada que practicaban grandes y pequeños y hasta familias senatoriales. Revestía todas las formas imaginables, desde el pequeño préstamo de mano a mano, hasta los préstamos bancarios. La regla permitía hasta el 4% de intereses, pero casi siempre era rebasado. Algunos llegaban hasta el 75% y aún 100%.

Parece que los mismos clérigos se dedicaban a la usura. El Concilio de Elvira degradaba al clérigo usurero. El Concilio de Cartago en 397, prohibió a los clérigos recibir más de lo prestado. El obispo prevenía la objeción: "Haz lo que dicen, pero no imites lo que hacen".

El Maestro de Hipona, apoyándose en el Evangelio, condenaba sin condiciones la usura: "Es un crimen detestable, odioso, execrable". Los cristianos debían de tener horror al usurero: "Se enriquece con las lágrimas ajenas". Los mismos que ayer lloraban, porque habían perdido sus bienes, amontonan hoy una fortuna con el bien ajeno, observaba San Agustín. Otro usurero se rebelaba contra el obispo, que le prohibía su medio de sustento: "No tengo otra cosa para mantenerme -Tú hablas como el ladrón, sorprendido en flagrante delito, como el proxeneta que hace trata de blancas, como el mago que hace tráfico con su mal, o comercio con su iniquidad". El obispo de Hipona rehusaba la limosna hecha por exacciones y usura, así como las donaciones que provenían de un bien mal habido. Frenaba la generosidad de las mujeres en ausencia de sus maridos. Si era legítimo reclamar un préstamo, mejor era saber pagar una deuda: "Deja ahí al desdichado que llora cuando le reclamas. Cuando venga el juicio, dice Dios, yo te lo pagaré. Por una libra de plata, te daré una libra de oro".

Conciencia cristiana ante la desigualdad

Disparidad de fortunas, situación extrema la condición de los humildes y pobres, comercio y ganancias, planteaban un problema a la Iglesia. En Milán, Capadocia, África, no existía obispo alguno que no se planteara esta cuestión. Se ha visto que los escrúpulos de un Públicola no se referían tanto a la desigualdad ni a la dignidad del pobre. Ya, a mediados del siglo II, la Didaché o doctrina de los Doce Apóstoles, escribía: "No rechaces al indigente; ten todo en común con tu hermano y no lo uses como si fuese tuyo. Si comparten los bienes inmortales; con mayor razón los bienes que perecen". Durante la época de la antigüedad cristiana, la Iglesia repitió incansablemente que Dios dio los bienes a todos por igual, ricos y pobres, y sacaba la conclusión de que todos debían compartirlos. Si Agustín no tuvo la misma firmeza de lenguaje que Basilio o Ambrosio, repetía sin embargo hasta la saciedad que la tierra y sus bienes habían sido dados por Dios a todos, y la existencia de pobres y necesitados era un insulto a la munificencia divina. El obispo de Hipona conocía los procedimientos de los ricos; citaba ejemplos de exacción que rayaban hasta la crueldad. ¿Ha visto Agustín, como Ambrosio, a algunos acreedores oponerse a la sepultura de sus deudores? ¿Unos padres obligados a vender a sus hijos? Mezclado en conflictos de intereses como juez y árbitro, conocía las mil y una maneras de enriquecerse, aprovechar del desamparo para comprar un campo a mitad de precio, timar a viudas, cosechar testamentos, establecer fortunas en base a la usura y el fraude. El robo poseía muchos rostros: falsear balanzas, hacer reservas para alzar los precios en tiempo de escasez. Todo se compraba: elocuencia, jurisprudencia, milicia, usura, perjurio. En la debacle económica del Bajo Imperio, las ocasiones para traficar con el hombre del pueblo, eran frecuentes y ejercidas sin pudor:

Sabes amontonar, sabes conservar, sabes dónde invertir, a quién prestar para no perder lo que posees. Eres creyente y quisieras que Cristo te garantizara contra las pérdidas; la fe sería una garantía más segura si pusieras tus riquezas donde él te lo aconseja: entre manos de pobres.

No faltaban en la predicación de Agustín las llamadas de atención: "Cuidado que al hacer presa del pequeño, llegues a ser presa de uno más fuerte. ¿Te olvidas de que estás en el mar? ¿No ves que los peces gordos se comen a los pequeños?". Además, la ganancia afila el apetito. El deseo engorda. La codicia de ganar engendra avaricia. Otro tema que vuelve incesantemente: el rico tiene dos amantes: el exceso y la avaricia. Parece ser que la segunda es más tiránica aún que la primera. A padres avaros, hijos pródigos. Agustín ironizaba a quienes escondían sus bienes: "Ni siquiera los miran". Te sacas el pan de la boca para ahorrar. Tus herederos lo dilapidan en calaveradas y en despilfarro". Incluso forrado de oro, el avaro tiene miedo a morir mísero". Se confunde con la alcancía que él llama su sangre. "Eres rico exteriormente. Al interior eres un desgraciado". En consecuencia, el obispo rehusaba las liberalidades que eran fruto de exacciones: la limosna no disculpa ni borra la justicia". La riqueza no te deja en paz. Temes al ladrón, temes al bandido, temes al servidor infiel, temes al vecino malo, pero poderoso. Cuanto más se posee, más se teme". Ante iguales situaciones, frente a los mismos propietarios enriquecidos, Agustín no era Ambrosio. Este, patricio de nacimiento, sabía lo que era la riqueza del Bajo Imperio, a la que había renunciado. Podía comparar a los terratenientes con el rey de Israel que había despojado a Nabot el pobre, y decir: "Esta historia se repite todos los días a nuestra vista". El obispo de Hipona buscaba penetrar los recovecos del corazón para descubrir la raíz del mal, el deseo y la codicia en el rico. La riqueza no hace más que desencadenar en él la necesidad de poseer, le excita más que calmarle. "La copa no les basta; necesitan beber en el río". Sin cansarse, a tiempo y destiempo, el obispo de Hipona inculcaba a sus fieles la necesidad de compartir. La limosna para él, era un deber de justicia. Es imposible vivir el Evangelio, comprender la bienaventuranza de los pobres, buscar los bienes prometidos, sin comenzar por dejar lo superfluo, "para alcanzar la absoluta libertad del ser, por la absoluta libertad del tener". Se podría escribir todo un tratado sobre los sermones que hablan de la limosna. Era una forma de distribución equitativa, un medio de restitución. Lo superfluo del rico es no sólo lo necesario, sino el derecho del pobre. "Quien da limosna, lo hace no con lo que le pertenece, sino con lo que pertenece a Dios". Poseer lo superfluo, es poseer el bien ajeno". "No dar lo superfluo, es robaro-". Pero, con todo, la desproporción entre las clases

sociales era tan brutal, que la palabra de Juan Crisóstomo sigue siendo tan verdadera en África como en Antioquía: "Una ciudad de pobres puede bastarse a sí misma, mas no así una ciudad de ricos. Ninguna ciudad podrá bastarse a sí misma si no llama a su seno a pobres que la guarden".

CAPITULO VI: LOS ESPECTACULOS

Los días de fiesta, verás que la gente que acude al teatro para las celebraciones paganas, es la misma que llena las iglesias.

¡Qué fanáticos de los espectáculos eran los romanos, y aún más que ellos, los africanos! Por más que renunciaran "a las pompas del demonio", esto es, a la seducción del teatro, la tentación les vencía. Los mismos que cantaban el Aleluia, aclamaban a los histriones y mimos. "Los teatros se llenan con la gente que viene en masa a nuestras iglesias. ¿Acaso no buscan a menudo en las iglesias lo que desean encontrar en los teatros?", preguntaba el obispo de Hipona. Después de los griegos, los romanos organizaron los entretenimientos del pueblo en un sentido verdaderamente democrático. La fiesta era una actividad de la ciudad. Gran cantidad de espectáculos eran subvencionados por el dinero público. ¿Por qué privarse de ellos, dado que la vida privada no daba a los humildes tantos otros placeres de la vida? Al igual que Roma, Cartago tenía un "tribuno de voluptuosidades", encargado de las diversiones. Y abundaban los espectáculos. Si la ciudad se hiciera cristiana, teatros y circos estarían vacíos, señala Agustín. Y uno podría exclamarse: "¿De dónde viene este desierto? ¿Dónde está la ciudad de Cartago?". Semejante peligro no era amenaza alguna para la ciudad, que llegó a mantener sus espectáculos hasta en las horas trágicas de la invasión vándala.

El hombre moderno se asombra ante el rigor de la Iglesia frente al teatro. ¡Eso está bien para clérigos, Pero ¿por qué privarle al pueblo? Existe todo un sermón de Quotvuldeo a los neófitos en forma de advertencias. De Agustín a Bossuet y hasta los tiempos modernos, se escucha la misma condena del teatro y de los actores. La diferencia entre ambos obispos está en que el prelado de Meaux no había entrado quizá jamás en una sala de espectáculos, mientras que Agustín había ido a menudo al teatro, con frenesí, en la época de sus estudios en Cartago. En las Confesiones reconoce su gusto por el teatro y analiza con perspicacia el placer dramático que sentía. La capital africana batía todos los records de asistencia. Al predicar sobre el tema el obispo de Hipona se muestra muy severo. Si queremos comprender la actitud de la Iglesia, es necesario analizar la diversidad de espectáculos, sus implicaciones religiosas y morales, su popularidad en África del Norte, donde cantidad de teatros conservados hasta hoy, confirman el esplendor de las ciudades cuando estaban vivas.

En cada ciudad flámines, ediles y duunviros debían organizar los espectáculos públicos, en parte a costa suya. Es así como en Hipona un flamen había ofrecido dos combates de gladiadores durante tres días. A veces los juegos gozaban de una manda o de una fundación. El sacerdos provinciae, segundo personaje en importancia de África, presidía la asamblea provincial. Presentaba espectáculos con ocasión de la toma de posesión de su cargo. Para esa fecha, celebraba el culto a los emperadores divinizados, lo que permite comprender la implicación religiosa del espectáculo. Hasta simples particulares, ricos o enriquecidos, ofrecían espectáculos. Era una munificencia suntuaria a menudo grabada en bronce o piedra. Los antiguos cultivaban la prodigalidad sonora. Los poetas satíricos se guaseaban con la vanidad de los simples advenedizos, zapateros o bataneros enriquecidos, que se hacían notar por sus liberalidades. El espectáculo podía ser rentable y entonces el organizador se preocupaba por hacer la mayor ganancia posible. Una función podía ser semigratuita (para el pueblo, autoridades y amigos) o se cobraba la mitad del costo, a fin de cubrir gastos o financiar alguna obra de utilidad pública. Esto convenía a los que especulaban, revendiendo boletos, como sucede aun hoy en Roma cuando se celebra algún match internacional de fútbol. El gasto de un combate de gladiadores en la época de Marco Aurelio se calculaba en más de 30,000 sesteracios. El sacerdos de Galia gastó 220,000 sesteracios en cuatro días de juegos. Una

fortuna incluso para un rico. Había muchas ocasiones para ofrecer espectáculos: aniversario del editor (organizador) o de algún familiar, veinte años de un joven ciudadano importante, la dedicación de un monumento, teatro, termas, alguna basílica, o también de una biblioteca o una estatua en honor al emperador o de algún miembro de su familia. El juego de gladiadores era el munus por excelencia. Según Tertuliano, ese espectáculo cruel era al principio un sacrificio humano ofrecido a los manes de algún muerto ilustre. La palabra manus (carga o deber), significaba primitivamente: deber cumplido en relación a los muertos. Con razón Agustín puede ironizar un poco sobre el término: "¿Carga para quién? Para quien paga. Quien ofrece el espectáculo, tiene la caja vacía; los espectadores, el alma vacía. Los organizadores se lamentan: deben de vender sus propiedades. Cuánto más deberían llorar aquellos que perdieron su alma". Marco Aurelio había fijado los precios, clasificándolos por categorías de bestiarios y juegos. Para gladiadores ordinarios, el mínimo era de 1000 sestercios y el máximo, de 5000. Un gladiador de primera recibía, según su clase, de 5000 a 15.000 sestercios. Comparativamente, el legionario recibía de 1500 a 2000 sestercios por año.

El teatro

Los teatros eran parte de la ciudad. Los de África eran particularmente numerosos. Se encuentran mejor conservados en Djemila, Timgad, Lepcis y sobre todo en Sabrata. La disposición era clásica: La parte más visible es el auditorium, en Epidaura, en Grecia y en África como en Hipona y Djemila, ésta última estaba apoyada en una pendiente natural; había gradería semicircular escalonada alrededor de un plano de orquesta. En Pompeya, las cuatro primeras gradas eran más anchas y más bajas. Se reservaban a los grandes personajes, especialmente los decuriones. El presidente tenía a menudo un palco especial. Frente al público se alzaba el escenario donde se movían los actores. Tenía un decorado arquitectónico fijo en macizos de mampostería agujereado con tres puertas que unían el escenario con los bastidores. Tres columnatas superpuestas esbozan los esplendores de un palacio. La fachada posterior es una pared alta rectilínea. Cada puerta del escenario está cercada con un ábside, alrededor del cual se alinea la columnata. Se veía el mismo tema en la pared inferior que separaba la escena del foso de la orquesta, y donde aparecían nichos redondos o cuadrados, adornados con estatuas o fuentes. Unos edificios anexos tenían pórticos con ventanillos y habitaciones para las prostitutas cuya presencia empeoraba la fama del teatro. Según se decía, el teatro les servía de proveedor.

Evidentemente, no se trata de imaginar una especie de Comédie Française. El término teatro es amplio y tiene mucha cabida. Hoy, en Asia y África, designa todavía simples salas de cinema. Aquel monumento de la cultura ofrecía diversiones más vulgares. Tertuliano lo llama crudamente "el templo de Venus". Por su parte Agustín confiesa haber ido al teatro, primero clandestinamente, como nuestros adolescentes van a las películas prohibidas a menores de 18 años. El teatro clásico sufría un evidente retroceso durante el Bajo Imperio. El pueblo no habría corrido por ver a Sófocles o Terencio. A lo sumo una capital como Cartago podía reunir a un público culto que apreciara las piezas de la antigüedad clásica que Tertuliano considera desdeñosamente como incestos y parricidios. El teatro abría sus puertas todos los días. Es ahí donde el joven y emotivo Agustín lloró los amores de Didón. La Ciudad de Dios alude al Anfitrión de Plauto y al Eunuco de Terencio. Un mosaico de Susa evoca una escena de Plauto. En la época de sus estudios en Cartago, el joven Agustín moría por el teatro, "aquel mundo lleno de imágenes, de miserias y de alimentos capaces de nutrir mi pasión". "Me gustaba la emoción dolorosa, y la buscaba". En la misma época, el autor de las Confesiones participó en un certamen con una pieza dramática en versos de su propia composición. Recibió el primer premio y fue coronado de laureles ante el público presente por el pro cónsul Vindiciano, en el capitolio de la ciudad. Aquel día, Agustín sintió la embriaguez de la gloria. En escena, el cómico y la cómica llevaban calzados coturnos; utilizaban una máscara fabricada con papeles estucados, prensados en un molde. El cartón piedra era cubierto con yeso. Los detalles de boca, labios y cejas eran subrayados gracias a unos colores vistosos. Una apertura a menudo desmedida

permitía la emisión de la voz. Según un autor cristiano de la época, el conjunto era como el paradigma de la hipocresía.

En general, el espectáculo en el teatro tenía algo del music hall y del circo. Ofrecía un repertorio de números variados: payasos, malabaristas, prestidigitadores, tragasables, equilibristas, trapevistas funámbulos y otros acróbatas, "quienes engañaban al público". Desde la danza de los huevos hasta el baile con antorchas pasando por el contoneo de los farsantes, todo se gastaba y todo valía.

Los dramas se relacionaban habitualmente con el erotismo; presentaban temas de bajo nivel, con réplicas brutales, bromas pesadas y gestos provocadores, todo acompañado por la flauta. El público daba rienda suelta a su risa estrepitosa. "No hay más que jovencitas corrompidas o violadas, escribe Lactancio, mujeres con quienes se hace el amor. Las tragedias presentan incesto s y parricidios". A veces aparecían jóvenes cantantes que lograban el éxito al estilo de nuestros modernos Beatles. Habitualmente, el cantante en traje de cómico ejecutaba piezas de bravura, acompañándose con la cítara. Se parecía más a un tenor de ópera que al cantor de melodías sentimentales.

El mimo

La predilección del público eran los mimos y pantomimos. Los primeros hacían sus representaciones con el rostro al descubierto, los segundos enmascarados. El mimo tenía algo del guiñol: una especie de simplón con cabeza rapada y vestido compuesto de piezas multicolores, como el Arlequín de la comedia italiana. Payaso calvo como Grock, su papel consistía en desencadenar la risa al representar escenas de costumbres. Eran las farsas clásicas, tan viejas como el mundo. Además de proferir de palabrotas, repartía puñetazos y bofetadas. Corría por aquí y por allá, parodiando aventuras de la vida ordinaria.

Ponía en escena tres personajes que jamás abandonó: marido, mujer y amante. Al llegar el marido, el amante se esconde en un cajón cuya tapa levanta para asistir a la riña conyugal. A cada mala pasada contra el marido, el público prorrumpe en aplausos. En el caso de ciertos actores, un falo gigantesco era el atributo obligado, según Agustín. Heliogábalo había ordenado que en las comedias ligeras donde se representaba algún adulterio, el público pudiera verlo al natural. El obispo de Hipona observa que en África se obedecía estrictamente esta orden.

El Laureolus de Catulo, ladrón metido en problemas con la justicia, se representaba todavía en la época de Tertuliano, y, seguramente, dos siglos más tarde. Se conocen los títulos de piezas dadas por mimos célebres: Anubis adultero, La luna macha, Diana latigada, Testamento del difunto Júpiter, Los tres Hércules famélicos.

La ausencia de máscara impedía la sustitución. Era el único espectáculo en que las mujeres aparecían en escena y conseguían algún éxito que terminaba en encuentros amorosos. A menudo estaban ligeramente vestidas. En las pequeñas ciudades, existía la tradición de raptar a las comediantes, como sucedía en el siglo XIX con las bailarinas. Una de ellas quedó inmortalizada por la Sirena de Copenhague.

Lo que contribuyó al éxito de los mimos, es que a ejemplo de nuestros cantantes, tocaban temas relacionados con la política y la actualidad. Su malicioso gusto pretendía chocar a la respetabilidad del burgués. Todo era motivo de burla. En Roma, hacían bromas sobre los amantes de Faustina. Sus ocurrencias salían como flecha y pasaban de boca en boca. Los mimos se burlaban de las divinidades paganas y presentaban a Júpiter y sus aventuras galanas. A Priape se le veía con falo gigante. En África, debían de ridiculizar el cristianismo de manera muy licenciosa, ya que, como lo sabían, los obispos prohibían sus exhibiciones. La historia del mimo Genes cuyo bautismo se imita en escena, es verosímil aunque quizás no auténtica, y demuestra una actitud inequívoca. Era legítimo, según ellos, ya que la Iglesia se mostraba intransigente. Pero ésta se oponía entonces con mayor vigilancia. Si bien es cierto que

el hecho se sitúa en Roma, es conocido en África, y Agustín lo menciona. La tendencia de los mimos era dirigir la puntería hacia los instintos bajos, sabiendo que para el gusto de la masa, era dar en el blanco. Sobre todo en África, la muchedumbre ama los gritos y los sentimientos ruidosos, todo lo que es sonoro y abigarrado; le gusta la insistencia brutal ahí donde la elipsis hubiese sido más sugestiva. Pero no se trata de refinamiento, aquí, sino de vida, movimiento y ruido.

La pantomima

Los ídolos son los ídolos de la época. Caramallo y Fabatón eran tan conocidos como las modernas estrellas del cinema. Los nuevos actores retomaban nombres célebres. Existieron hasta cinco Paris, el último contemporáneo de Agustín. El epitafio de un tal Vicente expresa los sentimientos de los admiradores. Esa admiración deja inquieto a Agustín: ¡Dios les divierte menos que una pantomima!

Su repertorio era trágico o cómico. Los dramas se inspiraban de preferencia en la mitología en su rostro más humano. Eran leyendas de un patetismo más bien atroz, como Atreo, y Tiestes, el furor de Ajax, Agave, Níobe o aventuras amorosas de dioses. Cibeles y Atis, Júpiter y Paris, Afrodita y Adonis, Dido, eran delicias para el público. El mismo Agustín admite haber llorado el infortunio de Dido.

El espectáculo presentaba una secuencia de cuadros, especie de sketches: Helios revela a Vulcano que le engañan. Este persigue a los amantes, les encierra en unos lagos invisibles. ¡Confusión de Venus, espanto de Marte! Como es el caso de la ópera, el libreto era secundario, por estar a menudo en griego. Lo que importaba, era la escenificación, el canto y la danza. La parte musical se iba desarrollando en una especie de ballet. A la flauta en un principio sola, se agregó poco a poco toda una orquesta con címbalos, cítara, lira y trompeta. Sostenía el canto y daba ritmo a los gestos de los actores. La música era sentimental, sensual, provocativa; "enervaba las almas", según el Luciano, personaje muy ducho en la materia.

Lo esencial consistía en el juego de la mímica. La máscara suprimía la expresión de la fisonomía, tan importante para un actor moderno. El mismo mimo interpretaba todos los papeles: hombre, mujer, anciano, niño, rey y esclavo. Luciano cita El Festín de Tiestes, donde el actor presenta bajo cuatro máscaras cuatro personajes diferentes. La mímica consistía en pasos, actitudes, pero sobre todo en sugerencias. Todo el cuerpo se movía; cada miembro -cabeza, hombros, piernas y rodillas- hablaba y bailaba. Agustín admiraba la armonía de los gestos. Lo esencial se encontraba en las manos y los dedos, como lo había entendido María Callas. Se trataba de un verdadero juego de manos. De donde entre los antiguos es común la expresión: hablar con las manos, lo que los italianos siguen haciendo, aun sin estar en escena. Quintiliano describió así este lenguaje internacional de las manos:

Hablan, piden y prometen, llaman y despiden, amenazan y suplican. Expresan horror, temor, alegría, tristeza, duda, confesión, arrepentimiento, mesura, abundancia, números y tiempo. ¿No tienen las manos el poder de excitar y calmar, implorar, aprobar, admirar y mostrar pudor? ¿Acaso no reemplazan el adverbio y los pronombres para designar lugares y personas?

Esta interpretación plástica del texto, que hace pensar en el ballet moderno y en las bailarinas de Bali, exigía un juego sobrio, sugestivo, apoyado en signos convencionales que el público cómplice descifraba al instante.

El pantomima vestía una túnica que le llegaba hasta los pies, el abrigo o manto cuyos pliegues permitían ampliar o multiplicar el gesto. Aquel vestido, generalmente de seda, daba flexibilidad y armonía al movimiento. La máscara tenía cerrados los labios; las facciones eran regulares e idealmente bellas. El papel exigía cualidades físicas excepcionales: talla delgada del Don Juan, agilidad y vigor. Esto explica la acusación de afeminados y pederastas que se les daba. En los primeros siglos del Imperio, los pantomimas eran exclusivamente hombres. Las mujeres aparecieron en el siglo IV. Una de ellas, Teodora, llegó a ser emperatriz.

El realismo sugestivo de los gestos, mimando las escenas más escabrosas y el amor físico sin tapujos, ya había provocado la crítica de ciertos contemporáneos. Tertulianos y Agustín también protestaron. El espectáculo, el juego de mimos y pantomimas que presentaban al natural las bodas de Ariadna y Dionisio con un realismo provocador, excitaba sentidos y deseos, lo que explicaba la presencia de casetas de ramerías alrededor del teatro. Esperaban el último acto, en espera de los hombres que corrían allá después del espectáculo.

El anfiteatro

Con su forma elíptica, el anfiteatro había sido ideado por los arquitectos romanos para los combates de gladiadores y fieras. Estos espectáculos gozaban de extraordinaria acogida del público. África poseía el impresionante anfiteatro de El Djem, que podía rivalizar con el Coliseo de Roma. El viajero que venía de Susa, a través de la estepa casi desnuda, se encontraba de pronto con aquella masa imponente de arquitectura austera pero cuidada, y que aplastaba con sus proporciones gigantescas las chozas árabes, escogidas a sus pies. La arena medía metros, y el suelo estaba perforado por dos galerías en ángulo recto, bordeadas de cuartos contruidos en bóvedas de cañón. Allí se albergaban fieras y actores. Unos y otros eran izados a través de una trampilla. Las graderías tenían cabida para unas 30 a 35,000 personas. ¡Muestra espectacular de la prosperidad de los olivares!

Las representaciones más costosas eran ofrecidas a menudo por las autoridades. Los juegos de gladiadores estaban en receso, ya que eran demasiado suntuarios, como los domadores eran muy escasos, hacían subir mucho las subastas. En 404, Honorio puso fin a esos juegos, después de un conflicto que tuvo lugar en Roma. Agustín no era muy adicto a los gladiadores a quienes trata de carne de horcas. Esto significa que los juegos debían de existir todavía en su época, pero aisladamente y deslucidos. Acabaron por desaparecer en el siglo V. Los gladiadores profesionales formaban una corporación que tenía escuelas y colegios. Los más célebres entre ellos gozaban de una popularidad similar a la de los pantomimos. Sus éxitos con las mujeres eran legendarios. Corría por ejemplo, el rumor de que Faustina, mujer de Marco Aurelio, tenía un amante gladiador, que había sido el padre de Cómodo. En Pompeyo se encontró el nombre de un tal Tracio, llamado *suspirium puellarum*, que ponía a las muchachas en trance. Otras inscripciones revelan sus conquistas nocturnas.

El organizador publicaba el programa en las paredes de las casas y edificios públicos y en las tumbas que bordeaban las grandes vías. A los juegos de los gladiadores, los podían acompañar otros, como la caza de fieras (*venatio*) y la distribución de regalos.

El espectáculo era cruel; arriesgaba la vida humana, hombre contra hombre. Dos gladiadores profesionales se enfrentaban uno al otro; son empleados voluntarios, escogidos entre ingenuos libertos o esclavos, galeotes o criminales condenados a muerte. Unos perecían bajo la espada, otros destrozados por las fieras. Tertulianos narra haber visto con sus propios ojos a un infeliz que fue obligado a imitar a Hércules en el Monte Oeta, quemado vivo. Vio a otro sufrir la castración cuando se representaba al natural a Atis. El sadismo llegaba a lo pornográfico cuando una mujer era entregada a un onagro. Un mosaico de Zliten en Tripolitania representa a unos gladiadores que se enfrentan empenachados bajo yelmos, con el samnita y el hoplomaco de armadura. El reciario lleva la red y el tridente; el Tracio, va detrás de un escudo ligero, con un puñal corvo en mano. Dos presos garamantas son llevados hacia las fieras que les desgarran. Una orquesta trata de mezclar sus armonías con los gritos de una muchedumbre desenfrenada a fin de opacar los lamentos de los moribundos.

El día del combate, habitualmente por la tarde, el espectáculo comienza con el desfile de los gladiadores, vestidos con clámides púrpuras, bordadas de oro. Un bajorrelieve muestra al organizador en medio de los luchadores, rodeado de dos ujieres: uno lleva un letrero, el otro la palma del vencedor. Una vez llegado el momento del combate, el organizador controla cuidadosamente las armas. Se sortea el orden. El

presentador anuncia el nombre de los combatientes conforme se va desarrollando el programa. Una trompeta o un corno dan la señal. Un sol implacable sobreexcita a la muchedumbre. Aún los más serenos como Alipio, el amigo de Agustín, ya están gritando. El público tenso, vocifera: "Mátale". Se acaloran los ánimos; voces roncas aúllan, se agitan brazos; cada uno toma partido. Llamadas y clamores dan ritmo al juego cruel, hasta la muerte. El gladiador tiene que matar a su adversario, sino ¡pobre de él! Gritan desesperados para que acaben con los que están en el suelo. Cuando el gladiador da en el blanco: "Habet, habet" (ya recibió lo suyo), grita el público, como aliviado por la sangre que corrió. Su sadismo está satisfecho. Herida de muerte, la víctima expira. La mayoría prefería combatir hasta el último respiro. Un gladiador incapaz de seguir la lid, podía deponer armas, echarse en el suelo, levantar la mano izquierda y pedir gracia. El dueño del espectáculo se conformaba con el deseo de la muchedumbre, que daba el indulto levantando un dedo o moviendo un pañuelo; podía rehusado, bajando el pulgar hacia el suelo y gritando: "¡Jugula!" (¡A muerte!). El trofeo de la victoria era la palma que remitía el presidente. El vencedor daba una vuelta en la arena, portando su trofeo. El gladiador contaba sus victorias según el número de palmas recibidas. Sumas de plata o de oro se presentaban en un plato de metal. Esto permitía que la muchedumbre las contara con avidez. El espectáculo se terminaba al caer el día.

Los cristianos de África conservaban la memoria de sus mártires, sobre todo Felicidad y Perpetua. Bajo el sol de marzo, en Cartago, ellas habían sido arrojadas como carnada a un pueblo desenfrenado. Ni siquiera se trataba de combate sino de comida humana tirada a las fieras, para satisfacer el sadismo del populacho. Revocato y Saturnino fueron desgarrados por un leopardo y un oso. Saturno fue echado a un jabalí que no le tocó, pero luego fue degollado por un leopardo. Las dos mujeres, por fin, totalmente desnudas aprisionadas en una red fueron llevadas a la arena; el público se estremeció de vergüenza, y protestó. Por eso fueron revestidas con túnicas, sin cinturones, y así entregadas a una vaca furiosa. La atrocidad del martirio llegó a tomar un tinte idolátrico, ya que los guardianes querían obligar a que ambas mujeres se revistiesen con el traje de las sacerdotisas de Ceres, y los hombres el de los sacerdotes de Saturno. Ante el rechazo categórico, tuvieron que ceder. Esta mascarada ritual pretendía dar al espectáculo un matiz religioso: satisfacer la reviviscencia de los sacrificios humanos a Molok, Baal Amón, que surgía desde el subconsciente. Con ello se agravaba la repugnancia de la Iglesia con los juegos que había pagado con la sangre de sus hijos. La lectura anual de la pasión de los mártires, refrescaba la memoria de los olvidadizos.

No todas las manifestaciones del anfiteatro expresaban el mismo gusto por la violencia, ni el mismo sadismo de la muchedumbre. En un modo menor, el mismo público se apasionaba por los combates de fieras (venationes) como los españoles por los toros. Los magistrados se arruinaban para conseguir las bestias necesarias para el espectáculo. África tenía la ventaja de alimentar antílopes y avestruces en la montaña, leones en el Atlas, elefantes en Mauretania, hienas y gacelas en Libia. Primitivamente cada fiera se soltaba por separado frente a uno o varios cazadores. Luego pensaron enfrentar diversos animales, un elefante contra un toro, un rinoceronte contra un oso, un león contra un tigre. A veces, incluso, soltaban varias fieras de la misma especie, que los matadores se afanaban por herir en el corazón, lo que se llamaba "un buen toque". Las fieras estaban asustadas por el público o debilitadas por un largo cautiverio. Las excitaban con gritos, látigos y heridas. El torero provocaba al toro con banderillas, tal como se practica hoy en España. Se le quemaba la piel con una antorcha y le echaban un muñeco. Unos perros venidos preferentemente de Escocia, servían de batidores. El espectáculo ganaba en virtuosidad cuando el cazador, emperejilado con colores vivos, sabía provocar a la bestia, escapar de su furor con saltos ágiles, a veces con un salto de río, ayudándose de la garrocha. Para mostrar su satisfacción ante semejantes hazañas, el público vociferaba. La fiesta siempre terminaba en hecatombe y carnicería. Las fieras aullaban y los leones rugían. Los últimos bramidos de los elefantes se mezclaban con el gañido agudo de los chacales, antes de expirar al atardecer. Altos funcionarios, aún cristianos, se arruinaban para ofrecer espectáculos. Agustín jamás pudo olvidar el combate de osos, en Tagaste, cuando estudiaba. El espectáculo era pagado por el rico Romaniano. No había hombre que tuviera memoria de haber visto jamás en la ciudad semejante espectáculo. El obispo dice: "La voz de los insensatos te llevaba hasta las

nubes, en un inmenso clamor. Incluso las ciudades vecinas grababan tu nombre en el bronce. De hecho en Tuga y Cartago, mosaicos e inscripciones perpetuaban el recuerdo de aquellos gastos exagerados.

El circo

Las grandes ciudades como Cartago tenían un circo que, debido a sus proporciones, se alzaba en los alrededores de la ciudad, lo mismo que el anfiteatro. Uno de los más antiguos de África, era el de Susa. Las carreras de caballos levantaban pasiones. Los grandes cocheros eran tan célebres como el "maillot amarillo" del Tour de Francia. Era universalmente conocido el nombre de Escorpiano. Se había hecho construir una suntuosa villa en Cartago. Las grandes propiedades, como hemos visto, tenían una cuadra de carrera. Las victorias de los aurigas eran celebradas como las de las legiones romanas. Los cocheros, cualesquiera que fueran sus orígenes, una vez cubiertos de dinero y honores, podían compararse con los primeros personajes de la ciudad y de la provincia.

Una carrera de carros era todo un acontecimiento en la ciudad. Se jugaban apuestas, no con los números de los caballos sino con los diferentes colores. Los grupos se formaban. Hombres serios juraban que se iba a derrumbar el Imperio si su favorito no salía ganando. Las cuatro cuadrigas llevaban cada una los colores de una de las cuadras: blanco, verde, azul y rojo. Las opciones tenían implicancia política. Los azules agrupaban a senadores y grandes propietarios. Los verdes recibían el favor del pueblo. Hacia ellos se inclinaban los soberanos para indicar claramente su independencia por no decir su hostilidad en relación a los patricios. En Cartago, azules y verdes se repartían grandes apuestas. Padre e hijo se dividían cuando se trataba de apostar. Las sumas eran enormes y los intereses copiosos. Los organizadores de los juegos eran verdaderas potencias financieras, vinculadas a sociedades de caza y colegios que proporcionaban el personal especializado para los espectáculos. Las facciones del circo constituían sindicatos influyentes que necesitaban de oficinas para sus archivos, locales para las reuniones de sus miembros.

El establo de caballos en Cartago estaba admirablemente ornado con mosaicos; pertenecía a uno de esos fanáticos del circo; evocaba los principales corceles de la cuadra de los azules, y la de los rojos, sus aliados. Se conoce, por las Confesiones, la pasión de Alipio por las carreras cuando era un joven discípulo de Agustín.

El día de la presentación, la gente afluía antes del alba. Algunos pasaban la noche frente a las ventanillas. Los espectadores amontonados se encontraban anhelantes y sobreexcitados por las apuestas extravagantes. Ningún juego pudo jamás competir con semejante espectáculo en que el público era parte integrante. La larga pista estaba dividida en su centro por la spina, la espina dorsal, o sea una pared baja con estatuas y columnas. Las cuatro cuadrigas, cargadoras de los cuatro colores, se lanzaban. Debían contornar siete veces el mojón fatídico, erizado de tres pirámides que delimitaban la pista. ¡Cuántos carros perdieron una llanta por tomar la curva muy cerrada, y se desarmaron por completo, arrastrando al cocherero por la arena! Mientras tanto, la concurrencia discutía, gritaba y pataleaba. El color se tornaba bandera y grito de guerra. Cada uno escogía a su favorito. Lo exhortaba, lo animaba con el gesto y la voz; de pronto injuriaba y escupía en el suelo si el favorito era vencido. Las facciones se expresaban, se enfrentaban, se peleaban. El combate pasaba de la arena a las gradas, dice San Agustín. El fracaso del favorito desencadenaba peleas y, la victoria, el delirio. El vencedor era aclamado e immortalizado. Su nombre y su imagen se encontraban en las chozas más humildes. El nombre de un auriga, Eros, se lee en Duga, con la inscripción: Eros, omnia per te (Amor, tú te lo llevas todo). La inscripción era bivalente. Desengañado y solo en su catedral, rodeado de algunas ancianas, el obispo exclama: "¡Acaso no es locura gritar por un jockey! No, dice el eco de afuera, no hay nada más bello!" Hasta en la soledad del desierto, Hilario seguía perseguido por el recuerdo del circo. Soñaba con un cocherero que le tomaba como cabalgadura, con un gladiador moribundo a sus pies que le pedía sepultura.

Las fiestas náuticas eran una de las manifestaciones más resplandecientes del circo. Agustín hace referencia a ellas cierto día que predica en Cartago. La pista está sumergida. Después del espectáculo, la cloaca permite el desagüe. Actores y actrices montan cuadros vivos, como en el teatro del Chatelet, en que las náyades se presentan en traje paradisíaco. Como en la Flauta Mágica, se traba una intriga amorosa, pero amenazada por las divinidades. Un mosaico de Cuicul representa la flotilla que boga hacia el castillo que se alza en una isla rocosa. Después de mil tribulaciones, Venus o Ariadna acoge a los jóvenes amantes en su palacio. El apoteosis final presenta el triunfo de Venus, desnuda, rodeada de ninfas desvestidas, como lo escenifican cantidad de mosaicos en Demek, Kenchela e Hipona. Uno de los triunfos de Venus se encontraba en la villa sobre la cual se levantó la gran basílica de Damus-el-Karita, en Cartago.

En el ocaso de su vida, Agustín predica en Cartago, en víspera de las fiestas náuticas: "Me escucharon bien, hoy. Ya sé que dan El Mar en el teatro. Nosotros iremos al puerto de Cristo". Al día siguiente, el obispo se encontraba solo en el puerto. Los fieles estaban en el teatro. Aún los juegos del circo tenían un tono religioso que contrariaba al cristianismo africano. Los astrólogos explican que los cuatro colores simbolizan las cuatro estaciones; la pista, el cosmos; el cochero vencedor, el sol. Era el viejo culto astral y solar, venido de Asia y que África acogía con la religión de Mitra. Los apostantes consultaban a los adivinos y astrólogos, y utilizaban fórmulas de conjuro. Los africanos se encontraban con los brujos para hechizar a la parte adversa. Fueron encontradas hojas de imprecación en las tumbas funerarias.

Las fiestas del paganismo

Los espectáculos del teatro, mimos y pantomimos podían herir la conciencia moral; pero, de por sí, no tenían un carácter religioso. Otras fiestas también muy populares, de origen o inscripción mitológica, oriundas del paganismo, ofendían directamente la sensibilidad cristiana. Los Emperadores del siglo IV, al cerrar los templos, mantuvieron las fiestas sobre todo en provincias. En el año 407, Honorio había prohibido para África las procesiones religiosas, pero no así los juegos que acompañaban a las fiestas inmemoriales, celebrando las estaciones, la primavera, la cosecha, la luz, elementos profundamente arraigados en el alma del pueblo.

Los Saturnales contaban entre las fiestas más populares. Aunque en un principio celebraban a Saturno, el dios de la edad de oro, ese carácter se había debilitado mucho, como la Navidad en las familias agnósticas. La fiesta se celebraba en diciembre y correspondía a nuestros aguinaldos o regalos de Año Nuevo. Duraba siete días. Los escolares estaban de vacaciones y los tribunales cerraban sus puertas. Todo el mundo se ponía de fiesta. Caían todas las divisiones estatales. Todos se ponían el pileus, (una especie de gorro de lana o terciopelo). Amos y esclavos se encontraban en pie de igualdad. De preferencia en esos días, se efectuaba la liberación de los esclavos, y los dichosos emancipados ofrecían su collar a Saturno. Las festividades se parecían al carnaval, con máscaras y farándulas, en las calles de la ciudad. Se intercambiaban regalos; danzas, banquetes y juegos ocupaban los días. El africano, al igual que el romano, tomaba su baño en la mañana para tener la libertad de banquetear hasta la noche. Todo el mundo, incluso los esclavos (a quienes de costumbre se prohibían los juegos) jugaban a los dados, a cara o cruz. Las apuestas de los pobres y de los esclavos eran nueces; las de los ricos eran elevadas. Las veladas se terminaban en las tabernas del puerto. Erigían tiendas, donde los comerciantes vendían a precio módico lo que ofrecían: juguetes, bibelotes, sorpresas y perfumes. Desde la fiesta de Navidad, el obispo de Hipona pensaba en las Saturnales y pedía a su grey ser comedida. Con un tono bonachón, reconoce que la asistencia es particularmente grande; y se muestra comprensivo: "No les pido ayunar. Coman sin hartarse. No se comporten como paganos. Tengan buenos modales. Piensen en los pobres.

En el equinoccio de primavera (del 2 al 27 de marzo), como lo hacía todo el Imperio, Cartago celebraba los amores de Atis y de Cibeles, las bodas de sangre. El campo estaba cubierto de anémonas rojas, que cantaban el amor y la primavera. En África, Cibeles era identificada con Celestis, la madre de los dioses.

Por todas partes, el culto de Cibeles se enriquecía con leyendas locales. Cerca de Biblos, la gruta de Afka, en uno de los lugares más bellos del mundo que cantó Renán, contiene la tumba de Adonis o Atis. Se trata del dios atendido por la amada, pero que no pudo arrancarlo de la muerte. De la sangre del joven dios, dice la leyenda, nacieron anémonas que, en ese lugar, tienen la corola particularmente purpúrea. Las celebraciones conmemoraban los episodios de la epopeya en que afloraban viejos ritos de purificación agraria, con procesiones de máscaras, en un ambiente carnavalesco. El 22 de marzo, se cargaba en procesión el pino, símbolo de Atis en el templo de Cibeles. El tronco estaba envuelto con cintas de lana, que simbolizaban el cuerpo del joven dios que se iba muriendo debido a su herida. El 24, era "el día de la sangre", una especie de viernes santo pagano, en que los devotos y las devotas se abrían y se desgarraban los brazos. "Hoy, es la fiesta de no sé qué mujer", predica Agustín en Hipona, conociendo muy bien el hecho. Los aretes sacados se habían hecho más pesados por milagro, a causa de las gotitas de sangre. Mientras tanto, el obispo se quejaba de la ausencia de numerosas mujeres y jóvenes. El último día, tenía lugar la gran procesión. La estatua de la diosa era llevada por toda la ciudad. Músicos, tañedores de doble flauta, cimbaleras y tamborileras precedían al clero de la madre, que eran ministros eunucos. Las diaconisas llevaban vasos sagrados. Sacerdotes y sacerdotisas vestidos de blanco, andaban coronados de oro, el *occabos* (un brazalete) sacerdotal en el brazo, con ramos verdes y los atributos divinos. Una cuadriga conducía a la madre de los dioses. Al lado de la diosa consolada, se encontraba Atis resucitado. La gran dama se detenía en unas estaciones determinadas para permitir que el público se acercara. El carro era tirado por novillas adornadas con guirnaldas. Una de esas carrozas, embovedada y ricamente ornada de borlas en forma de pino, se guarda todavía en Setif". Bañaban el ídolo según un rito que provenía de la profundidad de las edades, purificación o acción fecundante de las aguas. En el trayecto, la muchedumbre echaba flores a la diosa. Cantos y danzas habrían ruborizado a cualquier cuerpo de guardia. En la inmensa losa frente al santuario de Cartago, seguían desarrollándose los juegos del amor y de la muerte. En 418, el gran día de la fiesta cayó en domingo. Aquel día, el sermón de Agustín fue excepcionalmente largo. Al terminar, se explicó: "Pueden salir ahora, la fiesta ha terminado".

La fiesta que parece eliminar a todas las demás, es la de la diosa Flora, oriunda de Roma. A menudo recibe el nombre de Mater o Celesta. Se implantó en África según lo atestiguan inscripciones de los organizadores. Tertuliano ya la conocía. En un principio, se trataba de comprometer a la diosa en el cuidado de los árboles, la viña, el trigo, en la estación de las flores. Agustín narra haber participado en esa fiesta y da un informe detallado, casi un reportaje:

Con todo, la veíamos (la estatua) delante del mismo templo donde contemplábamos todos cuantos allí concurríamos, puesto aquel otro simulacro, y donde acomodándose cada uno como podía, contemplábamos sobreexcitados los juegos que se representaban, mirando alternativamente de un lado la pompa de las ramera y del otro la virgen diosa... Jamás vimos allí representaciones pudorosas, jamás actora alguna pudibunda. Todo cumplía allí sus oficios de obscenidad.

En Roma, las cortesanas eran obligadas a desvestirse, a petición del público. Por sus posturas lascivas, corrompen las costumbres. Y la mujer honesta que había asistido a esas exhibiciones, volvía a casa, mejor informada que cuando vino.

Tertuliano nota con tono sarcástico que esa fiesta era la más fructuosa para las pelanduscas. Un pregonero comunicaba sus direcciones, sus precios y sus especialidades a los que no las conocían muy bien. La tradición se conservaba bien y, según se dice, en aquel día, el viejo Catón se retiraba para no molestar a los espectadores, Bulla Regia, la ciudad de las santas Felicidad y Perpetua, era célebre por sus prostitutas tan numerosas que exportaba a Cartago. Un día, rumbo a Cartago, Agustín se detuvo ahí. ¿Acaso estaba pensando en las fiestas de Flora? En todo caso, exclamó:

Hermanos de Bulla, su ciudad es conocida en toda la región.

Si alguien llega a la ciudad, oye susurrar: "¿Qué viene a buscar por acá? ¿Mimos, ramera?" ¿Les parece glorioso? ¿No tienen vergüenza de conservar una mercancía que se compra?

Abstracción hecha de la moralidad, más hizo el teatro por favorecer y promover la cultura romana, el patrimonio literario y la mitología que el esfuerzo de los procónsules. Gracias al espectáculo, Eneas y Virgilio eran conocidos hasta en las ciudades africanas. Los que jamás habían leído la Eneida, ya conocían las desgracias de Dido. Un poco como Bergman hizo conocer La Flauta Mágica de Mozart, o Luis Malle que popularizó, en Los Amantes, el quinteto de Brahms.

La Iglesia y los espectáculos

San Agustín no se contenta con clichés cuando habla de teatro y de espectáculos. Ellos son parte de su ser de carne y sangre. Analiza la voluptuosidad con gran fuerza de sicólogo: la alegría de los ojos, el gusto por lo maravilloso, adulado por el ritmo y la decoración, la turbación y la pasión que llama y vuelve a llamar los mismos gestos, la misma emoción. "Los gestos del amor son tan similares en los seres, que volvía a encontrar en esa pareja tantos recuerdos que tenía vértigo. Es inútil pensar con nuestras mentalidades farisaicas que haya tanta diferencia: Hay dos criaturas humanas, ebrias y buscando una eternidad en el instante fugitivo", me escribía una mujer lúcida. Las declaraciones y los análisis de las Confesiones permiten comprender lo que la experiencia del teatro significa para el obispo de Hipona. La misma música sacra de Milán deja en su corazón todavía no ordenado, un recuerdo revuelto, una distorsión. Y hasta el final, incluso en los juegos de palabra, el obispo de Hipona utiliza los recursos que asemejan los retóricos a los actores.

En los días de espectáculos, que caían en día domingo o feriados, en ciudades como Cartago o Hipona, la asistencia a la iglesia era muy reducida. En Bulla Regia, era prácticamente inexistente. Los buenos fieles iban al espectáculo: hombres, mujeres y niños, sin distinción de clases sociales. El único privilegio de las clases superiores consistía en tener asientos más cercanos o más blandos. Los cristianos en traje de fiesta se sentían atraídos entre el deber y el placer hasta el último instante. Aún había ciertos clérigos que daban preferencia al espectáculo.

¿Qué motivaba la severidad de la Iglesia? El teatro y los espectáculos intimaban mucho con el paganismo, una religión acusada y rechazada. Por más que se dissociaban las fiestas de las manifestaciones religiosas, guardaban el resabio, el olor del incienso echado ante los ídolos. Sus organizadores eran a menudo sacerdotes paganos; la fiesta comenzaba con un sacrificio, una procesión de las divinidades. Una palabra utilizada por la Iglesia para caracterizar lo que rechaza el neófito, define los espectáculos de manera lapidaria *pompa diaboli*, que podríamos traducir por: la belleza del diablo. Tertuliano, que posee el secreto de la fórmula elíptica, resumía la crítica de la Iglesia, acusando "la locura del circo, la inmoralidad del teatro, la atrocidad del anfiteatro y la frivolidad del xisto (competiciones de atletismo)". El juicio de la Iglesia no hacía sino retomar las acusaciones de los moralistas y filósofos: frivolidad de las palabras, leyendas paganas que utilizan las nodrizas para adormecer a los niños, palabras licenciosas y escenografías que anuncian el cinema pómo. Templo de Venus, decía Tertuliano. Nacían otras críticas. Las apuestas dilapidaban sumas enormes, y los pobres tiritaban en las calles, mientras se gastaba una fortuna para vestir a un artista, Los ricos cubrían sus ídolos con regalos y a veces hasta los entretenían. Esto venía a ser un insulto para los que no tenían nada. Este tema vuelve incesantemente en la predicación agustiniana. Juan Crisóstomo observa que numerosos cristianos conocen mejor el nombre de los aurigas y los números de los caballos que el nombre de los apóstoles y profetas. En Antioquía como en Hipona, el nombre de los artistas van de boca en boca: *Toto orbi notissimus*, dice una inscripción' (conocido en todo el mundo).

Llamada a los instintos más bajos y crueles, gastos enormes, olvido de la miseria y de los pobres, remuneraciones insensatas, adulación de las estrellas, todo esto perturbaba la escala de valores y hacía que los cristianos perdieran la conciencia de las urgencias. Juan Crisóstomo dice: el esposo vuelve a casa, sueña con la bella cómica y ya no encuentra encanto en su mujer ajada. El espectáculo planteaba un problema artístico y moral. ¿Podía someterse a una ética la creación artística? Y ¿qué ética? ¿Podía la permisividad desviar a la gente hasta la licencia y presentada como una proeza?

Se debe agregar que en la Antigüedad la gente del espectáculo tenía mala reputación. Si los gladiadores podían verse con los grandes, si algunas estrellas realizaron matrimonios principescos, el conjunto de este colectivo no respiraba los mismos aires. La profesión de actor era considerada deshonrosa. Quien se dedicaba a ella, quedaba marcado con marca de indignidad cívica, ya actuase en público o en privado. Los cómicos se reclutaban entre esclavos y libertos; eran alquilados al jefe de grupo por una o más representaciones. Los emolumentos eran compartidos. El director de un grupo era habitualmente un liberto. El Estado pagaba al director, que a su vez estaba encargado de retribuir al personal. El esclavo Panurgo pasó un contrato por una cifra anual de 100,000 sestericios. Recordemos que el legionario recibía 2000 sestericios en el mismo período. Además de las gratificaciones en coronas de oro y plata, el donador del juego, según el mérito, añadía su parte. Los cómicos más estimados del público exigían sumas enormes. Apolonio recibió de Vespasiano 400,000 sestericios por una sola representación. El pantomimo Pílates, una vez retirado del espectáculo, era lo suficientemente rico como para ofrecer juegos por su cuenta. Los ricos los cubrían con regalos. Los epitafios perpetuaban su nombre. Luxorio compuso el epitafio de un cazador negro. ¿A quién se debe la inscripción de una bailarina, encontrada en Bir el Djertanal? La situación cívica del cómico no había cambiado en el tiempo de Tertuliano y Agustín. Los actores estaban privados de todo cargo, excluidos de la corte, del Colegio de Abogados, del Senado, de la Orden de los Caballeros y en fin, de toda dignidad. Por más que sus imágenes ornaban paredes y decoraban lámparas, su profesión era siempre considerada como infame. Agustín ironiza sobre el entusiasmo para esa gente por parte de los que no les reconocen alguna dignidad civil ni honorabilidad. Hasta su indumentaria era reglamentada. De manera perentoria, el obispo añade: "Ni los actores ni los lugares que ellos sirven, merecen respeto". Las remuneraciones enormes y las exigencias insensatas eran aceptadas ciegamente por el público, sin perjuicio de que les acusara de venalidad y de lucro o de gastos locos. Su prestigio hacía que literalmente "los hombres perdieran la cabeza y las mujeres el cuerpo", según Tertuliano. Y en un sermón Agustín decía: "Les pido la misma atención que dan a ellos pero no los mismos honorarios". El público formaba clanes a favor de un actor o de un auriga y creaba asociaciones para respaldarlo y conseguir adeptos. Así provocaban rivalidades y luchas que iban hasta la efusión de sangre. Agustín alude a esos conflictos, inmortalizados por los epigramas de Marcial. Notoriedad y remuneraciones aseguraban la fama, mas no la honorabilidad, y menos todavía las buenas costumbres. Eso explica la severidad de Agustín y de la Iglesia hacia la gente de teatro. Mimos y acróbatas, flautistas y tañedores de lira tenían una ganada reputación de ligereza, por hablar claro, de prostitutas de ambos sexos. Aquello explica la denominación tan frecuente de afeminados, aplicada por Tertuliano y Agustín a los pantomimos. No se trataba de metáfora. La soltura en la conducta degradaba la profesión. Cicerón había notado ya a propósito de un cliente que había seducido a una de sus sirvientas: "Es una vieja costumbre, y cuando se trata de gente de teatro, es casi un derecho en las pequeñas ciudades". Las Sarah Bernhardt de África Antigua, vestidas de púrpura y con tejidos de Cos generosamente transparente, cuidadosamente depiladas y maquilladas con cerusa y carmín, podían entregarse a la seducción y a la excitación de los sentidos. Lo que explica la observación desengañada de Juan Crisóstomo. Inversamente, las rameras de lujo, tanto en África como en la Grecia refinada, se habían alzado a tocar lira y cítara, para unir arte y voluptuosidad. Algunas prostitutas se las daban de literatas y poetas como las geishas japonesas. Existía una clase de bailarinas, de músicas, arpistas o sambucas, ambivalentes: artistas durante el espectáculo o el banquete que se terminaba con el amor. Tal es el caso de dos bailarinas con castañuelas de un mosaico del siglo IV, que representa un banquete de Cartago.

Cristianos o paganos, los espectadores que volvían del circo se cruzaban con fieles que volvían de misa. El obispo les oía cuchichear: "¡Pobres de ellos! No saben lo que se han perdido". A pesar de su arte y elocuencia, Agustín tenía conciencia de luchar con armas desiguales ante los pantomimos. La belleza de su liturgia, si se dirigía al mismo público, no encontraba los mismos sentimientos y no jugaba con los mismos instrumentos. El obispo añadía que sería lástima si los fieles buscaran en las iglesias lo que encontraban en los teatros. Por más que Agustín describiera el espectáculo de la naturaleza donde el Creador despliega su magnificencia, hiciera admirar las maravillas de Dios en la historia, afirmara que los campos eran más matizados que los ornamentos teatrales, por más que prometiera el espectáculo futuro del Cordero en la escena de la Jerusalén nueva, el africano de Hipona o Cartago, en ese día, no le seguía:

con los ojos semicerrados, volvía a ver en sueño el bello perfil de las bailarinas. El obispo de Hipona se esforzaba por desmitificar lo que la escena presentaba de ficticio, irreal, aquel gusto por el lujo y lujo de pacotilla, más capaz de aniquilar la voluntad que de afirmarla, por un juego falaz que mantenía la mentira.

El contexto cultural y moral de los espectáculos explica igualmente la exigencia de la Iglesia en relación a los actores que se convierten. Son acogidos sólo con la condición de que abandonen su profesión y medio de sustento. Se conoce la conversión de un actor, gracias a Cipriano; otro confiesa su fe en el momento de las invasiones. Los que siendo cristianos, siguen como actores, quedan excomulgados. Si cambian a mejores sentimientos, la Iglesia de África no les rehúsa la absolución. Cipriano prohíbe a un cómico bautizado establecerse como profesor de arte dramático. Si la profesión es perniciosa, ¿puede un cristiano enseñar a los demás? ¿Acaso está necesitado? Que participe del presupuesto de los económicamente débiles de la comunidad. Pero que no exija una pensión. En la Ciudad de Dios, Agustín narra cómo un mimo sanó milagrosamente al recibir el bautismo. El Derecho romano, influenciado a su vez por el cristianismo, se esfuerza por sustraer a las cómicas y a sus hijas de la profesión, cuando son cristianas. Puede ser que se deba a la influencia de Ambrosio. Teodosio prohíbe que mimos y prostitutas lleven el vestido de las vírgenes consagradas. Se opone igualmente a la compra y a la formación de tocadores de cítara. Prohíbe la presencia de músicas entre esclavas. Estas ya no deben aparecer más durante los banquetes. Legislación civil y religiosa, con un margen de tolerancia, se esfuerzan por sustraer a la gente del espectáculo de un medio que no cultiva la moral ni los valores cristianos.

¿Es fatalidad? El problema es complejo; fue retornado, y a menudo escamoteado a lo largo de la historia por la iglesia. Basta recordar la severidad de un Bossuet, siguiendo a los padres, severidad que se vuelve injusticia en Máximas y reflexiones sobre la comedia. Trátese de espectáculo o bien de artista, la palabra del Padre Couturier sigue siendo verdadera: "En los reinos del espíritu, la mejor suerte está siempre donde están los mayores riesgos".

CAPITULO VII: PRESENCIA CRISTIANA Y REMINISCENCIAS PAGANAS

El lector moderno de la Ciudad de Dios se sorprende del proceso sin apelación intentado por Agustín a la religión romana. Juicio puramente negativo, sin la menor concesión a una auténtica búsqueda espiritual, tan radical como el vandalismo de los cruzados que destruyeron. templos griegos, en nombre del Evangelio.

El enfrentamiento

África se presenta como una tierra elegida para el cristianismo. En ninguna otra parte, por lo menos en Occidente, aparece tan difundido, estructurado y sonoro, gracias a la voz de sus predicadores. Y, desde el siglo III, la Iglesia puede movilizar a un centenar de obispos para un concilio en Cartago, y dispone de unas ciento cincuenta sedes episcopales, comprobando así la tolerancia de los poderes públicos. Sino, ¿qué buena redada para la autoridad perseguidora!

El progreso cristiano se acentúa en el siglo IV y sobre todo en el siglo V. La presencia de obispos, hasta en aldeas y campiñas, contribuye mucho a esa conversión masiva. El prestigio de Agustín toca los medios más reacios: patricios e intelectuales. Pero tampoco se debe proclamar, como lo había hecho Tertuliano. Al escribir al procónsul Escápula: "Si acorralas a los cristianos, encontrarás entre ellos a caballeros y damas romanas, nobles como tú, quizás tus parientes próximos, tus amigos más íntimos". Según Salviano de Marsella, la causa está vista: África es cristiana. En un sermón pronunciado en Hipona en el año 403, Agustín usa expresiones más matizadas que las de Salviano, para afirmar que en la ciudad, si hay numerosas casas sin paganos, no las hay, en cambio, sin cristianos. Madaura, Sufes, Calama se afirman como ciudades irreductibles donde se producen enfrentamientos.

El ambiente que persiste en el paganismo es tanto más difícil de circunscribir cuanto que cubre en África las mismas capas sociales que en Roma. Las clases dirigentes y la *intelligentzia*, en el siglo V, pasaron en gran parte al lado cristiano. Pero la evangelización se concentra en Proconsulario y Numidia y se detiene en las fronteras del *limes romano*. Las poblaciones del Aures, como las de la Mauretania, apenas si son tocadas. En la conferencia del año 411, sólo dos obispos representan el país de los Arzuges.

Las estructuras resisten mejor que los hombres. Es la primera constatación. Símaco, uno de los senadores romanos más pegado al paganismo, y procónsul de África, todavía en 373 dedica dos estatuas de la Victoria al Capitolio de Cartago. La misma población parece pegada o vinculada a las divinidades paganas. En 366, el Proconsulario otorga dos estatuas a uno de sus gobernantes "por haber restaurado el esplendor del *sacerdotium provinciae*", que era el sumo sacerdote provincial de la religión romana. En la misma época, los notables de la ciudad de Timgad son casi todos antiguos sacerdotes paganos. Entre estos últimos, se encuentran unos clérigos. Los títulos de dignidades religiosas como el del flamen, siguen figurando en mármoles y textos. Por más que el emperador Graciano condena la religión pagana y confisca sus templos, en 382, el joven Agustín sigue viendo en Cartago los templos bien abiertos y puede asistir como estudiante a los misterios de Caelestis, la madre del cielo, lo que prueba a la vez la vitalidad de las fiestas paganas y la fusión entre las tradiciones púnicas y el espiritualismo greco romano. "Asistía a esos espectáculos. Contemplaba a los sacerdotes víctimas del delirio, escuchaba a los músicos, me encantaban las fiestas vergonzosas que celebraban la virgen Celesta y Cibele, madre de todos los dioses". (Caelestis había sucedido a Tanit). En la época de los Vándalos, el templo se mantiene en pie. A pesar del progreso del cristianismo y la connivencia de los Emperadores, el paganismo presenta siempre cierta atracción. San Agustín se queja de que uno de sus discípulos haya abandonado a Cristo "porque en sueño se vio transformado en cónsul y pontífice". A comienzos del siglo V, en Madaura, viejo bastión de las divinidades paganas, los templos permanecen abiertos y activos. Los monjes son insultados en la calle. El paganismo es ruidoso. El mercado está lleno de carnes inmoladas; se realizan sacrificios en las termas; los sacerdotes acuden a las fiestas de Cartago. Los fieles de la antigua religión esperan que el huracán cristiano pase, motivados como están por oráculos que les anuncian la restauración de los viejos cultos.

Los Concilios de África, eco de las dificultades locales, se quejaban de que los paganos continuaran persiguiendo a los cristianos. La constitución imperial de 399 no sólo pidió el cierre de los templos, sino también su destrucción. Esto adelantaba a los Concilios africanos que la pidieron en 401. Se enardecieron las mentes. En varios sitios, paganos y cristianos desencadenaron una guerra de religión y se enfrentaron en la calle. En aquel año de 401, el obispo de Hipona predicaba en Cartago. Blandió el salmo: "Dios, ¿quién es grande como tú?". Hizo reír a su público, al narrar el reciente incidente: el pro cónsul había afeitado la barba al dios Hércules, especialmente honrado en toda África; "y como la fuerza reside en la barba, hermanos míos creo que es más vergonzoso para Hércules el tener la barba cortada que la cabeza rapada". El orador recordó entonces que en Roma los templos habían sido cerrados y los ídolos rotos. Un clamor se levantó de la asamblea y acompasó: "En Cartago como en Roma". En una magnífica elevación, el obispo continuó: "Los dioses han dejado Roma y todavía están acá. Piensen en ello y saquen las consecuencias prácticas". Y la muchedumbre estalló en una salva de aplausos: "¡Los dioses romanos, los dioses romanos, los dioses romanos!" Agustín prosiguió con humor:

"Tranquilícense. Los dioses romanos están siempre en Roma. No hay peligro de que vengan aquí. No pueden andar con sus pies de piedra. La intolerancia religiosa hizo correr mucha sangre cristiana en los anfiteatros. El furor mugiente de los paganos obligó a que los cristianos sacrificaran a sus dioses. Los que se rehusaron a ello, murieron torturados. El crimen que se les imputa, es el haber despreciado el culto de los romanos. Oh dioses romanos, ¡qué prevaricaciones, qué crueldades fueron cometidas en su nombre!

La ciudad de Cartago estaba demasiado vigilada por el ejército para que se permitieran refriegas populares. La situación era diferente en las pequeñas ciudades, donde cristianos y paganos eran más

agresivos. La ciudad de Sufes, hoy Sbiba, entre Mectar y Sbeitla, en Bisacenia, había permanecido fiel a las divinidades romanas. Gran cantidad de cristianos quisieron imponerse por la fuerza. Derribaron la estatua de Hércules, sin duda una antigua divinidad indígena romanizada, protectora de la ciudad. Estalló una escaramuza, provocada por la autoridad municipal y que terminó de manera gráfica. Paganos y cristianos se tropezaron tan violentamente que los fieles de Hércules masacraron a sesenta cristianos. No contento de su victoria, el Consejo Municipal reclamó el restablecimiento inmediato de la estatua, en el nombre de la propiedad privada o pública, ridiculizada por el furor popular. ¡Era la época de los Emperadores muy cristianos! Por estar al tanto del asunto, sin duda gracias al obispo del lugar, Agustín escribe una carta áspera "a los jefes y ancianos de la colonia de Sufes":

El famoso crimen y desconcertante barbarie de su fiereza resuena en la tierra y el cielo, para que la sangre manche sus plazas y santuarios y halle eco el homicidio. Han sepultado las leyes romanas y pisoteado el temor a los juicios rectos. Han derramado la sangre de sesenta hermanos. Quien más pudo matar, recibió mayores alabanzas y obtuvo el principado en su curia. Ea, vayamos a la causa principal. Si reclaman a Hércules como suyo, se lo devolveremos. Aun quedan metales y no faltan piedras, aun hay diferentes clases de mármol y abundan y sobran artistas. Su Dios puede ser esculpido, torneado y decorado con esmero. Les añadiremos de propina el formulario ritual, para que puedan resonar sus votos sagrados. Pues llaman suyo a Hércules; recogeremos dinero entre todos y les compraremos un dios en casa del artista. Pero devuélvannos las almas que su mano atropelló. Les devolvemos su Hércules; devuelvan, en cambio, esas numerosas almas.

El Concejo Municipal no respondió. Por un momento los paganos levantaron la cabeza, bajo Estilicón, y luego nuevas medidas prohibieron manifestaciones paganas y cerraron los templos. Furor entre los paganos de África. Respondieron por medio de incendios, masacres de sacerdotes y destrucción de iglesias. Calama, la actual Guelma, orgullosa ciudad nómada en el Constantinoense, ilustra este renacimiento de la violencia. El 1º de junio, fiestas de floralias, la población pagana organiza de manera improvisada una gran procesión a través de la ciudad, a pesar de la reciente prohibición. Las danzantes forman un monomio y se detienen ostensiblemente frente a la catedral. En vano, los clérigos les ruegan que se alejen, recordándoles la ley. Son acogidos a pedradas. Ocho días más tarde, el asunto parece zanjado. El obispo de la ciudad, Posidio, el futuro historiador de Agustín, hace gestiones en el Concejo Municipal para recordar la ley y preguntar qué medidas piensan tomar para hacerla respetar. Como respuesta, nuevo asalto con piedras contra la iglesia. Los clérigos piden la protección de la ley y no son acogidos en el Municipio. El mismo día, cae una granizada sobre la ciudad. Se asusta la población. Pasada la primera emoción, tan pronto como se despeja el cielo, estalla una nueva escaramuza que dura unas cinco horas, desde la noche hasta la madrugada; lluvia de piedras, incendio de la basílica, robo de las viviendas del clero. La tienda de la diaconía es saqueada. Apenas si algunos cristianos valientes pudieron salvar algo del robo de los saqueadores. El monasterio es asaltado. Un fraile quiso atreverse a intervenir: fue salvajemente masacrado. Sólo el arrojo de un rico extranjero, testigo del vandalismo, pudo reducir los daños. El obispo, que se había escondido cuidadosamente, oía el grito de los sediciosos: "¿Dónde está el obispo? Sin él no tenemos nada". Durante todo ese tiempo, la autoridad municipal, visiblemente de acuerdo, está ausente. Y, al relatar el acontecimiento, Agustín añade: "Todo esto para defender el medio de sustento de algunos comerciantes de falsos dioses de plata. Se roba el pan de los pobres, se derrama la sangre". La gente terminó por tranquilizarse en ambas partes. Una vez alertado, Agustín, como buen vecino' fraterno, viajó al lugar para sostener a la conmovida comunidad. En un momento de arrepentimiento, los habitantes paganos se dieron cuenta en qué atolladero se habían metido. Los notables fueron a visitar al obispo de Hipona para que intercediera en su favor.

Nectario, ausente en el momento de la visita de Agustín, le escribió una carta que se guarda todavía así como la respuesta. Aquel viejo pagano tenía un padre muerto cristiano (lo que es muy significativo). Se presenta como defensor de la ciudad, donde ha nacido. Se declara culpable y reconoce que los hechos merecen castigo. Simplemente quiere que los inocentes sean salvados. La carta es un homenaje al obispo cuyo peso e influencia en Roma conoce muy bien. La respuesta de Agustín es la de un cristiano frente al

paganismo y a los paganos recalcitrantes. Ninguna pasión, ninguna explotación del acontecimiento para regatear una conversión, sino un deseo: que tomen conciencia de que sus divinidades son falsos dioses, que pinturas, bronce, esculturas, escritos, lecturas, comedias, cantos y danzas representan el adulterio de Júpiter, como lo hizo Terencio; todo eso corrompe las buenas maneras de la ciudad. El obispo Pisidio, por su parte, fue a encontrar al emperador Honorio, en Roma. Este confirmó las leyes, promulgó sanciones ejemplares para los culpables, a exclusión de la pena de muerte. En caso de reincidencia, la guarnición intervendría. Ocho meses más tarde, el mismo Nectario vuelve a la carga, con una nueva imploración ante San Agustín, temiendo la expoliación y la tortura. Pide una amnistía general. En el trayecto, rinde homenaje a los cristianos por la solicitud que manifiestan con pobres y enfermos. El obispo de Hipona le recuerda, con cierta solemnidad, que un cristiano no puede vengarse, pero hace suya la misericordia que, conforme a lo que decía Cicerón a César, "es la más maravillosa y bella de sus virtudes". De esta última carta se deduce que el motín de Calama, como otrora el de Efeso, estaba montado por el clan de artesanos y comerciantes que vivían del templo. Los cristianos de Calama, como lo reconoce San Agustín, no eran todos santos, y menos todavía, héroes, al ver su pasividad y su falta de ánimo. El obispo tiene la honestidad de confesar que algunos, entre ellos, incluso se aprovecharon del saqueo y de la confusión general para robar también.

En otras circunstancias, los cristianos no se comportan precisamente como monaguillos. Sucede aún que se les ve tan violentos como los paganos de Calama, con la protección de la ley y de su conciencia por añadidura. Una verdadera cruzada se desencadena contra estatuas y templos paganos, aunque resulta menos violenta en África que en Egipto o Antioquía. Unos monjes oriundos del Oriente desataron un movimiento de vandalismo en la ciudad de Cartago, rompiendo puertas de templos y arrancando ídolos. Gauckler pudo notar rasgos de mazazos en ciertas estatuas cartaginesas. Un cipo de Mactar con esculturas simbólicas lleva visiblemente golpes de martillo en la imagen de la difunta engalanada con los atributos de una divinidad.

Las violencias atacaban menos los templos que las estatuas, sin tener en cuenta su calidad artística, lo que empobreció singularmente el patrimonio de la civilización. El arqueólogo Gauckler encontró con asombro un escondite en Cartago, donde un pagano había escondido un verdadero museo: "Una Venus con delfín, un Júpiter sentado en el águila, un Baco dando de beber a una pantera, un amorcillo, dos estatuillas de Mitra, Deméter (Tanit) y Júpiter (Amón)". El experimentado arqueólogo que descubrió ese panteón africano supone con probabilidad que en el momento de la derrota del paganismo, los últimos devotos de Demeter Tanit y de Júpiter Amón, de Silvano y Satumo, quisieron sustraer a la mutilación y la destrucción por parte de los cristianos vencedores, esas obras de exquisita elegancia, cinceladas en un mármol con vetas doradas. Más probable es todavía que algún astuto haya aprovechado las circunstancias para montarse un museo personal de arte sacro. Dirigiéndose a los cristianos iconoclastas, el obispo de Hipona señala que es más fácil arrancar los ídolos de sus pedestales que del corazón. Un día en que predica en Cartago, donde paganos e ídolos son abundantes todavía, afirma tranquilamente: "No es verdad que los cristianos buscan los ídolos y los altares para destruirlos. ¿Acaso ignoramos dónde se encuentran en sus propiedades? Pero no los tocamos. Los idólatras quisieron simplemente que conserváramos las divinidades hasta en nuestras propias tierras". Las propiedades privadas, compradas por cristianos o dadas a la Iglesia, eran naturalmente limpiadas de toda estatua y de cualquier vestigio idolátrico. Agustín hace observar con cierto humor en relación a los paganos: "¿No van a llegar a pedimos ser sacristanes de sus ídolos!", El rico Publícola expone sus escrúpulos a Agustín a propósito de compromisos posibles con los dones ofrecidos a los ídolos, El obispo le responde sabiamente: "Usamos sí el agua de las fuentes donde se ha sacado agua para sacrificios". Pero los cristianos no pueden, son pretextos de destrucción de ídolos, transformarse y adueñarse de bienes de santuarios y templos. Sería prueba no de celo, sino de codicia.

Los verdaderos iconoclastas de la época eran los donatistas. Con un celo fanático, provocan a los paganos durante sus celebraciones, como modo de merecer el martirio. "No son mártires, dice Agustín, y su culto es ridículo".

Las inscripciones funerarias al pie de los acantilados de Djebel Nif en Nser y de Djebel Anuda, provienen sin duda de circunceliones que se suicidaron colectivamente. "Se ven rocas gigantescas, dice el obispo de Hipona, montañas con precipicios abiertos, ilustrados por los suicidios innumerables de sus mártires voluntarios. Los precipicios les han engullido como manadas".

Ante el cristianismo victorioso, los cultos paganos se mantienen a menudo en la clandestinidad. A su vez el paganismo conoció el tiempo de las catacumbas al que no sobrevivió. La gruta dedicada a Silvano, genio de los bosques, se pierde en la profundidad del tiempo. Fue acondicionada por una mujer de Cartago, de origen númera, Salsula, clandestinamente fiel a la religión de sus antepasados. Otros paganos hacen profesión de fidelidad a su pasado religioso. Como no pueden afirmarlo en la calle, lo graban en los mosaicos de sus casas. Los temas clásicos del triunfo de Venus o de la coronación de Ariadná, rodeadas de amorcillos y ninfas, toman un aire de guerra más que de libertinaje. Un mosaico de Djemila presenta, en medio de animales y aves, en el medallón central, un asno con la inscripción que alude a la victoria cristiana, retomando el insulto del Palatino: el asno vencedor. ¡Revancha de los últimos paganos! Por otra parte, se encuentra una cabeza de asno en fichas que los nobles distribuían, el primer día del año.

En general, los templos en ruina, en África como en Italia, son utilizados para el culto cristiano. Esto hizo posible que se conservara cierto número en Roma y Siracusa. En Cartago, el templo de Caelestis estaba invadido por la maleza, cuando el obispo Aurelio se posesionó de él, para celebrar solemnemente la fiesta de Pascua. La cátedra del obispo reemplazaba al ídolo. Pero los recuerdos del pasado eran tan vivos que muchos cristianos, mal desbastados de su paganismo, mezclaban en su oración el culto de la diosa Tiria con el de Cristo. Esto provocó la pérdida del viejo templo. Fue destruido. Las inscripciones que proclamaban orgullosamente la alianza de las ciudades con sus dioses protectores, sirvieron entonces para pagar las vías romanas. Así, en Mactar, el templo de Baco, patrón de la ciudad, fue transformado en iglesia. Estos hechos sin embargo fueron excepcionales.

Los destructores de ídolos encontraron una patrona en la joven mártir Salsa de Tipasa. Su basílica se levanta en uno de los más bellos parajes de África, a orilla del mar, a unos trescientos metros sobre la antigua ciudad, a lo largo de la playa, donde Alberto Camus coloca el ambiente de Noces. Según la pasión, la muchacha de 14 años de edad, derribó en el año 320 el ídolo monstruoso de un dragón venerado por la población. Los furiosos paganos echaron a la valiente cristiana al mar. Sus restos fueron encontrados por un capitán marsellés, Saturnino. El cuerpo de la joven mártir fue traído a Tipasa y pronto llegó a ser objeto de culto por parte de los habitantes arrepentidos. Aunque el relato presenta tópicos del folklore religioso, permite captar el ambiente de los siglos IV Y V.

Cambió de rumbo el viento, pero no en el sentido pensado por Agustín. En el siglo V, sobre todo en época bizantina, unos respetables cristianos llevaban el título de flamenes, totalmente secularizado.

¿Es posible ser cristiano?

No vayamos a representamos las ciudades africanas divididas en facciones como en los espectáculos, en cristianos y paganos, empeñados en una guerra solapada. Los unos y los otros se visitaban, se invitaban, se escribían y se casaban.

Como la intelligentsia pagana de África era sensible al prestigio de Agustín, se felicitaba por mantener buenas relaciones con las cabezas pensantes del cristianismo. Existen todavía las cartas que los más notables de esos hombres cultivados, como el retor Máximo, hombre culto de Madaura, Longiniano, un docto impregnado de platonismo, mandaron al obispo de Hipona. Son más académicas que inspiradas por la inquietud religiosa. Si bien el comportamiento de un intelectual en el siglo IV, ante el hecho cristiano, ya no es el mismo que lo era dos siglos antes, las objeciones se parecen singularmente a las de Celso y de Porfirio. Proviene de la formación filosófica, y se podría decir del acondicionamiento filosófico. La

supervivencia para un epicúreo, la resurrección de los cuerpos, prisión del alma para un platónico, son temas que vuelven siempre en el debate que Agustín había entablado consigo mismo, antes de recibir el bautismo. Ciertas objeciones debían de irritar una llaga mal cicatrizada.

En vez de asistir a esos certámenes de doctos y filósofos, es necesario captar la objeción del hombre de la calle, la reacción anticristiana a ras de lo cotidiano. La predicación agustiniana está llena de prevenciones, de reflexiones que corren por las calles. Hasta en su formulación, en latín popular, se detecta la espontaneidad de la vida. Los espesos epicúreos presentan unos argumentos prosaicos.

Paganos y escépticos dicen a diario: "Comamos y bebamos, ya que mañana moriremos". Se burlan de nuestra resurrección de los muertos. Según ellos, ¿para qué hablar de promesas futuras? Importan las realidades concretas de la vida. "Nuestros asuntos andan bien. Yo pago con los bienes actuales. Atrás con los que hacen promesas sin mostrar nada. Aprovecho de lo que tengo. Lo importante es que prospere mi comercio".

Los cristianos que hablan del más allá y anuncian la vida futura, aparecen como soñadores divertidos. Replican:

N. está en su tumba, escuchémosle. Tú dices que esto es imposible. Escuchemos la voz de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo. ¿Quién volvió de la muerte? ¿Quién pudo decimos lo que pasa en el más allá? Aprovechemos pues, mientras estamos vivos todavía. Cuando hayamos muerto, por más que nuestros padres y amigos pongan ofrendas en nuestros ataúdes, éstas irán para los vivos y no para nosotros, ya muertos.

Otros ironizan sobre la condición futura de los resucitados: "¿Qué vamos a hacer? Si ya no puedo usar mis miembros, ¿para qué entonces?". Más incisivos todavía, algunos afirman que la inactividad va a provocar nostalgia: "¿Qué placer me quedará si no puedo comer, si no bebo y no me acuesto con mi mujer?".

Otras críticas se refieren a las dificultades ya señaladas por Celso en el siglo II: la creación, la historia de náso que fue objetada al Abad Desgranges, en el mismo siglo XX. Los paganos la cotejan con el mito de Arión, salvado por un delfín. También se maltrata el evangelio: el nacimiento maravilloso de Cristo, sus milagros, su crucifixión, su resurrección, su divinidad. Se compara la sangre de Cristo con la del bello Atis, ya mencionado: "El Dios con gorro frigio, también según se dice, es un Cristo". Otros hacen de Jesús un mago: se le representa con las facciones de Orfeo.

Los malos cristianos

En todas las épocas, las objeciones van desde las creencias paganas hacia los creyentes. ¡Qué pretensión la de querer poseer el monopolio de la virtud! Como si no existieran santos en el paganismo. "Pretendemos vivir correctamente, quedándonos paganos". Otros replican: "¿Qué me puede aportar Cristo? ¿Tener una vida recta? La tengo. ¿Por qué necesitaría a Cristo? No he matado, tampoco he robado. No engaño a mi mujer. Si alguien ve que algo debe de cambiar, hágase cristiano".

Esta actitud de vida entre los paganos contrasta a menudo con el comportamiento de numerosos cristianos, mal convertidos, que pasaron al cristianismo por oportunismo, por cálculo o ambición. Esto hace decir: "Tú quisieras que fuera como fulano", y da el nombre. "¿Para qué persuadirme de ser cristiano? Un cristiano me ha robado; yo no lo he hecho. Un cristiano me ha jurado en falso. Yo, nunca". Agustín, que narra la anécdota, añade con un poco de melancolía: "Este lenguaje les aleja de la salvación, a pesar de su vida honesta". El obispo reconoce la desviación de ciertos cristianos que se imaginan hacer bien al robar a un pagano. "Cristo te dice: tenía vestidos y tú me los quitaste. Tú, contra la costumbre establecida, te permites despojar al pagano para vestir al cristiano".

Los paganos acusan tanto a la legislación de los Emperadores como el comportamiento de los cristianos. Se indignan: "La destrucción del templo, la prohibición de los sacrificios, el quebranto de estatuas sagradas, no están conformes con la enseñanza de Cristo". Agustín responde diciendo: "Les rogamos leer a los profetas que no sólo prescriben destruir los ídolos sino que anuncian que esto se hará, en tiempo de los cristianos". En otro momento, el obispo predica sobre el combate de Jacob con el ángel, que le golpea la cadera, y le deja cojo:

Hoy la iglesia cojea. Avanza con un pie, el otro está enfermo. Fíjense en los paganos. Tienen el ejemplo de buenos cristianos que sirven a Dios. A veces les admiran y se convierten. A veces se encuentran con cristianos malos y dicen: ¡He ahí los cristianos! Estos son la Iglesia que cojea.

Una última reflexión de los paganos está por demás justificada: los cristianos participan de nuestras fiestas paganas; vuelven a los viejos ritos y recurren a la magia; imploran las divinidades en los momentos de desamparo. Los paganos concluyen diciendo: "¿Por qué abandonar a nuestros dioses, ya que los mismos cristianos los veneran con nosotros?" Se trata, evidentemente, de semicristianos, mal convertidos, borrachos, avaros, ladrones, adúlteros, impúdicos, aficionados a amuletos y hechizos, clientes de adivinos y astrólogos que llenan tan bien nuestras iglesias como los teatros, en días de fiestas paganas.

Supervivencia de prácticas paganas entre los cristianos

Amuletos, arúspices, magia, consulta de astrólogos son parte del ambiente popular de África, cercano al que se puede encontrar hoy en Nápoles o en Cádiz. La superstición tiene siete vidas aunque el alma sea cristiana. Los creyentes están simplemente mejor equipados: conservan las buenas recetas de antaño y buscan otras nuevas en la religión de Cristo. A menudo es difícil trazar una frontera entre el pasado y el presente. El terreno de la superstición está hecho de estratificaciones superpuestas que se interfieren. Lo que es verdadero en los países mediterráneos, lo es más todavía entre las poblaciones africanas. No existe hoy un solo núcleo social berberisco, que no tenga uno o varios brujos. Recogieron por tradición elementos de un arte que viene de la profundidad de las edades, utilizado por los contemporáneos de San Agustín. Una fórmula bien pronunciada, según ellos, moviliza a dioses y demonios. El marino de Hipona sigue invocando a Neptuno; la mujer que alumbra se dirige a Juno o a la madre Celeste, así como el cura italiano hoy, todavía, dice: per Baccho.

Para esos cristianos, dos seguros valen más que uno. Agustín que conoce bien a ese pueblo humilde, por haber vivido cerca de él, lo exhorta: "No digan: me dirijo a los ídolos, consulto augurios y sortilegios, pero no dejo la iglesia, yo soy católico". Pagano o cristiano, aquel pueblo humilde se imaginaba el mundo poblado de espíritus o genios ambivalentes, demonios que merodeaban alrededor de las fuentes, las casas y las tierras. Es importante entonces ganar su benevolencia. Ellos traen fortuna o desgracia. El buen duende tenía como símbolo la serpiente o el falo. El mundo de los espíritus es a la vez inasequible y por esta misma razón fascinante. Cantos, danzas salvajes, sueños y trances, éxtasis y embriaguez sirven afanosamente para penetrar en aquel mundo por efracción. Se trata de conjurar y aliar este universo de fuerzas, genios, demonios y divinidades, más cercanos de nuestras preocupaciones cotidianas que Cristo en su gloria. "Se imaginan tener sus riquezas, según dice Agustín en uno de sus sermones, de los demonios que veneran, y se dicen a sí mismos que Dios es necesario para la vida eterna; pero en cuanto a los bienes de esta vida, más vale dirigirse a los poderes demoníacos. ¡Qué insensatos! "La misma dicotomía maniquea es evocada en otro sermón: "Dios es bueno y magnífico. Reina en lo más alto de los cielos. Dará la vida eterna. Pero, para lo temporal, en cuestión de bienes de la vida terrestre, esto ya incumbe a los demonios; las cosas materiales pertenecen a las potencias de las tinieblas".

Superstición y magia no tenían otra razón de ser que hacerse favorables al espíritu, de manera directa o por intermediarios, recurriendo a procedimientos profundamente aferrados en el alma africana y humana. No proceden de una reflexión sino de un reflejo, de un instinto y del subconsciente, y parecen ser viejos como el mundo. Esto explica entre los africanos cristianizados ese retorno irracional hacia lo que condicionó la vida religiosa de los antepasados. Tal es el instinto del hombre de la tierra que deja raíces en cada autóctono, como lo nota San Agustín. "Basta que truene y el campesino recurre a los sortilegios, por temor al granizo".

El hombre antiguo, así como está rodeado por un mundo que lo rebasa, se siente amenazado, y de ahí el recurso a una fuerza benéfica. "Son buenos cristianos cuando todo anda bien: al suceder alguna desgracia, corren a ver a la echadora de cartas. ¡Ingenuo! ¿Acaso no es marcada tu frente con el signo de Cristo?" En otra parte, el obispo es más perspicaz todavía, cuando explica un salmo que bendice al Señor:

Cuando todo anda bien, tú bendices al Señor. Dios te da el varoncito que has deseado y le bendices por ello. Tu mujer alumbra sin novedad y bendices al Señor. Tu hijo enfermo sana y bendices al Señor. Pero cuando tu hijo se enfermó, fuiste a ver al adivino y recorriste a los sortilegios.

Los médicos son pocos, y, además, careros; a los ojos del pueblo humilde, tienen figura de magos. La enfermedad depende más de fuerzas oscuras e incontrolables que de ciencia exacta.

Un hombre está en cama y sufre atrozmente, narra Agustín. Llega una mujer (quizás un hombre, si es necesario), se acerca a la cama y dice al enfermo: "Haz tal ligadura, y sanarás. Usa tal fórmula mágica y te repondrás. Pide a fulano y mengano. Haz como te digo y sanarás; en caso contrario, morirás. Y ¿el nombre del Señor?"

En su tratado de la Doctrina Cristiana, Agustín presenta todo un arsenal de prácticas supersticiosas, para conjurar la suerte, sanar una jaqueca o detener algún hipo. ¿Sufre alguien de hipo? Que agarre su pulgar izquierdo con su mano derecha.

Si andas con un amigo y de pronto se interpone un niño, un perro o una piedra entre ustedes, su amistad ya queda rota. Entonces es necesario poner el pie sobre la piedra, dar una bofetada al niño o una patada al perro. Agustín añade con tono malicioso: el animal manda a menudo al verdadero médico al agresor supersticioso.

Existían otras prácticas cotidianas: Quien pasa frente a su casa, debe pisotear el umbral. Si alguien estornuda cuando se está calzando, debe ponerse en cama; si da un paso en falso, que entre pronto a su casa: Si se da cuenta de que los ratones se comen su vestido, es más presagio que perjuicio. "Que todos esos crédulos recuerden la anécdota de Catón, dice Agustín. Un amigo le cuenta que los ratones se comieron sus zapatos. El responde: no hay presagio malo alguno en eso. Habría uno, si los zapatos se hubiesen comido a los ratones".

El miedo al alojamiento es tan viejo como el mundo: se encuentra en Francia como en África. Cantidad de amuletos africanos se esfuerzan por conjurarlos. Si el supersticioso toca hoy algún hierro, el africano como el romano, hasta en el siglo XX, toca su falo, señal del buen genio. Si no lo cree, vaya a Roma a constatarlo personalmente. Por esta razón, sin duda, los falos grabados son tan numerosos en África: cuernos de marfil, de coral, de plástico que se llevan en Italia, tienen un mismo origen fálico. Más vale prevenir que curar. Existe toda una profilaxis para conjurar un maleficio o una desgracia: amuletos, adjuración, que toman todas las formas, en que todo se mezcla: superstición, creencia y fe. ¿Podrá Dios encontrar a los suyos?

Ciertos artículos tienen un valor mágico. Agustín habla de aretes en forma de anillos de oro, de un aro hecho en un hueso de avestruz, para el meñique... Estos objetos eran fijados a menudo o cosidos en el vestido. El obispo habla frecuentemente de ligaduras, ya encontradas. La palabra evoluciona de atadura a

amuleto: es un talismán que se lleva por superstición, para preservarse de un mal, de alguna enfermedad o maleficio. Ciertos catecúmenos las llevan incluso para la lección del catecismo. En Calama, unos hombres los tienen para ir a comulgar. Cuando los hombres se deciden, batan todos los records. La predicación agustiniana hace numerosas referencias a amuleto s contra jaquecas. Parecería que toda África tuviere jaqueca. Por lo menos, Agustín la padecía a menudo. Se trata a veces de una piedra (ágata, coral, hierro u oro), de una planta (majuelo, laurel o eléboro) o también de un animal (hiena, lobo, perro o gato). Las orejas de rata deben ponerse en un tejido rosado. El cuerno de onagro inmuniza contra heridas. En otras oportunidades, Agustín se refiere a cintas con signos o letras cabalísticas que se llevan en el cuello y sirven contra dolores de cabeza. Con una flexibilidad sorprendente, fabricantes y comerciantes se adaptan a la religión nueva. En los talismanes, escriben el nombre de Cristo, a veces el crisma, el nombre de San Gabriel o de San Miguel. "Todo esto es veneno, dice el obispo, al que los traficantes mezclan un poco de miel". Fueron encontrados amuletos con versículos bíblicos, particularmente eficaces. En vez de huesecillos de avestruz, la inscripción: "No le quebrarán ni un hueso", de San Juan. Más tarde, se utiliza el comienzo de los cuatro evangelios o versículos sorteados. A veces es difícil trazar una línea divisoria entre la superstición y la invocación.

Otros africanos recurren a fórmulas mágicas, conjuros, como aparecen en numerosos ostrakas y papiros. Hasta la señal de la cruz, en la Antigüedad y, todavía hoy, parece inmunizar contra el diablo. Algunos se persignan al entrar al teatro.

Es una ambivalencia que Agustín traduce en una pequeña parábola: "Dios y el demonio, el padre y el traficante. Dios como padre nos castiga, nos corrige y nos asocia a él. El diablo nos adula, nos seduce y luego nos vence".

La Ciudad de Dios presenta la curiosa historia de una rica cristiana de Cartago, Petronia, en que es difícil distinguir lo bueno de lo malo. Lo cierto es que había visitado a un judío que le había vendido un cálculo renal de buey y le había aconsejado con insistencia colocarlo como un chatón en una sortija. Lo llevaba en la piel en un cinturón como ligadura, incluso cuando hizo la peregrinación a San Esteban de Uzalís, para conseguir su sanación. Un día, estando en una de sus tierras, cerca del río Bagra das, se quedó sorprendida al ver el anillo a sus pies. Se tocó y notó que el cinturón estaba en su sitio, pero sin el anillo. En el instante, echó cinturón y amuleto al río. No se sabe si la rica patricia encontró una fe más iluminada.

Magos, arúspices, charlatanes, cartománticos, echadores y echadoras de buena ventura representaban todo un mundo de traficantes que vivían de aquel confortable negocio. Unos se contentaban con comercializar sus talentos; otros sacaban provecho de la credulidad. Toda esa gente merodeaba alrededor de los templos. Siguiendo el acontecimiento, debió de desplazarse progresivamente hacia los lugares de peregrinaje. La gente gasta mucho dinero consultando a adivinos, pitonisas, videntes que hablan en sus trances, y profetas en los atrios de los templos.

¿Qué quieren saber? Siempre la misma cosa: ¿Qué día se puede viajar? ¿Cuándo sembrar? ¿Me casaré este año? ¿Seré feliz en el amor? Le informan si ganará en carreras, si escogió el buen color, y cuánto tiempo vivirá.

Los adivinos sacaban la respuesta jugando en las entrañas de animales; también usaban el agua y los muertos. Constantino había delimitado ya la acción de los arúspices en los templos y los edificios públicos. Esto no impidió que uno de ellos se entrevistara con el joven Agustín en Cartago, con ocasión de un concurso, para pedirle cuánto le daría por conseguir la victoria. El joven maestro quedó horrorizado y le respondió que no quería que su triunfo, aunque fuera una corona de oro, costara la vida a una mosca. Albicerio era un adivino célebre en la época de Agustín; Era un personaje importante. Entre otras especialidades, tenía el don de encontrar los objetos perdidos, al igual que San Antonio de Padua.

Magia y magos eran a la vez temidos y buscados, odiados y envidiados por su poder oculto y su fortuna. El rico que se preciaba, tenía su mago, como hoy tiene su sicoanalista. La magia aparecía como un poder tanto más peligroso cuanto escapaba al control y a la fuerza. Desde los primeros siglos, los paganos atribuyen los milagros de Cristo a la magia, y el crecimiento sorprendente del cristianismo a extraños maleficios. Tal era la acusación mayor de Suetonio contra el cristianismo. A veces el mago era un prestidigitador que hacía andar las estatuas, metamorfoseaba a los hombres, transportaba a distancias lejanas, hacía hablar a los animales; a veces era menos espectacular y más pragmático; resolvía las mil dificultades de la vida: embruja durante las carreras y paraliza a un auriga de la parte contraria: permite ganar un proceso, da virilidad a los impotentes y es un brebaje mágico para la muy amada. Tanto en África como en Italia, el hombre del campo recurre a la magia para conseguir que llueva en tiempo de sequía, para apartar el granizo que amenaza, fertilizar campos y hacer fecundas las ovejas. Si ocurre una epidemia, la intervención del mago parece indispensable. Por más que el emperador Constancio prohibiera la magia bajo pena de muerte, era en vano. Esa ciencia oculta prepara de alguna forma el camino hacia la brujería.

Los astrólogos llamados matemáticos

A primera vista, la astrología parece venida a menos, en medio de charlatanes y echadoras de cartas. Aparece como ciencia. Los astrólogos son considerados como sabios; su saber se apoya en tratados científicos escritos por griegos. Llevan el nombre de matemáticos, en San Agustín. La iconografía les representa con una barba imponente, el compás en el globo, escudriñando el sol y las estrellas. Se les ve importantes e inspiran confianza. Hay otra definición le viene muy bien: hombres del horóscopo, que explican las influencias astrales sobre el día del nacimiento.

Agustín libra un combate encarnizado contra el horóscopo y los que consultan a adivinos, quizás porque la astrología está muy difundida en África, y que le había seducido en la época de su juventud. Una vez obispo, hace quemar los libros de astrología.

Como lo afirma Agustín, los Caldeos fueron quienes identificaron con certeza, en el siglo XIV, antes de nuestra era, los primeros signos del zodiaco. Los monstruos de nuestras representaciones provienen de la imaginación oriental que creyó discernir animales sagrados o divinidades. Los Caldeos imaginaron la influencia de las doce constelaciones sobre el tiempo, la tierra y la vida práctica de los hombres. Esto permitió que se estableciera verdaderos calendarios (efemérides), que indican el modo de establecer el horóscopo.

La influencia del zodiaco sobre las antiguas generaciones es indiscutible. El epitafio cristiano de un niño precisa que había nacido en la cuarta hora de la noche, el día de Saturno, entonces capricornio, lo que anunciaba una muerte prematura. ¿Quién sabe si el zodiaco no tuvo alguna influencia sobre la redacción del Apocalipsis? Lo cierto es que un bajorrelieve de Argos fue interpretado por los gnósticos como una virgen de luz rodeada por el zodiaco. Primero, los gnósticos y luego los maniqueos dieron buen espacio en sus especulaciones a la astrología. En su juventud, Agustín creía firmemente en la ciencia del horóscopo. No se dejó convencer tan pronto por Vindiciano, un médico de profesión que le había coronado en Cartago, cuando le quiso apartar de la astrología. El obispo maniqueo Faustino, a quien el futuro pastor de Hipona interrogó acerca de la astrología, le pareció tener ciencia corta. Más tarde, un amigo llamado Firmino le contó cómo su padre sabía de astrología, al punto de cuidar las nidadas de toda su finca. El azar hizo que su mujer y una de sus esclavas comenzaran un embarazo exactamente el mismo día y, además, dieron a luz en la misma hora. El mismo horóscopo presidió entonces a dos destinos diametralmente opuestos: una carrera brillante para el hijo del amo y una existencia miserable para el hijo de la esclava.

La historia sanó definitivamente a Agustín. Se dio cuenta de las debilidades de la astrología y detectó su falla: la confusión entre ciencia exacta y conjetura. Los astrólogos se equivocan una vez de cada dos. El hombre distraído no recuerda el error: se acuerda sólo de la información que se verificó. Además parece que en el año 399, los astrólogos paganos anunciaban el fin del cristianismo. "¿Qué sabe el adivino para que te prometa larga vida?", pregunta el obispo. "¿Acaso se considera Dios?". Y en otra parte: "Si los astros fijan los sexos, ¿por qué tienen dos gemelos existencias diametralmente opuestas? El uno se hace viajero y el otro, sedentario empedernido. El ejemplo bíblico de Esaú y Jacob es significativo". Ciertos agricultores africanos recurren a la astrología para todo: para saber en qué día sembrar, qué día domar animales, qué día acoplarlos. Pues, resulta que de las semillas del sembrío de un día, una parte germina y será cosechada, y otra se perderá.

Existían calendarios llamados también listas egipcias, a la vez científicas y religiosas. El hombre de negocios o el campesino las consultaban como el Evangelio; el marido quería saber si podía acercarse a su mujer. El obispo relata las reflexiones oídas:

No partiré hoy porque es un día nefasto, o porque la luna esta de color rojizo. Voy a tratar tal asunto, porque estamos bajo el signo de marzo. No puedo negociar -o sí puedo-, este mes, a causa del zodiaco. No plantaré viñas ahora porque es año bisiesto.

Agustín cree que más valdría seguir las observaciones de campesinos y marinos, pilotos y viajeros, que se contentan con decir: "No partiré hoy, porque se levanta una tempestad. No me vaya arriesgar en el mar, porque el invierno no terminó. Ya es tiempo de sembrar, porque la tierra está regada con las lluvias del otoño". "Es ridículo, señala Agustín, ordenar su vida conforme a los almanaques". Aun recibía la visita de fieles que le decían: "Monseñor, hoy, no salga Ud". Ciertos días, el obispo no sabía si debía reírse o montar en cólera. Lo que más le indigna en la astrología, es la influencia ejercida sobre la voluntad del hombre: ¿Qué queda de la libertad, si el destino del hombre es trazado por la posición de los astros, el día de la concepción, el día y la hora del nacimiento? ¿Qué lugar queda para el juicio de Dios? Agustín sabe traducir maravillosamente estas cuestiones filosóficas en lenguaje popular. He aquí el africano en casa del astrólogo. El obispo describe la escena:

No son ignaros sino sabios. Se sientan. Consultan los astros para realizar sus operaciones: el alejamiento, la carrera, la velocidad de rotación, la posición y el movimiento. Observan, toman notas, conjeturan. Uno les cree a ellos sabios, son personajes importantes. Toda su ciencia no es sino una justificación del pecado. Le dicen a Ud.: serás adúltera ya que estás bajo el signo de Venus. Tú serás asesino, ya que estás bajo el signo de Saturno. Serás un hábil estafador, ya que estas ligado a Mercurio".

Entonces Mercurio es el estafador; tú, no. Venus es la adúltera. Cuidado con ser condenado en vez de Marte y Venus. ¡Ingenuo! Tú gastas dinero para que te compren Júpiter, Venus o Mercurio. ¿Acaso no te das cuenta que el astrólogo se frota las manos y se ríe para sus adentros?

Los africanos, como la vieja Auvernesa encontrada en Murols, dicen: "El destino está escrito en el cielo". Si tú les preguntas: "¿Qué es el destino? –Las estrellas malas- Pero, ¿quién hizo las estrellas? Dios". No les queda otra cosa sino acusar a Dios para quitarse la culpa.

En realidad, es una manera cómoda de imputar al cielo las propias cobardías, y disculparse, acusando los astros, dice San Agustín. No endosar sus responsabilidades y buscar un alibi en el destino de las estrellas, no es hacer prueba de valor. Ningún hombre sensato se atreve a decir: "El adulterio no es un mal; el robo es cosa buena". Por todas partes, se oye: "Si Dios no lo hubiera querido, no lo habría hecho. ¿Qué quiere? Era mi destino".

El mismo astrólogo, explica Agustín con malicia en uno de sus sermones, no actúa en lo cotidiano, conforme a sus teorías. Por si acaso encuentra a su mujer demasiado coqueta flirteando con un desconocido, o estando muy a menudo en la ventana, entonces le da una tunda de palos verdes. Si la mujer se defiende diciendo: "Golpea a Venus, pero no a mí", le responde: "Esto vale para el cliente, idiota, pero no para ti.

Los astrólogos raras veces se hacen cristianos en África. Más bien sucede que los cristianos se hagan astrólogos, atraídos por un medio de vida decoroso y bien remunerado. La Iglesia consideraba esta profesión como deshonesta e ilícita. Un día, sin embargo, en Hipona, un astrólogo bautizado se arrepiente y hace penitencia. Existe todavía el sermón de San Agustín.

En un primer momento fue fiel a su fe. Luego se dejó extraviar por el demonio y se hizo astrólogo. El mismo, siendo seducido, llegó a seducir, y mistificado, se hizo mistificador. El les decía a ustedes: "Nuestra pasión no es responsable del adulterio, sino Venus, y Marte el homicidio". Como señal de conversión, trajo sus libros para que sean quemados.

Cuando el obispo de Hipona toca el tema, hay en la asamblea quienes bajan la cabeza. El orador se da cuenta de ello y les interpela: "Tu hijo está enfermo. ¿No fuiste a ver al astrólogo?" "Has robado y has consultado al astrólogo para que no descubrieran. Basta un pecado. ¿Por qué añadir un segundo?"

Detrás de la astrología se deslizan los verdaderos cultos estelares como el de Mitra, tan popular en Africa como en Roma, unidos a las divinidades romanas por un cierto sincretismo bien conocido. Un mosaico de Sentinum presenta el sol en el zodiaco con la tierra y las estaciones. En Hipona se encuentra otro mosaico figurando a Baco, en medio de pámpanos de vid, con un cuerno de abundancia y en la mano derecha, un gran anillo zodiacal.

Al luchar contra la astrología, la iglesia continúa el combate contra el paganismo y el abanico 'de sus manifestaciones que invaden hasta sacramentos y culto de los mártires. Algunos neófitos ni pisan suelo durante toda la semana después de su bautismo. Sin embargo, Agustín no se nutre con la ilusión: lo más difícil, para todos, es arrancar los ídolos del corazón.

SEGUNDA PARTE: LA COMUNIDAD CRISTIANA

CAPITULO VIII: LA RED LLENA DE PECES

"Todos esos africanos son unos pillos", escribía Salviano, desde Marsella, poco después de la muerte de Agustín. Es un juicio perentorio y sin matices que el obispo de Hipona jamás hubiera aceptado. Conocía la espontaneidad y la debilidad de esta raza que él llevaba en su sangre. Siendo obispo de aquel pueblo humilde, se confunde con él, en la suerte y en la desgracia, como en cualquier matrimonio.

Hipona, "rincón perdido del universo", no es Cartago. Basta comparar los sermones pronunciados en la metrópoli para darse cuenta de que Agustín habla la lengua de la gente culta y no la del pueblo. Perfila y refina su expresión hasta el amaneramiento. Ahí encuentra el público de su espíritu.

Como ciudad diversificada sin llegar a cosmopolita, enriquecida pero sin gran cultura, Hipona es la imagen religiosa de África. Ceramusa es más cristiana, Calama o Madaura más paganas. En la época de Agustín, la población parece convertida en su mayoría. Es una comunidad de algunas familias ricas, navieros y hombres de negocios, enriquecidos en el comercio de cereales y grasas, patricios a menudo ausentes, y una masa de pescadores y marinos, de soldados y comerciantes, de artesanos y funcionarios, de ascetas y monjes. El obispo bien podía decir: no existe casa sin cristiano y casi en todos los hogares el número de cristianos es superior al de los paganos. Sin duda, esto podía decirse más de la ciudad propiamente dicha que de la campiña, donde se manifestaban resistencias por parte de propietarios ricos. La gente sencilla decía: "Si ese ricachón se hiciera cristiano, ya no habría más paganos".

Red llena, era donde se mezclan grano y mala hierba, aquellas imágenes bíblicas que dicen mucho tanto a los hombres del mar como del campo, vuelven sin cesar en la mente de Agustín, cuando considera al público que lo escucha. Paganos y judíos se mezclan con cristianos, donatistas y católicos. Cuando Agustín comienza, en Hipona, su pastoreo, los discípulos de Donato son más numerosos que los de Cristo. El regreso de los pródigos será una de las grandes preocupaciones en su acción pastoral.

Los judíos

En esta muchedumbre abigarrada, se puede distinguir a los judíos, humildes pero presentes en todas partes, un poco retirados pero importantes. Eran numerosos, mezclados con los cristianos, en la ciudad marítima y comercial de Hipona, como en cualquier ciudad portuaria. Son más numerosos todavía en Cartago. Ambos grupos se conocen, se visitan pero no llevan nexos matrimoniales. Ninguno pide el bautismo en Hipona. Judíos y cristianos se confunden en la vida cotidiana; conocen mutuamente sus costumbres, ritos y fiestas. Agustín se refiere a su costumbre de encender una lámpara, el viernes por la tarde, a la hora en que comienza el shabat. Durante la celebración pascual, hace mención de la comida que inicia la pascua judía. La Escritura y también la experiencia de la vida diaria le recuerdan la confluencia de ambas festividades de unos y otros. Los judíos también presentan una red llena, donde se juntan buenos y malos, raramente mediocres. En boca del obispo, las consideraciones teológicas salpimentan a menudo la observación callejera. Esto hace que su juicio sea severo o benevolente, pero jamás indiferente.

El activismo semita repugna a Agustín como a todo africano. El mismo descanso del sábado parece desviado. Los hombres ganarían en trabajar su jardín en ese día, en vez de estar de parranda y buscar espectáculos, donde hacen sentir su presencia gritando lo más fuerte posible. Convendría que las mujeres siguieran tejiendo, en vez de "bailar todo el día sin pudor, en las terrazas, al son de tambores, cuando los propios vecinos ya están sudando en su trabajo. Harían mejor en hilar su lana". Y, en otra parte: "Mejor valdría arar que bailar". La coexistencia no es siempre pacífica. Los cristianos se quejan de que los judíos

son rapaces, ávidos de ganancias, despreciativos. Estos últimos se lamentan por ser mal comprendidos o por ser perseguidos; hacen coro con paganos en contra de cristianos.

No se encuentran en Agustín las diatribas violentas de un Juan Crisóstomo contra los judíos. Si alude a menudo a su existencia y al problema que plantean a la reflexión cristiana, es sólo al final de su vida en que prepara un verdadero tratado polémico, que proviene de _ un sermón consagrado "a la ceguera del judaísmo" ante Jesucristo. Durante toda su vida, el obispo dialogó con judíos y rabinos. Consultó con uno de ellos, mientras era un simple sacerdote, para que le explicaran la palabra *raca*. Mejor que nadie, sabe Agustín que judíos y cristianos leen el mismo libro y se encuentran en la misma historia. Tiene demasiado respeto por el libro sagrado para no volver incesantemente a la fuente común, sobre todo al comentar el salterio. "El judío posee el libro de donde el cristiano saca su fe". El obispo dice bellamente: Son nuestros "archivistas", "nuestros libreros", los mojones militares que abalizan nuestros caminos. Agustín les presenta como Esaú, el hijo mayor, que ya sirve al menor, como el esclavo lleva la mochila que contiene el libro del escolar. Con él, camina hasta la escuela, pero él se detiene en el umbral. Si un cristiano encuentra una dificultad en el texto sagrado, pide a quien conoce la lengua hebrea y posee los libros sagrados: "El mayor sirve al menor".

En Hipona como en Cartago, judíos y cristianos discuten firmemente. Tertuliano ya aludía a un debate que había durado todo un día: argumentos y objeciones pertenecen a un fondo común que las generaciones se transmiten. El obispo recomienda que los catequistas tomen en cuenta las objeciones judías, cuando exponen a los catecúmenos las grandes articulaciones de la historia bíblica. Se trata de asentar la fe naciente contra los cotilleos callejeros que atacan particularmente a la persona de Cristo.

De ordinario, Agustín trata la cuestión judía con la gravedad paulina; reconoce naturalmente a Israel el derecho de primogenitura, el primer elegido; es el olivo verdadero en el cual fue injertado el olivo pagano y salvaje. Para ambos, lo que importa es florecer en la casa de Dios y llevar frutos. Más allá de los enfrentamientos cotidianos y de los perjuicios callejeros; el obispo de Hipona toca un día "el hecho judío", comentando la parábola del hijo pródigo. Compara el pueblo judío con el hijo mayor que, al regreso del campo, ve a los paganos sentados en la mesa, festejando en la casa de Dios. Está "pasmado", como lo repite Agustín, y exclama contrariado: "He ahí esos infieles, que no conocieron ni observaron la ley. No adoraron al Dios único, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". El judío interpelado se acerca a la Iglesia y presta oídos. Escucha la lectura de los mismos profetas, el canto de los mismos salmos. La sinfonía, las voces y el coro que se funden en la unidad, les dejan conmovidos. Agustín le interpela: "Voces, coro, fiesta, celebración y eucaristía te conmueven. Nadie te excluye, pues. ¿Por qué rehúas entrar?".

Los hermanos enemigos

En una elevación oratoria, Agustín describe la sinfonía cristiana que reúne en una misma fe, alrededor de un solo sacrificio eucarístico, a los pueblos de la dispersión en la Iglesia. En Hipona, la realidad es más discordante. Dos años después de la conferencia de 411, que debía poner fin al cisma, existen todavía en la ciudad "dos obispos y dos altares".

La división entre el partido de Donato y los católicos es el drama de la Iglesia de África, el drama cotidiano del obispo y de la ciudad. Al llegar Agustín, más de la mitad de la población cristiana había pasado al donatismo. Los católicos minoritarios, son agobiados y desanimados. La reunión de los cristianos y el fin de la división atormenta el espíritu de Agustín, a lo largo de su episcopado. Se trata de sanar el mal africano: gestiones, prédicas, conferencias públicas y privadas, concilios episcopales, cartas u obras, intervenciones del poder, todo se puso en movimiento para remendar la túnica desgarrada por el cisma.

Entre ambas comunidades las relaciones no sólo estaban tensas sino francamente malas. El obispo Faustino había prohibido que los panaderos hicieran pan para los católicos. Un panadero inquilino de un diácono católico había rehusado poner en el horno la pasta preparada por el propietario. Cuando se conoce la importancia del horno en la ciudad mediterránea, semejantes incidentes hacían la vida imposible.

Macrobio, obispo de Hipona en la época de Agustín, había rebautizado a un subdiácono católico pasado al donatismo. Su colega católico le mandó por intermedio de dos ciudadanos importantes una carta de protesta. Fueron mal acogidos. Agustín narra el incidente en uno de sus sermones:

"¿Quiénes son ustedes?, preguntó Macrobio.

-Somos cristianos.

-No. Ustedes son espías.

-Somos católicos".

Y en ese mismo momento, les quisieron dar un mal trato.

En el área rural de la diócesis, la situación estaba más desesperada todavía. Toda la aldea de Fusala era donatista, así como el pueblo de Tiave. Los ricos propietarios daban el ejemplo, seguidos por los colonos.

La división se expresaba en celebraciones paralelas, rivales y a veces hostiles. Ambas basílicas en Hipona estaban tan cerca la una de la otra, que era fácil en una misma hora oír los cantos y las oraciones de la iglesia vecina. El obispo católico debía levantar la voz para tapar aquella bulla sagrada. En las fiestas de los mártires, las celebraciones donatistas se terminaban en bacanales.

Por un sí o un no, por recibir una observación o una ventaja, los fieles cambiaban de iglesia, "como la paja que el viento lleva de la era y tira en matorrales, atrapada en las espinas. Otra ráfaga de viento la vuelve a traer a la era". ¿Ocurre que Agustín increpe a algún mequetrefe que golpea a su madre amenazando con matarla? En seguida, el joven malcriado pasa a los disidentes, felices de acogerle. El obispo lo describe en el santuario cerca de las barandillas, en vestido blanco, "bramando contra una madre cuya sangre quería derramar". El obispo de Hipona prohibió que un subdiácono del pueblo de Espano entrara a un monasterio de mujeres. Este, irritado, se hizo bautizar por los donatistas. Acabó extraviando a dos religiosas que vivían en el mismo lugar. El trío se unió a los circunceliones que vagabundeaban en la región; se entregaron a orgías, practicando juntos el amor libre.

El corazón humano se ríe de los cismas, y los matrimonios entre católicos y donatistas eran numerosos. El obispo habla a menudo de esa anomalía que le escandaliza:

Hombre y mujer están de acuerdo cuando salen de su cama; ya no lo están, cuando se van a la iglesia. Sus cuerpos se estrechan, jurándose fidelidad en Cristo; desgarran el cuerpo de Cristo por la diferencia de su confesión. Viven bajo el mismo techo, comen juntos y no pueden acercarse a la mesa del Señor.

Los hijos nacidos de la misma unión, viviendo en una misma casa, van en día domingo a basílicas diferentes a menudo hostiles, porque no tiene la misma casa de Dios. El obispo de Hipona sabe muy bien que el público de su catedral está mezclado. Los donatistas lo escuchan por curiosidad o para informar sobre lo que dice el adversario.

El dualismo de buenos y malos que atormenta a los donatistas, hace que Agustín recuerde el maniqueísmo que le había seducido en su juventud; le provocaba en su propio terreno: las dos ciudades, los dos amores. Eran las palancas mismas de su dialéctica. Incluso después de sus extravíos, no podía recusar la inextricable mezcla de buenos y malos, la mezcla de los mismos cristianos en la red de la Iglesia, pero no se permitió juzgar a los demás. Lo que Agustín rechaza y no acepta de los donatistas, es que se sustraen al juicio de Dios; en su precipitación no sólo anticipan la hora de los plazos, sino que olvidan que se encuentran juzgados y no sentados en el asiento del juez. Si la dialéctica de Agustín le llevaba a seguir el

pesimismo y la severidad de un Tertuliano, éste con cierto sadismo amenazaba con el último juicio. En ningún momento. Agustín siente el mismo placer malsano. La humildad es la que salva al obispo de Hipona y le hace sentir temor. Se sabe parte del problema y por eso no se parece a aquellos predicadores que, después de un sermón en que enrojece el infierno, terminan tranquilamente su jornada con el párroco, jugando a los naipes.

"El pueblo de Hipona a quien Dios me ha dado como servidor"

Los católicos de Hipona componen una comunidad donde se mezclan ricos y pobres, grandes propietarios y esclavos. Como en la vida pública, la gente humilde es mayoría. Tiene la vivacidad de los napolitanos. En la iglesia, entienden rápidamente, gozan con los juegos de palabras, reaccionan y aplauden, se acusan y gesticulan.

Gran cantidad de feligreses son analfabetos. No saben leer ni escribir. En los días de tribunal, los litigantes analfabetos se contentan con hacer una cruz. Con cierto tono humorístico, Agustín dice a ese público que mira un libro sin saber leer y no ve más que garabatos indescifrables por ellos: "Yo soy su códex, yo soy su libro". A pesar de ser la segunda ciudad de África, Hipona no tiene escuela. Sólo los ricos pueden mandar a sus hijos a ciudades vecinas. Esta ausencia prueba el poco interés por la enseñanza. La oferta depende de la demanda. Agustín narra cómo no pudo encontrar en toda la ciudad un ejemplar de las obras de Cicerón. El refinamiento de mosaicos y estatuas es el privilegio de una ínfima minoría o simple mimetismo de advenedizos incultos.

La masa de habitantes vive con poco, pero disfruta de la vida. Trabajan para lo indispensable y luego se entregan al "farniente", en la dulzura del clima. "La vida es tan dulce y la luz tan bella...", decían los paganos al mártir Pionioso. Lo mismo pensaban los africanos. Desde el amanecer, los hombres están en las calles, en los muelles, lugar de la vida cotidiana y del encuentro con los camaradas. Al caer la noche, la población se amontona en "tugurios muchas veces ahumados" viven unos sobre otros, se atisban, se tienen envidia, chismorrean y murmuran. Los niños se pelean y se golpean. Cada madre defiende su progenitura. ¿Cómo escapar de la observación del vecino? ¿Cómo ser cristiano y vivir lo que dice el Monseñor? ¡Qué se instale ahí, a ver! Con su temperamento hirviente, pronto a la cólera y a la emoción, inconstante y versátil, con el gusto por el lío, el africano de Hipona es aficionado a pleitos y fastos. Sólo el vino ilumina la grisalla de los días, y aún de los domingos.

Lo que sorprende al obispo, es la extrema fragilidad de hombres sin armaduras, a merced de los demás, más corderos seguidores que grey de Dios.

El pueblo de Hipona a cuyo servicio me dedicó el Señor, es tan débil en su mayoría y casi en su totalidad, que bajo la influencia de la más leve tribulación, puede peligrar gravemente. Ahora le oprime un contratiempo tan grave que, aunque no fuese él tan débil, apenas podría tolerarlo en una supuesta robustez espiritual.

Movilidad, inconstancia, ausencia de discernimiento y sentido crítico, así son las gentes de Hipona que siguen ciegamente a su obispo, como otros siguen a Petiliano, el donatista. En vez de alegrarse por ello, el obispo quisiera una opción mejor motivada:

No vivimos inquietos, pues seguimos a nuestro obispo, dicen ellos. Mal raciocinio, responde Agustín, ya que se encuentran obispos entre los heréticos. Los que se echan en la boca del lobo, serán devorados. Los malos pastores los devorarán. La oveja viviente es la que se debe buscar. ¿De qué sirve poder volver con un cadáver?

Esta fragilidad es capaz de las reacciones más imprevisibles, que van de la cólera a la vendetta. Los fieles de Agustín son los mismos que lincharon al oficial único. "En estas circunstancias, señala el obispo, ningún ser humano puede salir a la calle, ni siquiera yo". En otras ocasiones, este pueblo tan espontáneo y

extrovertido parece impenetrable y opaca la vista del obispo. Es un misterio que se le escapa. El que escudriñó las profundidades de su ser, se encuentra desarmado ante el público que le rodea pero se sustrae. "Un abismo atrae a otro", se contenta con repetir con el salmista...

El obispo jamás cede a la tentación de la renuncia o el descuido. "Lo que hizo el pueblo, ya está hecho. ¿Quién le castigará? -Pues, Dios, responde Agustín". La violencia engendra la violencia. Lejos de ser una solución, más bien es una plaga. Sin razón, se invocaría la mansedumbre de Dios: su bondad no es debilidad sino que puede ser cólera y castigo. El obispo conoce los límites del discurso más encendido. La presencia cristiana que obra por contaminación y persuasión, le parece mucho más eficaz. En cada familia, existen cristianos y numéricamente son aún mayoría. ¿Qué esperan para comenzar a actuar en casa propia, en un hijo, un servidor, un vecino, un cliente o un subordinado?

La misma población que asesinó a un oficial odioso, se echa con el mismo ímpetu al arrepentimiento, llora y hace penitencia. La predicación de Agustín produce cambios sorprendentes; unos fieles pasan del vicio al heroísmo evangélico. Las numerosas ausencias del obispo -un tercio del tiempo se encuentra en Cartago- provoca abatimiento y consternación en la población. No sólo necesita de su presencia, sino de estar segura. Apenas se va a la campiña, ya lo están llamando. Si parte para Cartago, ya hay pánico. Los fieles le escriben y le suplican volver. Y por más que Agustín consuele a su pueblo por carta y le diga que "Dios jamás se ausenta", él quiere la presencia de su obispo. "Al volver a mi sede, escribe Agustín, hable al pueblo gravemente escandalizado por mi ausencia".

Nada describe mejor al pueblo de Hipona que la historia de Piniano que menciona una carta de Agustín. Aquel joven patricio y su mujer Melania, una de las mayores fortunas de Roma, habían pasado el invierno en Tagaste, donde poseían inmensas propiedades. En vez de decir "rico como Crespo", los africanos decían: "rico como Piniano". Desde la muerte de sus hijos, los esposos vivían como hermano y hermana y liquidaron parte de su enorme herencia. Como el obispo no pudo irse a Tagaste, Piniano y Melania le visitaron en Hipona. Los feligreses se dijeron: "Con Agustín, tenemos el genio, pero poco dinero. Si tuviéramos a Piniano como sacerdote, ya lo tendríamos todo: la inteligencia y la fortuna". La idea se hizo cuchicheo y se propagó. En la primera asamblea litúrgica, en plena catedral de Hipona, justo antes de la despedida de los catecúmenos, el pueblo se puso a clamar: "Piniano, ¡sacerdote!". El golpe estaba bien montado. El obispo que conocía bien a sus fieles, versátiles pero testarudos como asnos africanos, se acercó al pueblo y al vede obstinado, le dijo: "Jamás le ordenaré contra su voluntad". La muchedumbre se quedó desconcertada, pero luego, gritó: "Otro obispo le ordenará". Sobreentendido: no Alipio, el obispo de Tagaste que se encontraba en Hipona al lado de Agustín. El pobre prelado que parecía ser un peligroso competidor, fue injuriado, por lo que conservó un penoso recuerdo del lugar. El primer interesado, Piniano, reaccionó vivamente. Hizo saber al obispo lo siguiente: "Si soy ordenado contra mi voluntad, dejo África en seguida. Si me dejan tranquilo, me quedaré". Agustín anunció a la muchedumbre la decisión de Piniano. Hubo concertaciones. Luego en las primeras filas, se levantó un clamor: "Si se hace ordenar sacerdote, ¡que jure sea en Hipona!" Piniano aceptó y el obispo lo anunció a la gente. Una salva de aplausos. Pero esa muchedumbre, en su gran mayoría analfabeta, exigió un documento. El interesado buscó una fórmula de mediadora, sin cortarse el camino de regreso. Pensaba en la eventualidad de una razzia de los Bárbaros. Melania añadió: "Y ¡el mal clima, acá! Cállate, le dijo su esposo, un tanto nervioso". El documento fue redactado y luego leído por un diácono. Al oír: "salvo en caso de necesidad", la gente se creyó engañada. Y el tumulto prosiguió. Agustín estaba agotado. Piniano dio algunos pasos, acompañado por el obispo e hizo promesa solemne, bajo juramento, de respetar lo firmado. "Deo gratias", exclamó el público. Luego: "¡A firmar, ahora!" Ambos obispos debieron firmar. Agustín no había terminado de rubricar el documento cuando Melania en un movimiento de hartazgo, le arrancó el papel. Agustín escribe: "mi firma quedó inconclusa". Piniano permaneció siete años en Tagaste, y luego salió para Oriente, antes de retornar a Italia, donde cumplió con la función de abad campesino, en medio de unos treinta monjes. Murió en el cargo, lejos de Hipona.

Así era aquel pueblo,' con sus limitaciones, pero interesante hasta la violencia, gran señor con harapos, que tenía sus elegancias.

Un cargo que pesa

El cargo de obispo era pesado, porque era difícil de hacer cambiar a la mayoría de la población de temperamento violento, desconfiado y pendenciero. Agustín, como todos los moralistas, recarga las tintas. Es necesario aceptar que la realidad era oscura por sí misma. El obispo toca incesantemente el tema de las miserias cotidianas: intemperancia, avaricia, infidelidad, cólera; y también el tema del perdón de las injurias, el deber de compartir, la caridad que une a los hombres. Las costumbres y maneras de vivir no eran particularmente disolutas, por lo menos en las ciudades de provincia, pero eran inveteradas, y el bautismo operaba conversiones mas no milagros. Agustín compara la comunidad con el mar que la costea, donde los peces como los hombres, se comen entre sí.

Deseas una herencia cuando se muere otro. Codicias una ganancia a costas del prójimo. ¡Cuántos aprovechan de la ruina de los demás! ¡Qué opresión mutua! La gente se devora tan pronto como puede. Y cuando un pez grande se comió un pez pequeño, se hace devorar a su vez por uno de mayor tamaño. He ahí lo que se ve a diario y de lo que somos testigos. ¡Qué horror!

No basta con tener a un pastor incomparable. Los pastores más brillantes no impidieron que el rebaño dejara de balar y raramente lo pudo hacer inteligente a fuerza de contaminación. Cien veces debe repetir Agustín las mismas cosas. Y los oyentes, como todos los alumnos del mundo, pretenden no haberlo escuchado jamás. Después de años de predicación por el más docto y pedagogo de los maestros, el obispo sigue encontrando a sus fieles tan ignorant~s, que no conocen mas que el Evangelio de Mateo. El pueblo es inculto pero también rutinario, acostumbrado a las mismas fiestas y a oír las mismas lecturas de los mismos evangelios. Si se le ocurre a Agustín, durante la Semana Santa, modificar las lecturas bíblicas, se levanta un clamor de indignación: ¡Nos cambian la religión! Los fieles de Hipona no conocen la historia del buen ladrón narrada por San Lucas, sencillamente porque jamás oyeron la pasión según ese evangelista.

Sucedió una historia divertida en la ciudad de Oea, la actual Trípoli. El obispo que se las daba de gran exegeta, había utilizado la nueva traducción de San Jerónimo para la historia de Jonás. "El arbusto que había crecido durante la noche, la planta de la calabacera" era traducido por "hiedra". Los feligreses reunidos se pusieron a gritar: "falso". Fue un lío general. Y el buen obispo tuvo que volver a embalar su ciencia hebraica, para no perder al pueblo por una planta de calabacera. En realidad desde hacía dos siglos, en las paredes de las iglesias, en las lámparas y los sarcófagos, los cristianos habían contemplado al profeta echado desnudo, debajo de un enorme cucurbitáceo con frutos colgantes, sumido en un profundo sueño, con las piernas cruzadas y un brazo alrededor de la cabeza. Era la réplica del Endimión pagano. ¿A qué venía pues esa hiedra nueva, cuando la cosa ya estaba clara desde hacía mucho tiempo?

En Hipona, la reflexión es tan limitada como la cultura. Un feligrés mediano se encontraba fastidiado por las moscas, que son la plaga de los países cálidos. De manera impertinente, afirmaba que Dios no había podido crearlas. El diablo era su autor, ya que no hacían más que irritarlos. Y Agustín respondía con los mismos términos: "El diablo agarra a los hombres con moscas". Había feligreses más avisados que poseían y leían la Biblia; la sabían en parte de memoria; cantaban los salmos en el trabajo. Ciertas personas tenían aún las obras completas de San Cipriano, cuya notoriedad era universalmente conocida; paganos, judíos y herejes conocían su fiesta.

En Hipona, como en Cesarea de Capadocia, entre los creyentes, algunos eran perpetuos catecúmenos. Fue el caso de Patricio, padre de Agustín. No se deciden para el compromiso bautismal. Dicen: "Me haré

bautizar mañana. ¿Por qué asustamos? ¿Acaso no tenemos la promesa del perdón? El perdón, sí, replica Agustín, pero no el día de mañana". Si sobreviene algún acontecimiento, como una catástrofe, una epidemia o la invasión de los bárbaros, los africanos se precipitan para recibir el bautismo. En Sitifis (la actual Setif), un terremoto provocó una cadena de bautismos: dos mil personas recibieron el sacramento. Lo mismo sucede en Río de Janeiro, en una parroquia, un día de Pascua. Por esa razón, los clérigos no pueden dejar una ciudad sitiada, donde el pánico puede operar lo que la predicación no puede realizar. Se puede dudar de la calidad de semejantes conversiones. Los cristianos indiferentes preferían seguir con su vida de placeres. Su ambición era recibir el bautismo en el lecho de muerte. "Del bautisterio al sarcófago", notó con mucho espíritu Mons. Duchesneo Agustín coloca una etiqueta a esos gozadores: "Un hombre que vivió, evidentemente, pero cuyo placer no envejece". El obispo se le acerca y le oye hablar: "Mírame bien. Soy viejo, pero desde mi primera juventud hasta hoy, siempre me he portado bien. He enterrado a dos jóvenes ascetas; mis excesos no impidieron que yo viviera más viejo que otros cuya vida está bien ordenada".

Nada impresiona a esos bandos epicúreos, ni siquiera la muerte de sus amigos. Se satisfacen con decir: "¡Vaya! Si ayer lo vi paseándose", "hablé con él hace ocho días. Le decía..."

He ahí la charla que acompaña al muerto al cementerio. Y, al regreso, el sibarita exclama: "Comamos y bebamos, que mañana moriremos".

Otros sujetos, bautizados un día de gran fervor, en lo cotidiano volvían a la mediocridad de una vida deslucida, más atentos a los pecados del vecino que a los propios. En vez de corregirse, despellejan al prójimo. Los más perniciosos se burlan de los mejores: "¡Qué buen apóstol! Subiste al cielo con Elías. Ya te encuentras colgado de los pies en el paraíso". Otro te interpela en la calle: Eh, amigo, ¿de dónde vienes? -De la iglesia. -¿No tienes vergüenza de mezclarte con viudas y ancianas?" El obispo de Hipona sabía muy bien, como escribía a Deogratias, que la mayoría de su gente estaba constituida por mediocres que el bautismo no había transformado milagrosamente.

El hombre que entra en la iglesia encuentra avaros, ebrios, bribones, jugadores, adúlteros, libertinos, portadores de amuletos, clientes asiduos de brujos y astrólogos: que sepa que las mismas personas que se apretujan en las iglesias con ocasión de las solemnidades cristianas, llenan también los teatros en días de fiestas paganas.

La paz del imperio romano no había levantado el nivel de la gente. La cantidad sustituía a la calidad de los tiempos de persecución. Ya Orígenes se quejaba de eso y Cipriano podía invitar todavía a conversos y penitentes a unirse a los "santos" de la comunidad. Agustín sabía muy bien que el neófito podía encontrar en el recinto de la iglesia al canalla que se había acaparado del bien ajeno, o incluso del suyo. El cristiano mediano, poco escrupuloso en cuestión de fidelidad o de fornicación, se mostraba severo con los acaparadores de tierras, y aún con los borrachos. Para estos últimos, Agustín se sentía inclinado a la tolerancia. Algunos días, el obispo veía que conocidos pecadores se acercaban a la comunión. Otros feligreses, sin ser pecadores inveterados, permanecían arraigados a costumbres paganas, comportamiento e ideas de la ciudad terrestre, a tal punto que en su vida, la fe con eclipses quedaba marginal. Lo que más escandalizaba a los fieles, no era tanto la desigualdad de las situaciones sociales cuanto la prosperidad aplastante de los incrédulos como de los pecadores notorios, como otrora entre los pobres de Yavé. Por más que el obispo les anunciara castigos futuros, el hombre humilde no veía sino la fortuna del momento.

Lentitud, torpeza y fracasos desanimaban al obispo en ciertos momentos, a tal punto que sentía la tentación de huir. Los incrédulos servían a los propósitos del diablo. Hacían vacilar a los buenos cristianos con sus argumentos prosaicos: "¿Por qué vivir así? ¿Acaso eres cristiano solo? Haz como todo el mundo. ¿Por qué no vas a espectáculos como los demás? ¿Por qué no consultas a agoreros y astrólogos?" En ciertos momentos, el obispo no esconde su desaliento:

A lo largo de los años, ¿de qué nos sirve el haber bautizado a tantos hombres, si ninguno guarda las promesas de castidad que ha hecho? ¡Lejos de mí de creerlo! Mas valdría que no fuese obispo, si tal fuere

el caso. Quiero pensar lo contrario. Una de las tristezas de mi función, es recibir la confidencia de tantos adulterios y no saber nada de todos aquellos que viven fieles. Lo que me sería gozo, permanece escondido, y lo que me es tristeza, se extiende con toda claridad.

Otras veces, el pastor se siente desorientado; no sabe si debe castigar o armarse de paciencia. Confía su angustia al obispo de Nola, Paulino, en una conmovedora carta:

¿Qué es lo que cada uno tolera y qué es lo que no admite? Temo que el castigado no sólo no reporte ventaja, sino que se le provoque al desmayo. ¡Cuán oscuro y misterioso es todo eso! ¡Qué espanto me causa todo esto, oh mi Paulino, santo hombre de Dios!

Cierto día, analiza su situación en un sermón: "Un hombre busca corregir a los que le son confiados. Toda su habilidad fracasa, toda su vigilancia también. La corrección se revela imposible. Le queda sólo soportar. Y aquella persona incorregible es tuya, y pertenece a la comunión de los santos". Agustín tenía 54 años cuando hizo esta confesión. Tuvo que quedarse en su puesto y soportar durante 22 años más. El obispo es demasiado lúcido para no ver los fracasos, demasiado generoso para no piafar de impaciencia, ante las lentitudes y las recaídas. Si por una parte su inteligencia podía llevarle al orgullo, por otra parte la visión de su grey le obligaba a la humildad.

La monotonía de los días y la mediocridad de los hombres eran a veces rotas por la conversión de algún personaje notorio: un pez gordo acababa de enredarse en la red; un brujo, un matemático, o sea, un astrólogo. ¡Cuántos cristianos habían comprado caro sus mentiras!, observa Agustín. Era el acontecimiento de primera plana en la ciudad. El obispo insistía para que la comunidad que antes lo había consultado, lo acogiera ahora y le permitiera vivir una nueva vida. Que todos abrieran los ojos..., pero los ojos buenos.

Un día, celebraban el aniversario de ordenación del obispo. Toda la población participaba. Le aplaudían, atentos y bulliciosos. ¡Qué embriaguez para el obispo! Lo sabía y lo admite:

¡Qué arriesgado el prestar atención a su loa y olvidarme de su manera de vivir! Aquel que me mira cuando hablo y pienso, sabe que tengo menos satisfacción al oír las felicitaciones de mi pueblo que pueda sentir angustias y tormentos al pensar en la vida que llevan los que me alaban. No quiero ser alabado por gente que vive mal. Odio y detesto esto. Es para mí un sufrimiento y no una alegría. La felicitación de los que viven, mentiría si dijera que la rechazo. Pero, al recibirla, es posible que sacrifique la firmeza a la vanagloria. La rechazo para no sacrificar a la fatuidad. La acepto para permitir que mis oyentes expresen su gratitud.

Agustín traducía el nombre de obispo con el vocablo de vigía, como el centinela en un barco con movimiento lento e indeciso; sabía que su tarea jamás cesaba, con amenazas y peligros, dentro y fuera. Recordaba la imagen dada por un obispo donatista: la Iglesia es como el arca de Noé bien alquitranada en su interior para impedir que las aguas del bautismo salgan, pero también en la parte exterior, para que las aguas contaminadas no penetren.

Agustín vivía la realidad de ambas ciudades, la mezcla de buenos y malos, todos los días de su vida, no sólo por la división existente entre donatistas y católicos, sino también dentro de su propia comunidad. Por más que él predicara y podara, corrigiera y amenazara, en ciertos momentos la comunidad le parecía de plomo. "Me dirán que repito siempre la misma cosa. ¿Qué debo hacer yo cuando ustedes me acusan de chochear? Cambien ustedes, se los suplico, cambien, pues. Si no se preocupan por ustedes, por lo menos tengan piedad de mí".

Lejos de aislarse, de erigirse en juez, el pastor se une a la masa, haciendo cuerpo con los mismos pecadores. La discriminación de los donatistas hiere a Agustín en lo más íntimo de su fe, porque ella rechaza ahí donde el evangelio llama, y hace justicia cuando debe haber misericordia' y perdón.

El hombre que no llegas a enderezar, sigue perteneciéndote; es parte tuya, sea porque es hombre, tu hermano, sea a menudo porque es un miembro de tu iglesia, en la cual se encuentra contigo. ¿Qué hacer entonces? Ante todos estos escándalos, hermanos míos, no existe sino un solo remedio: no pienses mal de tu hermano. Esfuérzate humildemente de ser lo que quisieras fuera, y no pensarás más qué es lo que tú no eres.

Una de las formas más acrisolada de probar el amor, es la paciencia cuya raíz significa esperar y sufrir. Los consejos dados a Deogratias reflejan una experiencia pastoral profunda. La paciencia del cielo permite que los pecadores se conviertan a una vida ferviente. Enseña tanto a los pastores como a los fieles a usar de la misma virtud para con los cristianos descarriados, de manera que se les ame sin jamás desesperar.

Por una compensación espiritual, "los cristianos fervientes, célibes y monjas, compensan la pesadez de la masa, la turba. En vez de dejarse llevar por la élite, la masa se contenta a menudo con la santidad por procurador o por santos interpuestos. El pueblo se satisface con poner a las monjas aparte, detrás de los canceles de mármol blanco, una especie de relicario para la admiración popular. La comunidad cultiva este heroísmo viviente con el mismo fervor con que se precipita sobre las reliquias. La tendencia a dar crédito por la santidad a un cuerpo selecto de ascetas y monjas, llevaba a la masa a ser más pasiva todavía, con el riesgo de ser un peso grande sobre los pañoles de la barca, hasta impedir que avance. Favorecía la mediocridad, desanimaba a los que se formaban una imagen más resplandeciente y más exigente de la iglesia. Aquellos cristianos mediocres se contentaban con contemplar el ejemplo de los ricos y poderosos que renuncian a su rango y fortuna para vivir una vida evangélica. La admiración raramente cambia el comportamiento de los mediocres: el fervor les parece bueno para los demás. De Piniano, contaban que sacaba un provecho más material que espiritual.

Aun en Hipona, había un grupo de fieles fervientes, asiduos sobre todo al oficio de la mañana del sábado, momento en que el obispo sabía que no tenía el tiempo medido. Ese público restringido era ávido de sólido alimento. El obispo proporciona a las chicharras africanas el ejemplo de los cristianos piadosos para estimuladas; les compara a las hormigas.

Fíjate bien en esta hormiga de Dios. Cada día se levanta temprano. Corre a la iglesia, reza, escucha la lectura, participa del canto, de los himnos; luego se va y rumia lo que oyó. Como las hormigas, esas personas hacen constantemente el mismo trayecto, a fin de acumular reservas para el invierno.

La correspondencia de Agustín nos hace conocer algunas figuras de cristianos, casados y ricos, que llevaban en el mundo una vida evangélica. Así el médico de Cartago, Genadio, una de las glorias de la facultad, compartía con los pobres lo que le daba su trabajo. Agustín había encontrado en Milán a un alto funcionario, de nombre Ponticiano. Muchas veces, lo había encontrado postrado en el suelo en una larga oración. El jefe del gabinete del emperador, Marcelino, hombre de gran cultura, era experto en Escritura Santa. Bajo la clámide y las espuelas, era padre de familia ejemplar y santo a la vez. El es quien presidió la conferencia de 411 en Cartago. El mismo Bonifacio, comandante del ejército africano, confió a Agustín y a Alipio su deseo de hacerse monje, cuando falleció su mujer. Acabó con volver a la aventura, casándose con una arpiana. Agustín se lo reprochó, como acostumbraba hacer con su pueblo, en una carta que se conservó.

El obispo de Hipona y los demás obispos de África conocían cantidad de conversiones de hombres y mujeres que, con todo el temperamento del africano, pasaban del libertinaje a la ascesis, de la facilidad a la exigencia; hombres que hasta hacía poco despojaban a los demás, se desposeían a sí mismos en favor de los pobres, observa Agustín. Por su parte, la gracia operaba milagros que no hacían correr a la gente pero sí cambiaban maravillosamente las existencias.

Monjes y monjas

La élite estaba constituida por hombres y mujeres que vivían la vida evangélica en la pobreza y la continencia. La vida monástica en Occidente tuvo un papel preponderante en la expansión del cristianismo, durante los siglos IV y V. Si la influencia y la inspiración orientales son innegables, África, como Gaula e Italia, buscó su estilo propio, excluyendo extravagancias y excentricidades, dando preferencia a la vida comunitaria.

La vida monástica asedió la mente de Agustín, desde el momento de su conversión. Vino a Hipona para fundar un monasterio, cuando la muchedumbre le cogió para ordenarle sacerdote. En adelante, uniría sacerdocio y vida religiosa. El obispo le concedió un jardín cerca de la basílica, donde construyó de inmediato el monasterio. "Siendo obispo, no se sonrojó en permanecer monje", reza el exergo de un antiguo grabado del siglo XVIII. Transformó la residencia episcopal en monasterio de clérigos. Así, Hipona llegó a tener dos monasterios de hombres. La diócesis decidía quiénes entre los fieles laicos, eran capaces del cargo sacerdotal. Los demás clérigos los acogían no sin alguna reserva, temiendo de su parte un rigor demasiado fuerte. El obispo de Cartago que siempre necesita de clérigos, recibió un día en su clero a dos monjes prófugos de Hipona. A pesar de la deferente amistad que tenía con el primado, Agustín le hizo respetuosas reprimendas:

Haríamos una bravísima injuria al orden de los clérigos al elegir para la milicia clerical a los desertores del monasterio, siendo así que solemos escoger para el clero sólo a los más probados y mejores de los que pertenecen al dicho monasterio. A no ser que, como dice el vulgo, un mal corista resulte ser un buen concertista. En esa forma, el vulgo se mofará de nosotros, diciendo: Un mal monje es un buen clérigo".

En 401, el Concilio de Cartago prohibió que los obispos bajo pena de excomunión, acogieran en su clero o nombraran superior a monjes prohibidos o en desacuerdo con su abad. Lo que el pueblo teme como la peste, son monjes vagabundos, siempre pidiendo limosnas y provocando la compasión en el corazón de las viudas. Este contratestimonio choca tanto más cuanto en la Antigüedad cristiana, los monjes daban limosnas, pero no la pedían. Las órdenes mendicantes son una creación de la Edad Media. Agustín ironiza sobre los religiosos que no viven de su trabajo. "Dios alimenta las aves, dice él, mas no los monjes en aula". A petición del primado de Cartago, Agustín escribe toda una obra sobre El Trabajo de los Monjes, para condenar el ocio y sus pretextos místicos. La desocupación es particularmente escandalosa entre antiguos trabajadores manuales, esclavos o libertos, acostumbrados a duras faenas. Sería poco decente que senadores empezaran a trabajar manualmente, mientras obreros se quedaran con los brazos cruzados. Los hay que desprecian tanto el trabajo que hasta prohíben la labor del peluquero, lo que era alusión a los monjes hirsutos y cabelludos, de origen oriental.

Los religiosos giróvagos, con túnicas desflecadas y abrigo agujereados y que venden reliquias de mártires, son una calamidad pública. Tamizan toda la región y mendigan sin vergüenza. La dama Ecdicia colmó de sus generosidades a dos de ellos, a espaldas de su esposo. Son fáciles de reconocer con su barba fluvial, hervidero de piojos. "Temen, dice San Agustín, que una santidad raspada, tenga menos efecto que una santidad cabelluda. Cultivan la suciedad en vez de la santidad, olvidándose que es lo propio de un desaseado". El obispo les adjura: "Háganse cortar el pelo, por el amor de Dios". Este lamento tiene eco en los ayes de Jerónimo, más virulento todavía en la misma época, cuando describe a aquellos monjes de pelo abundante, desde la cabeza hasta los pies, con sus melenas, sus barbas de chivo, sus cadenas y sus hábitos desflecados.

Pero estas notas falsas no deben engañar. Se explican en particular por los privilegios ligados al monaquismo, que permite que modestos campesinos tengan una existencia más serena, sin la preocupación por lo cotidiano, en una sociedad reclutada entre sus antiguos amos. Una vez recibidos como monjes, los esclavos recobraban su libertad. ¡Qué promoción social!

El ideal monástico ejerció un gran atractivo en el mundo femenino, tanto en Cartago como en Roma. La propia hermana de Agustín, siendo viuda, entró al monasterio de Hipona, donde fue nombrada superiora. No se deberían explicar en seguida de manera sociológica esas vocaciones como siendo una emancipación de la condición femenina. ¿Acaso no existe el mismo fenómeno, hoy, en el Japón?

Las monjas vivían de su propio trabajo; el excedente estaba destinado a los pobres. Las monjas que se agrupaban en comunidad, se ponían bajo el mando de una mujer experta. En Hipona y Tagaste, más de cien religiosas vivían el fervor de un matrimonio místico. Entre ellas ingresaban de vez en cuando una joven "madura", alguna viuda disponible, unas esclavas libertadas por su amo. Sus manos expertas hilaban o tejían, como el caso de Sápida; otras recopilaban manuscritos o dirigían algún hogar para niños abandonados. Para ellas, el obispo de Hipona escribió una regla, que ejerció una influencia considerable en la historia del monacato, germen de un árbol gigante que extendió su ramaje sobre todo el Occidente.

Víctor de Vita narra la historia de una esclava que había hecho voto de virginidad. Su amo quiso casada a la fuerza con otro de sus esclavos. Ella huyó con su esposo que la había respetado. Ambos fueron encontrados, luego apaleados, encarcelados y finalmente liberados. Más tarde la joven esclava fue superiora de una comunidad de mujeres. Este es un testimonio bello dado, sin duda por religiosas de alto rango, más allá de la condición social, a la vida religiosa.

El reglamento de Hipona exigía que la joven hubiera cumplido sus 25 años de edad para hacer voto de virginidad. El concilio de Cartago permite consagraciones más jóvenes para sustraer a la muchacha de un matrimonio forzado o en peligro de muerte. Es probable que una esclava que hacía profesión de virginidad debía, como el hombre, tener el consentimiento de su amo.

El compromiso se celebraba en día de fiesta, de preferencia en Navidad, Epifanía o en la Pascua de Resurrección, durante la misa, en presencia de toda la comunidad. Sólo el obispo podía consagrar a las vírgenes. La ceremonia consistía en una bendición y la imposición del velo, *velatio*, término tomado del ritual del matrimonio y transpuesto en el plano místico. Esta ceremonia no era indispensable. Del mismo modo, nada obligaba a que las vírgenes escogieran la vida común o cenobítica. Quienes lo hacían, llevaban un traje rigurosamente idéntico y sobrio: túnica oscura, abrigo, cintura, sandalias y velo.

Muchas vírgenes seguían viviendo en su casa. Los concilios africanos prohibían simplemente vivir bajo el mismo techo que, los que eran extraños a la familia propia. El concilio de 397 pidió a las que no tenían familia reunirse en una comunidad. El matrimonio les estaba prohibido. El derecho secular las protegía contra toda tentativa de fuga o de raptó. Joviniano amenazó de muerte a quien se atreviera a seducir a una virgen consagrada, para casarse con ella. Esta severidad da a entender que la disposición se revelaba necesaria. Las invasiones bárbaras multiplicaron todo tipo de violencias. Numerosas vírgenes fueron violadas por Vándalos, especialmente durante la toma de Roma. Agustín defendió su honor, en términos de "galantería ultrajada". A la vez les tranquilizó, explicándoles que la castidad está en la conciencia y no puede ser rota a la fuerza. En la correspondencia de autores cristianos, existen cartas dirigidas a vírgenes caídas. Eran excepciones que confirmaban la regla.

La extraordinaria expansión de la vida religiosa, principalmente entre mujeres, es una de las características del Bajo Imperio, tanto en África como en todo Occidente. El ejemplo era importante.

La noble Demetríade, una de las dotes más considerables del Imperio, entre las familias nobles, renunció a un brillante proyecto de matrimonio, bajo la influencia de Agustín y su amigo Alipio, obispo de Tagaste. La joven volvió a Roma en traje de monja. La decisión consternó a la familia, no obstante que fuera cristiana. Demetríade supo convencer a sus padres. Su entrada en religión causó más sensación que la de Eva Lavalliére. La joven patricia salió rumbo a Cartago, donde en una ceremonia solemne, recibió el velo de manos del obispo. La familia tomó las precauciones para que el acontecimiento tuviera el mayor

realce posible. Pelagio, Jerónimo y Agustín recibieron su propia invitación. Proba, la abuela, corresponsal de Agustín, que alguna vez había instalado a tres hijos cónsules, ante un anfiteatro agitado y en presencia de los más altos dignatarios del mundo, ahora contemplaba a su nieta acompañada de un enjambre de esclavas liberadas por ella; la nieta hacía su entrada en el jardín secreto de las vírgenes consagradas, "en medio de un mundo salvajemente machista".

Toda, Italia comentó el acontecimiento, como noticia de primera plana. En África, el teléfono árabe había propalado el hecho desde las ciudades hasta los pueblos, y Jerónimo lo comentaba en estos términos: "Sólo algunas provincias conocían a Demetriade cuando era la novia de un hombre; ahora el mundo entero sabe que es una virgen consagrada a Cristo".

CAPITULO IX: UN DOMINGO EN HIPONA

Nace el día en la ciudad y el puerto. Hipona despierta y se estira. Los primeros pasos repercuten en el empedrado; los esclavos se afanan en las callejuelas. Muleteros estimulan a su animal, tejiendo la ruta con sus pies descansados. Sólo los paganos tienen sus tiendas abiertas. Contemplan filas de cristianos, a derecha e izquierda, saliendo de los callejones para llegar a la basílica. Día de fiesta para los mendigos; están situados a lo largo del recorrido, bajo los pórticos que bordean la calle, en las puertas de la iglesia. Para ellos, el domingo significa porción doble, casi el desahogo, sobre todo si tuvieron la suerte de encontrarse con el obispo que les ha prometido hablar a su favor. Saben que pueden contar con él. ¿Cómo sabe cambiar las cosas, hasta conseguir un sestercio de plata? ¡Y sin miedo!

Los fieles más importantes llegan los últimos; a veces llega un personaje de categoría, ante quien se abre paso. Las puertas de bronce están abiertas de par en par. La cortina está levantada; debe proteger contra calor, polvo, lluvia y ruido. En Uzalis, está representado San Miguel fulminando el dragón, para evocar el prodigio ocurrido un día de mercado. Al resplandor del sol sucede la penumbra y la frescura del edificio. Unas placas alabastrinas tamizan una luz anaranjada. Lámparas de aceite dejan ver los cancelos que cercan el altar de madera situado cerca del ábside, y cuyas huellas son visibles todavía en Hipona. Los fieles ocupan la iglesia de tres naves, separadas por filas de columnas: los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda, como sucede hoy todavía en pueblos de Alsacia o Bretaña. Murmullos y cuchicheo llenan la nave. Sólo las monjas tienen un lugar fijo, cerca de los cancelos de mármol blanco. Sacerdotes y diáconos rodean al obispo en la exedra del ábside. En primer lugar, la basílica es un lugar de reunión pública, de encuentro, sala de espera. Los cristianos del domingo traen aires del exterior, la atmósfera de todas las asambleas mediterráneas, agitadas, inquietas, hormigueantes de vida, alérgicas al silencio. Callarse significa hablar con voz más baja, lo bastante fuerte como para molestar al vecino. Tanto en Hipona como en Milán, este ruido de fondo continúa, aún cuando la liturgia haya comenzado.

Desde Constantino, el domingo es día feriado. En Hipona, los tribunales descansan y los artesanos no trabajan. Las diligencias y gestiones están prohibidas. Sólo los campesinos de los alrededores pueden trabajar en los campos. La fiesta dominical se impone a todos, lo que provoca reacciones agresivas por parte de los paganos inveterados, obligados a vivir a la hora de la catedral, mientras en días de fiestas tradicionales, ya se trabaja. Las diversiones y los espectáculos del circo y del teatro están prohibidas en domingo. Tanto en Hipona como en Cartago, es día de aburrimiento. El Concilio de Cartago (401), recuerda la prohibición de los espectáculos, lo que prueba que las nuevas disposiciones eran poco respetadas. Muchas veces, el obispo de Hipona explica por qué se escogió ese día. Dice: es el día de la resurrección del Señor, el primero de la semana. A la vez conmemoración pascual y anticipación de la alegría eterna. "Cantamos todos los domingos, Aleluya, lo que significa que nuestra ocupación futura en el cielo será alabar a Dios".

La comunidad de Hipona

En Hipona, el obispo celebra la eucaristía para la ciudad y sus alrededores. Con toda evidencia, celebración única que reúne al pueblo cristiano en la gran basílica. Ningún concilio africano obliga a que se participe en la eucaristía. La iglesia catedral no hubiese bastado para recibir a toda la grey.

El obispo está sentado en el secretarium, ancha sacristía, que puede servir como sala de reunión. Unos litigantes le rodean para exponerle quejas o problemas. Otros seniores, seglares del consejo episcopal, consultan al obispo o le explican el asunto, que tiene que ver con el patrimonio de la iglesia de que son responsables. Una vez liberado de los importunos, Agustín se sume en el silencio y la oración. Medita sobre las lecturas y el salmo que él ha escogido. Lo que dirá a los demás, se lo dice a sí mismo. Lo que pedirá a los demás, lo exige a sí mismo con más rigor. "Obispo para ustedes, cristiano con ustedes". Para el Maestro de Hipona, esta meditación contemplativa tiene la frescura de una fuente. Recoge del manantial, del río de su alma. Lo que le cuesta, es la pesadez de este pueblo incomprensible, versátil, "Predicar, estallar, amonestar, edificar, sentirse responsable de cada uno de ustedes, tal es mi gran carga; un peso enorme que me aplasta, una labor que me abruma". El obispo se interroga; a pesar de su reputación y el afecto de su público, la causa no está ganada por anticipado. Primero, ¿cuántos estarán presentes, hoy? Es necesario tener en cuenta los imponderables. La popularidad y la elocuencia no le garantizan un público estable. Si por casualidad aquel domingo coincide con una fiesta pagana, su talento no sirve para nada; la muchedumbre prefiere el espectáculo, que anhelan sus instintos. Lo manifiesta en una fiesta de San Lorenzo: "Tan poco numerosos, como les veo".

Si los espectáculos del circo del anfiteatro hacen correr a la gente y reúnen en gran mezcolanza cristianos y paganos, y aun clérigos, la liturgia que convoca en parte al mismo público, no juega con los mismos medios; no es atracción para los instintos, sino llamada a la fe. Al dirigirse a los feligreses en un día de año nuevo, el obispo, no puede abstenerse de establecer un paralelo entre ambas asambleas, la de los juegos públicos y la que le escucha: "Estoy seguro que a su comunidad pertenecen muchos que no están aquí hoy. Desgarran lo que han cosido. Los hombres son versátiles. Cambian para bien y para mal". El clínico del corazón analiza penetrante este debate interior de los que dudando, han sucumbido.

Han dudado: ¿A dónde ir? ¿Acá o allá? Los que, estando en la duda, han mirado a Cristo, vinieron a la iglesia. Los demás rehusaron venir y se fueron al anfiteatro. Que empiecen por menospreciar esos juegos cuya pasión les envilece a sus propios ojos. Con ustedes que aman a ese Dios del cual no se puede ruborizar aquel que le ama. Amarle, es amar al invisible...

Paganismo y cristianismo no luchan con armas iguales. El pequeño David con sus piedras y su honda, provoca al gigante Goliat. Esplendor de las proporciones y armonía de las formas en el teatro, en el anfiteatro, mientras la iglesia de Hipona ni puede aún compararse con la de Cartago o de Tebesa. Basílica funcional encajada en un lugar estrecho, sin estatuas ni pinturas, simplemente con cortinas y luces, como para buscar mejor y descubrir al Dios escondido. El obispo de Hipona establece un día la comparación entre ambas formas litúrgicas: "Comparen con el espectáculo sagrado, la voluptuosidad y los encantos del teatro. Allí se ensucian los ojos, aquí los corazones se purifican". La belleza de su basílica se debe más a las piedras vivas que a la arquitectura. La misma liturgia es imagen de la iglesia: sencilla, despojada, transparente, como la epifanía de lo invisible revelado. Nada permite presagiar las catedrales: arte y atmósfera anuncian más bien el arte románico y hacen pensar en la posada de Emaús de Rembrandt, en que toda la luz sale de las dos manos que rompen el pan: la palabra y la eucaristía.

La entrada del obispo

Ante el pueblo reunido, el obispo hace su entrada, rodeado del largo cortejo de asistentes. Atraviesa el umbral, pasa debajo del telón levantado, entre las dos columnas cruza por la muchedumbre que lo espera y lo contempla. Las vírgenes cantan un salmo mientras el celebrante llega a su cátedra sobrealzada, cubierta de damasco. Está vestido con una simple túnica inmaculada, quizás cubierto con un manto que se abre como una capa. Los sacerdotes están sentados en las bancas del exedra, todavía visible hoy, en semicírculo alrededor de él. Sus diáconos, al igual que el pueblo, están de pie, lo que significa un esfuerzo que el obispo observa a menudo y que valora.

Desde la cátedra, el celebrante contempla su público de cara, pequeño pueblo de artesanos, comerciantes, marinos y campesinos, venidos de la ciudad y del campo. Los más ignorantes apenas saben algunos latinajos. Pueblo entremezclado en que se codean catecúmenos de por vida con fervientes y mal convertidos donatistas, maniqueos y aun paganos, que están presentes como curiosos o espías. La gente sigue entrando. Las puertas están siempre abiertas. Los que viven más cerca, llegan más bien los últimos. Un ciudadano notable llama la atención con su entrada señalada, que provoca cuchicheo. La gente se codea para indicar al vecino el importante personaje que acaba de tomar sitio. En primera fila, el grupo de niños, cerca al ábside, se entretiene, esperando que algo suceda. Unos esclavos acompañan a los muchachos, y unas sirvientas a las niñas, lo que les permite repartir su tiempo entre la devoción y su tarea doméstica. El vestido de las mujeres permite juzgar su nivel y su fortuna: aretes, brazaletes de piedras preciosas y un velo que tranquiliza al marido. Las más mundanas están maquilladas con discreción, un lápiz negro acentúa el destello de los ojos. "Han retocado la obra del Creador", dice Tertuliano. Una brisa de perfume embalsama las primeras filas. Los notables llevan la túnica bien cortada, el abrigo de seda, el zapato elegante. La plebe de los demás, con rostros de tez morena y color humo, lleva un atavío llamativo y curioso. El olor acre de este gentío obliga a que, ciertos días, el obispo pida ventilar un poco. "Por el olor, siento que me extendí demasiado". Aquel día, el obispo había hablado casi dos horas.

En África, el celebrante no es un oficiante hierático a la manera bizantina. Es el padre de esta muchedumbre abigarrada y no su mago. Es "el mimo sagrado" que ocupa toda la escena pero asocia el público a su juego. Es el conductor de esa liturgia viva, multicolor en que la gente habla, protesta, aplaude, aclama o rehúsa. Agustín deja la cátedra, se acerca a la muchedumbre para restablecer el orden, va y viene entre las camarillas que se forman para ponerlas de acuerdo.

El obispo saluda la asistencia: "El Señor esté con ustedes. Y con tu espíritu". Un muchacho, con voz educada, avanza. Las conversaciones aparte, van mermando. Se concentra la atención. Cuando el lector se encuentra en su sitio, la muchedumbre le saluda: "La paz sea contigo". Siguen las lecturas escogidas por el celebrante, según la fiesta, en número de tres cuando hay una lectura del Antiguo Testamento, y de dos cuando se limitan a los escritos de los Apóstoles y los Evangelios. Los domingos ordinarios, continúa la lectura de un texto adaptado al tiempo litúrgico. El obispo agradece al joven lector con una sonrisa si leyó bien y le dice: "Paz contigo -Salmo-".

Entre dos lecturas intercalan el canto de un salmo que es adaptado al texto sagrado. Un versículo característico sirve de refrán. La muchedumbre alterna con el chantre. Este, en el ambón, ejecuta los versículos con la misma voz gangosa que es todavía la de los bereberes: "Vengan, adoremos al Señor". La feligresía repite el refrán al unísono aproximativo, unos con rapidez, otros con voz cansina, pero todos juntos al final. Primitivamente, la salmodia estaba reservada a un solo chantre, como en la sinagoga. La asamblea respondía con aclamaciones intercaladas, por ejemplo el Aleluia. A partir del siglo IV, el salmo se canta con coros alternados. La muchedumbre repetía un versículo que servía de antífona.

Los salmos favorecieron la participación real del pueblo en la liturgia. Prolongan la lectura bíblica e introducen la oración en la vida. Se encuentran por todas partes: en el dintel de las casas y en modestos tiestos. Se cantan en casa, en viaje, durante un ágape, durante la comida común, "en talleres textiles", y labrando. "El labrador canta Aleluia, el segador se reconforta con salmos, el viñador entona un cántico de David", dice San Jerónimo. Lo importante es armonizar canto y vida.

Agustín felicita al obispo de Cartago por haber suprimido los instrumentos de música que se habían introducido, con banquetes, en la fiesta de San Cipriano. Esto no significa que la iglesia prohibía todo instrumento musical. Mas bien al contrario. La alegría religiosa se expresa por el canto y la vocalización, sobre todo, del jubilus en el Aleluia, donde la A final se extiende indefinidamente. Esta vocalización sin palabras debió de introducirse en África en el siglo IV. Agustín la encuentra bien arraigada; la menciona muchas veces para expresar la alegría y la emoción que despierta. Parece proceder de los monjes egipcios, en contacto con rituales judíos. Hacia los años 450-470, en el momento de las invasiones vándalas, un lector de Regia, en África, muere, el día de Pascua, vocalizando el Aleluia. Este canto sin palabras del neuma aleluiático, tiene algo de manifestación carismática para Agustín, que celebra el misterio indecible de Dios:

¿A quién se dirige este júbilo, sino al Dios inefable? Inefable significa etimológicamente: lo que no puede expresarse. Pues, si no puedes nombrarle y debes hacerlo, ¿qué te queda?, sino jubilar, a fin de que tu corazón celebre sin palabras y la inmensidad de tu alegría desborde los límites de las sílabas.

La lectura del Evangelio está reservada a un diácono. Este lo salmodia en tono recitativo. Se establece un silencio intenso. Todo el mundo escucha atentamente. Pastor y grey se encuentran juntos a la escucha de Jesucristo; juntos escuchan su Palabra, que prolonga su presencia y resuena en el silencio del corazón disponible y recogido. El obispo se sienta entonces en su cátedra, la muchedumbre se agrupa ante él. Tiene la posición del doctor que enseña, el texto sagrado desenrollado en sus rodillas. Para él, la cátedra tiene más importancia que su mesa de trabajo. Agustín se encuentra en su papel de profesor, pero ocupado ya en comentar el Libro de la Verdad. El más antiguo retrato que se posee de él, lo representa así, en su cátedra, los ojos fijos en el Libro. La posición sentada da a la vez un cariz familiar y paterno a la palabra, ante un público campechano cuyas reacciones son rápidas e imprevisibles. Ciertos días, se levanta, se acerca a su pueblo para establecer mejor el contacto, quizás también para comulgar con la posición de pie. "Estoy sentado y ustedes están cansados de estar de pie". Y les felicita por su paciencia: "Su paciencia me consuela del frenesí que lleva a los insensatos hacia el anfiteatro. ¿Tendrían acaso el valor de mirar durante tanto tiempo, si debieran quedarse de pie?" El obispo siente no poder adoptar en África el uso de ultramar, donde los feligreses están cómodamente sentados. Los días de fiesta o de afluencia, el obispo se coloca en el ambón o en el altar. Si por razones de acústica, se encuentra más arriba de la gente reunida, sabe que no está encima, sino en la Iglesia. Debe servirla y no usarla para su gloria personal, como lo hacen los obispos donatistas, reproche que hacen éstos al brillante Pastor de Hipona.

El servidor de la Palabra

Según el obispo de Hipona, la enseñanza de la Palabra de Dios es el primero y más importante de sus deberes. Lo cumplió durante los 34 años de su episcopado, en Hipona, en Cartago y en toda África. Un sacerdote lo reemplaza los días que predica en otra parte. En esos días, los fieles vuelven decepcionados.

La extensión del sermón depende del tema, de las disposiciones del orador, de la atención del público. La duración varía entre media hora y una hora. Algunos días, podía alargarse hasta dos horas. Salvo en las grandes fiestas, en que la alocución no llevaba más de diez minutos. Esta duración puede asombrarnos. Es la duración de una película. Para la gente de Hipona, el sermón servía de espectáculo. En Jerusalén, en 1958, he sufrido un sermón árabe, sobre las apariciones de Lourdes, que duró hora y media. Me sentía harto, pero el público, estaba encantado, insaciable.

Palabra de Dios largamente estudiada, a veces analizada en la traducción para conocer las divergencias entre el griego y el latín, meditada sobre todo para percibir su densidad. La imploración aflora en la predicación o marca, como un calderón. La cúspide de la elocuencia es crear este espacio de silencio, este vacío que se abre a Dios.

Agustín ha expuesto todas las verdades de la fe, desde las más elevadas a las más cotidianas, de la generación del Verbo de Dios al perdón de las injurias. Respeta demasiado a la gente humilde para reservar las verdades más profundas "a los sabios". Cuando se da cuenta que sus explicaciones resbalan por encima de todos, invita a sus oyentes a la oración, para que Dios ilumine y abra las inteligencias. Si es necesario, recurre a su experiencia personal y mística. Confiesa sus debilidades, sus tentaciones, los trastornos de sus noches: "En mi debilidad, gimo hacia Dios, y Aquel que conoce mi origen sabe lo que nace ahora en mi corazón". Así del salmo: "Como jadea la cierva tras las corrientes de agua", en que el obispo responde a la pregunta de los escépticos: "¿Dónde está tu Dios?".

Hostigado por esta pregunta: "¿Dónde está tu Dios?", incesantemente alimentado por mis lágrimas, he meditado día y noche en estas palabras que oía: "¿Dónde está tu Dios?" y yo mismo me puse en búsqueda de mi Dios, no ya sólo para creer en él sino para tratar de contemplarle. Pues yo veo las obras de Dios, pero no veo a mi Dios su autor.

Agustín describe la larga búsqueda de Dios a través de la creación. Concluye:

Deseando contemplar la invisible grandeza de mi Dios en las obras que hizo, desahugué mi alma. No me queda más sino alcanzar a Dios. Y la morada de Dios está allí, me mira; de allí me creó, de allí me gobierna, de allí me protege, de allí me suscita, de allí me llama, de allí me dirige y de allí me llevará al final.

El silencio es impresionante. La gente no entiende muy bien pero tiene la intuición de estar conducido hasta la montaña de Dios, cuyos peñascos empinados se hunden en el mar. En el rostro de su obispo pasa como la sombra del Señor.

Otro día, el predicador comenta la escena en que Jesús, en el pozo de Jacob, encuentra a la samaritana: "Jesús, fatigado del camino, se sentó junto al pozo".

No es sin razón que Jesús viene fatigado, pues no es sin razón que viene cansada la fuerza de Dios. No es sin razón que viene fatigado aquel que rehace las fuerzas de los fatigados. La fuerza de Cristo te creó, la debilidad de Cristo te recreó. La fuerza de Cristo dio la existencia a lo que no era, la debilidad de Cristo preservó de la muerte lo que era. Nos creó por su fuerza, nos volvió a buscar por su debilidad.

Débil él mismo, alimenta a los débiles, como la gallina alimenta a sus polluelos. Se dan cuenta, hermanos, cómo la gallina se hace débil con sus polluelos: aunque ellos no la sigan, aunque no veas los pequeños, sabes que es la madre: sus alas colgantes, sus plumas erizadas, su voz ronca, todos sus miembros rebajados hasta el suelo te hacen comprender, como ya lo dije, que ella es la madre, aunque no veas los pequeñuelos. Tal es Jesús, pues, débil, fatigado por el camino. El camino, es nuestra carne que quiso tomar por nosotros.

El predicador vuelve incesantemente a la Biblia como referencia suprema. No se cansa de citada; su palabra está como saturada de reminiscencias escriturísticas, que van desde la alusión que aflora a la cita explícita. El sermón quiere disponer a percibir al Maestro interior, a discernir al Espíritu que instruye al predicador y al público. De ahí la insistencia del obispo: "Pidamos, busquemos, golpeemos, de manera que sirviéndonos, merezca recibir a mi vez". A veces surge la oración: "Señor, he afirmado que su advertencia se dirige a todos nosotros". Predicación popular pero jamás chabacana, predicación directa pero jamás moralizadora. Es río arriba donde Agustín quiere llevar a su público, hacia la Fuente, el Misterio de Dios.

El pastor da a su labor toda la gravedad de su misión, sin ocultar por ello los recursos de su arte oratorio, cuyos veinte años de ejercicio han hecho en él una segunda naturaleza. El orador se adapta a todas las

situaciones sin desvanecerse jamás en una elocuencia ficticia. El estilo de los sermones. es una mezcla de sencillez y exuberancia barroca, tan propia del alma africana, de familiaridad y patetismo, tendido entre el diálogo con la grey y la escucha de la Palabra de Dios; más cercano a la Biblia que a la técnica de la segunda sofística.

Cuando Agustín habla en Cartago la lengua es más cuidada, las cláusulas mejor estudiadas; imágenes más prosaicas en Hipona o en Bulla Regia. A una primera lectura salta a la vista que los comentarios sobre los salmos, de estilo más rebuscado, de sustancia más elaborada, fueron pronunciados en su mayoría en Cartago. El orador parece tocar en dos teclados que a menudo se mezclan y se combinan con el público mismo, en que la gente culta se codea con artesanos y campesinos: una elocuencia más matizada, más profunda y más directa, que utiliza el lenguaje crudo y verde del pueblo, más cercana a la calle que a Cicerón. Por sentirse tan cómodo al dirigirse al público culto de Cartago, a las poblaciones campesinas, habla a los primeros del "acmé" de la enfermedad, -utilizando la expresión técnica de Galiano-; a los segundos les dice: "La salud, ¿acaso no la tienes mancomunadamente con tu asno, tu gallina, y con cualquier animal de tu casa, incluso con sus gorrones?". Parece estar predicando al aire libre, como el Poverello, y señalados con el dedo. Agustín habla un lenguaje sencillo, cercano al pueblo, tupido, audaz, cenagoso. Llega hasta deformar el latín recurriendo a solecismos. Los puristas dan coces. "Prefiero hacer un barbarismo antes que predicar en el desierto", confiesa Agustín.

El obispo se granjea la admiración del público de Hipona cuando explota los recursos del genio africano: imágenes brillantes, juegos de palabras, aliteraciones, repeticiones, proverbios, retruécanos, hipérboles. Verdaderos fuegos artificiales verbales, que hacen que los aplausos crepiten en la catedral. El predicador no duda en utilizar palabras púnicas para socorrer a una fracción de sus oyentes. Incluso se permite un singular calambur al explicar el Misterio de la Trinidad. Esta es *salus* (salvación), palabra que se parece al púnico *schalosch*, que significa tres. Cuando el Evangelio habla de mamón de iniquidad, Agustín precisa que la palabra no es latina ni griega sino hebrea; significa riqueza, como la palabra púnica, *mammona* quiere decir ganancia. El obispo se complace en recurrir a la etimología, según los buenos procedimientos de la Escuela, con una pizca de erudición, que agrada a los humildes. Con qué malicia explica la palabra *fisco*: "No se imaginen un dragón. *Fisc*, o *fiseus* significa simplemente canasta. En aquel día, debió de haberse ganado a los reidores e hizo una colecta confortable. Explica el origen griego de las palabras mártir, evangelio, Cristo y obispo. Agustín cita un proverbio púnico muy conocido, en uno de sus sermones. Se lo voy a traducir en latín, dice, ya que no saben todos el púnico: "La peste te pide un centavo, dale dos para deshacerte de ella ". Este adagio me parece venir del Evangelio.

Se podría hacer una colección de los proverbios de Agustín; son tan numerosos y sabrosos... Sabiduría popular con la cual él sintoniza. Procedimiento que no se desgasta. Un león puede matar a un hombre con un colmillazo. Échalo en un pozo de pulgas, acabarán por vencerlo a golpe de pica duras. El cielo del pobre, sembrado de estrellas, vale más que los arcones dorados del rico. Al rico no le basta la copa; quiere beber del río. Sus labios son dulces pero sus dientes puntiagudos. Teme el mar aún cuando está manso (no hay peor agua que la que duerme). Para escapar a la abundancia, la abeja tiene alas. El hombre tiene dos amantes: el desenfreno y la avaricia. Una le dice: gasta. La otra: guarda. La persona con buena salud, es un enfermo que se ignora (dicho por Agustín, antes que el Dr. Knox). A los traficantes: Estás en el mar. Los peces grandes se comen a los pequeños. Que sude la limosna en tu mano, hasta que encuentres a quien darla. A la fuente lleva un cántaro vacío, *Frangere lunam et fac fortunam*: Rompe la luna y harás fortuna.

En otra oportunidad, el obispo compara a sus fieles que pierden su tiempo, con cornejas que revolotean en el aire. *Graznan*: cuac, cuac. Pero Agustín oye: *cras, cras* (mañana, mañana). Lo que desencadena la carcajada de los oyentes que olvidan que se trata de ellos mismos. Ante el éxito, reincide. Para esta gente sencilla, se trata de simplificar las cosas lo más posible, repetidas hasta la saciedad, pues es necesario afianzar en esos espíritus rudos las verdades elementales pero necesarias; repeticiones que cansan al lector moderno y que debían de agotar al orador. Para que lo entiendan, el obispo recurre a imágenes más sencillas: la gallina y el polluelo, el ave que vuela. Todo le sirve: el carbundo que brilla en la noche, el

áspid que 'se tapa el oído con la cola para resistir al encantador, pero también escenas de la vida cotidiana: el niño que llora porque quiere montar a caballo, los bebés que sollozan cuando la madre les lava, el muchacho que se deja atraer con nueces, como Dios nos seduce con nuestro placer. La imagen es de Virgilio. Todo el bestiario se hace presente, tal como lo presentan la observación y la vida: pulgas y moscas, peste de los países cálidos, el lagarto que se traga la mosca, el perro que persigue la liebre, y aún los aguiluchos adulterinos que el padre deja caer si no logran mirar al astro so. La serpiente que vive en las regiones pedregosas.

Si alguien entre ustedes se fijó bien cuando quiere matar una culebra, se habrá dado cuenta que ella expone todo su cuerpo para salvar su cabeza. No quiere que se golpee el lugar donde reside la vida. Cristo es nuestra vida. Cristo es nuestra cabeza. Quien guarda a Cristo no pierde su cabeza.

El universo familiar se refleja en la predicación: el cielo lleno de estrellas, que dan consuelo a nuestras noches, la luna por la cual Agustín trata de explicar sus fases de creciente y menguante, el sol "que parece inmóvil y sin embargo se mueve". El obispo prefiere las imágenes a las ideas abstractas. No expone una doctrina; describe las fases de un acontecimiento; reconstruye la escena. Da animación a los seres que intervienen, les hace vivir y hablar. Sin exposición didáctica, el interés queda sostenido por la escenificación, los diálogos de los personajes. Al comentar la parábola de la dracma perdida, el orador describe la escena.

¡Saben! Una mujer había perdido una moneda. Encendió su lámpara. La Sabiduría de Dios había perdido una moneda.

-¿Cuál?

-La pieza en que estaba grabada la efigie del emperador (el hombre acuñado a imagen de Dios se había perdido). ¿Qué hizo entonces la Sabiduría? Encendió su lámpara, una lámpara de arcilla pero cuya luz puede ayudar a encontrar la moneda. La lámpara de la Sabiduría es la carne de Cristo, amasada con nuestra arcilla, pero el Verbo es su luz, que encuentra lo que estaba perdido.

Los fieles aplauden el sketch y la alegoría, fácil de comprender. A partir de la imagen familiar de la ama de casa, el orador en un abreviado increíble esboza el Misterio de Cristo y su misión. Procedimientos tan queridos por la diatriba, que en boca de Agustín, no tienen nada de escolar o fiaticio, sino que son expresión misma de la vida y transforman el discurso en conversación, en diálogo entre el pastor y su grey:

Les pregunto, fieles cristianos. ¿Está allí la madre de Jesús? (Se trata de las bodas de Caná). Respondan:

-Sí, estaba

-¿Cómo lo saben? Respondan.

-El Evangelio lo dice.

-y ¿qué dijo Jesús a su madre? Respondan.

-¡Qué nos importa a mí ya ti. Mi hora no ha llegado todavía.

-y ¿cómo lo saben?

-El Evangelio lo dice.

Este es un nivel primario, nivel de catecismo para esos niños grandes a quienes se dirige el obispo con una ternura casi materna. La predicación a partir de un texto bíblico no tiene finalmente otra meta sino completar la formación dada en el bautismo. Evidentemente, se trata de un catecismo de perseverancia.

Junto con su grey

Agustín asocia siempre sus oyentes a su búsqueda, a su descubrimiento, a sus perplejidades (dudas) como a sus luces. Saber leer en los rostros e interpretar reacciones y silencios. Los mismos aplausos son todavía una prueba que el público sigue, entiende. En la Antigüedad era una costumbre casi universal. Jamás se

molesta por ello un mediterráneo. Hoy, sólo los nórdicos se escandalizan por los aplausos que restallan en San Pedro. Pero cuando llegan a Roma, envueltos por el ambiente, aplauden más fuerte. Orador y público están unidos al punto de no hacer más que un solo pueblo y encontrarse a la escucha de la misma palabra, en búsqueda común. Esto da al tono agustino esta familiaridad "de una conversación entre amigos". Comen del mismo pan.

¡Cómo el obispo conoce bien a sus fieles! ¡Con qué fineza psicológica hace alusión a los comentarios que se harán, una vez terminado el oficio, como en una plaza de Francia o de Navarra. El día en que el orador habla de los que no entrarán en el Reino de Dios, menciona a los homicidas; el público no se mueve. Luego les toca a los fornicadores. Entonces, esos africanos con sangre cálida y voluptuosa agachan la cabeza. Agustín les observa, lee en las conciencias, y dice con tacto, sin insistir: "Veo que algunos se golpean el pecho". Luego pasa a exhortar. Este público mediterráneo y ardiente, que se habla a sí mismo, mima el disgusto, clama o gime. Si Agustín describe las miserias físicas del pobre Lázaro, en seguida los oyentes escupen, se tapan la nariz y apartan la mirada. La sola idea del enemigo, en un salmo, les hace palidecer, suspirar y llorar. Los fieles llevan la emoción a flor de piel. Se instala una especie de connivencia, se forma un guiño cómplice. Hombre de mucha experiencia en la palabra, Agustín conoce todos sus artificios. Ciertos días, no retrocede ante las bromas populares como la que consiste en mostrar la luna nueva a los ingenuos que pretenden haberla visto, cuando no la han visto. Un día de Ascensión, el obispo dice:

Hace un rato, les preguntaba: si tuvieran que escoger entre un tesoro y sus ojos, ¿qué elegirían? Les pregunto ahora: Si tuvieran que escoger entre sus ojos y su razón, ¿qué preferirían? ¿Quisieran ser hombres ciegos o bestias vivas? Ya claman. Y ¿qué han escogido? ¿Qué cosa he dicho para que griten? Gritan, y sus gritos son prueba de que han escogido. Y escogieron la inteligencia.

Cuando el obispo explica el versillo del salmo: "Son nuestras hijas esculpidas como columnas de un palacio", en seguida se fija cómo los hombres miran del lado de las mujeres. Entonces se detiene a secas: " Protejan el pudor de sus mujeres."

El perdón de las ofensas es un tema que vuelve incesantemente, porque es un verdadero problema entre esos hombres coléricos y vindicativos. Una vez más lo menciona el obispo, se acusa a sí mismo, en vez de acusar a su público. Suprema humildad o habilidad suprema.

Todos debemos perdonar a los demás, ya que todos somos deudores.

-¿Ud. también, Monseñor?

-Nosotros, también.

-¿Ustedes, santos obispos, ustedes deudores?

-Sí, nosotros también, somos deudores.

-No hable así, Monseñor, no se calumnie a sí mismo.

-No me calumnio, digo la verdad. Somos deudores. Si nos pretendemos sin pecados, nos mentimos a nosotros mismos.

Al leer este texto, es difícil saber quién habla: Agustín o el público. El acuerdo es casi perfecto.

Al final del sermón, pronunciado en Cartago y que duró mucho tiempo, Agustín cambia de opinión, se disculpa ante ese público de pie que, glotonamente, está pendiente de sus labios. "Veo el interés quedan a mi discurso, ustedes que han venido tan numerosos hoy. Estoy sudando a mares y constato que estoy ganando a los bufones del teatro. Si allí obligaran a que la gente se quedara de pie tanto tiempo, ¿quedaría un solo espectador?" (aplausos frenéticos).

Ciertos días, basta una alusión para que el público aplauda. "Han aplaudido, esto significa que han entendido. Permítanme ahora explicar a los que no han entendido todavía". En Hipona también, algunos eran duros de mollera. Un día aniversario de su ordenación, el público era particularmente numeroso y

agitado en Hipona. Los aplausos marcaban el discurso. El obispo hizo que la celebración lo llevara a la autocrítica. Se preguntó: "¿No da acaso demasiada importancia a esos aplausos?" Incluso escuchó comentarios: "El obispo no habla más que para recibir aplausos. De pronto, con tono grave, concluyó: "Pienso en el peso de mis responsabilidades. Tendré que dar cuenta de sus aclamaciones. Me aplauden, y yo pregunto: ¿Cómo vive la gente que me aplaude?"

Agustín conoce demasiado bien los puntos vulnerables y el gusto por el éxito personal de los retóricos mitrados. Sobre todo, tiene demasiada conciencia de su misión para buscar aplausos o contentarse con gemidos. Llama a la conversión. El día en que el obispo pronuncia un verdadero sermón de caridad a favor de sus pobres, el público aprueba y admira al orador. Este saca partido inmediato de su éxito: "Todas estas aprobaciones son las hojas del árbol. Caen. Lo que importa, son los frutos.

En 418, el obispo de Hipona se encuentra en Cherchel para una conferencia contradictoria con el obispo donatista, en el momento de la caterva, "el bando grande", juego sanguinario en que ambos lados se pelean a pedradas. El obispo del lugar aprovecha de la presencia de Agustín para pedirle que predique contra esa costumbre empedernida y cruel. El orador actúa. Habla a la muchedumbre que prorrumpe en aplausos. Agustín es un sicólogo demasiado fino para no desconfiar de emociones fugaces. Sigue hablando hasta el momento en que el público llora de emoción. Agustín sabe que el corazón de piedra cedió. La caterva desapareció para siempre. El obispo de Hipona es sensible a este calor humano, a esta simpatía de la gente humilde que le conmueve y halaga al viejo retórico que muere difícilmente. Ya anciano, Agustín lo admite; reconoce la satisfacción ante el efecto producido. Con acento grave, confiesa: "Temo que el Maestro me diga: mal servidor, has aceptado con demasiada complacencia las alabanzas de tu pueblo".

La predicación de Agustín es una confesión permanente, como el libro que lleva este título: confesión de la ternura de Dios y confesión de su debilidad. Lo que superficialmente podría asemejarse a algún narcisismo, no es finalmente sino la expresión de una interpelación de la Palabra, escuchada con su pueblo y que él comenta como a sí mismo se la comenta. Camino de cresta para el orador que evita el escollo sólo a condición de respetar la verdad sin disfraz y no perder jamás de vista su misión. Mores volo, non voces: la conversión, mas no los aplausos. Lo que le importa no es el entusiasmo desencadenado sino la conmoción del corazón. Ese corazón africano, removido, vuelto hasta las lágrimas, cercano a la conversión y al arrepentimiento. La maravilla divina es que Agustín supo actuar con su pueblo como el Señor había actuado con él mismo. A golpe de paciencia, supo conquistar a esos hombres zafios pero verdaderos: solitario por toda la estructura de su ser profundo, supo acercarse a ese pueblo, con la gracia de la ternura; supo amarle y ser amado por él.

La liturgia eucarística

La predicación ha terminado. La muchedumbre que se había amontonado hasta el ábside, vuelve hacia la nave de la basílica y se agrupa alrededor de los chanceles que rodean un pequeño altar de madera cuyos rasgos siguen siendo visibles hoy. El suelo está cubierto con mosaicos de follajes enlazados, donde las palomas beben en ánforas. Los catecúmenos dejan la asamblea. No participarán en la eucaristía sino una vez que sean renovados en el Espíritu. Las puertas se cierran tras ellos. La comunidad de los creyentes se reúne y se recoge.

En el altar, un mantel blanco. Sin velas ni flores. Cuando el pueblo está en su lugar y que la calma ha vuelto, el obispo baja de la cátedra, acompañado por sacerdotes y diáconos y se dirige al lugar de la oración. Saluda nuevamente a la asamblea y le invita a la oración común y universal.

Oremos por los que no creen todavía pero buscan. Que Dios les lleve hasta la luz del Evangelio y de la fe. Oremos por los catecúmenos que se preparan al bautismo. Que el Señor despierte en ellos el deseo de recibir el nacimiento nuevo. Oremos por todos los creyentes. Que la gracia de Dios les dé la perseverancia en la obra de la santificación ya empezada.

El diácono invita a la oración. La asamblea se recoge y ora en silencio. Luego el obispo reúne las intenciones de todos en una oración común: "Señor, has mostrado tu gloria a los pueblos de la tierra, vela por la obra de tu misericordia, a fin de que la Iglesia, desde el Levante hasta el Poniente, persevere en la fe, y confiese tu nombre ante el mundo". Y el pueblo concluye con un Amén estrepitoso.

La oración universal sirve de transición a la eucaristía propiamente dicha. Una procesión atraviesa el pasillo que separa la nave. Se llevan al altar las ofrendas del pueblo. Durante esta procesión, los feligreses cantan un nuevo salmo de júbilo. Innovación que viene de Cartago.

La ofrenda va conforme a la discreción y la generosidad del pueblo. En las Confesiones, Agustín observa que su madre jamás iba a la celebración eucarística sin llevar alguna ofrenda. En contrapunto, en Cartago, Cipriano increpa ya a una noble matrona con las manos vacías, que tiene el descaro de comer el pan traído por un pobre "Y tú, noble matrona, en la Iglesia de Cristo, eres rica y acaudalada; frota tus ojos no con el rimel del diablo, sino con el colirio de Cristo, para que veas a Dios, agradándole con tus palabras y tu conducta". Los diáconos reciben sin duda las ofrendas y las remiten a los sacerdotes que rodean al celebrante y al altar. Es necesario notar que Agustín no habla jamás del papel del diácono cuyo ministerio parece haberse reducido.

¿Qué ofrendan los feligreses? Ciertamente el pan, el vino, aguado para los fines de la celebración. Otros productos: uvas, aceite, cereales. Los concilios africanos se esfuerzan sin embargo por limitar la ofrenda a los elementos del sacrificio eucarístico, a la exclusión de todos los demás productos y ofrendas de las premisas. Sólo la leche y la miel son aceptados para acompañar la comunión de los nuevos bautizados. Agustín es avaro en detalles. Sabemos por Optato de Milevi que los donatistas habían destruido "los altares en que se ofrecían presentes". La antigua costumbre de colocar dones en un altar para integrarlos a la eucaristía, se había conservado en África. El vino es vertido en un cáliz grande con asas, cuyos admirables modelos se pueden apreciar en mosaicos y tumbas. Cáliz y bandeja de panes son colocados en el mantel.

El silencio se vuelve más intenso. El altar está rodeado de lámparas que intensifican la atmósfera de misterio. El obispo está de pie al interior de los cancelos, ante el altar. Una vez más invita a la asamblea a la más augusta de las oraciones, la que consagra y da gracias. Recoge, como la confesión de fe, los temas de la economía de la salvación:

El Señor esté con ustedes.

-y con tu espíritu.

-Levantemos el corazón.

-Está ante el Señor.

-Demos gracias al Señor nuestro Dios.

-Es justo y digno.

En una gran oración, en nombre del pueblo reunido, sin duda improvisada, el obispo da gracias por las maravillas de Dios, de la creación, de la nueva alianza. Larga acción de gracias continua, dirige al Padre, por la mediación de su Hijo en el Espíritu Santo. Oración sin interrupción ni sanctus. La asamblea sella su adhesión al final, de manera sonora, al clamar (como un trueno de Dios) con toda fuerza: "¡Amén!"

Ahora el celebrante dice la oración que reúne y que, desde el bautismo, es el clamor de los hijos e hijas de Dios, que se atreven y pueden llamar al Altísimo, con un nombre tierno: Padre Nuestro. El pueblo escucha y se asocia en silencio. Lo más difícil de decir, parece ser: "Perdónanos nuestras ofensas como perdonamos. En la basílica orante, se oyen suspiros; unos fieles se golpean el pecho". "Nosotros, obispos,

lo hacemos, y con nosotros todos los fieles. Luego el obispo se vuelve hacia el sacerdote más antiguo y le da un beso en la mejilla, diciéndole: "La paz sea contigo.". El sacerdote le devuelve el saludo, diciendo: "Y con tu espíritu", Los hombres entre sí intercambian el beso de la paz. La más notable de las mujeres se acerca a la balaustrada donde están las vírgenes consagradas, y recibe el beso de paz de la superiora (en Hipona, la hermana de Agustín) y la trasmite a las mujeres de la asamblea.

El celebrante comulga y luego distribuye el pan roto en las bandejas, primero a los sacerdotes, diáconos, niños, hombres y mujeres que se presentan en largas filas, en la puerta de los cancelos. Los diáconos que rodean el altar acompañan al celebrante y presentan el cáliz que contiene la sangre de Cristo. El obispo mira a cada comulgante. Si un pecador público tiene el descaro de presentarse, le rehúsa el pan consagrado. Los fieles reciben el pan con la mano derecha, puesto en la mano izquierda. Costumbre de la más alta antigüedad, ya atestiguada en la inscripción de Pectorius de Autún, que dice: "Recibe el alimento suave como la miel, del Salvador de los santos. Sostienes el pez (Cristo) en las palmas de tus manos. Nútrenos, oh Maestro y Salvador, con la carne del pez". A cada fiel que se presenta, el obispo dice: "El cuerpo de Cristo.". El diácono dice: "La sangre de Cristo". El comulgante responde bebiendo un sorbo del cáliz: "Amén,.". Comentando este Amén, el obispo de Hipona dice a los neófitos que acaban de comulgar por vez primera: "Es su propio símbolo el que reciben. A lo que son, ustedes responden: Amén. Y esta respuesta indica su adhesión. Tú escuchas: El cuerpo de Cristo, y respondes: Amén. Sé un miembro de Cristo, para que tu Amén sea verdadero".

Durante esta tercera procesión de la sinaxis eucarística, el coro de los chantres ejecuta el salmo 33: Bendeciré a Yahvé en todo tiempo, sin cesar en mi boca su alabanza.

Y el pueblo repite el refrán; es una alusión directa a la comunión que motivó la elección del salmo, en Oriente, en Jerusalén, como en Occidente y África, donde acaba de ser introducido en la época de San Agustín.

Acérquense a él Tendrán la luz y no tendrán que ruborizarse.

Cuando todos los fieles han comulgado, los diáconos llevan los restos de las santas especies al secretarium. Luego invitan a los fieles a una última oración, donde el obispo reúne la acción de gracias de todo el pueblo cristiano: "Haz, Señor, que toda nuestra vida se haga acción de gracias que no termine, por Cristo nuestro Señor y en el Espíritu que inhabita la Iglesia entera". Luego el celebrante despide a la asamblea: "Vayan en paz".

Las puertas se abren, el aire del exterior llena la larga nave que huele a fieras. Agustín reconoce un día: "Hoy he sido muy largo. Lo siento, pues el aire apesta." Los cristianos dejan la nave y encuentran nuevamente el ambiente exterior bajo un sol ya ardiente en un cielo azul. La hora está avanzada si el obispo se alargó. Las mujeres vuelven pronto a su casa y los hombres se detienen para comentar el sermón.

¡Qué tal sermón!

-Pero ¡qué forma! Se le escucharía horas y horas. Cartago no tiene igual.

-¡Qué jabonado a los borrachos!

-¡Tampoco ha sido parco con los peces gordos!

Los fieles podrán desayunar, según la costumbre, a la quinta hora del día. En la tarde, hecha la siesta, los hombres libres aprovechan del día feriado. El obispo teme las distracciones que sólo los imaginativos saben aprovechar. Se encontraron algunos con la canasta, yendo a pescar a orillas del mar, a la salida de la ciudad. Los bares son una tentación para los demás. Agustín no se hace ilusión alguna con esto. Las vísperas se cantan pronto. El obispo puso en guardia contra los excesos del vino: "Si es un amigo, avísale suavemente. Si es tu mujer, avísala severamente. Si es tu sirvienta, utiliza argumentos contundentes". El

exceso de vino provoca conversaciones salaces y cantos muy licenciosos. Se entiende que el obispo, en su meditación de la noche, ve en la caída del día "las tribulaciones de los tiempos"; Al final del día, el pueblo cristiano ferviente se reúne en la basílica para una oración nocturna. Agustín alude a un himno que se canta. Quizás sea el que Basilio conservó y que dice ser de la edad apostólica: "Luz gozosa de la gloria eterna del Padre.

CAPITULO X: LA MAS BELLA DE TODAS LAS NOCHES

Que noche, más bella que el día,
Oh noche, más luminosa que el sol,
Oh noche, más blanca que la nieve,
Más brillante que nuestras antorchas,
Más dulce que el paraíso.

Este poema de un obispo del mar Rojo celebra la festividad que, del Oriente hasta el Occidente, canta la alegría pascual. Desde las primeras generaciones cristianas, cuando los judíos conmemoran por medio de la inmolación del Cordero Pascual, la salida milagrosa de Egipto, la Iglesia, por su parte, celebra la Resurrección de Cristo: "Nuestra Pascua fue inmolada. Celebremos, pues, la fiesta; no más levadura vieja... tengamos pan sin levadura, o sea la pureza y la sinceridad", escribía ya Pablo de Tarso. Existe todavía la descripción de la celebración pascual en el siglo III, en la Didascalia de los doce Apóstoles:

Se reunirán sin dormir; velarán toda la noche en oración y con lágrimas; leerán los profetas, los evangelios y los salmos, hasta la tercera hora de la noche, que sigue al sábado. Entonces cesarán el ayuno; ofrecerán el sacrificio; comerán y estarán alegres y jubilosos porque ha resucitado Cristo, primicias de nuestra resurrección.

Esta descripción sigue siendo válida en los siglos IV y V, tanto en África como en Oriente. El obispo de Hipona habla de la fiesta pascual como de una movilización general de toda la comunidad, donde aún los indiferentes vienen a aumentar excepcionalmente la asamblea.

La preparación pascual

En el siglo IV, en África como en el resto de la Iglesia, la fiesta de la Pascua no se prepara simplemente con un día de ayuno sino por una larga cuarentena llamada cuaresma. Ese tiempo de preparación es un asunto de gran importancia, todo un acontecimiento en la comunidad. Los fieles entran en cuaresma, como habían entrado en religión. Se trata de la revisión de la fidelidad, la renovación de la conciencia. Al acercarse la gran cuarentena, el obispo sacude con insistencia el torpor de los catecúmenos de por vida, para que den por fin el paso decisivo.

La Pascua está cerca, catecúmeno, hazte inscribir para el bautismo. Si no basta la fiesta para atraerte, prepárate para escuchar estas palabras: "Golpeen y se les abrirá". Yo también golpeo. Lanza una llamada que golpea sus oídos, golpea su corazón. Ustedes, fieles, exhortenles por la pureza de su comportamientos.

Con el conde Ceciliano, que imita el ejemplo de tantos altos funcionarios, Agustín no anda con rodeos:

Si puedes escuchar la verdad, sufre que yo te diga mi pena de verte, a tu edad y honesto como eres, catecúmeno todavía. Como si los cristianos no fueran capaces de administrar el Estado.

Durante esos cuarenta días, los candidatos al bautismo que se han inscrito, reciben una intensiva formación doctrinal, moral y litúrgica, para prepararse a su nuevo nacimiento. Se someten a penitencia pública aquellos que cometieron uno de los tres grandes pecados: idolatría, asesinato y adulterio, con miras a la reconciliación solemne. Esta convergencia transforma poco a poco la cuaresma en un tiempo de retiro y de intensa vida espiritual para toda la comunidad. En Hipona, el obispo predica varias veces por semana; en Antioquía, Juan Crisóstomo predica todos los días. Es una verdadera estación de cuaresma. Agustín, como más tarde Bourdaloue o Lacordaire, llena la catedral. Toda la comunidad está reunida, monjes y monjas ocupando las primeras filas.

Durante cuarenta días, los fieles se abstienen de ir a las termas, lo que era penitencia terrible en los años con temperaturas altas muy tempranas. No se comía pescado ni carne sobre todo; y evidentemente, nada de vino. Todos los días, salvo el domingo, la gente guardaba el ayuno hasta el atardecer'. La cena, alrededor de la novena hora, al finalizar la tarde, era la primera y única comida. Era frugal por cierto, compuesta tan sólo de pan y sal, de agua y legumbres. Durante la Semana Santa, el ayuno era más riguroso todavía, salvo el Jueves Santo. El obispo de Hipona incluso aconsejaba la continencia total entre esposos. "en vez de abrazarse, pónganse de rodillas; que su oración tome el lugar de los abrazos". Según Agustín, los africanos ricos, a falta de carne y vino, soslayaban la ley preparándose cocteles de las frutas más finas, platos magros pero sabrosos, delicados y variados hasta el infinito. "Tendrían miedo de mancharse al tocar platos de carne; ayunan no para frenar su gusto epicúreo sino para satisfacerlo." Bodas y festines estaban prohibidos. Los emperadores suspenden incluso espectáculos de teatro y circo, así como procesos criminales, durante ese período, a fin de que la gente pueda dedicarse a las observancias de la cuaresma.

Oración, ayuno y limosnas son consideradas obras cuaresmales. Esta asociación triple tiene sus raíces en el mantillo bíblico. En cada predicación, Agustín retorna el tema. En general pone el acento en el compartir. "La penitencia voluntaria del rico debe servir para sostener al indigente. Que la indigencia voluntaria del rico se haga abundancia necesaria del pobre". Con el reparto, el obispo asocia el perdón de las injurias, otro chancro endémico que hace estragos en la comunidad africana. Los odios eran feroces, narra Agustín; cada día vienen hombres a la iglesia, de rodillas, postrándose, la frente en el polvo, a veces con lágrimas; y, en esa postración, el obispo les oye decir: "¡Véngame, Señor, haz perecer a mi enemigo!" Y el obispo debe redargüir: "¡Cómo no! que haga perecer al enemigo pero salve al hermano".

Una sola vez en su vida, quienes habían cometido uno de los tres grandes pecados, podían recibir, después de una cuaresma de penitencia, el perdón de sus pecados. ¡Cuán lejos de la confesión de que habla el Coronel Bramble, en que el sacerdote pregunta automáticamente: "¿Cuántas veces?" Este rigor explica el retraso que ponen los tibios en recibir el bautismo. Aquella prórroga no proviene de una profundización de la fe, sino de un enfriamiento, con la llegada de la paz constantiniana.

La atención de la comunidad durante la cuaresma, se concentraba sobre todo en la preparación al bautismo. Los catecúmenos, que habían recibido anteriormente la señal de la cruz en la frente y la sal en la lengua, una vez decididos a hacer el paso definitivo, se inscribían como candidatos al bautismo de la noche pascual, fecha solemne pero no única de la administración del sacramento. Se llaman entonces competentes, o sea postulantes en el sentido literal del término: los que piden. Los candidatos se habían presentado acompañados generalmente de un amigo o de algún pariente ya bautizado. El obispo sondeaba intenciones y examinaba motivaciones. En la época de la persecución, se debió de informar sobre los riesgos de la profesión de fe cristiana. Los tiempos habían cambiado: era de buen tono presentarse como siendo de Iglesia, es decir, cristiano. Era una razón más para examinar seriamente a los candidatos. Algunos venían para valorizarse a los ojos de su amo cristiano. Agustín estaba demasiado convencido de la necesidad del bautismo para no tener en cuenta las ramillas menores que podían hacer hoguera de la paja. Los más sólidos tomaban la decisión después de un tiempo de reflexión, una vez alimentados con la oración y la lectura bíblica.

Desde entonces, fervientes y conformistas, hombres y mujeres de toda edad y toda condición, se reúnen para una intensa preparación espiritual, los más generosos deben alentar a los que sienten menos motivación. Toda la comunidad les prodiga fervor y calor fraterno. Ayunos, veladas, oraciones y exorcismos disponen los corazones para el cambio de vida. Ya se acababa lo de las termas, y empezaba la vida de continencia para la gente casada. En la iglesia, los catecúmenos ocupan un lugar especialmente visible.

La enseñanza o catequesis -de donde viene "catecúmeno" que significa catequizado- toma una importancia central en la preparación. En Milán e Hipona, el obispo se reservaba habitualmente esta tarea. Sólo los obispos sobrecargados o inhábiles contaban con un sacerdote o un diácono, tal como sucede en Cartago. Existe un sermón de Agustín que sirvió de introducción espiritual y moral a esta última catequesis, en el comienzo de la cuaresma.

Compañeros en el aprendizaje, vean qué felicidad encontrarán en el rechazo de los placeres de este mundo. Oren para que nuestro ministerio que comienza, haga nacer la fe en ustedes y les permita volver a nacer por la gracia. Que nuestra palabra les traiga la salvación y su fervor sea consuelo para nosotros.

Unos principios espirituales mantenían el fervor de los candidatos. El primero, relacionado con un exorcismo, era la renuncia al demonio, "a sus pompas", fórmula antes utilizada en Francia. Para los candidatos de África y Roma, esto significaba renunciar a espectáculos de anfiteatro y circo, donde el demonio recolectaba a los que cedían a sus artificios envenenados. En términos claros, el candidato se comprometía a no volver jamás a espectáculos que hacían correr a muchedumbres africanas. El obispo explicaba el símbolo bautismal que de costumbre llamamos conforme a su primer vocablo: Credo. Primitivamente la palabra símbolo expresaba el signo de reconocimiento. Los antiguos cortaban en dos un objeto cuyas mitades transmitidas a los interesados y a sus hijos, una vez unidas, permitían reconocer a los portadores y autenticar las relaciones de hospitalidad realizadas anteriormente. Así, el Credo permitía reconocer al cristiano auténtico. Al exponer las verdades de la fe, el obispo de Hipona insistía en el cambio de vida. Esto significaba primero un cambio de profesión para cómicos, regidores de teatro (pocos se acercaban a la iglesia); usureros, proxenetas y ramera. Los candidatos eran examinados seriamente y muchas veces, en presencia de toda la comunidad, durante una reunión nocturna.

Los candidatos estaban juntos, el rostro demacrado por el ayuno, vestidos rústicamente. El hecho de no usar las termas, era una prueba más para todos, porque pesaba en el ambiente de la basílica. Durante la ceremonia del exorcismo, los candidatos se encontraban descalzos, en túnicas de pieles, lo que significaba a la vez que debían pisotear ya el vestido de la caída y prepararse al cambio de vida. San Agustín que era friolero, recordó durante mucho tiempo la sensación desagradable de frío que había sentido, como africano que era, en aquella noche de primavera en Milán, donde pedía el bautismo con su amigo Alipio.

En la víspera del domingo de los Ramos, los candidatos pasaban el examen del Credo. Venían uno tras otro ante el obispo para rezar de memoria el símbolo bautismal. Era juego de niños para personas cultas, pero los pescadores y la gente humilde que jamás había ido a la escuela, estropeaban las palabras de una lengua que no les era familiar; envueltos en la intimidación, sudaban la gota gorda. Aquel examen, ¡qué prueba! Agustín, con una actitud paterna, les tranquilizaba y les animaba: "paz con ustedes. Nosotros somos un padre para ustedes y no un ególatra. Bien pueden tropezar con una palabra; lo importante es no dudar en su fe". Una vez terminado el examen, el catequista sacaba la conclusión:

En la iglesia, no podrán oír el Credo todos los días, como el Páter. Y, aprendiéndolo bien, díganlo a diario para que no se les olvide: al levantarse de la cama, al ir a dormirse: den su símbolo, dénselo a Dios, procurando hacer memoria de ello y sin pereza de repetirlo. Es cosa buena repetir para no olvidar. No digan: "Ya lo dije ayer, y lo dije hoy, y a diario lo digo; lo tengo bien grabado en mi memoria"... ¿No te vistes al levantarte del lecho? Pues lo mismo has de vestir el alma con la memoria del símbolo.

Es casi Agustín vestido de "Principito".

Después del Credo, venía el Pater. En la época de Agustín, de Tertuliano y Cipriano, se lo remitía a una ceremonia espiritual, y luego era explicado a los catecúmenos. El obispo de Hipona y sus colegas africanos, utilizaban el tratado de Cipriano, que era el normativo. En los comentarios bastante numerosos del Padre Nuestro, Agustín insiste particularmente en el perdón de las ofensas, que llega a tomar un lugar exagerado en relación con las demás peticiones. Es el problema mayor entre esa gente africana, con ese genio tan vivo, irascible, vindicativo y llevado a la venganza.

La última semana, llamada "Semana Santa" o "Gran Semana", reviste una gravedad particular. Los catecúmenos cuentan los días que no se repetirán más antes de la noche del sábado. El Jueves Santo ya está irisado con una alegría discreta. Se rompe el ayuno; los catecúmenos van a tomar un baño en las termas de la ciudad, lo que prepara el cuerpo para la fiesta, pero también una precaución indispensable para entrar limpio en la piscina bautismal. En ciertas iglesias, aquel día, el obispo lava los pies de doce personas, pobres o huérfanos, en recuerdo del gesto de Jesús. En la hora acostumbrada de la cena, al final de la tarde, los fieles, sin la presencia de los catecúmenos, se reúnen en la basílica para celebrar la última Cena.

Viernes Santo y Sábado Santo son días de particular gravedad. Todos los fieles observan un ayuno estricto como gesto de asociación a la preparación de los catecúmenos. Los mismos paganos entienden que, por el recogimiento de los cristianos, algo está pasando. La comunidad se reúne y canta el salmo 21: Dios, Dios mío, la última liturgia de Cristo en la cruz, desde el abandono va modulando hacia la reunión del pueblo nuevo. Recordemos la cantata *Christ lag in Todesbängen*. Luego leamos la Pasión, ordinariamente según Mateo, que ha inspirado a J. S. Bach su interpretación musical. Agustín que era sensible a la música hasta la sensualidad, no hubiese rehusado este grabado de genio y de fe. Como la velada se prolonga en ese día, Agustín la nutre comentando de preferencia un salmo (el salterio es el libro de su oración y de su invocación). No es necesario comentar la Pasión, que por sí misma es una prédica. "Se lee solemnemente y se honra con la misma solemnidad la pasión de aquél por cuya sangre fueron borrados nuestros pecados. Cada año, la liturgia reaviva más fuertemente nuestra memoria. Los fieles reunidos realzan con mayor destello nuestra fe".

El Sábado Santo es un día sin liturgia, sin reunión matinal. Es un día de ayuno completo, en que los corazones y espíritus se preparan en el silencio para la velada que ocupará toda la noche.

La noche pascual

En la Antigüedad, el día comienza no con la medianoche sino con el atardecer. El tiempo se cuenta no de día en día, sino de noche en noche. La Pascua cristiana empieza entonces cuando cae la noche, como es el caso todavía hoy entre los cristianos de Oriente, en Grecia, por ejemplo. Es difícil que nuestras mentes adormecidas por la costumbre y hastiadas por el espectáculo entiendan lo que podía significar la vigilia pascual para una comunidad africana. Sólo los ortodoxos de Grecia y Rusia han conservado el carácter a la vez religioso y popular de la fiesta: movilización general de la muchedumbre, hablando a su imaginación y a su corazón, y cuyo folklore no es sino la ceniza apagada de un inmenso fuego de alegría, inolvidable fuego artificial de la fe.

Noche nupcial de la Iglesia
Que hace nacer a los nuevos bautizados,
En que velamos con los ángeles.
Noche pascual, durante un año esperada.

No se trata de una misa de gallo, o de la noche, fijada para la comodidad del público o de los pastores - sucedáneos tardíos de comunidades envilecidas. Se trata de una noche entera de vigilia, consagrada a la oración, a la lectura, la espera, lo que supo conservar la Pascua rusa. "Madre de todas las vigiliass; durante esta noche, el mundo entero permanece despierto", dice el gran Agustín. Algo cambiará y volveremos a encontrar el vigor de la fe antigua, cuando de nuevo sepamos hacer el don de una noche a Dios, en vez de pasada haciendo mechas, o si se trata de gente más joven, entregándose al baile.

Al atardecer de aquel sábado, cuando empieza la noche, por todas partes encienden lámparas y las casas se iluminan: comienza la santa Pascua. Noche de primavera, en que la tierra se despierta, en un olor caliente y húmedo. Hipona se encuentra transformada en un mar de luz, como la ciudad de Roma, en la clausura del concilio. Victoria de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte. Habría que ser ciego o sordo para no ser llevado por aquella marejada humana, por el movimiento de esa fe que moviliza a todo el pueblo cristiano. ¿Cómo aislarse y dejarse ganar por el sueño, cuando el universo está despierto? "¿Cuál es esta noche,' hermanos, a la cual nos arranca la verdad? Nos arranca al sueño de nuestros sentidos y del cuerpo, para que veamos en una noche llena de luz"; En la basílica, los candelabros de oro y plata están encendidos, la nave centellea con todos sus fuegos, afuera y adentro, iluminando a los unos y guiando a los otros en la noche. Las puertas están anchamente abiertas, las cortinas anudadas en lo alto, para acoger a una muchedumbre que entra y sale. En el silencio de la noche, la emoción por la espera amortigua el ruido de las voces, los pasos quedos de aquel mar humano que se junta.

El bautismo

Los catecúmenos son los primeros en llegar. Antes se desarrolló una ceremonia especial, organizada para ellos, en que cada uno ante el obispo, ha rezado (rendido, dice la palabra latina) el símbolo bautismal, de memoria y en alta voz. Aún los niños de siete años y más, "ya capaces de mentir y de decir la verdad", están obligados a ese rito. En cuanto a las personas emotivas o ilustres, se admitía una "redditio" a puerta cerrada. Cuando el retórico africano Mario Victorino que había defendido obstinadamente el paganismo contra el cristianismo, "con una voz que llenaba el universo", se convirtió en Roma, se le quiso dispensar de esa obligación que le podía incomodar. El ilustre hombre rehusó la proposición: "Por mucho tiempo he defendido falsedades en público; hoy quiero confesar la verdad públicamente."

En este momento, la muchedumbre ha llenado toda la nave donde crepitan las llamas. Dominando el zumbido de este enjambre en fiesta y el ruido de las sandalias que arrastran en las losas, las lecturas se van sucediendo, entrecortadas con cánticos y salmos. Esta es la última recapitulación de toda la catequesis bautismal para los catecúmenos. El relato de la creación sacado del Génesis, abría la noche; era profecía y anuncio de la nueva creación en la fuente bautismal. La travesía del mar Rojo recordaba a todos la liberación milagrosa que prefiguraba la del Nuevo Israel. El canto de la victoria de María, hermana de Moisés, anunciaba el Aleluya triunfal del Cordero, como lo dice el Apocalipsis. Luego venía la historia de Jonás, presagio de la resurrección, como lo había afirmado el mismo Cristo, y el himno de los tres jóvenes judíos milagrosamente salvados del fuego del homo. Era una profusión de lecturas que dejaban al predicador en apuro. No se trataba de explicarlas todas, dice Agustín. Sin embargo, debe hablar, a pesar del cansancio acrecentado por el ayuno durante largas semanas. El obispo se siente a la vez agotado y feliz. Cada noche pascual le recuerda aquella noche en que, ante el obispo Ambrosio, en Milán, se encontró entre los catecúmenos.

Todas las miradas se fijan en el obispo. Hombres y mujeres llevan el vestido de fiesta; aderezos y pedrerías echan centelleos de fuego fatuos en la noche. Los catecúmenos esperan en una alegría nupcial. Agustín quiere concentrar la atención y enardecer los corazones.

Con qué grandioso misterio nos confronta la piedad. Nuestra fe fortalecida por la resurrección de Cristo, alejó todo sueño. Por eso, esta noche iluminada por nuestras velas, se llena de claridad y esperamos junto

a la Iglesia extendida en todo el orbe, no ser sorprendidos por las tinieblas. Y ahora, hermanos, escuchen unas cuantas palabras que quiero decir sobre la velada que nos reúne esta noche. Velamos la noche en que el Señor ha resucitado y en que comenzó en nuestra carne la vida de que les hablaba hace poco, vida que no conoce muerte ni sueño. Es evidente que resucitó la noche que precedió al alba (cuando las mujeres vinieron al sepulcro). Durmió para que veláramos, el que ha muerto para que viviéramos. Amén.

En ninguna parte se habla del cirio pascual, tal como está atestiguado en España, en la época del Bajo Imperio. El único sermón que lo menciona, no es auténtico pero señala que su uso acabó por implantarse en África. Es tanto más peculiar cuanto el Exúltet que canta el cirio pascual, fue a veces atribuido a San Agustín. En realidad es más tardío y de origen galo

El obispo se dirige ahora a los catecúmenos que en adelante ocupan el centro de la celebración. En este momento tiene lugar la renuncia solemne a Satanás y a sus pompas, así como la confesión de fe. Los candidatos, rostro dirigido hacia el Occidente que es región de las tinieblas, responden a las preguntas:

-¿Renuncias a Satanás?

-Sí, renuncio.

-¿Renuncias a sus obras?

-Sí, renuncio.

-¿Renuncias a sus pompas?

-Si, renuncio.

La procesión de los catecúmenos se pone en marcha, deja la basílica iluminada para encontrarse en la noche donde lucen las últimas estrellas; luego se dirige hacia el bautisterio, edificio distinto y exterior a la iglesia de Hipona, en la parte derecha de la entrada. El canto del salmo 41 del cual Agustín hizo un brillante comentario, traduce la espera: "Como anhela la cierva estar junto al arroyo, así mi alma desea, Señor, estar contigo.

El término bautisterio designaba primero las termas privadas de las residencias ricas. La piscina era un pilón octogonal rematado por un ciborium o bóveda, cargado por columnas que todavía siguen de pie hoy en día. África conservó los bautisterios más bellos de la antigüedad cristiana, en Timgad y Djemila. En Timgad, baluarte donatista, la tina bautismal, de forma hexagonal, poseía también su dosel sostenido por columnas. Se bajaba por medio de tres peldaños. Estaba cubierta con dibujos geométricos: zigzagueos en las paredes, cuadrados interpuestos en el fondo. Unos crismos adornan los ángulos. Toda la sala está cubierta de mosaicos: follajes y flores estilizados, que se desarrollan en ornamentos, en la base de cuatro vasos que ocupan los cuatro ángulos del bautisterio. El bautisterio de Djemila es un edificio redondo de ladrillos, cubierto por una cúpula. Conservó toda la galería circular con sus nichos, que servían de vestuario para los catecúmenos, que se presentaban totalmente desnudos en la piscina. La galería de caracol

estaba iluminada por lámparas sostenidas por repisas. El catecúmeno bajaba a una tina cuadrada, de bóveda con aristas monolíticas, que sostenían cuatro bellas columnas acanaladas y adornadas con molduras y capiteles corintios. En medio de la cara interior del baldaquín una lámpara colgaba de un anillo de piedra, tallado en el mismo bloque. En el fondo, tres nichos servían de asientos para el obispo y sus acompañantes. Todavía se puede ver los tubos que llevaban el agua hasta la tina. A menudo el mosaico de la piscina muestra el dibujo de olas en que nadan peces estilizados que recuerdan al obispo y a los catecúmenos la enseñanza del gran Tertuliano que Agustín hace suya: "Para nosotros, peces chicos, así llamados por el nombre de nuestro (pez), Jesucristo, nacemos en el agua y no podemos conservar nuestra vida sino permaneciendo en esta agua." Ahí se opera el bautismo oriundo del Oriente y que el Bautista realizaba en las orillas del Jordán. El mismo Cristo lo había consagrado al recibido, antes de confiado a sus apóstoles. La pila está llena de agua viva, que zumba y hace espuma en olas. Cae en cascadas de un conducto todavía hoy visible, en Cuicul, y corre a lo largo de la cornisa de mármol, encima de las columnas del dosel. En Roma, el agua sale por la boca de siete ciervos de plata, en el

bautisterio del Letrán. El agua de la piscina se calentaba, como en el caldarium (baño de agua caliente) de las termas, porque la noche era fresca en ese mes de abril. Una oración consagratoria comunicaba al agua el poder de santificación.

Los catecúmenos se desvisten, hombres de un lado y mujeres del otro. Ambos colocan sus vestidos en los nichos. Las mujeres se despeinan y se quitan aretes y anillos. Todos entran desnudos, tales como dejaron el seno de su madre, en el seno materno de la Iglesia. Esta desnudez no asusta a quienes van a menudo a las termas y duermen así sin vestidos bajo las frazadas. Los niños son primero; luego bajan hombres y mujeres uno tras otro, arrugando las cortinas al paso hasta la piscina, que tiene normalmente tres peldaños que facilitan la entrada al agua corriente, a medio cuerpo. La piscina estaba construida de manera que el catecúmeno debía bajar por el lado oeste y subir por el este. El obispo hace a cada uno las tres preguntas rituales: "¿Crees en el Padre? ¿Crees en el Hijo? ¿Crees en el Espíritu Santo?" La respuesta resuena clara y decidida: "Sí, creo": A cada respuesta, el bautizado recibe un chorro de agua, o bien el bautizador derrama agua sobre él, diciendo: "Yo te bautizo". Cuando se trata de los hombres, el obispo es asistido por clérigos y padrinos; en cuanto a las mujeres, por diaconisas o mujeres de edad madura.

El bautizado atraviesa la piscina para simbolizar a su vez la travesía milagrosa. En algunos bautisterios, se puede encontrar a veces el Jordán pintado en la pared. Al salir del baño, los antiguos se frotaban con aceite para proteger el cuerpo transido y activar la circulación sanguínea. El uso llegó a ser rito en el bautismo. Los nuevos bautizados se presentan al obispo quizás en una sala contigua que fue encontrada durante unas excavaciones; éste les hace una unción en la cabeza, con el aceite perfumado de júbilo, el santo crisma, que hace al nuevo bautizado miembro del pueblo real y sacerdotal. Los renacidos del bautismo reciben entonces un vestido blanco, tejido en una materia vegetal, "vestidos de lino y de pureza". Estos vestidos expresan la pureza del alma y la incorruptibilidad del cuerpo, en una integridad paradisiaca. Calzan sandalias de fieltro, para evitar el suelo durante toda una semana. Esta preocupación un tanto supersticiosa provocaba el siguiente comentario de Agustín a Juan: "No tocan el suelo, pero beben hasta embriagarse": La imposición de las manos y la señal de la cruz en la frente del bautizado, de origen apostólico, marcan en adelante al bautizado con el nombre de su nuevo amo, de su emperador, Cristo. "Le impone las manos, llamando sobre él al Espíritu": Esta confirmación sella y termina la iniciación bautismal. En adelante, los bautizados se llaman neófitos, los recién nacidos de la Madre Iglesias.

Una raya rosada diseña la aurora en el horizonte, cuando la procesión de bautizados vestidos de blanco, sin joyas ni collares, el cabello oscuro ondeando sobre una túnica inmaculada, penetra en la basílica, con una ligereza de elfos. Un escalofrío recorre la asamblea. Cada familia busca con la mirada quien al pariente, al amigo, quien al vecino en el cortejo que avanza. Los neófitos atraviesan ligeramente el pasillo central, suben hasta el altar y forman una corona blanca en el interior de los cancelos. El bautismo se termina en festín, por la eucaristía. Por primera vez, los nuevos bautizados pueden participar y comulgar el cuerpo y la sangre de Cristo. Sólo en ese día los nuevos comulgantes reciben un brebaje de fiesta, leche mezclada con miel, que debe evocar la Tierra Prometida, que mana leche y miel, y que se abre ante ellos. Bautizados y fieles vuelven a su casa, agotados pero colmados en el momento en que la aurora se levanta en ese día pascual. La mayoría reencuentra un humilde hogar, más allá de las residencias cercanas a la basílica. Pero, en ese día, la choza más ahumada queda llena de estrellas.

Cada día es pascua

En la mañana de Pascua, el obispo reposado vuelve a encontrar a toda la comunidad en la catedral, demasiado pequeña para abarcar la cantidad de fieles presentes, que llegaron de cerca o de lejos, de la ciudad y de la campiña. Da rienda suelta a su alegría:

Aleluya es el cántico nuevo. El hombre nuevo canta el cántico nuevo. Lo hemos cantado; ustedes también lo han cantado, como niños que acaban de ser renovados por él; y lo hemos encontrado con ustedes,

porque hemos sido resucitados de la misma manera. Tengo ante mí a hijos y hermanos, porque la Iglesia, nuestra Madre, nos ha engendrado a todos por el Evangelio.

Vivan correctamente, hijos amados, para aprovechar al máximo del sacramento recibido. Corrijan sus vidas, reformen sus costumbres, desarrollen sus virtudes. Hagan florecer la piedad, la santidad, la castidad, la humildad y la sobriedad. Amen al Señor que les ama a ustedes; sean fieles a esta madre que les ha engendrado.

El día de Pascua y durante la semana pascual, los neófitos vienen todos los días a la celebración eucarística, vestidos de blanco. El obispo les explica en particular el significado de los ritos eucarísticos.

Este pan les cuenta su propia historia. Creció como trigo en los campos. La tierra lo hizo nacer, la lluvia lo alimentó y se hizo espiga. El trabajo del hombre lo llevó a la era, lo trilló, lo cribó, lo entrojó y lo dejó en el molino. Una vez molido, amasado, cocido, ya se hizo pan.

Recuerden que ésta es su propia historia. Ustedes no existían y fueron creados; les han traído a la era del Señor; fueron batidos por el trabajo de los bueyes - quiero decir los predicadores del evangelio. Durante la espera del catecumenado, estaban como grano entrojado. Se inscribieron para el bautismo. Fueron sometidos a la muela del ayuno y de los exorcismos. Vinieron a la fuente bautismal. Fueron amasados y se hicieron una sola pasta. Fueron cocidos en el fuego del Espíritu Santo, y llegaron a ser verdadero pan de Dios.

Otro año, Agustín utiliza la imagen del vino, lo que se explica bien en un país vinícola, donde el público vio muchísimas veces el proceso de vinificación:

Hermanos, ustedes saben cómo se hace vino. Son numerosas las uvas en el racimo. Cristo Nuestro Señor nos ofrece así la imagen de lo que somos. Quiere que permanezcamos unidos. El sacramento consagrado en la mesa, expresa nuestra paz y unidad.

Durante los ocho días pascuales, los neófitos llevan los vestidos de lino blanco; todos los días, vuelven a la basílica para perfeccionar su formación y consolidar su fe. Durante toda esa semana, se lee las apariciones del Resucitado a María Magdalena, a los discípulos de Emaús, a los pescadores del lago Tiberíades. El domingo, Mateo; el lunes, Marcos; el martes y el miércoles, Lucas; y a partir del jueves, Juan. El obispo predica cada día y es inagotable en esas páginas del Evangelio, leídas y releídas a menudo con emoción. En la tarde, sin duda, el obispo sigue reuniendo a los nuevos nacidos en la fe. Se sienta en medio de ellos, no como un amo sino como un padre. Cada uno puede libremente hacerle preguntas y presentar objeciones. El obispo escucha, responde, exhorta, lee y comenta una página del Evangelio. Los sermones sobre la primera carta de San Juan fueron pronunciados en esa ocasión.

El domingo después de Pascua se llama *in albis*, esto es, día en que los neófitos depositan los vestidos blancos. Es el umbral para volver a la vida cotidiana. Podría parecer que el día pascual desembocara en el día de la eternidad. ¿Acaso no es el octavo día al final de la semana sabática y entonces sinónimo de acabamiento y de plenitud? No hay nada de eso. Más exactamente, todo cristiano lleva en su corazón la eternidad y la vida en la esperanza de lo cotidiano. Mañana, la vida diaria reempezará con sus derechos y el neófito volverá a su trabajo. Los tribunales reabrirán: "Que no sea un motivo de pelea", comenta el obispo. En esa octava pascual, el corazón del pastor se oprime un tanto, al pensar en esos hombres, esas mujeres y los jóvenes que, renovados por el baño del agua y por el Espíritu Santo, volverán a encontrar la vida cotidiana anterior, con sus problemas y enfrentamientos, sus peligros y arreglos. Tantos otros bautizados por él, hace un año, cinco o diez, fueron a aumentar el número de los mediocres y tibios; algunos incluso se alejaron definitivamente.

Volverán al gran público, se reunirán con el pueblo cristiano. ¡Ah! No imiten a los malos cristianos o más bien los falsos cristianos, aquellos que son fieles por la fe que profesan e infieles por la vida que llevan.

Por última vez, el obispo exhorta y previene:

En ese día octavo, hagan suyo lo que permanece y es definitivo. No imiten a los que dan vuelta, distraídos por el torbellino de las vanidades, sin fijarse en los verdaderos valores. Apunten a lo que dura. Sepan escoger sus modelos. No digan: fulano de tal actúa así o asá, y sigue siendo cristiano. No digan: aquel buen hombre bebe, mantiene una amante a pesar de ser casado y se enriquece a golpe de falsos testimonios. Es un usurero, visita a las echadoras de cartas por cualquier jaqueca y se pone cintas mágicas para escapar a la muerte.

Otro año, el obispo renueva el tema de su exhortación:

Vivan conforme a su dignidad, amadísimos. Se les llama fieles, vivan la fidelidad. No acepten la promiscuidad de numerosos malos cristianos. Escuchen lo que les digo: sean granos y no paja. Fíjense en los buenos y sigan su ejemplo. Dios los cría y ellos se juntan.

El obispo presenta los ejemplos cotidianos que ellos pueden ver, si saben observar, y que él les pide imitar.

Créanme, ustedes pueden encontrar a buenos cristianos: buenos maridos fieles a sus esposas, buenas madres de familia respetando la fe prometida. Busquen y encontrarán. Sean buenos, ustedes mismos, y serán así ejemplo.

Otro año, el obispo de Hipona, que jamás tiene dificultad en encontrar un nuevo tema, recomienda a los neófitos llevar consigo el Aleluya pascual para el camino.

Aleluya significa Alaben al Señor. Alabemos al Señor, hermanos, por la vida y los labios, por el corazón y la boca, por la voz y la conducta. Dios quiere que digamos Aleluya, sin que haya desacuerdo en el que canta. Pongamos al unísono nuestra vida y nuestros labios, nuestra voz y nuestra conducta. Lo repito por temor a que nuestro bello canto acuse nuestra conducta mala. Cantemos ahora el aleluya con solicitud, a fin de poder cantarlo un día con toda quietud.

Cantemos Aleluya, en medio de peligros y tentaciones. En este mundo el cantante debe morir; en el cielo vivirá para siempre. Aquí canta la esperanza, allí la posesión; aquí el aleluya del camino, allí, el de la patria.

Canta como canta el viajero, canta pero camina. Canta para sostener tu esfuerzo, no cultives la pereza. Canta y camina. ¿Qué quiero decir con: camina? Progresa, pues, progresa en el bien. Progresa en rectitud de fe, en pureza de vida. Canta y camina.

Si el obispo de Hipona no citó la frase de Clemente de Alejandría: "La vida entera es un largo día de fiesta", encontró otras palabras para expresarlo: "El cristiano canta a Dios menos por los labios que por el corazón. Y el canto es verdadero sólo si expresa la emoción interior". Muchas veces, Agustín escuchó el canto de la calle, el canto del trabajador, así como los refranes de los niños con que acompañan sus juegos en la plaza. Sabe que el enamorado canta porque su corazón está alegre. Los cantos cristianos y los salmos a su vez bajan a la calle. Jerónimo oye los salmos por todas partes: el labrador que empuja el arado, el viñador que poda las ramas, el pastor en medio de su grey, cantan un salmo o hacen gorgoritos con el aleluya. Este canto que da ritmo a la caminata, el trabajo y la vida, ¿acaso no es una anticipación de la eternidad dichosa?

Los hombres que cantan así en la cosecha, en la vendimia, en el trabajo que les absorbe totalmente, comienzan por expresar su alegría por las palabras de sus canciones. Y, una vez que estén llenos de alegría, las palabras se borran por inadecuadas y, dejando las sílabas, entonan vocalizaciones, para traducir su júbilo.

La caravana de bautizados iluminados en la noche de Pascua, viven ahora a diario la fiesta de Dios, con sus altibajos de sombras y luces. En adelante, caminan con los ojos fijos en el levante, seguros de que más allá de la noche, aparecerá la estrella de la mañana.

CAPITULO XI: LA CARRERA DE OBISPO

A primera vista, el obispo no se distingue en nada de sus fieles. Lleva la túnica de lana blanca, sin ornamento, y sandalias, incluso cuando predica o celebra. La túnica no es la drapeada según la moda de la época de Cicerón, con que aparece vestido Agustín en un sello emitido para el 1600 aniversario de su nacimiento; se trata más bien de la túnica con mangas, tallada y cosida. Agustín de Hipona jamás llevó capa, ni mitra ni báculo, como lo presentan los artistas en la Edad Media y los tiempos modernos. Su vestimenta es sencilla, limpia, sin atildamiento ni descuido. Es el mismo vestido que llevan todos los clérigos que en Hipona, se visten del mismo vestuario.

Una monja, llamada Sápida, había tejido una túnica para su hermano diácono en Cartago. Este murió antes de poder ponérsela. Sápida lo mandó entonces al obispo de Hipona para que la llevara, diciéndole que ella se consolaría así por la pérdida de su hermano. Agustín agradeció a la monja en una carta exquisita: "El corazón está abierto, y se derraman lágrimas al igual que la sangre del corazón". El obispo de Hipona por delicadeza sabe hacer una excepción, aceptando llevar la túnica del diácono fallecido. Habitualmente rehúsa regalos personales. "Ofréceme más bien un abrigo (birrus) sencillo, escribe él a un amigo, que podré regalar a un pobre, a algún diácono o subdiácono, sino la venderé. Un vestido de lujo me cubre de vergüenza y no conviene a mi función, a mi viejo cuerpo ni tampoco a mis cabellos blancos".

No todos los obispos de África se parecían a Agustín; incluso es posible que el obispo de Hipona haya reaccionado contra cierta coquetería de clérigos de grandes ciudades como Cartago, ¿acaso se parecían a los de Roma que Jerónimo en la misma época califica de dandíes afeminados, con sus cabellos engomados, dándoselas de guapetones ante las damas ricas en los salones de la ciudad?

Ser obispo

El obispo de Hipona vive en comunidad con sus sacerdotes, sus diáconos y los demás clérigos. Esta innovación africana responde a una intuición espiritual de toda su vida. El obispo de Vercelli en Italia, Eusebio, Victricio en Ruán y Martín de Tours habían practicado este género de vida, antes que Agustín lo hiciera. Era una ascesis moderada, sin extravagancia, con clausura estricta; ninguna mujer estaba admitida, ni siquiera una parienta; el ambiente era de pobreza. Al entrar, cada uno abandonaba sus bienes propios a la comunidad. Esto no significa que Agustín transformó sus diócesis en monasterio. Sus clérigos eran sacerdotes regulares y no monjes. Se dedicaban al ministerio pastoral y al estudio sobre todo de la Escritura. El obispo cuidaba la formación de su clero. En este punto, el Occidente tenía atraso en relación al Oriente. El prestigioso profesor ya recibido de obispo, trae a la Iglesia su experiencia y su genio. Es maestro de un nuevo clero, el episcopado de mañana; y así, echa los fundamentos de una enseñanza teológica y de una cultura cristiana.

La diócesis de Hipona era muy extensa. Los sacerdotes servían en iglesias dispersas, como Fusala a 40 kilómetros de distancia. Por escasez de curas, muchos puestos no tenían titular. La comunidad presbiteral de Hipona atraía a cantidad de jóvenes, amigos y admiradores de Agustín, incluso maniqueos convertidos como él; llegó a ser un seminario en el sentido original de la palabra, o sea un vivero de sacerdotes, y después de obispos. Posidio conocía una decena de ellos en las principales ciudades de Numidia. Estuvieron en la conferencia de 411, seguidores fieles de Agustín.

A un hombre como Agustín, tan vinculado con sus amigos e incapaz de vivir sin los que llama "la mitad de su alma lo", le fue necesario un singular espíritu de desinterés y un culto excepcional a la Iglesia para dejar que se disgregara el grupo de sus íntimos. Una confidencia reconoce este drama silencioso:

Cuando tú mismo comiences a desprenderte, por las necesidades de iglesias lejanas, de algunos de los más queridos y dulces de tus deudos, entonces comprenderás qué linaje de punzadas y angustias me hieren cuando se alejan también corporalmente de mí algunos de los que me están unidos con una máxima y dulcísima familiaridad.

Una vez recibidos de obispos, los discípulos de Agustín imitan al maestro e instauran comunidades de clérigos que viven juntos y ponen en común sus recursos. Se afirma en África una nueva generación, instruida, ascética y pastoral. "Este flujo súbito de hombres nuevos cambian profundamente el equilibrio de fuerzas de la provincia.". Entre ellos, muchos son personalidades notorias, como Evodio y Alipio. Como vienen de la alta administración imperial y aún de la policía secreta, traen a la Iglesia anchura de miras, cultura y libertad, frente a todo tipo de ambición, un desprecio por el lujo y la riqueza, donde se expresan la conversión a la pobreza evangélica y el servicio al pueblo de Dios. Aquellos nuevos obispos contrastan con el promedio de los pastores africanos, católicos o donatistas, que son personalidades locales o provinciales, abogados o profesores de ciudades medianas, a veces hábiles panelistas de debate pero raramente teólogos. Los donatistas no aceptan un debate doctrinal sino sólo cuando están obligados. La Escritura no les es familiar.

En diciembre del año 393, el Concilio General de África se reunió en Hipona por primera y última vez. Agustín era todavía simple sacerdote. Por vez primera, muchos obispos encuentran al ilustre convertido. Se le invita a tomar la palabra. Agustín expone el Credo. El tema escogido, la manera de tratado, las cuestiones que discute se explican por el nivel muy modesto de su auditorio. El joven converso de ayer comprende la urgencia de formar un relevo mejor preparado, capaz de instruir y exponer las Divinas Escrituras.

Hipona no es África. Ciudades más modestas no tienen la misma opción o la misma suerte. Los grandes obispos del siglo IV nos esconden un poco la selva de obispos medianos y aún muy medianos. En ciertas comunidades, es difícil encontrar un candidato o escoger entre varios, de los cuales ninguno se impone realmente. Hipona debió recurrir a un extranjero, un griego que jamás habló el latín con facilidad. ¡Qué suerte de encontrar a Agustín! ¿Qué hubiese hecho él y que hubiese hecho la comunidad si Agustín no hubiera venido?

Vocación episcopal

Las comunidades modestas deben recurrir a iglesias mejor provistas. Ponen su pundonor en poseer un obispo de calidad, de preferencia afortunado. Hipona y Tagaste se disputan al rico Piniano, romano de la noble familia de los Valerii, por razones de interés. Intrigas, maquinaciones, camarillas amenazan con promover a los que se adelantan. El prestigio del obispo en la ciudad puede atraer a más ambiciosos que pastores. Cuanto más modesto es el sacerdote, tanto mayor es el riesgo de que sea más sensible a la promoción social que implica el episcopado, aunque sea un simple cura de campiña episcopalizado. Los más modestos, una vez promocionados, son fácilmente embriagados por el poder, sensibles a los honores y al dinero. Y los hay francamente mediocres e insignificantes. "Poseen el título, dice San Agustín, ocupan la sede, pero como espantapájaros rellenos con heno que sirven de vigilantes en las viñas".

Agustín mismo no siempre tiene buena mano. En la modesta aldea de Fusala, invadida por los donatistas, excéntrica con relación a Hipona de que depende, el obispo quiere colocar a un pastor hablando púnico, condición esencial pero difícil de satisfacer. Echa el ojo sobre un sacerdote de la comunidad de Hipona y hace venir al primado de Numidia para la ordenación episcopal. En ese momento, el candidato rehúsa. Agustín se siente muy en aprieto y no quiere perder la cara ante su primado. Desprevenido, escoge a un joven lector, criado en la casa episcopal desde su juventud y conocedor del púnico. El joven Antonio

acepta y se ve consagrado obispo en el acto. Fue una catástrofe. El joven lobo se condujo como tirano, despojó a su grey, salteó a los feligreses, se presentó públicamente con una mujer casada, hasta ser descargado y expulsado de su sede. Agustín se quedó anonadado hasta tal punto que quiso ofrecer su renuncia al Papa para expiar su error. Fue un caso absolutamente excepcional.

En su conjunto, el episcopado parece progresar, comparado con los obispos "toscos y groseros", reunidos en Cirte en 305 para una elección episcopado. De una decena de miembros, cuatro habían entregado las Escrituras durante la persecución de Diocleciano. El obispo de Limata, Purpúreo, "personaje poco recomendable y violento", era acusado de haber matado a dos hijos de su hermana. El primado de Numidia no pareció estar totalmente libre de sospecha. Existe todavía el acta de la reunión.

Segundo a Purpúreo: Cuentan que has matado a dos hijos de tu hermana en Milevi.-¿Acaso crees asustarme como a los demás? Y tú, ¿qué has hecho? ¿El curador y el consejo te han ordenado entregar las Escrituras? ¿Cómo saliste de esto, sino entregando todo? No te han dejado ir sin razón.- En cuanto a mí, sí he matado y mataré a los que se oponen a mí. Por eso te doy un consejo: no me provoques, no me hagas hablar más. Tú sabes que no voy a tientas con nadie.

Aquellos hombres no eran precisamente monaguillos y tampoco reflejaban la mansedumbre evangélica. Esa reunión agitada fue el punto de partida del cisma donatista. En la conferencia del año 411, algunos obispos principalmente donatistas tuvieron intercambios casi tan explosivos. La acción paciente y eficaz de Agustín permitió reducir el número de los que él llama los obispos "mercenarios", más preocupados por sus intereses que por el servicio y el celo apostólico. Bajo su impulso, sin duda, el Concilio de Cartago en 397, declaró criminales a los que, entrados pobres en las órdenes, habían llegado a ser propietarios de bienes raíces, una vez ordenados sacerdotes u obispos. En parte para sustraerles a esta tentación, Agustín instauró en Hipona la vida común con su clero y aconsejó que el episcopado imitara su ejemplo. Incluso viviendo en comunidad, ciertos clérigos no se deshacen sino lentamente de sus bienes, según lo revelan dos sermones de Agustín.

No debemos representarnos a los obispos de África según el modelo del de Cartago o Hipona. El mismo Agustín es cura de gran ciudad. Otros pastores son ni más ni menos curas de ciudades medianas y aún simples curas rurales. Si todas las ciudades tienen un obispo, la recíproca dista mucha de ser verdadera. Algunos entre ellos se encuentran a la cabeza de una simple aldea, a veces de un fondo o una propiedad. Ciertas localidades donde reside un obispo, son aldehuelas desconocidas, hasta no poder situar, hoy, Fusala y cantidad de pueblos o aglomeraciones, donde los donatistas más particularmente habían nombrado a un obispo. Ocurría que los representantes de un pueblo o el latifundista fueran a encontrar al primado para transformar su localidad en obispado y hacer obispo a su cura. Este último se mantenía lejos de los tratos de los cuales él era habitualmente el instigador, como lo dan a entender muchos concilios de Cartago, que reaccionan contra semejante proliferación.

Se podía contar hasta 430 obispados en África, mientras Galia sólo tenía 116, en la misma época. Aurelio de Cartago, en la época de Agustín, hizo una ordenación episcopal por domingo. Y, sin embargo, en 397, ciertas diócesis carecían de pastor.

La diferencia esencial que existía entre el obispo y el cura rural, era la dependencia disciplinaria y económica de este último, en relación a su obispo. Felizmente para él, el obispo vivía a distancia y no podía observar sino de lejos aquel puesto perdido, de tal modo que el cura tenía la convicción de ser papá Dios en su parroquia.

Los obispados modestos y sucios, situados fuera de las grandes ciudades, no eran muy buscados. Los clérigos de la ciudad no se sentían con la vocación de "defender gallinas y lechones", según la expresión de Gregorio de Nacianzo. Les era forzoso encontrar un candidato en el lugar, un hombre de la tierra, a veces un liberto, un colono, incluso un esclavo, lo que provocaba conflictos con el amo perjudicado.

Oriundo de la trama rural, hablando bereber o púnico, este obispo rural vivía cerca de su grey y a menudo seguía trabajando sus campos. La formación era rudimentaria, si había. La ignorancia podía ir a la par con una real dignidad de vida y la conciencia de las responsabilidades pastorales. En la conferencia del año 411, había obispos rurales, apenas capaces de firmar los registros y entendiendo a duras penas el latín. Lastimosamente no se ha conservado documento alguno sobre su aspecto y su acento.

Como se hace un obispo

El pueblo cristiano, clérigos y laicos, escoge a su jefe. Este principio de los orígenes se mantiene en África como en Roma, hasta la época de León I y del Papa Hilario. Las modalidades cambian del Oriente al Occidente, de una elección a otra, según las situaciones locales, las corrientes o las divisiones que afectan la comunidad.

La asamblea se reúne en la basílica. La reunión corre el peligro de ser encrespada y laboriosa por las coimas, la falta de unanimidad en el pueblo, por la penuria de candidatos o por su gran número. En Milán, cuando muere el obispo arriano Auxencio, la situación es tan amenazadora que el prefecto de policía, que es el mismo Ambrosio, se encuentra presente para mantener el orden y evitar lo peor. Generalmente, la opción del pueblo y del clero precede y propone al elegido para que lo acepten los obispos. Sucede también, sobre todo a falta de candidato, que, los pastores de la región presenten a tres candidatos, entre los cuales la comunidad puede escoger. La unanimidad deseada no es siempre posible.

La elección tenía su preparación. El obispo envejecido escogía a su sucesor y lo anunciaba a la asamblea de los fieles. Por no haber tomado esa precaución, el obispo de Milevi, Severo, estuvo a punto de desencadenar grandes disturbios. Había hablado de su candidato a su clero, mas no a su pueblo; éste, decepcionado, tuvo sentimientos de frustración y reaccionó violentamente. El incidente demuestra por lo menos que el papel del pueblo comienza a atenuarse. Llamaron de emergencia a Agustín que tranquilizó los ánimos y pudo hacer aceptar al delfín del obispo.

Hubo elecciones por sorpresa -sorpresa de la comunidad o sorpresa del interesado- como fue el caso de Ambrosio de Milán. El hermano de Jerónimo, Pauliniano, fue amordazado y arrastrado hasta el altar. Los antiguos no tenían de la libertad una concepción tan delicada como la nuestra. El mismo Agustín comenta lo siguiente: "Fui arrestado, hecho sacerdote, y esto me condujo finalmente al episcopado." La resistencia de este último provocó incluso una divertida equivocación, que hace comprender la mentalidad popular: la comunidad se imaginaba que Agustín se sentía decepcionado por no haber sido promocionado directamente al episcopado. El obispo de Hipona, Valerio, no se contentó con escoger a Agustín como sucesor, sino que lo tomó como coadjutor, ignorando o simulando ignorar que el concilio de Nicea había prohibido esta práctica. Lo hizo consagrar de obispo por el primado de Numidia, que no parecía conocer tampoco los canones de Nicea. Al verse envejecer a su vez, Agustín quiso descargarse sobre su presunto sucesor de una parte de su carga. Existen todavía las actas de la asamblea, en que el anciano obispo propone a Heraclio para sucederle. Agustín celebra la sesión con dos colegas suyos en el exedra de su basílica. Está rodeado por siete sacerdotes y de todo el clero. En la nave, la gente está amontonada de manera compacta. Desde el momento en que el obispo empieza a hablar, se establece el silencio:

Sé que, cuando mueren los obispos, los ambiciosos y contenciosos suelen turbar las iglesias. Yeso que tantas veces he experimentado y lamentado, debo procurar, por lo que a mí toca, que no ocurra en mi diócesis... Quiero que mi sucesor sea el presbítero Heraclio.

El acta anota las aclamaciones: "¡Gracias a Dios! (Deo gratias)". "¡Alabanza a Dios!" (lo repitió veintitrés veces). "¡Escucha, oh Cristo! ¡A Agustín, vida!" (lo repitió dieciséis veces). "A ti, Padre, a ti, obispo" (lo repitió ocho veces). Agustín prosiguió: "Seamos claros. Quiero que queden confirmadas mi voluntad y la

suya en las actas eclesiásticas, por lo que toca a los hombres." Hubo nuevas y repetidas aclamaciones. Una vez vuelta la calma, Agustín le pidió al pueblo que rezara. El pueblo aclamó nuevamente: "¡A tu juicio damos gracias!" (dieciséis veces). "Fiat, fiat" (doce veces). "Tú, Padre, Heraclio, obispo" (seis veces).

La ordenación episcopal se realiza en día domingo. La basílica se llena entonces hasta los topes, demasiado angosta para acoger a todo el pueblo. Durante la liturgia eucarística, el primado, asistido por dos obispos, impone las manos sobre el elegido. Una vez ordenado el obispo, le instalan en su sede, en el fondo del ábside, frente a la asistencia. En su cátedra, presidirá las reuniones litúrgicas y hablará a su pueblo. La palabra cátedra forma el adjetivo catedral, sobreentendida la palabra iglesia, para significar la sede del obispo. Este ritual explica igualmente la expresión "tomar posesión de su sede", que significa asumir el cargo. La instalación en la cátedra expresa que la primera tarea del nuevo elegido consiste en "comentar y enseñar las Escrituras." Como depositario de la fe de los Apóstoles, el pastor es, primero, ministro de la Palabra de Dios. Agustín escribió todo un tratado para exponer esta tarea que él resume en tres palabras principales: explicar, edificar, convertir.

Una vez ordenado sacerdote principalmente para la predicación, Agustín pidió al anciano obispo que pudiera prepararse a ese ministerio esencial en el estudio y la meditación con la voluntad de instruirse a sí mismo antes de instruir a los demás. La Biblia llega a ser tanto la sustancia de su predicación que aflora incesantemente en sus sermones. La Palabra está tan inextricablemente unida a su palabra que acaba por confundirse.

La cátedra del obispo significa igualmente que la iglesia es el lugar privilegiado donde "se sirve el festín de las Escrituras." y la liturgia, el momento en que se rompe el pan de Dios. No hay reunión litúrgica, el domingo y los días de fiesta o de iniciación bautismal, como veremos más adelante, sin que el obispo exponga las Escrituras. El donatismo, en que los lemas y la emoción tienen a menudo lugar de teología, hace más urgente la enseñanza de la fe y la predicación de la doctrina evangélica. El obispo de Hipona habla sin cesar del escándalo de la división y de la necesaria unidad para descubrir el rostro de la Iglesia, una, santa, católica, y verdadera madre de los cristianos.

Un día en la vida del obispo

Velar por "la familia de Dios", día y noche, como el atalaya que vigila la ciudad, y conducirla como pastor, comportaba tareas mayores, momentos importantes y también actividades diarias muy sencillas, obras de misericordia y aún de suplencia, que ocupaban gran parte de su tiempo, causando a Agustín gran desesperación.

El día comienza con la celebración cotidiana de la eucaristía. El obispo está rodeado de los clérigos de su casa y de su comunidad. Monjes, monjas y cristianos fervientes rodean el altar. El pastor de Hipona predica sólo en día sábado, "tomando todo el tiempo necesario", ya que el oficio comienza temprano y no apura la hora de la comida.

Por la mañana y todos los días de afluencia, el obispo ocupa su oficina para atender los procesos civiles. Este poder judicial sorprende una mente moderna; era algo normal en la antigüedad. San Pablo condena a los Corintios que llevan sus litigios ante el tribunal pagano, "en vez de dirigirse a los santos", esto es, a los hermanos en la fe. Durante tres siglos, el estado romano ignoró esta jurisdicción. El primero que reconoció a la Iglesia competencia civil, fue Constantino. En África, los cristianos y aún los paganos huían de la justicia civil, por ser venal y sobrecargada de procesos, inhumana también y usando fácilmente la tortura, para dirigirse al obispo, que era juez imparcial y gratuito. Agustín no acepta jamás

emolumentos ni regalos. Demostraba mansedumbre y benevolencia, incluso con culpables notorios. Sus castigos se limitaban, en el peor de los casos, a aplicar al delincuente unos cuantos latigazos.

El obispo se encuentra sentado en el secretarium, una especie de sala grande colindante con la catedral. Le asisten unos clérigos. Cerca del santuario y con la Biblia al alcance de la mano, Agustín se considera como el sucesor de los jueces de Israel. Siempre tiene en la mente el tribunal de Dios a quien tendrá que dar cuenta. El obispo hace justicia en cuestiones profanas: herencia, tutela, derechos de sucesión, de propiedad o de deslindes. Son cuestiones embrolladas por gusto, donde se enfrentan muchas pasiones cuando se trata de testamento o de herencia: dos hermanos se ponen raramente de acuerdo sobre sus propiedades. A menudo se trata de asuntos sin importancia: una pared medianera, una ventana perforada, una construcción demasiado alta que le corta la luz al vecino. Agustín escucha durante horas a ambos campesinos que no mezquinan detalles ni circunstancia alguna, cuando discuten el problema del testamento paterno. El juez arbitra cuando ambas partes piden su servicio. Esto permite un arreglo rápido, honesto e imparcial. Esta justicia con contornos todavía imprecisos, se queda a medio camino entre la conciliación y el tribunal propiamente dicho. Pero la sentencia es implacable.

El veredicto del juez provoca a veces reacciones apasionadas por parte del perdedor. Ademanes y movimientos de desesperación son parte del escenario. Unos ponen en duda la imparcialidad del obispo, otros su sabiduría; los ricos dudan de su desinterés, los pobres de su benevolencia. Semejante duda hiere al obispo cuidadoso de la equidad hasta el escrúpulo. Se abre un domingo durante un sermón y pinta el retrato de esos mediterráneos que disfrutaban de tener pleitos con todo el mundo ante la justicia, los llamados picapleitos o tinterillos. Unos ricos fieles no saben cuántas causas tienen pendientes: "Disputan sin fin, oprimen a la gente buena, se burlan de nuestras sentencias, nos hacen perder un tiempo que deberíamos consagrar a las cosas divinas. A ellos me permito decirles: Váyanse, malos, a fin de que pueda profundizar la ley de mi Dios".

Otro día, Agustín pone en paralelo el juicio del obispo y el de Dios, constantemente presente en su mente: "Eres acusado y amenazado de cárcel. Veo que tiemblas y te trastornas, todo pálido. Corres a la iglesia para ver al obispo y echarte a sus pies". Y el predicador escenifica el encuentro:

-¿Qué quieres?

-Sálvame.

-Pero, ¿qué hay?

-Me acusan injustamente.

-¿Qué te reprochan?

-Monseñor, fulano toma lo mío. Monseñor, zutano me echa a la cárcel. Piedad, ¡sálvame!

-Ah, temes la cárcel, o la pérdida de tus bienes, y no tienes miedo al infierno.

Durante la quincena pascual, hay vacaciones judiciales. El obispo habló tantas veces de perdón y de reconciliación que ya puede esperar ver los frutos. Pero, desde el lunes por la mañana, los que habían llorado durante el sermón y se habían golpeado el pecho, se encuentran ante la puerta del obispo, gesticulando y pidiendo justicia. El pastor se ve obligado a atender nuevamente, como si la suspensión no hubiera servido sino a atizar rencillas y fomentar pleitos. Una vez más, el obispo se esfuerza en hacer posible un arreglo entre oponentes. En un sermón, demuestra la inanidad de la mayoría de los procesos que hacen perder la paz del corazón, sólo por unos cuantos denarios.

Para alejarte de Dios, alguien te mete en un proceso. No tienes paz de corazón ni de espíritu. Tu alma está angustiada. Sientes agresividad contra tu adversario. Pierdes tiempo y tranquilidad.

¿No sería mejor sacrificar un poco de dinero para ganar ese tiempo? Cuando debo juzgar un proceso, a la parte cristiana le exhorto para que pierda un poco de dinero pero que no pierda tiempo. (Pero en África, el tiempo no tiene valor). Esto no me impide presionar a la otra parte, con más fuerza para que devuelva lo que no le pertenece. Pues, ambos son cristianos.

Quizás te ríes de todo esto, con tal de que embolses el dinero. Ríete de lo que digo todo lo que quieras. Vas a tener tu maldito dinero. Pero rendirás cuenta al justo juez.

Agustín se cansa en esos días enteramente consagrados a sesionar y deplora más el tiempo sustraído a la oración que la comida del mediodía que debe suprimir. Envidia a los monjes que pueden consagrarse al estudio y al trabajo manual. En los días normales en que no sesiona, el obispo es asaltado por visitantes: pedigüeños, visitas de paso, pobres, viudas desamparadas. Se supone que tiene respuesta para toda necesidad, mantiene su puerta siempre abierta y permite que cada cual le moleste. Pocos visitantes tienen la discreción del joven Agustín con el obispo de Milán. La puerta de la sala estaba apenas abierta: él vio al obispo Ambrosio leyendo en silencio, pero el joven retórico se retiró para no molestarles.

Obispo y comunidad están unidos, como en matrimonio, "para lo mejor" y más todavía "para lo peor". Viven juntos una misma aventura con todas sus vicisitudes. La comunidad se cuelga de sus faldones por cualquier motivo. Por ejemplo, si un joven divisa a una joven cuyo tutor es el obispo, le viene a visitar para pedirle su mano. Otro pide consejo antes de enrolarse en el ejército o simplemente antes de casarse. Otros se encargan del correo de la ciudad; llevan los chismes sobre la conducta de clérigos, sobre la mujer -o el marido- del vecino o de la vecina, sobre una virgen consagrada a Dios que se ve demasiado coqueta o guapa, o hablan en contra de las riquezas de la Iglesia de los pobres. Luego llegan todos aquellos que piden una intervención ante la autoridad civil, poderosos o latifundistas. ¡Cuántas cartas en perspectiva para la noche, cuando la comunidad esté descansando y el obispo solo, esté velando con su lamparín de aceite. Cantidad de mensajes conservados comprueban la diversidad y el número de pedidos que ocupan atardeceres y noches. Finalmente, los pobres vienen a pedir limosna: los que están sin trabajo, viudas abandonadas y la infaltable turba de mendigos profesionales, todo un poema de miseria de los países mediterráneos. "Todos los días, ¡ay!, tantos indigentes piden, gimen y reclaman. Dejamos en su tristeza a la gran mayoría, por no poder ayudar a todos."

En los días aniversarios de su consagración episcopal, Agustín ofrece un banquete a los pobres. La comida reúne alrededor del obispo a toda la comunidad clerical: sacerdotes y clérigos que viven bajo un mismo techo y comparten el mismo pan. Ningún pastor ni clérigo acepta jamás invitación alguna en la ciudad. Esto evita chismes y camarillas y coloca al obispo en el nivel del más joven de sus colaboradores.

En Hipona, los huéspedes son una diversión contra la monotonía de los días. Una ciudad portuaria recibe a muchos viajeros: obispos de paso, monjes, godos, eremitas llegados de pequeñas islas cercanas a Cerdeña, y, un día, Pelagio en persona. La fama de Agustín atrae a visitantes tan numerosos que se debe construir un hostal para acogerlos.

La comida es frugal; se compone sobre todo de legumbres y frutas. Se sirve carne sólo los días en que se recibe a un huésped o cuando hay un enfermo. En cambio el vino se sirve en todas las comidas. El único lujo es una cuchara de plata. Los demás utensilios son de arcilla, de madera o mármol. Nada recuerda el fausto de las residencias aristocráticas con las cuales rivaliza el patriarca de Constantinopla, hasta la llegada de Juan Crisóstomo. En África, el obispo de una modesta aldea se arruinó por querer vivir a lo grande.

En la mesa los fieles e incluso los clérigos tenían la mala costumbre de tomar a Dios por testigo. Les gustaba decir: Dios me es testigo, te lo juro, Dios lo sabe, u otras expresiones parecidas. Agustín reprende y priva del vino a los que reinciden.

El obispo prefería la lectura y las conversaciones enriquecedoras a los placeres de la mesa. Quizás se coma mal, pero en cambio se habla bien. Las charlas fútiles y las palabras ociosas se evitan, pero sobre todo lo que puede herir al prójimo. La maledicencia es severamente rechazada. Para que todos los comensales lo supieran, incluso los obispos, Agustín había hecho grabar en la mesa el siguiente dístico: "Quienquiera que guste desgarrar la vida de los ausentes, que lo sepa, esta mesa no es suya". Un día, narra

el biógrafo, unos obispos de paso se habían puesto a hablar en contra de unos ausentes. Agustín se amargó a tal punto que quiso dejar la mesa en plena comida, y retirarse a sus habitaciones. Posidio fue el testigo propio del hecho que narra.

La tarde estaba frecuentemente ocupada en gestiones o visitas. Como pastor de una ciudad abigarrada, hormigueante de gente y de problemas, el obispo visita a enfermos, huérfanos, ancianos que piden su bendición. Todas las miserias del cuerpo, y más todavía del corazón, le son confiadas. Cuando visita a una mujer, siempre va acompañado por un clérigo, y hace lo mismo cuando una mujer lo visita.

Agustín se mantiene fiel a las directivas de Ambrosio, y evita mezclarse en asuntos matrimoniales, aconsejar o desaconsejar un matrimonio. Sin embargo, debe ocuparse del futuro, de las muchachas de quienes él es el tutor, buscarles un marido, apartar a los indeseables, evitar a toda costa la unión con un pagano. Agustín no tiene nada de casamentero. Señala con perspicacia: "Si ambos esposos llegan a reñir, maldecirán a quien les hizo casar".

El día es agotador, y aparentemente se ha sacrificado en mil bagatelas de la vida cotidiana. Agustín llega a pedir a su amigo Marcelino que acabe de escribir la Ciudad de Dios:

Si pudiera darte cuenta de todos los días y preocupaciones en otras necesidades, te contristarías y admirarías de los negocios que me traen. No puedo en absoluto diferirlos ni me permiten trabajar en estos otros que tú me pides, reclamas y exiges. Yo quiero atenderte, pero tengo que lamentar mi negativa inexplicable, porque no puedo..

Si el obispo tiene un momento de tranquilidad, atiende lo más urgente, responde al correo que le llega de todas partes, redacta las actas de la Conferencia de Cartago que le confiaron sus colegas. Se demorará veinte años en redactar su tratado De la Trinidad. Agustín siente el peso de un cargo que con la edad le pesa cada vez más, sin hablar de viajes, predicaciones fuera de Hipona, conferencias y concilios, sobre todo durante la crisis donatista.

El deber de someterme a tareas que se me imponen, no me deja el tiempo de hacer lo que fuera de mi gusto. Estos trabajos devoran los pocos descansos que me quedan, en medio de los asuntos y llamadas ajenas. A veces me siento obsesionado, y ya no sé que hacer. ¡Predicar, discutir, amonestar, edificar, estar a la disposición de cada cual, que carga, que peso, que trabajo! Animar a los buenos, soportar a los malos y amar a todo el mundo.

Llegada la noche, después de la cena en común, cuando los demás se retiran para el descanso, Agustín por fin liberado de las tareas cotidianas, roba horas de la noche para volver a sus estudios y redactar un capítulo nuevo del libro que no se acabará sino repitiendo lo mismo día tras día.

El obispo en la Iglesia

Aun instalado en la cátedra sobrealzada, el obispo de Hipona se confunde con el pueblo de la nave. "Hace poco, observa él un día, estaba donde ustedes están y quién sabe cuántos futuros obispos se encuentran entre Uds.". Como cabeza y padre de la comunidad, un obispo africano tiene conciencia de ser parte de un colegio episcopal en que el mismo primado de África, desde Cipriano, evita decidir solo o desde su autoridad, Cartago no es Alejandría, y el mismo primado jamás tiene facha de un sátrapa egipcio.

Ninguna otra región de la Iglesia organiza tantas reuniones y concilios de obispos, para solucionar problemas de interés eclesiástico. Las deliberaciones de aquellos concilios africanos dejan huellas duraderas en las diversas colecciones canónicas del Occidente y aún del Oriente. La Iglesia africana tiene

conciencia aguda de su autonomía y de sus tradiciones. Los obispos africanos toleran con cierta irritación los recursos a Roma por parte de colegas o sacerdotes, pasando por encima de ellos. Por escucharles de costumbre con tanta amabilidad, la Curia Romana acumula torpezas y multiplica pifias, sosteniendo a sacerdotes y obispos indignos.

La autoridad pontificia, sobre todo durante la crisis donatista, se afirma y se impone. De África viene la célebre fórmula *Roma locuta, causa finita est* (Roma habló, la causa está cerrada), una fórmula parcialmente estampada por el mismo Agustín. Roma sigue siendo transmarina y lejana, y la mayoría de los africanos se marean demasiado en los barcos. En general las cosas suceden y se viven en el continente africano.

El concilio de los obispos es un acontecimiento, un espectáculo y una manifestación de poder para la ciudad de Cartago. Jamás en el tiempo de las persecuciones, la autoridad imperial se atrevió a obstaculizar esta reunión ni aprovechar la ocasión para detener a los responsables de una religión proscrita. Semejante tentativa hubiese provocado un motín popular. El obispo llega al concilio acompañado por un sacerdote y un diácono. En la época de Agustín, esto significa una concentración de unas mil personas. Aún en una ciudad como Cartago, semejante llegada insólita de huéspedes no puede pasar desapercibida. Los curiosos ven pasar el desfile de aquellos hombres serios de la montaña y de las regiones del Sur, lampiños y barbudos, con los rostros curtidos por el desierto. "¿Qué sucede? - ¿Cómo? ¿No sabes que los obispos están reunidos en Concilio?". Son tres o cuatrocientos; todos los obispos de África están presentes, salvo caso de fuerza mayor: edad avanzada o enfermedad. Los que no pueden moverse mandan a su representante. Juntos, toman decisiones comunes en las cuestiones de doctrina, disciplina y liturgia. La reunión tiene lugar cada año.

Además de su propio obispo, cada ciudad dispone de cierto número de clérigos, así llamados porque son escogidos, literalmente "puestos aparte" para el servicio de Dios y de la Iglesia. Esta distinción entre clérigos y laicos se afirma desde los primeros años del siglo IV. El colegio de los clérigos (que componen el clero) comprende sacerdotes, diáconos, acólitos y lectores.

Los lectores son en general muchachos que no han estado de muda todavía, y cuya voz alcanza lejos cuando leen la Escritura. Aprenden a leer -lo que dista mucho de ser el caso de todos- y a cantar. En la Edad Media, se organizan en escuela presbiteral y coral. Esos muchachos se destinan en principio al estado eclesiástico, como ya lo atestigua San Cipriano. Deben de ser muy numerosos en Cartago, ya que, en el momento de la persecución de Hunderico, representan la mayoría entre los quinientos clérigos que están cerca del obispo. Después, el lector pasa a ser acólito, una especie de auxiliar subalterno del clero.

Diáconos y sacerdotes son los verdaderos colaboradores del obispo. Su designación en la disciplina africana queda sometida al "examen del obispo o a la prueba del pueblo". Valerio de Hipona, un astuto griego, aprovecha del día en que él sabe de la presencia de Agustín en la asamblea, para hablar de la falta de vocaciones; de pronto el pueblo empieza a clamar: "Agustín, sacerdote": ¡Jugada hábil! Agustín confiesa: "Dios se ha burlado de mí". Al igual que el obispo, diáconos y sacerdotes profesan continencia. Si son casados, deben en adelante separarse de su esposa (que siempre puede irse al convento). Sólo madres y hermanas están autorizadas a cohabitar con clérigos. Los mismos lectores en África en la edad de la pubertad, deben escoger entre el matrimonio o el celibato. Es una disciplina austera que los concilios se deben recordar constantemente. Las resistencias provocan a veces prórrogas y endurecimientos.

El obispo y su clero

El número de clérigos depende de la importancia de la ciudad, de las necesidades de la comunidad y de su extensión. En el momento de la invasión vándala, el personal de la Iglesia de Cartago es de quinientas

personas, con una fuerte mayoría de lectores jóvenes. Hipona, por su parte, tiene en el año 424, seis diáconos y tres sacerdotes; y en 427, siete diáconos. Todos tienen veinticinco años de edad. Cierta número y aún la mayoría de esos clérigos siguen el escalafón, respetan los "intersticios" y esperan tener la edad requerida. Se forman participando del ministerio del obispo. El diácono Deogratias de Cartago, en el cual el obispo descarga la catequesis de adultos que se preparan para el bautismo, confía su apuro y sus tanteos a Agustín. Esto da como resultado el *De catechizandis rudibus*, que es una catequesis para principiantes, una obra maestra de pedagogía y de enseñanza religiosa, libro de cabecera de todo educador sagaz.

El sacerdote o el diácono -a veces el obispo-, de cultura limitada, de inteligencia mediana, rebasado por el nivel de sus catecúmenos a menudo instruidos, se siente aprieto. El joven universitario inteligente que lo escucha, se sonríe al oír aquel acento del terruño, ese latín aproximativo con solecismos, a veces incluso barbarismos, leyendo mal el Evangelio, con cortes que demuestran a toda luz su incomprensión del texto.

En el siglo IV, la tendencia en África es de asociar lo más estrechamente posible a diáconos y sacerdotes al ministerio del obispo; particularmente en la predicación, lo que parece ser innovación en Occidente. Así, el clérigo se prepara al episcopado o sacerdocio autónomo y plenario. Como los obispos proponen de ordinario los candidatos a las comunidades, pueden, si son desinteresados, designar a quienes, según el uso, les parecían tener las cualidades necesarias y probadas.

Existe una relación muy reveladora de la situación general del África cristiana y que proviene del Concilio de Cartago en el año 40. La crisis donatista se encuentra en su paroxismo. El cisma provoca casi en todas partes el desdoblamiento de las iglesias y de los ministros del culto. La penuria de clérigos es tal que numerosas iglesias se encuentran desiertas; ni se encuentra un diácono, aun cuando fuera ignorante. ¿Qué decir entonces de la falta de sacerdotes y obispos? "Todos los días nos llegan las quejas de las comunidades que se mueren"; La "tierra cristiana que muere", por falta de pastor, significa en primer lugar las regiones rurales, a donde los sacerdotes de las ciudades llegan con disgusto.

En la ciudad, sacerdotes y diáconos comparten las tareas personales con el obispo, según diferentes grados, con exclusivas y especializaciones, bajo el control de una autoridad única. El sacerdote participa del sacerdocio del obispo. Un sermón atribuido a Ambrosio, pero que es de Máximo de Turín, les llama "hermanos en el sacerdocio". Reemplazan al obispo durante sus ausencias y celebran la eucaristía; sirven en iglesias y capillas apartadas en días domingos, y dirigen las reuniones litúrgicas. El obispo se reserva las ordenaciones, la reconciliación de los herejes, la bendición del santo crisma y la consagración de las vírgenes.

A los diáconos incumbe, en un principio, el ámbito social. Si el sacerdote suple al obispo en la liturgia, el diácono es su delegado ordinario en los asuntos de miseria y caridad, aun atenuada, esa función persiste. La tensión entre diáconos y sacerdotes se afirma en Roma y Galia, pero no parece existir de la misma manera en África. Hasta laicos y aun un lector son directamente promovidos al episcopado, pero jamás un diácono, como sucede en Roma, donde Liberio, Dámaso y León el Grande, simples diáconos, suceden al obispo.

Los diáconos administran el patrimonio, la diaconía, la casa y los recursos para las necesidades propias, así como la asistencia de la comunidad a los pobres. El servicio social dispone de reservas en especie: depósito de grano y olivas, vestuario de mucha clientela, cuyas huellas se encuentran en Hipona. En Calama, durante una manifestación donatista, la diaconía fue saqueada. Cuando el edicto imperial suprime los bienes donatistas, los pobres refluyen a su vez hacia la Iglesia Católica para encontrar alimentos y ropa. La preocupación por todo desamparo atrae hacia la Iglesia a los pobres e impresiona a los mismos paganos. El inventario del vestuario de Cirta (Constantina), establecido por la autoridad romana, en el momento de la persecución de Diocleciano en el año 303, permite entrever lo que una

diaconía común podía contener: 82 túnicas de mujeres, 38 velos, 38 abrigos, 16 túnicas para hombres, 13 pares de zapatos para hombres, 47 para mujeres y 19 capas de campesinos.

Clero rural

En Una carta a Agustín, el diácono Quotvultdeus de Cartago reconoce que hay clérigos muy poco instruidos en esa gran ciudad. ¿Qué habría dicho si hubiese hablado de la situación en el campo? El clero rural escogido entre moradores, proviene de familias de colonos y de esclavos. Es ordenado para el servicio de la pequeña basílica, construida a veces por el propietario; es casi un sacristán promovido. La ordenación no cambia la situación jurídica de los sacerdotes. Como colonos, deben pagar su arrendamiento, siguen perteneciendo a la gleba como los demás y no pueden aspirar a puesto más confortable. Sólo el primado puede llamarles a otras funciones o transferirles a otra parte, con la condición de indemnizar al propietario que abandonan.

Los curas rurales viven pobremente de su trabajo, con la ayuda del obispo, en un rodal; los fieles se muestran generosos o sino les ayuda el latifundista que en general es el constructor de la iglesia; a veces, recibe el apoyo de algún compatriota que, convertido o hecho monje, se acuerda de pronto de su tierra natal. Así el veterano militar Faustino que había sido bautizado en Hipona, entró al monasterio y se hizo diácono. Dejó la mitad de sus bienes a la iglesia pobre de su país. Agustín hizo lo mismo en Tagaste. El diácono Severo dejó su propiedad a su iglesia natal. El trabajo no debe estorbar el ministerio ni ser un medio de enriquecimiento, más allá de las necesidades cotidianas. Con razón, los concilios africanos prohíben la gerencia de propiedades, a fortiori el comercio deshonesto y sobre todo la usura. Los clérigos usureros son destituidos.

Cuando el emperador Constancio exime del impuesto a los clérigos que están en el comercio, pensando servir así a los pobres, cierto número de comerciantes de pronto se sienten con una vocación de clérigos, cuestión de escapar al fisco. Esta situación indispone al Emperador que restablece la patente llamada crisargiro, incluso para el clero rico.

Este clero se siente a gusto en el campo donde ha nacido, en el mismo nivel de la población, lejos de la ciudad y del obispo de quien se olvida a veces. Los canon es de los concilios africanos no les quitan el sueño. ¿Acaso los conocen? No se trata siempre de un sacerdote propiamente dicho. En Subsana, en la región de Hipona, se encuentra un diácono y aún un simple lector. La crisis donatista trastorna a los clérigos: sufren el riesgo de ser privados de una parte de sus fieles; a veces pasan con ellos a la disidencia.

Los curas rurales hablan púnico o bereber como los campesinos; el latín les suena tan extraño como lo es para "un nuevo sacerdote" de hoy. Cuando utilizan los libros litúrgicos, es evidente que no entienden lo que leen. Balbucean, farfullan, tropiezan en palabras difíciles. El feligrés un poco instruido difícilmente puede contener la risa. Si se les ocurre improvisar o dejar el texto de lado, confunden al Padre con el Hijo, utilizan fórmulas poco ortodoxas, a tal punto que ciertos fieles preguntan por la validez de su bautismo. Agustín debe tranquilizarles sabiamente demostrando que Cristo es quien bautiza. Los concilios exigen que los sacerdotes sigan el texto oficial a fin de poner término a las desastrosas improvisaciones. Algunos clérigos tienen iniciativas pero desatinadas. Por ejemplo, el párroco de Baselida reemplaza los Libros Santos por los apócrifos, por considerarlos más atrayentes. El cura de Subsana ordena de diácono al lector de su iglesia, a espaldas de su obispo que era el mismo Agustín. El incidente casi provoca desavenencia entre Hipona y Milevi, a quien pertenece el clérigo promovido llamado Timoteo.

Paganos y libertinos se burlaban con los pequeños escándalos, que eran pasto de la actualidad africana. En sus cartas, Agustín se siente obligado a calmar a los cristianos escandalizados. El subdiácono Rusticiano prefiere las tabernas de Hipona a la modesta casa que posee en el campo. Como está

acribillado de deudas, quiere escapar de sus acreedores, y entonces se hace donatista. Muere asesinado en una trifulca. Otro sacerdote de aldea, de nombre Abundancio, que no pertenece a la diócesis de Hipona, deja su puesto durante una noche de Navidad, para celebrar la Nochebuena con una mujer de poca virtud. El teléfono árabe informa en seguida a Agustín que escribe a su obispo para ponerle al tanto del asunto. Todavía existe hoy esa carta. Aquellos hechos diversos son raros y tienen mucha repercusión. Pero la gente sencilla y los maliciosos tienen tendencia a generalizar inmediatamente, diciendo: ¡Así son todos!

Para poner fin a los chismes, Agustín observa en uno de sus sermones: "Si una virgen consagrada o un sacerdote comete una falta, en seguida se dice: ¡lo mismo son todos! Cuando alguna casada cae en adulterio, ¡esa misma gente no despiden a sus mujeres ni acusan a sus madres. A quienes toman pretexto de clérigos poco recomendables para justificar su propia conducta, Agustín, les compara a "unos viajeros que rehúsan avanzar, so pretexto de que el poste indicador permanece en las orillas del camino". El ojo crítico de los donatistas impone al clero católico una vida irreprochable, con pureza de fe y firmeza doctrinal. Raras veces los discípulos de Donato atacan a los sacerdotes católicos por su comportamiento. Ese silencio es un homenaje. En un tratado, Agustín les da el mismo testimonio.

Los laicos en la Iglesia

La distinción entre clérigos y laicos significa una distribución de responsabilidades más que una división. Un laico destacado, de preferencia rico, es fácilmente ascendido. Abundan los ejemplos. El pueblo de Hipona estuvo a punto de obligar a que el riquísimo Piniano se hiciera ordenar de sacerdote!

Todo el pueblo participa en la elección de sus ministros. Queda por establecer el papel respectivo del pueblo y de los grandes senadores, ricos propietarios o personajes públicos. Por ser elegido por el pueblo, el obispo se las tiene que ver con él. Debe contar con esta muchedumbre a veces versátil, obstinada e impetuosa. Agustín le somete un día la situación material de cada uno de sus clérigos. A la feligresía le toca juzgar. Quiere que su obispado sea de cristal.

Los seniores laici, notables, llamados a veces senadores, constituyen una especie de consejo de laicos alrededor del obispo. Esta institución, característica de la Iglesia africana, tanto católica como donatista, tiene gran prosperidad en los siglos IV y V. Es posible que hayan sido aceptados por elección. Participan abiertamente en la administración de bienes y el mantenimiento de los edificios. Esto les acerca a los diáconos. Intervienen igualmente en los procesos que atañen a la Iglesia, como demandantes o miembros en el tribunal. Se les puede encontrar en Hipona, en día domingo por la mañana, dialogando con el obispo, antes de irse a la iglesia. Como representantes de la comunidad, vienen a discutir y negociar con él. Le ayudan a zanjar los casos difíciles. Y le iluminan en cuestiones familiares, cuando el obispo es tutor legal.

El obispo y los bienes eclesiales

La Iglesia de Hipona, según Agustín, posee veinte veces más que el pequeño rodal que el obispo había recibido otrora de su padre, en Tagaste. ¡Veinte veces más! El niño de Tagaste se había hecho terrateniente o por lo menos gerente de un patrimonio importante, con la necesidad de recurrir a administradores. ¿De dónde provienen los recursos? ¿A qué y a quiénes sirven? Los bienes de una iglesia dependen de su importancia y sus necesidades. Tidis no es Cartago, ni Madaura o Hipona.

Parte de las riquezas las constituyen bienes inmobiliarios totalmente improductivos: iglesias, capillas, vasos sagrados. Basta fijarse en el inventario de los vasos sagrados de Constantina, hecho en el año 303, antes de la paz constantiniana: dos cálices de oro, seis cálices de plata, seis vinajeras de plata, una

bacinica de bronce, dos grandes candelabros, siete pequeñas lámparas de pie en bronce, once lámparas de bronce con sus cadenas.

En aquella época, se da la tendencia a multiplicar iglesias y capillas, debido sobre todo a la rivalidad entre católicos y donatistas. Cartago tiene una veintena de basílicas; Hipona, ocho en la ciudad, sin hablar de todas las iglesias y capillas diseminadas en un vasto territorio, cuyas ruinas hoy son el testimonio más evidente. Este despliegue sorprende cuando se conoce el alto costo de las construcciones. La basílica de Teveste o la iglesia donatista de Timgad habían necesitado capitales enormes. Ciertos edificios provienen en realidad de iniciativas privadas. Unos obispos menos dotados para la palabra o la tarea espiritual, se hacen constructores por sobrecompensación.

Además de los edificios de culto, la Iglesia dispone de bienes raíces, de propiedades, fincas y selvas que explota. Aquellos bienes provienen de liberalidades, donaciones personales, a veces de testamentos. Los católicos se enriquecen con las posesiones donatistas, cuando las decisiones imperiales se les asignan. Pero también se encargan de los pobres.

Agustín y las leyes se las toman con los cazadores de testamentos' y los que importunan a las viudas ricas para sacarles sus bienes. El obispo rehúsa donaciones para no perjudicar a terceros. "¿Qué hacer en el momento de escribir tu testamento?", pregunta el pastor. "Mira a Cristo como a otro hijo tuyo. Si ya tienes dos, será el tercero; si tienes diez, será el undécimo, en tu herencia". En la Edad Media, se llamaba "la parte de Dios".

Importa actuar con discernimiento. El obispo de Hipona rehúsa la herencia de un armador llamado Bonifacio, cuya compañía transporta el trigo africano a Roma. El obispo sabe que, en caso de naufragio, la Iglesia será incapaz de soportar los daños, ya que el navegante es responsable de su cargamento; y, en caso de pérdida, está obligado a indemnizar al Estado. Lo más grave es que los marineros en este caso son sometidos a tortura para atestiguar que el accidente se debe a la tempestad más que a una falta profesional. La sola idea de este procedimiento indigna al obispo. Poco le importa el dinero, el trigo y los beneficios. La Iglesia no es una compañía de navegación.

Al igual que el zapatero de la fábula, el obispo conoce los peligros y problemas de una administración que le hace perder mucho tiempo, y mejor debe reservarse para tareas espirituales. ¡Cuántos conflictos por arbitrar, cuántas críticas por responder, cuántas calumnias contra las cuales es menester justificarse! Las do naciones son impugnadas; los testamentos provocan quejas de los herederos que se declaran perjudicados.

El hostigamiento de los fieles debe ser cotidiano, más inspirado por el interés que por el Evangelio: codicia de los ricos y ansia de los pobres, tema que Agustín trata incesantemente, igual que sus colegas, en sus prédicas dominicales.

Monseñor, tú que eres pobre, escúchame: yo hablo de lo que me pides. Evita despreciar a los ricos que son misericordiosos y humildes; en una palabra, abstente de despreciar a los ricos que son pobres. Oh pobre, sé pobre: pobre, o sea humilde... Hay haraposos que son ricos.

Los fieles de Hipona se sienten llamados a la crítica. A veces consideran la Iglesia demasiado rica o demasiado desinteresada, según el humor del momento o las circunstancias. ¿Cómo satisfacer a todo el mundo? El obispo un poco excedido, les dice: "Ustedes se imaginan que a mí me gusta poseer todas esas granjas. Dios, que me conoce, sabe lo que pienso de eso y que es una molestia para mí". Otro día, dice: "Dios me es testigo que toda esta administración de bienes es un peso para mí. Es una carga que soporto por temor al Señor y caridad para con mis hermanos".

Asunto más lamentable todavía es la historia de Honorato, monje de Tagaste, ya ordenado sacerdote en Tiave. A falta de testamento, comunidad y parroquia se disputan su sucesión. Agustín decide a favor de la iglesia de Tiave. Y, para mayor seguridad, pide el auxilio de un santo obispo llamado Samsucio, a quien la decisión parece también evidente. He ahí las preocupaciones cotidianas del gran Agustín, orgullo de toda la Iglesia. En otro sermón dirigido a la población reunida, Agustín la pone al tanto de sus tratos con los dos herederos del sacerdote Januario: sus dos hijos llegan a un acuerdo en virtud del cual se reparten los bienes de su padre, en partes iguales. Además el obispo exige que todos los clérigos que viven con él en comunidad, renuncien a toda propiedad personal; de lo contrario deben establecerse a cuenta propia.

Agustín no se hace ilusiones; sabe que su honestidad y su esfuerzo de clarificación pública no harán callar las lenguas pérfidas:

Después de mi explicación, la gente hablará. Y estoy seguro de que la cosa me llegará. Sepan que si oigo algo que necesita una aclaración, les cerraré el pico a los detractores; responderé a las lenguas malas, daré respuesta a los espíritus escépticos.

Y ahora, dejen de prestar oído complaciente a los calumniadores que arruinan la reputación ajena, para desviar la atención de sus propios desórdenes.

El obispo y los pobres

Por más que el obispo deje la cuestión de los bienes de la Iglesia a los clérigos, que le dan cuenta a final de año, esa tarea temporal siempre es una cruz para él. "La administración de la Iglesia, la soporto, no la quiero," escribe Agustín a una rica correspondencia de Roma. No todos los obispos se parecen a Agustín. Pablo, obispo de una aldea imposible de identificar, llamada Catagna, gustaba mucho del fausto; gastó todos los recursos de la Iglesia e incluso lo que no tenía, dejando deudas enormes a los sucesores.

Agustín acepta la carga de la administración debido a los pobres y los oprimidos, los cautivos y los huérfanos. La Iglesia administra directamente cierta cantidad de propiedades para introducir un derecho más humano y ofrecer condiciones de vida que respeten la dignidad del trabajador y de su familia, como se señala más arriba. Son colonos de la Iglesia.

El obispo no puede dar lo que tiene. ¿Cómo atender las numerosas necesidades de la comunidad, sin recursos? Agustín toma de los bienes y las ofrendas sólo lo necesario para mantener a sus sacerdotes y su personal. El resto, todo el resto es el derecho del pobre. Si Agustín recurre a la generosidad de sus fieles - y con qué delicadeza- no pide para sí mismo sino que habla como embajador de los pobres ante la comunidad. Su biógrafo dice: "Jamás se olvida de sus hermanos pobres."; Las ofrendas y los bienes no nos pertenecen; son de los pobres de quienes somos los ecónomos: No podríamos, sin usurpación condenable, adueñarnos de ellos".

El obispo puede pedir mucho más fácilmente por el hecho de que él mismo vive más pobremente. Exige de sí mismo antes de ser exigente con los demás. No quiere distinción alguna que no sean pobreza y su disponibilidad. Rehúsa todo lo que es lujo o superfluo: "Esto no cuadra con Agustín, o sea con un hombre pobre, nacido de padres pobres. ¡No se dirá que me encontré acá vestidos amados que no podría haber pagado en casa de mi padre ni en mi antigua profesión. La llamada a la generosidad a favor de los pobres es un tema constante en su predicación. Si la caja está vacía, Agustín dice públicamente: "¡No tengo más con qué dar limosna!". Ciertos días, se hace más incisivo: "Den a los pobres. De parte mía, es más que un pedido; es un aviso y una orden". Aquel día, el obispo se hace tan convincente que los fieles le aplauden a la salida y vacían su bolsillo.

Durante las invasiones bárbaras, las necesidades son más trágicas. El obispo Deogratias, en Cartago, vende vasos de oro y plata, visita incansablemente a los enfermos y transforma dos basílicas en albergue y hospital.

Todos los obispos no tienen para sí mismos las mismas exigencias. Agustín no se engaña: "La cizaña sube hasta el ábside." "Hasta el final de los tiempos, dice, existirán dos clases de pastores en las catedras episcopales, los verdaderos pastores de almas y los aprovechadores ruines. Le toca a Dios hacer la discriminación." Ante ciertos abusos, algunos recurren a la Iglesia de los apóstoles, a la de los pobres, a la Iglesia de Jesucristo.

La defensa del pueblo

El obispo es el defensor de los pequeños contra jueces sin escrúpulos, propietarios rapaces, sin sensibilidad. Agustín interviene ante un juez, a favor de un granjero que le ha pedido asilo, porque se puede esperar lo peor del amo, hasta un rapto por astucia. Agustín habla claramente en la iglesia; se encuentra con los notables para cuestionar su conciencia. Escribe con humor: "Si desea ser considerado buen obispo, no hable; y si tiene la desgracia de abrir la boca, le calificarán de mal pastor".

De modo inconsecuente, el pueblo de Hipona reprocha al obispo sus visitas frecuentes a la autoridad; le reprocha el no amonestarla suficientemente; le reprocha hacer demasiado y no hacer bastante. "Advertí al juez, pero no me hizo caso ": Resumiendo esas diligencias siempre penosas, a menudo infructuosas, Agustín hace la siguiente confesión, que lo dice todo:

A menudo se dice: se fue a ver a tal autoridad. ¿Acaso es lugar para el obispo? Saben sin embargo que las necesidades propias de ustedes nos obligan a ir a donde no queremos. Debemos estar al acecho, poner nos en la puerta para esperar la entrada de pequeños y grandes. Debemos hacer antesala y nos reciben a duras penas. ¡Cuántas humillaciones! Debemos suplicar para conseguir una gracia, y muchas veces volvemos con las manos vacías. Eviténnos aquellos trámites penosos. No nos obliguen a ellos. No queremos encontramos con las autoridades. Ellas saben de todas maneras que hacemos esas gestiones sólo bajo coacción.

Todos esos asuntos, todas esas tareas y diligencias exigen tiempo y muchas horas de interminables palabreos que tienen su lado teatral y lúdico, y ocupan días y días. Impiden que el obispo se encargue de la parte espiritual y doctrinal de su tarea que le parece esencial: "Primero, dar al pueblo los sacramentos y la Palabra de Dios", como escribe Agustín el día en que acepta servir a la Iglesia de Hipona.

CAPITULO XII: LA TUNICA INCONSUTIL, DESGARRADA

EL único mosaico de África del Norte con fecha, es del año 324. Proviene de la primera basílica de Castellum Tingitapun, hoy El Asnam, antigua Orleansville. Representa la Iglesia bajo la forma de un laberinto que supuestamente debe cubrir la tierra. El dédalo infinito de los senderos del mundo, acaba en el centro del mosaico, formado por un cuadrado cuyo nombre se lee en todos los sentidos: Sancta Ecclesia. Santa Iglesia. Este dibujo traduce el drama del donatismo que divide África, cisma que se acantona en un rincón del universo, mientras la Iglesia está difundida por toda la tierra: el tema vuelve constantemente en discusiones y prédicas.

El mal africano

Ya hemos visto el origen del mal específicamente africano, simple riachuelo al comienzo pero que va creciendo por las afluencias afectivas, económicas y sociales a lo largo del siglo IV y hasta la llegada de los Vándalos. Gran parte de la actividad teológica y pastoral del obispo de Hipona es absorbida por "la Iglesia nacional" de África del Norte.

Cuando muere Ceciliano, el obispo católico de Cartago, Donato se dirige a Constancio con la esperanza de ser reconocido como único obispo. El emperador manda a dos delegados, Pablo y Macario, a fin de hacer una encuesta, so capa de distribuir limosnas a los pobres y a las iglesias. Ambos funcionarios asisten al culto católico. Donato comprende que su causa está juzgada. Pronuncia entonces la famosa palabra: "Nada común entre el emperador y la Iglesia". En adelante, los donatistas llamarían a los católicos "el partido de Macario".

A mediados del siglo IV, Parmeniano sucedió a Donato el Grande. Era de origen español o galo. Había conocido al obispo cismático en el exilio. A pesar de su origen extranjero, Cartago le acogió bien. Sólo los católicos ironizan en este punto. Su episcopado se prolonga hasta el 390. En esa época, Agustín estudia y enseña. Contrariamente a Donato que trataba al prefecto de "mancha del senado, vergüenza de la prefectura", Parmeniano demuestra moderación y honestidad. Era culto, orador muy apreciado y administrador hábil. Se le consideraba como jefe, en el momento en que los católicos no podían presentar sino "obispos mediocres". Al igual que Arrio, Parmeniano tiene la habilidad de popularizar las ideas de la secta con salmos y cantos que los estibadores de puertos y los marinos podían tararear en el trabajo, como sus camaradas de Alejandría. La acción del obispo, favorecida por las circunstancias y la tolerancia de la autoridad, hizo que el donatismo reconquistara todas sus posiciones en África, ganando otras nuevas, a tal punto que vencieron numéricamente a los católicos, en Numidia.

En las ciudades y campiñas y a veces, hasta en las aldeas pequeñas se afirman y se enfrentan dos Iglesias, dos cleros y dos obispos. Los católicos carecen de guía y sostén; desamparados, se dejan llevar por el desaliento y dejan la iniciativa al adversario.

Los que pasaban al donatismo, eran re bautizados al igual que los paganos; los sacramentos católicos eran declarados inválidos. Las vírgenes debían reiterar su consagración y todas las ordenaciones volvían a celebrarse. A los clérigos y obispos, se les rasuraba el cabello; a las monjas, les arrancaban el gorro en forma de mitra que les distinguía. Estas medidas vejatorias y humillantes avivaban pasiones y fanatismo, en vez de calmar los ánimos. Con el advenimiento del emperador Juliano, aprovechando de un período de calma, los donatistas volvieron del exilio y obligaron a que las iglesias pasadas al catolicismo, expulsaran a los ocupantes, lavaran las paredes de arriba abajo con dos aguas, incluyendo el embaldosado, rasparan los altares y la cal de las paredes, arrojaran por las ventanas el óleo santo, los libros litúrgicos, y echaran la eucaristía a los perros. Todos los bautismos, todas las penitencias, todas las consagraciones de vírgenes, todas las ordenaciones de los católicos, una vez declarados inválidos, se repetían.

Cualquier investigador extranjero llegado a África no hubiera podido diferenciar ambas iglesias: tenían las mismas circunscripciones y basílicas, los mismos sacramentos; era difícil saber en África si se trataba de una iglesia católica o donatista. La organización del culto y de la liturgia eran absolutamente idénticas; lo que provocó el siguiente comentario de Agustín:

Somos hermanos, invocamos a un mismo Dios, creemos en un mismo Cristo, escuchamos el mismo evangelio, cantamos los mismos salmos, respondemos con el mismo amén, oímos el mismo aleluya y celebramos la misma Pascua. ¿Por qué estás fuera de la Iglesia y yo dentro?

La aclamación *Deo Laudes* (alabanzas a Dios), que era la voz de reunión que Agustín califica de "trompeta de guerra", grabada en tumbas y piedras de basílicas donatistas, era igualmente utilizada por los católicos. En Hipona, cuando se operó la sanación milagrosa de Pablo por Cherchell, los fieles claman: *Deo gratias* (gracias al Señor).

Las semejanzas entre católicos y donatistas obligan a que éstos últimos busquen diferencias y contrastes, rechazando, por ejemplo, la fiesta de la Epifanía y el canon de las Escrituras. Cada vez más, los discípulos de Donato se presentan como Iglesia de los mártires, los herederos de los confesores de la fe, hijos de resistentes no desmoralizados. El panegirista dice del mártir donatista Marculo: "Siempre tenía el evangelio en los labios y el martirio en el corazón". Se había precipitado deliberadamente en la muerte.

Como no podían incluir entre los suyos a Cipriano cuya popularidad era común a todos los cristianos de África, los adeptos de Donato se compusieron un martirologio a su antojo, donde los provocadores, que eran víctimas de su fanatismo, están al lado de los suicidas, que se habían echado en algún precipicio o en las llamas. Llevan los calendarios locales de las iglesias ya disidentes, que celebran sus aniversarios, graban sus nombres en altares, balaustradas o columnas de las basílicas, y les dedican nuevas iglesias. En la liturgia, a los nombres de los mártires auténticos se añaden los de la secta: Donato, Marculo, Maximiano e Isaac.

En los epitafios que salpican África, los donatistas se autodenominan "santos y justos" para contrastar con los católicos que se dicen pecadores y que ellos llaman así. Cuántas iglesias llevan igualmente esta inscripción: "He aquí la puerta del Señor. Sólo los justos pueden entrar." En otras palabras, quería decir: ¡Sólo los donatistas! Los católicos no podían pisar aquel suelo, porque eran pecadores. Bajo capa de justicia que recuerda la de la antigua ley, los disidentes se aplican las palabras de la Escritura que hablan de liberación y de combate; las modificaban a su antojo para sacar más filo a su arma: "Si Dios está a nuestro favor, ¿quién estará contra nosotros?" Este versículo se lee por todas partes en Numidia, baluarte de la contienda. Por la misma razón, sin duda, se encuentran frecuentemente en las lámparas los tres jóvenes en la hoguera recusando al rey Nabucodonosor. Los donatistas justos y puros pretenden ser "la Iglesia de los santos que es perseguida pero que no se persigue", según su afirmación en la conferencia del año 411. Con mucho orgullo, hacen alarde de su martirologio.

En Benián, Numidia, en una basílica donatista, se venera a una religiosa llamada Roba, hermana del obispo donatista Honorato de Aquae Sirenses (Bou Hanifia), caída víctima de los católicos un 25 de mayo del año 434, o sea unos veintitrés años después del acta de unión que debía poner fin al cisma. La iglesia fue construida en honor a la mártir y para proteger otras salas funerarias. Con toda evidencia, los católicos pagaban a los disidentes con la misma moneda. Les reprochaban así el asesinato del diácono múmida, Nabor. Este antiguo donatista se había separado de la secta para entrar en la unidad católica. Pagó su retorno con su propia vida y fue sepultado en la púrpura de su sangre, siendo venerado como mártir. El mismo Agustín compuso su epitafio.

El cisma se endureció y se transformó en herejía, cuando los donatistas recusaron la validez del bautismo católico. Se pueden leer todavía inscripciones belicosas en ciertos bautisterios y pilas de agua bendita, indicaciones que no engañan sobre su origen. Los propietarios donatistas obligaban prácticamente a que su personal entrara en la disidencia. En Calama, el obispo Crispino no dudó en recurrir al terror para rebautizar a la fuerza a los católicos del pueblo de Mápala, a pesar de sus lágrimas y protestas. Agustín, en una carta, lo interpela en nombre de Cristo: "Crispín, ¿te parece excesivo lo que has pagado para comprar el terror de los mapalienses y te parece vil la muerte para comprar el amor de todas las naciones? ¿Acaso para rebautizar a tus colonos ha valido más lo que extrajiste de tu bolsa que lo que manó de mi costado para bautizar a todas las gentes?"

El donatismo recoge a terroristas de la época, los circunceliones, que encuentran en la secta una meta y una bandera. Aumentan las filas de la oposición a la autoridad para expresar su desencanto e impugnar el

orden social y político. Se organizan bandas fanatizadas hasta el martirio, se van de finca en finca, de una feria a otra y proclaman el advenimiento de Dios por medio de la dictadura de los "puros". "Llamaban a los garrotes con el nombre bíblico de "Israel" y se decían "combatientes de Dios". Un bajorrelieve descubierto en los alrededores de Tebesa, muestra a uno de esos furiosos encadenado en la puerta de una cárcel, con un bastón en la mano izquierda. Una inscripción reza así: Donatus, Miles Christi (Donato, soldado de Cristo). Se trata entonces de uno de esos milicianos de Cristo, encargado de la vigilancia cerca de las basílicas y de apalear a católicos. Sabemos por Optato y por Agustín que muchas iglesias donatistas estaban fortificadas, lo que subraya su carácter de "ciudadela armada".

La afluencia de esos elementos anárquicos no transformaba por lo tanto al donatismo en partido de los explotados y pobres contra los que tenían posesiones. Unos ricos propietarios favorecían la disidencia y se improvisaban de propagandistas. Además, ¿cómo esas comunidades habrían podido construir basílicas costosas con tres naves, como la de Timgad con sus 63 metros, siendo una de las más grandes de África, en una cabeza de distrito? La iglesia donatista tenía donaciones, tierras y fincas. En Hipona, era particularmente rica.

Si el cisma se abre a elementos berberiscos y a reyecillos indígenas del Aures, sitio privilegiado de la rebelión contra todas las dominaciones, de Roma hasta Bizancio, del Islam hasta Francia, no podemos por lo tanto presentar el donatismo como una resistencia a la colonización romana. Los primeros en recurrir al arbitraje de Roma fueron los mismos disidentes. Acabaron por recusarlo porque les era desfavorable. El apoyo imperial a la ortodoxia echó progresivamente a los donatistas sospechosos y perseguidos en la oposición política, que sublevaba la montaña y Mauritania.

El Imperio estaba dispuesto a llegar a unos arreglos y consideró conveniente hacer pactos con el moro, como lo hacía con el bárbaro. El hijo de Nubel, llamado Gildo, que era sátrapa nómada, fue nombrado jefe del ejército de África, a final del año 393, cuando Agustín era simple sacerdote en Hipona. Una vez instalado, arroja la máscara, anexiona África al Imperio de Oriente y aprovecha para reconstituir el Estado de África. Al disponer de la flota anonaria, Gildo mantiene Roma en jaque, y suspende la entrega de trigo. La capital queda sometida a la hambruna, pero de rebote se acumulan enormes reservas, lo que provoca la caída de los precios en África. Esta ganga aumenta todavía la popularidad del caíd, sobre todo cuando el disidente parece haberse apoderado de las propiedades imperiales para distribuir las a los circunceliones. Gildo es sostenido activamente por Optato de Timgad, plaza fuerte del donatismo. Aquel obispo calamitoso fue apodado "el gildoniano" por su connivencia con el rebelde. A la cabeza de las bandas armadas, recorrió Numidia durante 10 años, saqueó propiedades, abrumó y asesinó a católicos y también a donatistas disidentes. Es así como el obispo donatista Salvio de Membresa fue atacado. Le hicieron un collar con restos de perros muertos, organizaron zarabandas alrededor de él con cantos obscenos. Gildo fue derrotado y hundiéndose con él al obispo de Timgad, Optato el gildoniano. Después de su detención, murió miserablemente en una cárcel. ¡Dos nuevos mártires para el partido de Donato! La rebelión del caíd africano y la actitud del obispo donatista perjudicaron a la causa de la disidencia. En adelante, los católicos iban a enderezar la cabeza, sostenidos por la autoridad romana, cada vez más incómoda por una guerra de religión que trastornaba y desgarraba África.

La acción de Agustín

Cartago era semidonatista cuando Aurelio sucedió a Restituo, un obispo mediocre que, además, se había entregado al arrianismo, suscribiendo fórmulas heterodoxas. En Hipona, cuando Agustín toma el timón, la situación es más desastrosa todavía. Como el metropolitano era amigo del obispo de Hipona, tuvo la inteligencia de colaborar con él y utilizar sus cualidades intelectuales y doctrinales. "La rosa y la reseda" se sabían complementarias y se aceptaban así.

De entrada, Agustín iba a situar el conflicto donatista en el plano de la doctrina. En ese nivel, encontró un solo interlocutor digno de él, a quien por los demás rindió homenaje: Ticonio, de nombre. Era un laico culto, erudito, moderado y avisado; desentonaba en un ambiente de mentes sobreexcitadas y fanatizadas. Como exegeta riguroso, aquel donatista tenía la valentía de reconocer que los adversarios no siempre se equivocan y decía a sus amigos que no siempre tenían razón. Como no compartía los conceptos maniqueos de sus correligionarios sobre la Iglesia, constituida por santos y pecadores, éstos acabaron por condenarlo en un concilio que tuvo lugar en el año 380.

A pesar de los esfuerzos de Agustín, los donatistas prefirieron la discusión al diálogo, la violencia a los argumentos contundentes. En Calama, el sacerdote disidente Crispio tendió una trampa al obispo Posidio, el futuro biógrafo de Agustín; pero éste lo evitó por pelos, refugiándose en una casa amiga. Pronto el edificio fue rodeado y luego le dieron fuego. Una banda invadió la residencia "matando primero a todos los animales en el primer piso; luego subieron al segundo piso para agarrar al obispo. Le precipitaron abajo después de haberle golpeado, herido y ultrajado". Cuando en la ciudad llegó la noticia, una petición dirigida al obispo donatista por parte de todo el municipio, exigía los rigores de la disciplina eclesiástica contra el sacerdote disidente. Se rehusó. El obispo fue conducido ante el tribunal y convicto de herejía; le condenaron a una multa de diez libras de oro según la legislación vigente. Posidio intervino para que se le absolviera de la multa. El procedimiento se hizo común, en esa guerra fratricida. Los clérigos donatistas atacaban, apoyados por los circunceliones.

Armados con toda clase de armas terribles, siembran espanto y terror por todas partes; perturban el descanso y la paz no sólo de la Iglesia sino también de toda la población. En la noche, invaden la residencia de los clérigos católicos, saquean lo que pueden, azotan a los que encuentran, desgarran los cuerpos con uñas de hierro dejando a sus víctimas semimuertas. Inventaron un suplicio particularmente cruel: ponen cal en los ojos, y para cegar más seguramente, la mezclan con vinagre.

Otra ciudadela fuerte del donatismo en Numidia es Bagaí (Ksar Bagai). El obispo católico del lugar llamado Maximiano, fue asediado por los disidentes en su misma iglesia; fue atacado salvajemente con un puñal y gravemente herido; finalmente le arrojaron desde lo alto de una torre. Se salvó la vida por caer en un estercolero, amortiguando su caída. La víctima, llevando en su cuerpo las huellas del atentado como prueba comprobatoria, se presentó al mismo emperador. El mismo obispo de Hipona se salvó de una emboscada que le hubiera costado la vida si su guía no hubiese errado el camino. En otras circunstancias, los católicos cansados y agresivos también, respondieron a la violencia con la violencia.

Perseguidos así por el Imperio que confiscaba sus bienes, los donatistas endurecieron sus posiciones hasta el sectarismo; se ensartaban en sus convicciones contra todo el mundo y en primer lugar contra la autoridad. Como estaban convencidos de ser los únicos en representar la verdadera Iglesia, consideraban a todos los demás como "traditores", la palabra maestra que corría entre ellos; eran alérgicos a toda forma de racionalidad, únicamente llevados a "una lógica de discriminación, segregación y exclusión". Semejante fanatismo perdía de vista lo esencial, el evangelio de las Bienaventuranzas. Reemplazaban a Cristo por Donato a quien rendían un culto verdadero. "Para los donatistas, observa Agustín, Donato hace las veces de Cristo. Si un pagano denigrara a Cristo, se irritarían menos que por la denigración de Donato".

Pacientemente, por persuasión y discusión, desde los comienzos de su episcopado, el obispo de Hipona se afana por traer los disidentes a la unidad. Durante toda su existencia vive como obsesionado por el cisma que desgarró la túnica sin costura de Cristo, en África. Se esfuerza primero en convencer a los hombres de buena voluntad, rechazando alegatos y denunciando prejuicios. ¿Cómo puede pretender ser la Una Sancta una disidencia propia del suelo africano, desconocida por todas las Iglesias del mundo? Durante sus años de episcopado, Agustín sabía que unos donatistas estaban presentes para escuchar sus prédicas y por eso toca constantemente el tema de la unidad desgarrada. "Ahora el cuerpo de Cristo está mezclado como el grano en la era. Pero el Señor sabe quiénes le pertenecen": En otro momento, es más agresivo: "Por todas

partes, la Escritura dice que la Iglesia, unidad de Cristo, ocupará la tierra y somos esta casa. Este es "el trueno que suena" en las Escrituras. Y unas ranas graznan en su pantano: "Somos los únicos cristianos, los verdaderos".

Desde el año 394, el obispo de Hipona compuso un canto popular para los donatistas de su ciudad: "Vengan, hermanos, si quieren insertarse en la viña; sufrimos al vedes en el suelo, cortados". Por extraño que parezca, Agustín pronunció una de las frases más célebres y más celebradas, a propósito de los donatistas: *Ama et fac quod vis* (ama y haz lo que quieras) y en torno al cual la posteridad cometió tantos contrasentidos. El obispo quiere decir que el amor inspira nuestro comportamiento cotidiano y hasta nuestra severidad y nuestro rigor. El Padre corrige porque ama.

La caridad castiga, la maldad halaga. Muchas cosas se realizan bajo la apariencia del bien, que no se basan en la caridad. Las espinas también tienen flores. Hay actitudes aparentemente duras y aún crueles que, para una buena educación, son inspirados por el amor. Un solo mandamiento te es dado, finalmente: ama, y haz lo que quieras.

Ante el fracaso de la mansedumbre, el obispo se resuelve de mala gana a recurrir a la autoridad para poner fin a un cisma que desgarraba África, gasta las fuerzas y detiene la evangelización. A pesar de los edictos imperiales, un año después de la ley de unión del año 405, los donatistas de Bagaí quemaron la iglesia católica. Lo mismo sucede en Setif y Constantina. Un obispo se jacta de haber quemado, él sólo, cuatro iglesias católicas. Agustín decide entonces poner término al asunto e ir hasta el fondo de las cosas. Consigue finalmente la reunión de una gran conferencia contradictoria en Cartago en 411, desenlace de los esfuerzos de toda una vida. Debía devolver a la Iglesia de África paz y unidad.

La conferencia del año 411

El acta de la conferencia fue conservada pero infelizmente incompleta. Así como está hoy, permite que el lector capte en vivo el ambiente y el estado de las mentes; permite seguir, hora tras hora, una intervención tras otra, el desarrollo de esta reunión decisiva; se puede seguir la discusión, la reacción y la increpación de obispos católicos y donatistas. Al leer los doscientos veinticinco volúmenes de la *Patrología* de Migne, uno puede tener idea de la extensión de los debates, la exacerbación de los espíritus, pero también la situación corneliana de Marcelino, el legado imperial, aquel funcionario de quien Luis Duchesne decía al encontrar su nombre en el martirologio: "Bien se lo merecía.": No queremos imponer semejante heroísmo a nuestro lector, y le dispensaremos de una conferencia cuya relación literal es fastidiosa.

Desde hacía tiempo, el obispo de Hipona había deseado una confrontación pública para poner fin a una división que escandalizaba a paganos, desgarraba a hermanos enemigos, y no suponía provecho alguno para nadie. Los mismos donatistas pidieron al poder imperial tomar la iniciativa y convocar la asamblea. El emperador Honorio tomó la decisión en 410, año a la vez trágico y desastroso en el que las tropas de Alarico invadieron la Ciudad Eterna. El edicto imperial tiene fecha del 14 de octubre de 410. Designó a uno de los altos dignatarios de la cancillería para presidir la conferencia. La elección como delegado imperial del tribuno y notario Marcelino, no tenía nada de fortuito. Su hermano Apringio, procónsul de África, se encontraba en el sitio, disponiendo de medios poderosos y eficaces para la preparación, convocación y buen desarrollo de la conferencia que iba a reunir a unos seiscientos obispos, desde Tánger hasta Tripolitania. Fue una verdadera proeza hacer llegar en el plazo previsto una carta personal de convocatoria a ochocientos obispos, facilitarles el viaje a menudo agotador sobre todo para los prelados ancianos, en esos primeros días de calor del año, y finalmente prever el alojamiento para todos en una Cartago ya invadida por los refugiados de Italia, que huían ante las hordas de Alarico.

El día 18 de mayo de 411, los donatistas hacen una demostración espectacular de poder e importancia. Cerca de trescientos obispos en procesión recorren la ciudad. Todos están presentes: el primado de Numidia, los obispos de las grandes ciudades y hasta los de las simples aldeas, pastores rurales, con su andar pesado, algo desorientados en las avenidas rectas sombreadas de árboles, de la segunda ciudad del Imperio de Occidente. "Son testigos nuestros no sólo la ciudad de Cartago sino África entera", pudo decir el donatista Petiliano. Se trataba, como observa Agustín, de provocar la atención de tan gran ciudad y sobre todo impresionar a la enorme masa de indecisos, que no se decidían en tomar partido. Cantidad de fieles, clérigos y aún obispos pasaban de un lado a otro. Hasta se vio a un obispo de noventa y cuatro años hacerse donatista. Evidentemente, tenía la edad como excusa.

¿Qué decir entonces de la muchedumbre poco informada, más sensible al espectáculo que al argumento? El principal defensor donatista, Petiliano, piensa incesantemente en ese público. De manera atinada, Marcelino previene a los obispos contra esa tentación permanente de sacrificar a la opinión: "No conviene que sus santidades se conmuevan por lo que dice el público".

Cuando el spectabilis Marcelino vio Cartago invadida por obispos católicos y donatistas, hizo fijar un cartel donde aparecía un edicto, con el reglamento del encuentro, minuciosamente elaborado, para asegurar la buena marcha del debate. Cada parte debía escoger a siete delegados (actores) que sólo podían intervenir, asistidos por siete consejeros, oficialmente mudos. Los delegados comprometían sus padres y sus fieles. Sólo esos delegados con sus consejeros podían presentarse en las termas de Gargilio, lugar a la vez neutro y central, el primero de junio, así como los escribanos y los obispos archivistas. A nadie más se admitía, ni clérigo, ni laico. Los obispos eran invitados a calmar a sus fieles. ¡Casi un cónclave! Las actas completas debían ser anunciadas en carteles. Escribanos públicos y eclesiásticos debían turnarse y trabajar bajo el control de los archivistas. Cada volumen de la minuta, con la firma de todos los mandatarios, debía tener el sello del presidente y de los ocho obispos archivistas. Era un reglamento mejor elaborado que fácil de respetar. Para poner la suerte de su lado, Marcelino había prometido a los donatistas que se les devolvieran basílicas y bienes confiscados, lo que tenía peso a los ojos de los cismáticos. El emperador había hablado sin rodeos: la unidad recuperada o impuesta.

De ambas partes, los obispos se reunían: los católicos en la basílica Restituta que los arqueólogos han identificado con las imponentes ruinas de Damus-elKarita; los donatistas, en la basílica Theoprepia. Ambos discutieron los diversos puntos del reglamento, pusieron al día sus expedientes y redactaron su carta de adhesión al presidente. El mandatum (manifiesto) donatista traduce ya el humor y la voluntad de zafarse con pleitos. Impugnaron el reglamento: ya que les hacían venir de tan hijos, querían participar en todos los debates. Designaron a sus representantes: "Nos hacemos nuestros propios defensores contra los traditores que nos persiguen". El mandato estaba firmado por el primado de Numidia, el obispo de Cartago y Félix de Roma. La carta de los obispos católicos que se sabían en posición de fuerza, reflejaba lealtad y abnegación, según Agustín. Se comprometían a sacrificar su dignidad para la causa de la unidad. En el caso de ser vencidos, renunciarían; y en caso de resultar vencedores, tratarían a los donatistas como colegas, por su reincorporación. Aceptaron sin reserva el reglamento e incluso invitaron a Marcelino a su próxima reunión. No se contentaron con nombrar a sus representantes, sino que les dieron instrucciones detalladas sobre el proceso a seguir, los documentos que debían presentar, con el apoyo de argumentos y textos bíblicos.

El primero de junio, muy temprano, el partido donatista se instala a la fuerza en una sala de espera; la masa de los obispos está detrás de sus delegados. Por el lado católico, sólo están presentes los representantes. Marcelino, en actitud deferente pero impenetrable, se levanta para acoger a los obispos. Invita a que los delegados se sienten, lo que el obispo donatista de Constantina, Petiliano, rehúsa hacer: "Tomarán la actitud de Cristo ante Pilato". Con respeto, el funcionario romano permaneció de pie, con una rigidez glacial, todo el día hasta las siete de la noche. El mismo incidente se repitió en el segundo día: el donatista Petiliano rehusó otra vez sentarse, invocando por una vez la autoridad del salmista que prohíbe "sentarse con impíos". En posición estoica, el presidente permaneció de pie los dos primeros días.

En cuanto al fondo del debate, los donatistas no aceptaron el procedimiento de Marcelino sino después de verificar que los católicos no se apoyaban en obispados fantasmas, creados apresuradamente durante la persecución. El presidente aceptó, preocupado por la imparcialidad. Fue necesario entonces agrupar a los obispos católicos, desde los cuatro rincones de la ciudad donde se alojaban, a menudo en casa particular.

Durante un tórrido día de junio, en una sala mal ventilada, hicieron desfilar a más de quinientos obispos, primero católicos y luego donatistas, para verificar su identidad. Esta sesión llenó todo el primer día hasta el anochecer. Confrontación en que la monótona fórmula: "Le reconozco", era cortada a menudo por intercambios desagradables, donde fluía el recuerdo de violencias pasadas. Los obispos católicos en su conjunto demostraban dominio de sí y disciplina. Tenían el papel más fácil. El tono subía y las mentes se acaloraban mientras iban desfilando los obispos donatistas, más agresivos y menos disciplinados. Los incidentes se multiplicaban. A menudo respondían: "No tengo traidor frente a mí"; El primado de Numidia y luego el obispo de Cartago se presentaron en primer lugar. Después vino Félix, el obispo donatista de Roma que había huido con numerosos romanos, en el saqueo de la ciudad por Alarico. Primer incidente. Los obispos católicos protestaron: "Podríamos haber reunido también a los obispos de ultramar": En actitud acomodaticia, Petiliano aceptó la excepción: "Muy bien, les hago esta concesión pero es inútil". La verificación continúa monótona. El calor era implacable y fue creciendo el mal humor.

¿Me reconoce Florencio? Debería reconocerme ya que me encarceló durante tres años y quería ejecutarme.

-Reconozco a mi perseguidor, dice otro donatista.

-No tengo homólogo católico. En mi casa descansa el cuerpo del Señor Márculo cuya sangre derramada será vengada por el Señor en el día del juicio.

En el momento en que se presentó Víctor, el obispo donatista de Rotaria en Numidia:

Teníamos allí a un obispo, replica Aurelio de Macomades (uno de los católicos más combativos) pero lo han asesinado. Tomaron su sitio.

-Dice que un obispo fue muerto. Que acuse claramente y dé pruebas, que entable un proceso, dice el donatista Adeodato.

-Allí rebautizaron a un nonagenario para hacerle obispo.

Un poco más tarde, se dan cuenta de que Félix de Suma ha firmado, estando ausente:

-¿Cómo pudo firmar sin estar acá?, pregunta Fortunatiano.

-Está enfermo.

-Sea reconocida la falsedad de esta firma.

-Se trata de un error y no de una falsificación..

-No podemos dejar pasar esto.

Y llega el turno de Cresconio de Pudentiana:

No tengo traidor en mi comunidad ni tampoco en toda mi diócesis.

-El titular católico ha muerto, dice Aurelio; nombraremos a otro.

-¿Para quién?, dice un donatista, dirigiéndose al público con carcajada.

-Vamos a nombrar a otro, separándole a Ud., que destruyó basílicas y saqueó muebles de iglesias. Este que acaba de hablar, ha derribado cuatro basílicas en una sola localidad.

Aquellas acusaciones demostraban que en Numidia, el punto candente del cisma, los donatistas devolvían golpes con avaricia. Cuando se presentó Vitalis, el obispo de Máscula, el impetuoso católico Aurelio le echó en cara:

Le conozco a ese Vitalis. Fue diácono en nuestra ciudad, Setifo Lo han rebautizado y después le han hecho sacerdote. Pero tuvieron que destituir por adúltero, y ahora se presenta como obispo.

-Te haces acusador, interviene Petiliano.

-Más que acusador, justiciero, replica Aurelio.

En África, como en Córcega, los muertos votan. Es así que, cuando llamaron a Quotvultdeo, Petiliano debió reconocer:

Había fallecido en el viaje.

-Entonces, ¿cómo pudo poner su firma, si falleció?, preguntó Fortunatiano. (Y dirigiéndose al presidente):

-Nobleza, le señalo que la firma no lleva nombre alguno. Entonces nos presentan a un estuviera vivo.

-¿Por qué discutir por motivos fútiles, si el suscrito acaba de morir?, dice Petiliano.

-Acabas de pretender que ha muerto durante el viaje, insiste Alipio. Si murió durante el viaje, su firma es superchería. Basta haberles tomado en flagrante delito.

-¿Acaso no es natural morir?, dice Petiliano, tratando de buscar justificación.

-Aforir, sí, pero no mentir, replicó Alipio con tono incisivo.

Pleitos y querellas cubrieron toda la primera jornada hasta el anochecer. La conferencia no había empezado todavía. Finalmente se citó para el día siguiente.

Al día siguiente, a primera hora, ambos grupos se encontraron ante la cortina de la sala. "Que entren", dice Marcelino. Los católicos utilizaron una puerta y los donatistas, otra. Visiblemente, los cismáticos querían ganar tiempo, multiplicando las maniobras delatorias. Decían: "No han devuelto todavía la mayoría de las iglesias".

Los disidentes exigen verificar el acta de la primera sesión, exigencia inaceptable, que irrita evidentemente al presidente. Finalmente, Agustín interviene para que se les conceda su pedido: "Humanum est" (está bien que se les dé este tiempo). El presidente acepta el aplazamiento. Son las once horas. Otro día perdido. Marcelino piensa sin duda que es menester saber dar un paso atrás para saltar mejor. La cita es para el 8 de junio. Los secretarios terminan su trabajo en tres días. Todo el mundo tiene el texto, el día 6 de junio. El acta está expuesta en un cartel a los ojos del público.

8 de junio, tercera y última sesión. La reunión comienza con el alba. Los católicos se sienten mortificados por las maniobras donatistas y desean ver terminarse una conferencia que se dilata.

Por su lado, los donatistas buscan visiblemente el estancamiento. Al comenzar, se reservan el derecho de apelar: el tiempo jugaría a su favor. La primera táctica consiste en transformar a los católicos en acusadores y luego exigir los nombres de los que intervinieron ante el emperador. Con tono imperturbable, el tribuno notario responde: "Las consignas recibidas no prevén que se tenga que comunicar los nombres"; Uno tras otro, los obispos donatistas tratan de entorpecer el debate en controversias de procedimiento. La habilidad del presidente consiste en dejar el terreno del derecho para abrir los archivos. Se da lectura a los documentos que atañen al debate y da luz sobre el conflicto. La carta del pro cónsul de África, Anulino, exaspera los ánimos ya enardecidos de los donatistas. Petiliano se desencadena. Trata de ganar tiempo, poniendo en duda la ordenación de Agustín.

En medio del pleito poco honroso, el impetuoso Emérito comete una pifia. Exige que se haga lectura del texto donatista redactado el día antes, en que los cismáticos presentan su tesis para responder a sus adversarios. Las cuestiones se clarifican. Dos interrogantes esenciales sobresalen: Causa Caeciliani, causa ecclesiae. El caso de Ceciliano es un problema de Iglesia. Marcelino pidió primero que fuera determinada "la causa de la disensión". Era reabrir un expediente que los donatistas temían como "los demonios temen el exorcismo", según la expresión de Agustín. Todos los documentos fueron proporcionados para reconocer la inocencia de Ceciliano y demostrar la legitimidad de los católicos, reconocida por el emperador Constantino, desde el año 316. El terreno de los hechos y los documentos colocaban a Agustín y sus colegas en situación de fuerza.

El debate teológico que siguió, permitió que se llegara a la cuestión esencial: la verdadera Iglesia. Las piezas del expediente sabiamente preparadas por los católicos, pusieron en incómoda situación a sus adversarios. Agustín pudo por fin dar su plenitud de medida y llevar el público a mayor altura. Infelizmente, gran parte de ese debate no se conservó. A veces el fuego resurgía, las pasiones se volvían a encender y ambas partes soltaban los reproches conocidos: los circunceliones por un lado, y las dragonadas por el otro. Combates de retaguardia: la causa está oída. Los donatistas están derrotados; Petiliano, totalmente afónico, se retira en silencio. El expediente de Félix de Abtungi, desgraciadamente abierto en último momento, da la prueba de su inocencia. Es el golpe de gracia. La partida está ganada.

La noche había caído hacía rato. A esas altas horas, el presidente redactaba su sentencia, hoy perdida, y que decidía "a favor de la unidad cristiana". Apenas rayó el alba cuando se presentaron ambas partes. Con ayuda de antorchas, Ceciliano dio lectura de la sentencia. No subsistía nada de la causa donatista: "Que el error una vez desenmascarado se incline ante la verdad ya manifestada". La victoria de Agustín y de la verdad no iba por lo tanto a poner fin al donatismo ni devolver a los cristianos la unidad en la paz.

Lo que sorprende a la lectura de esos debates, es en primer lugar la destreza de los secretarios y la habilidad de los taquígrafos. Nada escapa a su atención; lo captan todo, todo lo registran para transcribirlo en limpio. No faltan ni las más mínimas palabras, intervenciones, entradas, salidas, movimientos de opinión, murmullos, risas y jaleo: todo está anotado. El mismo debate hace aparecer la aspereza y la acritud de los donatistas. Jamás tienen una palabra de alivio y una sonrisa de dulzura. Son hombres acorralados, endurecidos, aguerridos hasta estar de pie durante dos días, sin perjuicio de imponer la misma ascesis a los demás, incluso al presidente. ¡Cuántos sufrimientos también y cuántas heridas, agravadas por la coerción imperial! La conferencia permitió medir la importancia numérica del donatismo. Su expansión fue detenida y ambas partes tuvieron más o menos igual proporción en Africa; los disidentes dominan en Numidia, su tierra de elección. En aquel lugar, sobre todo, pusieron a obispos hasta en las propiedades rurales y las aldeas humildes, las casas, en medio de las agrupaciones de obreros agrícolas.

Personajes importantes

Dos obispos donatistas surgen en los debates desde la primera sesión, y nos permiten captar mejor el ambiente: Emérito y Petiliano.

Emérito es el obispo de Cherchell. Tiene sesenta años. Es un jurista de experiencia, pero orador verboso, barroco hasta la confusión. El mismo se reconoce como un inagotable hablador, lo que no le impide acusar a Agustín de prolijidad. Un discurso farragoso e interminable le vale ciertas reflexiones: "En el mucho hablar no faltará el pecado", dice la Escritura, como observa un católico. "La sabiduría escondida y el tesoro oculto", indica otro obispo. "Jamás se encuentra la sabiduría en la palabrería", pondera Emérito, un tanto mortificado. Las palabras buscan las ideas. Improvisa al azar; sin coherencia. Le gusta tanto hablar que no convence; está tan contento de sí mismo que no sirve a la causa. Como sucede en el caso de todos los extrovertidos, no da miedo y no parece malo. Su divisa: "Tomar la palabra y que nadie se la quite". Como es maniobrero, multiplica halagos para con la autoridad, sin mostrar sumisión por ello. Más que cualquiera de sus colegas, respeta al adversario y no se junta con ellos cuando se permiten atacar personalmente a Agustín. Por la estima que tiene a Agustín, aceptaría unos siete años más tarde una confrontación en Cherchell.

Petiliano, hombre de unos 55 años de edad, es titular de una de las principales sedes de Numidia, Constantina, que consigue gracias a una proeza. Como es abogado de profesión, formado por retóricos, hace avanzar la causa donatista; trabaja con una tenacidad áspera y la pasión del tribuno. A ratos marrullero, altivo e intransigente, se muestra osado, siempre listo para el ataque como para la réplica. Es el maestro indiscutible de su grupo. Como está siempre en la brecha, utiliza también la dialéctica como obstrucción.

No retrocede ante nada. No escatima medios, hasta las habladurías de portero, para poner en apuro a quien sea. Su principal adversario es Agustín. Durante las tres sesiones, habla primero, abre el fuego, conduce la ofensiva hasta la retirada. Habla de igual a igual no sólo con los primados, sino con Agustín y el presidente. Su intransigencia impone a todos mantenerse de pie a lo largo de dos sesiones. Petiliano habla con frases secas, utiliza fórmulas de derecho que marcan puntos. Contrariamente al estilo barroco de Emérito, recurre a todos los procedimientos del retórico: antítesis, fórmulas lapidarias, juegos de palabras. Ante la autoridad, Petiliano es a veces deferente, adulador y moralizador: "Noble juez, la benevolencia de tu tribuna..." "Sólo fiel a tu moderación, a tu promesa de justicia". "Nos injurias". El obispo de Constantina mira a veces un poco olímpicamente al mismo juez: "Sé paciente". De hecho, este hombre liso consigue su meta: agotar las reservas de paciencia de Marcelino. Y, suprema torpeza, llega incluso a acusarlo. Curiosamente, ¡no tiene jamás una cita o referencia bíblica, jamás una preocupación pastoral! En él, el abogado domina al personaje y aún al obispo. Con despecho, debe confesar: "Insensiblemente, nos arrinconan en el fondo del problema". Al fin de cuentas, luego de haber peleado todo el día, Petiliano toma conciencia en la noche de que la partida está perdida. Acaba de renunciar a la discusión, totalmente afónico pero también sin tener ya argumentos.

Agustín con sus 56 años, se encuentra en la madurez de su espíritu y el esplendor de su genio. El debate echa una luz sobre una personalidad que se nos escapa. El obispo de Hipona se impone por su ser más que por su palabra. Hace olvidar su persona ante lo que está en juego: servir la unidad en la verdad. En el debate, Agustín se muestra reservado en un primer momento, y no interviene sino cuando vale la pena. Sus tomas de posición, sin adulación servil ante la autoridad, llevan el debate al punto focal. Lo que llama la atención, es la nobleza con que expone sus ideas, sin herir jamás ni cargar con nadie. Con tono algo irritado cuando Adeodato le acusa de falsedad, maneja la ironía, sin insistir, y aun con humor cuando llama "hermano" al adversario poco cortés. La causa prevalece sobre el éxito oratorio. De manera imperturbable, el obispo de Hipona hace volver a sus colegas que cacarean al objeto del debate. La turbulencia y la pérdida de tiempo acaban por agotar su larga paciencia. Jamás le abandona su dominio personal, y nada le hace desviar del rigor de su papel. No busca la victoria sino la reconciliación. Con perspicacia, descubre la debilidad del donatismo, sus pretensiones en representar la iglesia inmaculada y la que sufre persecuciones. Este hombre moderado da un juicio severo sobre la disidencia: "Demuestra más odio que respeto a la verdad". Lo sorprendente en el maestro de Hipona, es la gravedad y el sentido pastoral. El debate compromete a la Iglesia; y los obispos son sus servidores, pero no sus propietarios; son responsables del pueblo cristiano. Se trata de su propia alma.

La Iglesia es la que fundamos en el testimonio de las divinas Escrituras; es conocida por todos, siendo establecida como está escrito en una gran montaña y hacia donde se dirigen todas las naciones. ¡Desde hace cuánto tiempo está en duda ya la larga espera del pueblo fiel! Todos piensan en la salvación de su alma, mientras nosotros damos largas al asunto con el riesgo de no llegar jamás al término de nuestra búsqueda de la verdad.

Queda el spectabilis, el tribuno y notario Flavio Marcelino, el que preside. Es una bella figura de funcionario romano, íntegro y concienzudo, que en otras circunstancias, habría podido suceder a Ambrosio en la sede de Milán y mostrar más cualidades que Petiliano. La prueba de Cartago le permitió aprender a ser paciente, así como a descubrir los defectos del medio ambiente. El tribuno es el hombre de su función y misión. Sabe consentir. Prefiere convencer más que zanjar. Es tan insensible a la alabanza como a las acusaciones. Espera el momento oportuno para intervenir, y, como buen estratega, lleva al interlocutor al terreno donde tendrá la última palabra. Con toda imparcialidad en una causa que parecía juzgada por la instrucción imperial, el funcionario sabe tomar iniciativas audaces, aceptar derogaciones, hacer concesiones, devolver basílicas y bienes a los donatistas pero sin jamás ceder en lo esencial. Es testigo de mezquindades episcopales, pero no manifiesta mal humor ni sorpresa; su cortesía, a veces fría, permanece siempre lúcida pero jamás ofensiva. El hombre de gobierno sabe ocasionalmente recordar a esos jefes de comunidades que el obispo guía a su grey, pero no la sigue, y jamás puede aceptar demagogia. Como empleado gubernamental, ese joven romano supo dirigir bien una conferencia

peligrosa y decisiva; supo mostrar, como por instinto, grandes cualidades de alto funcionario. Marcelino conquistó de inmediato la estima y amistad del obispo de Hipona, y supo conciliar perfectamente la vida política con la vida cristiana. Todo sin reproche. Aquel personaje noble en un imperio decadente que sirvió con lealtad e inteligencia, cayó víctima "por las costumbres de Far West" que obscurecían la época de las invasiones bárbaras. Una rebelión llevada por el conde y comandante jefe de África, Heraclio, contra el Estado, fue reprimida brutalmente. También Marcelino fue detenido: ¿Venganza de retardo por parte de donatistas vengativos? Agustín lo barruntó; Orosiolo y Jerónimo lo afirmaron. "Humanum est", decía Agustín en la conferencia (así son los hombres). Todas las intervenciones por parte de la Iglesia para salvar al funcionario, fueron cínicamente desbaratadas. Una delegación fue a Rávena para pedir gracia; recibió solemnes promesas en las que lastimosamente creyó. Marcelino fue juzgado someramente y sacado de su cárcel al amanecer; le condujeron a un rincón de un jardín público para decapitarle. Era un día 13 de setiembre del año 413, dos años después de la conferencia de Cartago, en vísperas de la fiesta de Cipriano, también mártir de la misma autoridad romana. La Iglesia no había sabido proteger a uno de sus mejores hijos. En aquel momento crucial, Agustín manifestó que no tenía la talla política de un Ambrosio, que con obstinación hubiese impuesto su voluntad sobre los acontecimientos. Marcelino cayó sin duda por haber obrado, en horas decisivas, para coser nuevamente la túnica rasgada de la Iglesia que lleva las manchas de su sangre.

CAPITULO XIII: TIERRA SEMBRADA CON LA SANGRE DE LOS MARTIRES

Lo que en primer lugar preocupaba al africano ante la muerte, era el permanecer vivo en la memoria de los suyos. El paciente esfuerzo del arqueólogo, en búsqueda del epitafio más insignificante, respetuoso de la tumba más modesta, hecha con dos tejas apuntaladas, siempre logra el más caro deseo de los desaparecidos. El africano del pasado como el malgache de hoy, hacen gastos suntuarios y desproporcionados en relación con sus ingresos, porque se dicen a sí mismos: la vida es pasajera pero la sepultura es para siempre. Toda la Antigüedad creía en la supervivencia que prolonga la existencia terrestre. Esto explica el culto a los muertos entre paganos, retornado y purificado por los cristianos. África llevó hasta el chauvinismo la veneración de los héroes de la fe, los santos y, sobre todo, los mártires. Su suelo, según la expresión del mismo Agustín, es un relicario, por el número de mártires que descansan en sus entrañas.

Ningún país conservó con más esmero los archivos de su gesta de sangre. El primer texto cristiano escrito en latín, es la pasión de los mártires escilitanos, muertos en el año 180, y que son venerados en Cartago. Martirologios, inscripciones y epitafios, así como panegíricos de Agustín y de Quotvultdeo, nos ayudan a tener idea del número de confesores cristianos y descubrir la magnificencia y el fervor del culto que se les daba en los martyria (capillas conmemorativas) y las basílicas que les celebran. El culto a los mártires nació del culto a los muertos. Utiliza los mismos ritos y el mismo vocabulario, a tal punto que, a menudo, es difícil distinguirlos. El estudio de ambos, en África, pone en evidencia convergencias y diferencias.

El culto a los muertos

La creencia en la vida del más allá tiene raíces en un pasado muy lejano, ya que el monumento señorial de Duga, el mausoleo mejor conservado y más antiguo, es del siglo III o II antes de Cristo. Se trata del edificio libico púnico de Ateban, nieto del jefe númida de Pallu. Está ornado según el arte helénico y egipcio. El decorado del edificio representa al muerto arrancado de la condición terrestre e introducido por una cuadriga en el mundo de los astros. Esta creencia que era común entre númidas punizados, había penetrado en el mundo romano en la época de Cicerón.

Las primeras comunidades cristianas de Cartago y de Hadrumeto enterraban a sus muertos en necrópolis comunes, aliado de las tumbas judías o paganas. Un simple signo, una grapa, alguna cruz o un pez confirmaban su fe y esperanza. En cierta tumba de Cartago aparece por primera vez la cruz, en toda su desnudez y despojos. Los campo-santos exteriores, esparcidos por la campiña o a lo largo de los caminos principales, a veces cerca de una finca, expresan en su diversidad las condiciones sociales del muerto: dos tejas apuntaladas si se trata de un esclavo; para los demás, un monumento formado por un cajón rectangular coronado con un semicilindro. Un conducto permitía hacer llegar hasta el difunto las libaciones preparadas en la tumba. El embudo sigue estando bien visible en la tumba del obispo donatista Optato, en Timgad. Las ruinas de sepulturas parecidas, subsisten por decenas y permiten analizar a menudo una ciudad o una aldea antigua. En Ridis, construida en la pendiente de una colina, los cementerios se encuentran todavía hoy en los campos vecinos, según la legislación romana. Los monumentos se parecen a altares funerarios. Uno de ellos lleva el nombre de una sacerdotisa de Ceres; otros dos uno aliado del otro, muestran el nombre del padre, muerto a los 92 años de edad y el de su hija, fallecida a los 23. En medio del cementerio pagano, un recinto contiene tumbas cristianas. En una tumba cubierta con un mosaico, se puede leer el nombre de un mártir.

Sean paganas o cristianas, las inscripciones permiten penetrar en el mundo de las sombras y descubrir las creencias populares. Pinario Mústulo en Mectar redactó su propio epitafio. Expresa gallardamente su ambición: "He vivido bastante, engendré alegremente, me hice una fortuna respetable, con ganancia mínima, sin jamás cometer fraude. Engrandecido así por los honores y los de los míos, al morir dejo fama eterna y brillante". La cosa está clara. No hay como servirse uno a sí mismo.

Por otra parte, hermanos y hermanas de una familia desconocida narran en la lápida sepulcral lo que hicieron por su anciana madre, Aelia Secundula:

Mucho hemos hecho por el lugar donde reposa Secundula, nuestra madre. Hemos decidido también erigir una mesa de piedra en este lugar donde recordaremos juntos todo lo que ella hizo por nosotros. Una vez traídos los platos, llenas las copas e instalados los cojines, en horas tardías de la noche, hablaremos con honor para suavizar la herida y el dolor de nuestra venerada madre. Y la viejita dormirá.

Así descansa la que nos crió, fría para siempre en su tumba.

Vivió 72 años. Año provincial 260. Hecho por Saturnilia Julia.

Este epitafio, sin duda pagano, esboza ya las líneas esenciales de la liturgia funeraria. El mobiliario de las tumbas africanas se reduce a una lámpara, con amuletos protectores, vasijas sin gran valor, un espejo o un vaso. Al muerto se le da un objeto familiar: una muñeca a una muchacha; un brazalete a una mujer y unos espolones o fíbula a un funcionario.

En África como en todo el Imperio, la fe cristiana insufló un espíritu nuevo a esas concepciones un poco triviales. Las fórmulas antiguas a menudo estereotipadas, in pace, en paz, confirman en adelante la resurrección futurall. Existe la fórmula DM, a los dioses manes, que es pagana, pero que se lee en tumbas cristianas, a veces con el anagrama de Cristo 12. El África cristiana gusta celebrar la paz, el descanso, la luz y, a veces, el paraíso. El epitafio de un obispo contemporáneo a Agustín, declara que "goza con la luz eterna". Las fórmulas nuevas están inspiradas en escritos cristianos y en la liturgia. "Que florezca en Cristo". "Quien pone su confianza en el Señor, vive eternamente. Alfa y Omega": "Luz Eterna, mi muerte en mi Dios".

Uno de los epitafios cristianos más bellos y' más personales, fue inspirado por los escritos de San Cipriano. Sensibilidad y fe se enlazan:

Magus, niño sin malicia, te encuentras en medio de los pequeños inocentes.

Tu vida corre feliz por estar protegida contra los riesgos. La Iglesia te acoge en tu partida, lo hace en alegría como madre tuya.

Oh corazón mío, deja de gemir, y mis ojos, dejen de llorar.

Un bello mosaico mortuario conservado en el museo de Constantina y que es indudablemente cristiano, relaciona temas litúrgicos y reminiscencias virgilianas. En una copa se ve un pez que simboliza a Cristo y la eucaristía.

Como lo destacan las visiones de Perpetua, la fe del pueblo representa el paraíso como una rica villa africana, con jardín verdoso lleno de árboles con frutos sabrosos, donde la fragancia de las flores embalsama el ambiente. En la frescura perfumada de los enramados, los elegidos participan alegres de un festín, que jamás provoca saciedad. La palabra *refrigerium*, en el sentido de refresco o del rinfresco italiano, se observa a menudo en la pintura y la epigrafía, y se encuentra en la liturgia y la literatura.

La parábola del rico y del pobre Lázaro que el obispo de Hipona comenta con complacencia, le proporciona ocasión de describir los ritos funerarios; pero aprovecha también para cambiar cantidad de ideas recibidas e iluminar la muerte con la luz evangélica. Las reacciones debían ser impetuosas en sus oyentes ricos y todos los que habían sido deslumbrados por las pompas fúnebres de la gente acomodada. "En ningún lugar se menciona la memoria del pobre Lázaro. Su indigencia suprema consiste sin duda en no haber tenido sepultura. Pero descansa en el seno de Abraham, o sea en la bienaventuranza". Lo que a los ojos de los antiguos había parecido ser el supremo castigo, queda sin importancia para Agustín. En una pequeña frase, el obispo cambia, como de un manotazo, una representación construida a lo largo de siglos de Antigüedad pagana: "Más vale descansar en el seno de Abraham que en una tumba de mármol. La idea reflejaba toda la actualidad, al pensar en los mártires cuyas cenizas habían sido dispersadas y en tantos cuerpos que quedaron sin sepultura durante las invasiones vándalas. Su memoria vive en el corazón de la Iglesia. La misma Mónica es indiferente a su sepultura y no pide descansar en tierra africana. Agustín que le cerró los ojos, jamás se olvidará de la lección. Describe la muerte del rico, como lo haría un repórter:

Conozco a un hombre sin Dios, pagano, sacrílego y adorador de ídolos. Murió canoso a una edad extrema. Murió en su cama, una cama de marfil. Hasta su muerte, vivió con abundantes riquezas. Su cuerpo fue ricamente vestido y lujosamente embalsamado. Sus hijos y nietos le hicieron grandiosas exequias. Amigos, clientes, esclavos y domésticos, todo el mundo estuvo presente. Plañideras y músicas que animaron la noche, acompañan el cortejo. Le depositan en un sepulcro de oro y mármol cubierto con flores y aromas.

y el obispo añade simplemente: "El pobre que quedó sin sepultura, fue llevado por los ángeles al seno de Abraham", como lo representan las antiguas miniaturas de los manuscritos griegos. Por más que la familia del rico banquetea en la tumba de mármol, "ni una gota de su vino llega a alcanzar la lengua ardiente del rico", ironiza Agustín con cierto humor negro.

La música es parte integrante de la liturgia funeraria. Recrea a los muertos y expulsa a los malos espíritus, tanto en África como en Oriente. Los cristianos sustituyen con salmos e himnos a los lamentos y danzas. Cuando muere Macrina, las monjas cantan durante toda la noche. Y cuando muere su madre, Agustín reprime sus lágrimas. Un bereber no llora. Adeodato que rompe a llorar, es severamente corregido. Se calla y su padre entona el Salmo 100: "Quiero cantar la bondad y la justicia".

El difunto es llevado a la tumba el mismo día de su muerte, de preferencia en la noche, escoltado por antorchas, como es el caso de Cipriano, obispo de Cartago. La tumba está siempre fuera de la ciudad, en un cementerio o en campo raso; después, se convierte en un lugar de paseo. Se usan también antorchas cuando el funeral se realiza de día. Fueron reemplazadas por los cirios de la liturgia y no desaparecieron sino con la aparición de los catafalcos monumentales. Los cristianos descartan la pompa funeraria como un despilfarro o una ostentación inútil. Estos respetos presentados al difunto son más consuelo para los vivos que alivio para los muertos. La eucaristía reemplaza el sacrificio funerario, los salmos, lamentos, comida para los pobres y las libaciones paganas. Están prohibidas flores y perfumes. La familia regresa a

la tumba según un calendario fijo. Agustín da preferencia al tercero y al sétimo día después de la muerte, por su simbolismo evidente. El tercer día recuerda la resurrección de Cristo; el sétimo, el día escatológico, el fin de los tiempos. La celebración de la eucaristía, en esta ocasión, se remonta al siglo II. Anuncia lo que serían nuestras misas de difuntos.

Para los paganos, todas las celebraciones funerarias son ocasiones de fiesta. Ya Tertuliano ironiza las costumbres de su época, en que los cristianos conservan los usos paganos.

El día de la incineración, el feligrés se llenó de pastas y golosinas. Vuelve de los funerales, achispado por haber libado demasiado. Durante la comida funeraria, la gente se imagina ver al mismo difunto sentarse a la mesa en medio de los comensales. Sería indecente calificar de infelices a aquellos en cuyo honor se come tan bien.

Me río de ver que el pueblo quema a sus muertos atrocemente, y luego come con gula.

La conmemoración más solemne es la del aniversario del difunto. Para los paganos, se trata del aniversario de su nacimiento; los cristianos, al contrario, celebran la muerte, esto es, su nacimiento en el cielo. La comida era el asunto mayor. Estaba de moda en la época de San Agustín. Sólo los mejores cristianos se abstenían de comer.

La arqueología permite reconstruir la escena esbozada en un epitafio ya señalado. Cerca de la tumba y hasta en la frescura de la cella o capilla funeraria, la familia se reúne al caer la tarde. Para esta circunstancia, hacen construir mesas en forma de C o de U. Alrededor se extienden camas con cojines, y frazadas bordadas. Los comensales evocan la memoria del difunto, beben a su salud, hasta altas horas de la noche. La alegría tenía como meta romper la monotonía de la vida del más allá. En África, se encuentran mesas de piedra, mensae, esculpidas con bajorrelieves, a veces con platos y una copa empotrados para el difunto. La mesa estaba ligeramente inclinada hacia los bordes. Los comensales se echaban alrededor de la parte hueca donde se sirve la comida. En Italia y España, las excavaciones han permitido descubrir disposiciones similares. Las mensae de Tipasa están admirablemente bien conservadas.

¿Cómo se supone que el difunto participaba de esas comidas y libaciones? Un sarcófago de Timgad del siglo V, seguramente cristiano, fue hallado intacto con un esqueleto; en la tapa, a la altura de la cabeza, hay un hueco con pasador por donde se ponía un tubo que llegaba a la boca del cadáver". Los vinos y perfumes derramados en la tumba debían llegar al difunto. Todavía hoy, en los días de ofrenda, una tribu fetichista de Guinea derrama por el orificio que llega hasta la boca, algunas gotas de vino de palmera que le gustaba al difunto. Aquellas comidas permitían reanudar los nexos con el desaparecido y domesticar a la dama muerte. La madre de Agustín, Mónica, según las Confesiones, había conservado la costumbre de irse al cementerio, llevando en su canasta gachas, pan y vino. Todo era consumido: parte en las tumbas, y parte distribuido a los difuntos. Durante su estadía en Milán, donde sigue fiel a sus costumbres, se enfrenta con el guardián de la necrópolis que le informa de la reciente abolición de esos ritos por orden del obispo. Con obstinación se presenta ante el mismo Ambrosio que le explica con delicadeza los motivos de su decisión.

Por lo común, las comidas en las tumbas degeneraban en orgías. Los africanos organizaban verdaderos festines, con orquesta, cítaras y danzantes. Los comensales achispados repetían con su voz aguardentosa las estrofas más procaces. A falta de muertos, los vivientes se entretenían locamente. La fiesta se transformaba en una orgía.

Menos radical que Milán, África se había mostrado más tolerante con respeto a los ritos ancestrales, venidos de la profundidad de las edades. Se esfuerza por hacerles evolucionar hacia nuevas formas, insuflándoles un espíritu nuevo. El banquete funerario que era el tema más impugnado, se transformó poco a poco en comida para pobres, que no se debe confundir con el ágape cuyo origen es diferente. Cuando murió la esposa de Pamaquio, se hizo célebre la comida que sirvieron a los pobres. Esas

distribuciones a los pobres eran muy frecuentes en Siria, y tendían a penetrar en África. La exhortación de Agustín a sus fieles, es viva: en vez de alimentar a sombras, más vale nutrir a los vivos, y en primer lugar a los pobres.

Dos elementos nuevos son cristianos: la costumbre de hacerse enterrar cerca de los mártires, ad martyres, y la eucaristía, durante la conmemoración. Los mártires, gloriosos o desconocidos, eran enterrados habitualmente en el campo, en zonas funerarias. Era un favor insigne dormir el sueño de los justos lo más cerca posible de una de esas tumbas privilegiadas. El joven mártir Maximiliano fue enterrado muy cerca de San Cipriano, lo mismo la noble Pomeliana que había velado en la sepultura del obispo. Tumbas y mausoleos cristianos circundan así las tumbas de los mártires sin fortuna.

El uso era tan generalizado en Roma y África en el siglo IV, que el obispo de Nola, Paulino, consultó por escrito con el obispo de Hipona, sobre la legitimidad de la costumbre. Según su modo habitual, Agustín responde por medio de un tratado: Sobre la sepultura de los difuntos. Para comprender la diligencia de Paulino, es necesario recordar que en Nola, la inhumación de los devotos del mártir Félix había invadido toda la basílica del santo, donde habían añadido cuatro capillas. ¿No deben su origen los cementerios alrededor de nuestras iglesias rurales a una motivación similar?

El obispo de Hipona especifica que la sepultura cerca de los mártires, o aún la ausencia de toda sepultura, no afecta en nada la suerte del difunto. Esta manera de pensar, derriba las ideas recibidas desde Antígona. Si la proximidad de los mártires acercara el muerto a Dios, bastaría con tener fortuna para comprar una concesión bien colocada, lo privilegiaría a los ricos en detrimento de los pobres, hasta en el más allá. ¡No! Dios no juzga según la situación de la tumba, sino conforme a la fidelidad de la existencia. Un diácono romano escribió con humor sobre su tumba: "Inútil y a la vez costoso descansar cerca de los santos. Quien lleva una vida perfecta, esta más cerca de Dios".

El obispo de Hipona reconoce, sin embargo, que la sepultura junto a los mártires puede expresar la fe en la oración litúrgica por los muertos. Durante la eucaristía, la Iglesia hace memoria de los difuntos, tanto en la época de Agustín, como hoy. La oración y las obras realizadas a favor de los difuntos pueden aliviar a los muertos pero en menor grado. La Iglesia no reza por los mártires, porque se encuentran en la felicidad eterna. No tienen necesidad de oraciones, pero sí interceden por nosotros. "Son nuestros abogados y no nuestros clientes. Sobre ellos, Agustín tiene una palabra admirable: "Sin libro ni instrucción, saborean la Palabra de Dios; lo que debemos leer en los rollos, ellos lo contemplan en el rostro de Dios". Agustín no es hombre de excesos. "Los mártires, dice él, son poderosos pero no lo pueden todo. Dios sigue siendo Dios, incluso sin ellos. Pero sin El, ¿qué son ellos? Para el obispo, más vale dirigirse a Dios que a sus mártires.

Del culto de los muertos al culto de los mártires

Los ritos funerarios permiten comprender el culto que la Iglesia rinde a los mártires y su liturgia. Dolger lo especificó así: "El culto dado a los mártires ha nacido del culto dado a los difuntos; su conmemoración es un recuerdo de los difuntos, sacado del cuadro de la vida cotidiana".

África formó con orgullo el catálogo de sus numerosos mártires, en los martirologios; conserva con piedad acciones y pasiones que narran su heroísmo, y recuerda en capillas, basílicas y humildes epitafios su gesta de sangre. Confesores de ciudades y aldeas afluyeron a la capital del país, Cartago. Conserva sus restos con magnificencia. La basílica mayor que es una de las más populares, se levanta sobre las reliquias de Felicidad y Perpetua. Una inscripción encontrada en Mchida, y que hoy está en el Museo del Bardo, lleva, además de los nombres de otros mártires, los de Felicidad y Perpetua. Lastimosamente, es de la época bizantina, lo que no permite identificar la basílica misma. La fama de ambas santas atravesó

rápidamente el mar. Están inscritas en el martirologio romano y en el canon de la misa. Pertenecen al cortejo triunfal de San Apolinar el nuevo, en Ravena.

San Cipriano era el más célebre y más popular de los mártires africanos. A él se refieren siempre los donatistas que pretenden continuar la Iglesia, la Iglesia de los mártires. En Cartago, le están consagrados tres edificios; en el mes de setiembre, se celebraban allí las fiestas conmemorativas, cuando soplaban las olas de viento que los marineros llamaban "La Cipriana". El prestigio del obispo y el triunfo del mártir hicieron que venerara primero el lugar de su ejecución, en la finca de Sexta, donde aquel procónsul residía por razones de salud. El lugar se encuentra fuera de la ciudad y por eso el obispo fue conducido en un carro como un preso distinguido. Ahí, el procónsul tenía su villa, cubierta de numerosos árboles sobre los que se subían los fieles para ver el espectáculo. Se erigió una basílica en el lugar. Agustín la llamó mensa Cypriani, "no porque él haya banquetado en ella, según comenta con humor, sino por haber sido inmolado"~ La tierra que había bebido la sangre del mártir, era transformada así en relicario.

Para sustraer el cuerpo de Cipriano de la curiosidad indiscreta de los paganos, le enterraron no lejos del lugar. Una vez llegada la noche, a la luz de antorchas y cirios, los restos fueron llevados en triunfo y con la alegría general, hasta el área (propiedad) del procurador Macrobio Candidiano, situada en el camino de Mapala, al lado de las piscinas.

La memoria que contenía el cuerpo del santo, se encontraba entonces bastante cerca del lugar del martirio, ya que el pueblo cristiano podía irse en procesión de un lugar a otro. El P. Delattre quiso situar ese lugar en Bou Kris, donde Agustín predicó por lo menos tres veces. Esta sepultura en el campo atrajo en seguida otras inhumaciones para lindar lo más cerca posible la ilustre tumba. Esto hizo que los precios subieran en seguida. Es difícil precisar cuándo fue construida la basílica donde se celebraba el aniversario del martirio. Fuera de la ciudad, el lugar proporcionaba espacio y aislamiento, pero permitía también hacer peregrinaciones.

En Tipasa, el sarcófago de Santa Salsa reposa en medio de la nave central. En la basílica mayor de Cartago, la confesión se abre igualmente en la parte central de la iglesia. En Djemila, los cuerpos venerados fueron depositados en una cripta del sótano. En resumen, sarcófagos, confesiones y criptas se integran a la arquitectura de las basílicas, que se transforman en iglesias de peregrinación para la muchedumbre.

La lista de los mártires no se detiene ni siquiera con la paz constantiniana. En efecto, existe una inscripción de cuatro mártires hecha por sus padres; posiblemente fueron víctimas de una sedición pagana. Lo mismo le sucedió al diácono Nabor, donatista convertido, quien fue masacrado por sus antiguos correligionarios. En su epitafio, el obispo de Hipona le da el título de mártir. Pero no atribuye el mismo título a los sesenta destripadores de ídolos, a quienes los paganos, dieron muerte en Colonia Sufetana.

Agustín tiene demasiado sentido eclesial como para limitar su admiración a los santos de África. En este punto, está totalmente en desacuerdo con el chauvinismo donatista. Venera a los mártires de Italia y España; celebra con fervor a la madre de los siete Macabeos que, según él, pertenecen al martirologio cristiano. ¡Qué contraste con el paganismo! "¿Quién es Juno al lado de una buena ancianita que tiene fe? Hércules venció a Caco y al león, pero Fructuoso venció al mundo entero, y una muchacha llamada Inés hizo retroceder al demonio".

En África, no todas las comunidades podían contar con mártires tan prestigiosos y abundantes como los de Cartago. Hipona veneraba a San Teógeno, cuya historia es poco conocida; Utica, entre Cartago y Bizerta, veneraba a los mártires de la Masa Cándida, muy populares, y así llamados porque habían preferido echarse en una zanja de cal en vez de sacrificar a los ídolos. Es un lugar donde Agustín predicó

muchas veces. Las comunidades que no poseían los restos de algún mártir, se contentaban con otras reliquias, como veremos.

Los aniversarios de los mártires reunían a las muchedumbres en las kermeses populares. Y cuando la tumba o la iglesia se encontraba en el campo, se trataba de una verdadera expedición, peregrinación para los fervientes, y gira campestre para la mayoría. Ciertos aniversarios comenzaban la víspera por la noche. Era el caso de San Cipriano en Cartago y de San Leoncio en Hipona. Al parecer, esa vigilia tuvo un origen pagano. Egipcios y griegos la conocían. Juvenal y Tácito relatan que era particularmente popular en Roma. Para la fiesta de la Buena Madre, madre de la fecundidad y de la castidad, el día primero de mayo, las mujeres iban a la fiesta nocturna, que tenía lugar en casa del cónsul, en presencia de su mujer y las vestales. En Cartago, la tumba de San Cipriano estaba en el campo. Caída la noche, cristianos y cristianas se reunían, mas para banquetear, bailar y cantar que para rezar. La presencia de una orquesta de músicos de cítara, cuyo sonido ni era limpio ni estaba de acuerdo con el lugar, creaba hasta en la basílica una atmósfera almizclada y equívoca que hacía degenerar la velada en "francachela y bacanales", según la misma palabra de San Agustín.

En Hipona, fue necesaria toda la elocuencia y obstinación del joven sacerdote, luchando cuerpo a cuerpo con el público presente durante todo un día, para acabar con la costumbre. Fue una difícil victoria, cuyas peripecias están narradas en una célebre carta que escribió a Alipio. Fue una supresión tanto más meritoria cuanto que los donatistas no se privaban de esas costumbres. ¡Qué tentación la de reunirse con ellos para volver a encontrar la atmósfera de las fiestas de los buenos tiempos! Para remediar los abusos de esa preparación nocturna, el obispo de Cartago, siguiendo el consejo de Agustín, organizó una velada de oración. Banqueteadores y danzantes trataron por un tiempo de seguir con la diversión en el exterior, pero acabaron por buscar otro lugar. En Nola, para la fiesta de San Félix, Paulino comenzaba los oficios muy avanzada la noche, de manera que empalmaba sin interrupción, con la celebración de la mañana.

El día de la fiesta, los peregrinos cercanos y lejanos, vestidos con sus mejores atavíos, aflúan al lugar. "Jóvenes y ancianos según un mosaico de Tipasa venían de todas partes, ansiosos de ver el suelo sagrado y pisar en él. Cantaban, y tendían alegremente la mano para recibir el sacramento.". Desde la víspera, los comerciantes preparaban sus tiendas. Vendían recuerdos y bebidas suaves. Paulino de Nola cuenta que en la fiesta de San Félix, los campesinos llegaban con su chanco cebado para celebrar a su protector. El aristócrata, hecho ya monje obispo, se distraía con ese pueblo entusiasmado. La basílica cimenterial era ricamente adornada: guirnaldas, ramas de laurel y colgaduras adornaban las paredes. El suelo era cubierto de lámparas y candelabros. El pueblo se amontona alrededor del altar donde el obispo celebra la eucaristía. La fiesta del mártir comprende la lectura del relato de sus acciones o de su pasión, si existen. La predicación de Agustín, que menciona a menudo el tema, presenta los pasajes más sugestivos. Compara el sacrificio del mártir al sacrificio de Cristo. Ambos dieron su sangre para dar un mismo testimonio. Dice simplemente: "Tú has venido con tu más bella túnica. Mira tu conciencia. Imita lo que celebres". Una vez terminada la ceremonia, los peregrinos y sobre todo las peregrinas se acercan al relicario y aplican ardientes y sonoros besos, echan rosas y violetas y derraman agua perfumada. Los más precavidos meten entre los barrotes unos pedazos de tela que luego servirán de reliquias.

A la emoción concentrada de la liturgia sucede la exuberancia de la fiesta que se transforma en kermese, feria popular que compensa el esfuerzo de la mañana. Cada uno saca las provisiones de su bolsón, las botellas están cuidadosamente puestas en un lugar fresco; y comienza el banquete. Es la atracción principal de la fiesta cuyo recuerdo se transmite de generación en generación, como el de Verdún o la liberación de París. El obispo de Hipona tolera los banquetes en la fiesta de los mártires como una concesión hecha en el momento de la paz constantiniana, cuando los paganos se convirtieron en masa. No se trata de una novedad, sino de la supervivencia de una costumbre pagana y de la transposición a la celebración de los mártires, de los ritos que acompañaban la conmemoración de los difuntos.

Cuando estas francachelas y borracheras tenían lugar en el campo, no eran sino un mal menor. Pero se desarrollaban a menudo en la misma basílica. "Todos los días", admite Agustín en una carta al obispo de Cartago, los vendedores del templo se cambiaban en cocineros de turno, y la iglesia en despacho de bebidas. Ahí donde había sonado el canto de los salmos, donde la muchedumbre se había estremecido al oír las últimas palabras de la pasión de San Cipriano: "Tascio Cipriano perecerá por la espada- Deo gratias", ahí, una vez preparadas las mesas con prontitud, exponían ánforas, trituras y ollas. En vez de salmos, se escuchaban cantos picarescos, que ruborizaban las mujeres honestas. Schenouté de Atripa describe una fiesta en Egipto que debía de parecerse mucho a las de África:

La gente charla, come y bebe.

No le basta con reír; fornicar y muerde. Por todas partes, embriaguez, familiaridades excesivas, pleitos. Mientras en la iglesia se celebra la Cena con cantos, afuera se escuchan címbalos y flautas. La gente aprovecha la afluencia popular para sus negocios: unos venden miel y otros animales. Es necesario cuidarse de los ladrones desvergonzados. Muchos comerciantes pagan a unos vigilantes para apartar a los importunos. El lugar santo queda entregado a los vicios más vergonzosos. Jóvenes y ancianos se perfuman, se maquillan para ir a la capilla de los mártires. Las tumbas y los rincones de la iglesia podrían contar cuán numerosos fueron los (o las) que cayeron en la tentación y fornicaron.

Semejantes abusos, que de las iglesias acaban por trasladarse a las calles y a los cementerios, hacen comprender las múltiples intervenciones de los obispos y de los concilios, para eliminar esta franja pagana o profana y centrar la celebración de los mártires en la imitación de su generosidad. El verdadero culto no consiste en borracheras, sino en el heroísmo de cada día.

Como hemos visto, las capillas de los mártires permanecían abiertas durante la noche, para viajeros, peregrinos, pero también para pobres sin techo, como lo recuerda una inscripción de Turca, en la actual Túnez. El mismo texto se refiere al reparto de alimentos. Los mártires aprenden a pensar en los vivos y sobre todo, en los pobres.

Floración de las reliquias

En la Pasión de Perpetual, el diácono Saturo entrega al soldado Pudente el anillo que lleva en el dedo, lo moja en la sangre que brotó por el mordisco de un leopardo; se trata de "un recuerdo de su pasión". Aún no se llama reliquia, pero posiblemente llegue a serlo. Recordemos que los fieles tendían ropa ante Cipriano, en el momento de su ejecución. Recuerdo de hoy, reliquia de mañana.

La costumbre se había establecido ya en el siglo IV, en que el culto a las reliquias prolonga el culto dado a los mártires. Se venera todo lo que perteneció al mártir: en el caso de Cipriano, su túnica, su abrigo, las ropas manchadas de sangre, los vestidos bañados de sudor, y con mayor razón el mismo cuerpo. Lucila, que encontramos en los comienzos del donatismo, llevaba un hueso como talismán de no se sabe que mártir, según Optato de Milevj, que no creía en su autenticidad. Lo cubría de besos antes de recibir la comunión. Lo novedoso en la actitud de Lucila, es la práctica de sacar un hueso del cuerpo de un mártir, cosa que estaba prohibido por el antiguo derecho romano; llevaban el hueso como una filacteria. La reprobación del obispo Mensurio demuestra a la vez cierta rigidez y falta de intuición en relación a una piedad popular que reconoció el mismo obispo de Hipona. Por más que intervenga la autoridad imperial, y prohíba las sepulturas cercanas a los apóstoles y mártires, defiende el tráfico de cuerpos y la distribución de sus restos, nada cambia. El comercio de las reliquias era ya cosa popular. Censurarlo era soplar sobre el fuego, y provocar un incendio.

Lo genial de los donatistas, fue explotar a fondo el culto de las reliquias como coartada, en la época heroica de las persecuciones, sin peligro de que se confundiera a sus adeptos exaltados que se arrojaban a la muerte con los auténticos mártires. Todos querían poseer una reliquia talismán; llevar uno en sí mismo,

llegó a ser señal de reunión. El grito de guerra *Deo Laudes*, tenía su parecido en el *Deo gratias* de los Hechos de Cipriano. Donato se precipitó de una roca y Márculo se echó a un pozo. Venerarles como mártires era sacrilegio a los ojos de Agustín, censurando así el comportamiento disidente: "Con todo honor recogen los cadáveres de los precipicios, conservan su sangre; veneran sus tumbas y se emborrachan en sus sepulcros. Al ver su manera de honrar a los suicidas, otros se sienten impulsados al suicidio; unos se emborrachan con vino y otros con extravío y furor",

Como existen falsos mártires, se encuentran también falsas reliquias, falsas *memoriae*, expuestas en oratorios en el cruce de los caminos o en las capillas de la campiña. Un concilio de Cartago debió reglamentar la construcción de santuarios y altares para frenar el flujo torrencial del movimiento popular. Los monumentos que no contienen cuerpos ni reliquias, deben ser destruidos en lo posible. Si se teme una sublevación del pueblo, dice el concilio, el obispo debe desanimar la frecuentación de esos lugares para alejar la superstición. Se deben reprobar absolutamente los altares contruidos sobre la fe de un sueño o de una revelación privada. Esta prohibición se debe al gusto africano por las visiones y las moniciones nocturnas. Agustín mismo acabó por creerlo firmemente. Numerosos fieles cavan el suelo por creer en su sueño. Si llegan a encontrar osamenta, gritan ¡milagro! y exclaman: "¡Unos mártires!" "Es como si sólo se hubieran enterrado a mártires", dice el anciano monje Schenouté, en su expresión llena de sensatez. Agustín busca aquel fetichismo hasta en las blasfemias. El obispo se parece un poco en eso al marsellés, porque los tacos *per coronam tuam* (por tu corona), si vincas (si eres vencedor), que reemplazaban el popular *per Baceo* siempre de boga en Italia, provenían del circo y servían en un comienzo para aclamar a los artistas preferidos.

Las peregrinaciones a Cartago, Nola, Roma y Jerusalén, se multiplican. Cada uno vuelve con un recuerdo que se transforma en reliquia: polvo de una lápida sepulcral, ropa que tocó unos restos, un vaso con agua milagrosa, recogida en un pozo vecino. Una faja de pergamino (*pittacium*) indicaba la iglesia o el cementerio de origen y el nombre del santo. Hasta la tierra traída de Belén donde nació Cristo, es venerada por Hesperio; le ayuda a expulsar los demonios que asedian su casa. Una vez conseguido el resultado, construye una capilla -una más- para guardar esa tierra milagrosa. Poco después, un joven campesino, enfermo de parálisis, se sana.

¿Cómo detener esos movimientos? Los mismos monjes eran promotores del culto a los mártires y comercializaban supuestas reliquias. Podían vivir bien con aquel negocio, aprovechándose de la sensibilidad popular.

El descubrimiento en Milán de los restos de dos mártires desconocidos, Gervasio y Protasio, fue ocasión de un traslado solemne a la catedral. Unos milagros, empezando por un ciego sanado, sirvieron de detonador. Se movilizó el pueblo. El culto se extendió por Europa y hasta en África, ya que, cerca de Hipona, en *Argentarium*, había una capilla con reliquias. Milán no era un caso aislado. San Félix, en Nola, se comporta como verdadero taumaturgo. Encontró además en el obispo Paulino un panegirista inspirado. En versos y prosa propaga la gesta que florece en la tumba, en Cimitila.

Por fin, África se va a abrir a los mártires extranjeros, que acaban por ser superiores a los autóctonos. El diácono Esteban, taumaturgo de importación, provoca afluencia de gentes en Uzales, es como el Lourdes de África. El mismo Agustín que fuera beneficiario de una parcela, le dedicó una capilla en Hipona.

La historia de esas reliquias merece ser narrada. Los restos del protomártir habían sido reencontrados gracias a una revelación hecha al párroco de Cafar Gamala. El sacerdote Luciano, inventor en el sentido etimológico de la palabra, sacó secretamente algunos huesos destinados a los amigos, comenzando por el obispo de Braga, en Portugal. Esas reliquias no llegaron jamás a la península ibérica, sino que se detuvieron parte en Menorca y parte en Uzales y África Proconsular, donde Evodio, un amigo de Agustín, era obispo. El obispo de Menorca había mandado también el relato de los milagros operados en las islas Baleares. En Uzalis, las reliquias no fueron menos fecundas en prodigios; se conserva todavía una

colección anónima de los hechos. La panadera Hilara se sanó al tocar el velo que cubría las reliquias; el peluquero Concordio fue sanado de una fractura de pie durante un sueño; un paralítico, herrero de profesión, fue liberado de su mal, una noche, en el santuario, donde se había quedado durante ocho meses. El arquiatra celestial, como dice el libro, no se contenta con actuar. Aparece en persona, unas veces como "un buen mozo" de diácono, otras veces como personaje de la ciudad suntuosamente vestido. Según el libro de su vida, el santo extiende su bondad a clérigos, monjes y religiosas. Todas las profesiones y situaciones reciben sus favores: artesanos, recaudadores sospechosos de fraude y mujeres que dan a luz. Los sueños se clasifican en premonitorios y taumatúrgicos.

La vida cotidiana de la región se refleja en el libro más con lo pintoresco que con auténticos milagros, por falta de discernimiento y sentido verdaderamente crítico. Es el periódico de las peregrinaciones. Una mujer que no tiene noticias de su marido, sabe por la memoria que regresará pronto. Un paralítico de Utica, sanado por el polvo traído por su madre, viene personalmente a realizar su peregrinación de acción de gracias. Un carnicero de Uzalis es avisado en sueño de que su hijo volverá pronto: creía que había sido asesinado por bandidos. Después de un embarazo difícil, Megetia aborta al octavo mes. Consigue su sanación y la conversión de su familia pagana. El santo se encarga aún de cosas más materiales. Aleja una tempestad y salva la cosecha de Donato, amenazada con producir agraz. Este milagro aumentó el prestigio del santo. El santuario no se cerraba de noche. Ahí dormían los peregrinos. San Esteban se les aparecía o si no ellos lo veían en sueños. Aprovechando de la oscuridad, el paralítico sanado de Utica, a falta de pañuelo introdujo su manga por la ventanilla, a fin de tocar la cámara de reliquias. Para todos, la presencia de los restos era sinónimo de protección, poder y eficacia. En la mayoría de los casos, el contacto provocaba el prodigio. Para la población, Esteban era ya ciudadano de Utica. Le llamaban: Esteban de Utica. En los días de aniversario del santo, hacían la lectura del libro de los milagros. El curado milagrosamente subía los peldaños que llevaban al ábside para mostrarse a la muchedumbre. La gente no se contentaba con vederle; se acercaban a él para tocar el miembro sanado. Todos saludaban con aclamaciones y aplausos. Los fieles de Uzalis soñaban literalmente con su taumaturgo, en pleno día, tanto que un verdadero pánico se apoderó de ellos, cuando en la plaza pública, a eso del mediodía, se apareció un dragón de fuego en un cielo de infierno. Toda la población se fue a refugiarse en la iglesia del santo mártir. El monstruo desapareció dentro de las nubes pasajeras. En seguida, la muchedumbre vociferó. "Esteban lo alejó."

El prodigio fue registrado. Un diácono ofreció a la memoria del mártir una magnífica cortina, con Cristo derribando con su cruz al dragón. Todo el mundo reconoció a Esteban y su gesta. Este prodigio encierra como en apoteosis el libro de los milagros: el último fuego artificial del taumaturgo. Las reliquias de San Esteban habían sido colocadas provisoriamente en una iglesia de la ciudad. El taumaturgo merecía más. Luego de arreglos con disidentes, se adaptó una iglesia escogida para guardar la urna transparente. Los preciosos restos fueron solemnemente trasladados a la basílica confiscada a los donatistas. Era matar dos pájaros de un tiro y asegurar la perseverancia de los nuevos fieles. El día del traslado, la gente había acudido de cerca y de lejos; llevaban cirios y antorchas, cantando salmos y cánticos. El obispo que se había subido a un carro, tenía en sus rodillas el relicario. Una vez llegado a la catedral, le llevó a su trono cubierto con una suntuosa tela en medio del ábside, en el sitio de honor. Desde Uzalis, a pesar de las recomendaciones celestiales, las reliquias de San Esteban se extendieron por toda África. El diácono jamás había viajado tanto cuando vivía. Había parcelas en Calama, Aquae Tibilitanae (Hamán Meskutine) en Castellum Sinitense, Numidia e Hipona, donde el obispo en persona se había encargado del traslado. Agustín pidió al diácono Eraclio que le iba a suceder, construir una capilla a fin de depositar las reliquias y una hospedería para peregrinos. En 426, el obispo predicó en la nueva memoria resplandeciente con sus mármoles nuevos. Un mosaico representa la muerte del mártir. El mismo Agustín había compuesto los versos que lo acompañaban. Sobre las reliquias se erigía un altar. Los tabiques tenían huecos para que se viera el interior y se pudieran pasar objetos para que el solo contacto los santificase.

Los milagros de Hipona rivalizaban con los de Uzalis. En dos años, contaron no menos de setenta. El obispo pidió a cada persona sanada milagrosamente entregar el informe escrito del relato, el libellus. El

documento leído en la iglesia en presencia de su propio autor,' era colocado después en los archivos de la iglesia.

Agustín creía sinceramente que aquellos prodigios abrían una era nueva comparable a la Iglesia primitiva de Jerusalén. El obispo había ya envejecido. Reunió un conjunto de hechos milagrosos, hasta en la Ciudad de Dios, para convencer a los escépticos racionalistas paganos, comenzando por los médicos a los que él conocía bien. Relató con satisfacción la sanación de uno de ellos, médico gotoso, milagrosamente sanado el día de su bautismo'. El platónico convertido, hecho ya pastor de almas, en contacto con su pueblo, cree cada vez más en la fuerza convincente de un prodigio, mal que les pese a los platónicos incrédulos. Por eso se irrita "al oír que una dama de la nobleza en Cartago no aprovechó de su situación para dar todo el esplendor y la publicidad necesaria ante la sanación de que había sido objeto. ¿Acaso no era eso poner la luz debajo el celemín? ¿Qué pasó para que Agustín cambiara tanto? En otros tiempos, había escrito: "La fe es tanto más fuerte cuanto no busca milagros." Lejana está la época cuando en plena lucha contra los donatistas, les estigmatizaba diciendo: "Adoran la menor pizca de tierra traída de los lugares Santos". y he ahí que en su diócesis se levantaba una capilla "por una pizca de tierra", que, además, operaban milagros. El mismo hablaba a la gente reunida alrededor de un poco de tierra. Se podría decir: "París bien vale una misa", una vez recobrada la unidad; hagamos una concesión a la fe popular. Como la mayoría de los hombres de la Antigüedad tardía, Agustín era crédulo, pero sin caer en la superstición. Perfectamente capaz de sentido crítico, se sentía desarmado ante el acontecimiento como tal. ¿Tenía Dios necesidad de la autorización de un platónico para saber qué milagros podía realizar? Los milagros de la naturaleza le traían a la memoria los límites de todo conocimiento.

La gesta del mártir, tan a menudo releída en las celebraciones anuales, el ejemplo de soldados valientes y de mujeres frágiles, su enfrentamiento feliz con la muerte, proclamaban, como suprema esperanza, lo que había escapado a los filósofos más inteligentes: la resurrección futura de los muertos. Los paganos de Lyon podían dispersar los restos de los mártires pensando aniquilar el apoyo de la fe en la resurrección. Los mártires de Galia así como los de África, sabían que su muerte era un nacimiento, lo que un epitafio cristiano traducía como "florecer en Dios".

TERCERA PARTE: LA IGLESIA Y LA CIUDAD

CAPITULO XIV: EL INCENDIO DE ROMA VISTO DESDE AFRICA

Las invasiones germánicas que, desde Galia, se dirigían hacia España e Italia, no habían inquietado mucho al África, por la protección natural del mar. En realidad, la cobertura militar se había reducido, lo que disminuía la seguridad vial, sobre todo en regiones apartadas. El régimen tributario era más pesado y las ex acciones más odiosas. Pero África en su conjunto seguía siendo la provincia más próspera, la más generosa del imperio, en comparación con Galia e Italia. A los ojos de los africanos, la desgracia era para los demás.

Los cristianos de Tagaste eran agradecidos con el cielo desde la llegada de los riquísimos romanos, Piniano y Melania, con su madre Albina. Hasta allí, se había calculado su fortuna por la superficie de sus propiedades. Pero esto no era más que una parte mínima. Tenían otras propiedades que se extendían bajo el sol africano, por Mauritania y en el proconsulario. Nadie en Tagaste era capaz de evaluar el haber de ambos esposos, en Roma, Italia y España, y aún en Inglaterra. Era una de las mayores fortunas del mundol. S-según el mismo Piniano, poco sospechoso de exageración, disponía de rentas por valor de 1,620,000 centavos de oro (otros leen "libras") lo que multiplicaría la suma por cien. Y se trata sólo de la fortuna de Piniano, el pariente pobre, si la comparamos con el patrimonio de Melania. Todo esto da a lo menos muchos centenares de millones de francos a razón de las múltiples rentas. Fortuna fabulosa que deja al lector estupefacto. Melania, "la heredera más grande del mundo romano", nieta de la gran Melania, monja en Belén, fue casada a la edad de 14 años con un varón de familia noble, Piniano de 17 años de edad. Y esto contra su voluntad, porque ella había decidido vivir en continencia. Sus dos hijos murieron en la primera infancia. Fue entonces cuando Piniano accedió al deseo de su mujer de vivir desde ese momento en castidad absoluta. Melania se encontraba en la frescura de sus 20 años; Piniano tenía 25. Ambos empezaron a llevar vida retirada en tina propiedad en la vía Apia, en las afueras de Roma.

De común acuerdo, decidieron liquidar su fortuna que valía un reino. Primero, los bienes inmuebles, "tan importantes que nadie los podía valorar". El dinero fue entregado a los pobres, o a obras caritativas o religiosas por el mundo. El palacio en el Coelius, cerca de la actual iglesia de San Esteban-el-Redondo, era de tal suntuosidad que nadie lo pudo comprar, ni siquiera la emperatriz. Los bárbaros se encargaron de saquearlo y destruirlo. Para liquidar semejante fortuna inmobiliaria, fueron necesarios 14 años de operaciones. En el Bajo Imperio era casi tan difícil deshacerse de los bienes como de enriquecerse. El Prefecto de Roma quiso oponerse a la venta de las propiedades de Roma, Italia y España, para asignarlas al tesoro público, como lo preveía la Ley. La muchedumbre frustrada y ya desesperada por el bloqueo, se sublevó y masacró al Prefecto en plena ciudad.

La noticia de tanto oro y la importancia de esta fortuna repartida fueron delante de los archimillonarios en África, donde sus propiedades se extendían desde el Proconsulario hasta Mauritania. De los muchos romanos riquísimos, el pueblo sabía que éstos eran los más ricos. Se esperaba una entrada apoteósica, pero Melania y Piniano llegaron vestidos de sayal. ¡Cartago no se lo creía! Ambos romanos huían de la sociedad aristocrática y no se relacionaban sino con hombres de Iglesia, el obispo Aurelio en particular. Su única preocupación era liquidar su fortuna africana, probablemente la más considerable del país. La sola propiedad de Tagaste era más grande que la misma ciudad. Los obispos consultados, Aurelio, Agustín y Alipio les aconsejaron que, en vez de distribuir el dinero a los monasterios, donde sería gastado muy pronto, deberían hacerles el don de una casa y de un ingreso fijo. Al huir de la notoriedad y de la metrópoli, ambos romanos escogieron Tagaste, conforme a su voluntad de vivir pobres. Melania encontró la ciudad natal de Agustín, "realmente pequeña y muy pobre". La presencia de Alipio, versado en las Escrituras, corroboró su opción. Para la ciudad, era el acontecimiento del siglo. Esos multimillonarios,

cuyas propiedades y hermosas villas habían sido contempladas por los ciudadanos y cuyo solo nombre, sinónimo de Creso, hacía soñar a las imaginaciones, ¡helos aquí, por fin; no para gozar de sus bienes sino para deshacerse de ellos!

La munificencia de ambos esposos cayó como lluvia en tierra quemada. La iglesia fue dotada de ingresos y ofrendas, de joyas de oro y plata, de un suntuoso telón de alto precio. Ambos patricios construyeron dos monasterios, con ingresos suficientes, uno de 80 hombres, el otro con 130 mujeres, reclutados entre sus propios esclavos y el personal de servicio. De común acuerdo, habían emancipado a ocho mil esclavos.

Melania vivía en medio de monjas, recitando con ellas el oficio divino, y luego, a solas, el resto del salterio. La reina se había hecho sierva de Dios: con razón, toda la vecindad estaba conmovida. Melania se consagró a la caligrafía, lo que le permitió vivir en adelante del trabajo de sus manos. Toda África tenía los ojos fijos en Tagaste. Lo que explica el incidente de Hipona, cuando ambos esposos visitaron al obispo: para no quedar ser menos a la hora de las liberalidades, la comunidad se adelantó y presentó a Piniano como sacerdote. Ambos esposos se quedaron unos siete años en África, el tiempo necesario para deshacerse de su enorme fortuna. "Una vez descargados del peso de sus riquezas, se pusieron en camino a Jerusalén", dice su biógrafo.

La caída de Roma

El 24 de agosto del 410, se produjo lo inimaginable: Alarico entró en Roma, con sus Godos, por la Puerta Salaria, al son de las trompetas y con cantos de guerra. Sus caballos podían beber en las pilas de mármol de la ciudad. Imaginemos, en junio de 1940, a Adolfo Hitler, haciendo su entrada en París, y subiendo los Campos-Eliseos: fue el mismo efecto que produjo la caída de la Urbs, la Ciudad Eterna.

El saqueo duró tres días y tres noches. Sin haber sido violada desde la lejana invasión gala, la reina del mundo había sucumbido. Sólo las basílicas de San Pedro y San Pablo fueron perdonadas, y sirvieron de asilo a la muchedumbre. Mujeres, muchachas y religiosas fueron violadas. Ilustres palacios fueron desvalijados sistemáticamente. El ciborium de plata del altar principal en Letrán, un regalo de Constantino, había sido robado. Pesaba 2025 libras. El monje Pelagio, que huyó de Roma para irse al África, testigo de los acontecimientos, relata en una carta a Demetríade lo que el saqueo de la ciudad tenía de terrorífico:

Sucedió hace poco y Ud. fue testigo: Roma, dueña del mundo tembló de terror al son estridente de las trompetas y de los gritos de los Godos. ¿Dónde estaba entonces la nobleza? ¿Dónde se habían ido títulos y dignidades? Todos estaban mezclados los unos con los otros y sacudidos por el miedo; cada familia sufría, y un terror invasor nos oprimía a todos. Esclavos y nobles se confundían; el espectro de la muerte se erigía ante nosotros.

Desde Roma a todas las provincias del Imperio, entre paganos y cristianos, el saqueo de la Ciudad Eterna provocó conmoción cuyo choque se puede medir por los lamentos de Jerónimo. Desde su lejana Tebaida, en Belén, el anciano escribe: "Si Roma puede perecer, ¿qué queda de seguro?" y, algo desengañado: "El proverbio me viene a la mente: en la prueba, la música se transforma en balbuceo inoperante."

En África, más cerca, las reacciones no son tan vivas de momento. Agustín no es Jerónimo, y sin duda no comparte su consternación. Las Confesiones no nos confían emoción alguna ante los acontecimientos. El obispo en Roma no conservó sino el recuerdo de jóvenes que le hacían trampas con el costo de las lecciones. Jamás olvidó la suficiencia de esos romanos que se burlaban de su birrus y de su acento de forastero." En su sermón, recuerda simplemente que fue "comerciante de palabras". Los fieles de Hipona

debían de considerar los acontecimientos como los que ven las víctimas de un huracán, mientras ellos estén a salvo.

En el momento del saqueo, Agustín se encuentra en Cartago. Tiene preocupaciones más inmediatas. El descontento retumba en su comunidad, le dicen en unas cartas, por qué el obispo, está, tan a menudo y por tanto tiempo ausente. Un donatista acaba de volver a su error porque los fieles de Hipona le rechazaron. Agustín se encuentra entonces con los lamentos de Jerónimo: "Al oír esta noticia, hermanos míos, mis entrañas, sí, mis entrañas se convulsionaron." Marta podía haberle dicho: "Monseñor, si hubiera estado allí..." Hipona tuvo que esperar hasta el final de setiembre, porque el obispo estaba comprometido en predicaciones; el 11 de setiembre en Utica, y el 25 en Hippo Diarrhus para la fiesta de San Cuadrato. En ese día, hizo la primera alusión a la toma de Roma.

Cartas y sermones permiten, como un diario, seguir los acontecimientos y medir las repercusiones sobre África, en Hipona y Cartago, tanto para cristianos como para paganos. El 25 de setiembre, con toda seguridad a Agustín le faltan informaciones. El desastre que impide que Jerónimo pueda escribir, no impide que el obispo hable y hable largamente, sin estupor ni consternación. Comenta el acontecimiento sin sorpresa, ya que Cristo había anunciado el tiempo de las pruebas.

Beneficios y calamidades están mezclados; acoger los primeros y recibir las segundas.

Ha llegado el otoño, temporada de cosecha de frutos. A lo largo de la costa, los olivos se mecen abundantes y jugosos. El mundo se parece al molino de aceite: si eres alpechín, corres hacia el desagadero; y si aceite, a las vasijas. La prensadura es inevitable. Cuidado con el alpechín, cuidado con el aceite.

Estamos molidos, lo saben: hay hambre, guerra, carestía, caridad, pobreza, muerte, robo y avaricia; el aplastamiento de los pobres es el perjuicio de nuestras ciudades, como lo podemos constatar. Todo estaba anunciado, y las profecías se realizan ante nosotros.

Por vez primera, el orador menciona una acusación corriente, que se repite como un leitmotiv, a lo largo de ese doloroso período: "¡Cuántas calamidades nos trajo el cristianismo! Antes se podía vivir. Teníamos bienes en cantidad." Y el obispo añade simplemente: "Dejen... que el orujo se derrame. Es negro como la boca de los que blasfeman, no brilla: sólo el aceite resplandece. Han oído la voz del orujo; escuchen la voz del aceite. ¡Deo gracias! ¡Bendito tu nombre! Todos esos males estaban vaticinados."

Los refugiados de Roma en África

La llegada de los refugiados que huían de Roma e Italia buscaban seguridad más allá de los mares, en Cartago, o en ciudades portuarias, demuestra a los africanos la realidad de los acontecimientos recientes y la victoria de Alarico. En vez de informaciones incontroladas, veían el desembarco de hombres y mujeres cuyo rostro reflejaba la miseria del desastre. Patricios y patricias, familias senatoriales -los únicos que podían huir-, "nobles recargados de bienes, reducidos a la mendicidad." Viajeros sin equipajes, llevando consigo joyas, oro y plata que pudieron transportar, como los de la rica Pomponia Rusticana, encontrados en Tenés. Por un tiempo, la desgracia niveló las diferencias sociales, en un éxodo sin gloria y una comunidad de destino. Las noticias y las impresiones se propalan de puerto en puerto, de ciudad en ciudad. Las imágenes se intercambian, las lenguas se sueltan. La llegada de ricos propietarios, pisando por primera vez sus tierras, no dejó de impresionar a la gente: los nombres se hacían voz y rostro.

Con su sentido innato de la hospitalidad, África acogía a los refugiados llegados de Roma, que les describían las escenas de pillaje, de robo y de barbarie. El menos acogedor parece haber sido el procónsul de África, Heraclio, según una carta de Proba a Jerónimo. A ese hombre, se le reprocha no mamar más que vino y dinero. Con su connivencia, su yerno trafica con comerciantes sirios, el matrimonio de

muchachas de la nobleza. No tenía consideración alguna ante la indigencia de pupilas, viudas y religiosas. A quien le suplicaba, le miraba más bien las manos (regalos) en vez del rostro.

Las oleadas de refugiados acarreaban lo mejor y lo peor. Demetriadés, de una de las familias patricias más ricas de Roma, los Anicii, vino con su abuela, Proba Falconia, que se hizo monja, por haber escapado a la violación. "Te horrorizaste de las tropas enemigas, le escribe Jerónimo, al ahogar tu llanto, viste el rapto de las religiosas." Al lado de grandes nombres, está la turba de fugitivos sin nombre, que lejos de dar gracias por haber podido salvar su vida, volvían a caer en el frenesí de los juegos y los placeres. Una vez llegados a Cartago, no tenían nada más urgente que precipitarse en el teatro. El obispo lo señala en la Ciudad de Dios, con espanto e indignación:

Ayer todavía -la posteridad no se lo creerá-, unos refugiados que pudieron llegar hasta Cartago, pero todavía con esta funesta pasión por los juegos, corrían con envidia al teatro para aclamar a los histriones. ¡Qué demencia! ¡Qué exceso, no digo de error, sino de locura! ¿Qué? Todos los pueblos del Oriente (lo hemos sabido) lloran su desastre; por las extremidades del universo, las ciudades viven consternadas, y ustedes se preocupan por el teatro; allí corren; lo llenan, y así los hacen más funestos que antes.

De vuelta a Hipona, después de cinco meses de ausencia, el obispo se ocupa en retomar su comunidad.

A las dificultades internas, se añaden los acontecimientos de Italia y de Roma que acaban de alcanzar la ciudad. Los cristianos están desconcertados más por las recriminaciones agresivas de los paganos que por la caída de la capital. Agustín habla a su comunidad bajo el efecto del acontecimiento, sin duda en octubre o comienzos del año 410. Es el momento en que en Hippo Diarrhus, las aceitunas están majadas en el lagar. El obispo explica un texto de Mateo sobre los escándalos:

El mundo vive conmovido, como en el lagar. 'Ánimo, cristianos, sementera de eternidad, peregrinos en este mundo, en camino hacia la ciudad celeste. Las pruebas que se multiplican pertenecen a los tiempos cristianos, pero no son un escándalo para el cristiano, si amas este mundo, blasfemarás a Cristo. Esto es lo que te sugiere tu amigo y consejero. No lo escuches. Si este mundo es destruido, fíjate que Cristo lo predijo. Le pasa al mundo lo del hombre. Nace, crece y envejece. ¡Cuántos quejidos en la senectud: tos, pituita, legañas en los ojos, opresión, lasitud, tales son sus sufrimientos! El hombre envejece, ya que no cesa de quejarse. El mundo perece, el mundo envejece, el mundo sufre del asma, de la vejez. No temas: tu juventud se renovará como la del águila.

Y he aquí que en la hora del cristianismo, Roma es destruida. Quizás no es destruida: es flagelada pero no arrasada, castigada pero no aniquilada. ¿Acaso muere Roma si los romanos viven? No perecen si alaban a Dios; perecen si blasfeman. ¿Qué es Roma, sino los hombres mas, no las murallas y las casas? ¿Quién se sorprenderá de que Roma pasa, ya que cielo y tierra, obras de Dios, pasarán?

Al pagano se le ve el plumero. Le objeta al obispo: "Es sorprendente que la caída de Roma suceda en la hora de las liturgias cristianas. ¿Acaso los dioses paganos impidieron que Troya se quemara? Eneas les trajo para construir Roma con ídolos vencidos, como dice Virgilio?"

En su perorata, el obispo, exhorta a que sus fieles den testimonio y benevolencia ante las víctimas de Roma:

Les ruego, les adjuro, les exhorto: muéstrense buenos, compadezcan con los sufrimientos ajenos, cuiden a los enfermos; en las circunstancias actuales en que tantos emigrados necesitan de todo, andan enfermos, que su hospitalidad sea inagotable y que profesen sus buenas obras. He ahí lo que Cristo espera de ustedes. Dejen que los paganos maldigan su suerte.

Otro sermón alude también a los mismos acontecimientos y a las pruebas de los refugiados.

Estamos en invierno. Piensen en los pobres. Vistan a Cristo desnudo. Cada uno de ustedes se prepara para recibir lo en la gloria. Atención, héle aquí echado en el pórtico. Atención, acá está muriendo de hambre, o temblando de frío, en la indigencia. Atención: héle aquí emigrado. Hagan como acostumbran hacer, pero supérense. Su saber religioso debe desarrollar en ustedes su praxis. Ustedes alaban al sembrador; traigan ahora la cosecha.

El "pobre acostado en el pórtico" toma un relieve particular si se considera que la basílica encontrada en Hipona posee efectivamente un largo pórtico, a orillas de la calle.

Es el fin de año; el obispo está agotado. Sin dejar su diócesis, se aleja de la ciudad para descansar un poco, en la propiedad de un amigo. Está enfermo. A pesar de esto, el descontento crece nuevamente, a tal punto que una carta dirigida por él al clero y al pueblo de Hipona, le obliga a justificar su alejamiento "por motivo de imperiosa necesidad". Agustín aprovecha para recomendar con insistencia el cuidado de los pobres, la acogida y el reparto de las limosnas.

Me han dicho que han olvidado su costumbre de vestir a los pobres al comenzar el invierno. No deben disminuir sus obras, sino ampliarlas. Socorran a la gente, organicen la acogida, actúen en vez de esperar o de lamentarse, reaccionen contra la tentación de los egoístas que entierran sus tesoros, en vez de compartirlos. Mas vale hoy por la beneficiencia prepararse un tesoro seguro en la ciudad de Dios, que preocuparse por el día del mañana.

Agustín habla en Cartago

411 es el año de la conferencia decisiva, que debe de poner fin al cisma donatista. Agustín se encuentra en Cartago, desde el mes de mayo. La ciudad está invadida por los refugiados de Italia, que tienen poco cuidado por las querellas provincianas intestinas. Una vez terminada la conferencia -felizmente terminada- Agustín se ve obligado a enfrentar "la cuestión romana".

Los romanos obligados a la inactividad se pasean en esas ciudades africanas como fieras enjauladas, como los parisienses en Vichy o Royán durante la última guerra y la ocupación. Cartago no les gusta. Los cartaginenses les parecen muy provincianos, dando a esta palabra el sentido condescendiente que tienen para el capitalino parisiense. Como vienen de un lugar portador de historia, se sienten suficientes y hastiados. En los salones de Cartago, hablan fuerte y son mordaces. Al encontrarse entre sí, machacan quejas y acusan la dureza de los tiempos. En toda época catastrófica, es necesario un chivo expiatorio. El pagano se vuelve en contra del cristiano, "Aquel pelado y asqueroso portador del mal", como en la fábula de "Los animales enfermos de peste".

Cuando desfilan obispos católicos y donatistas por las calles de Cartago, para irse a las termas de Gargilio, quien entre todos despierta más curiosidad y admiración, es el antiguo profesor de Milán. Algunos no conocen de él sino su tratado de música. Discutido a veces, universalmente admirado, Agustín aparece en la intelligentsia romana, desterrada y refugiada, como el líder de la nueva literatura cristiana. Todos quieren escucharle. El no puede zafarse de esa ciudad, donde es tradicional que hable cuando está presente. Sabe lo que se dice en los salones de la ciudad, a través de amigos con quienes se encuentra y por medio de conversaciones o con ocasión de invitaciones. Se tendría que ser sordo para no percibir las recriminaciones, amargura y acusaciones de esa población transplantada.

El obispo sabe lo que está en juego. Escoge su día cuidadosamente: San Pedro y San Pablo, 29 de junio, fiesta celebrada por todos los cristianos de Roma. Aquella mañana, la basílica de Cartago acoge la muchedumbre de los grandes días. Uno creería estar en Roma, dicen los romanos. Como contrapunto al abatimiento de los refugiados, la homilía de Agustín habla de la feliz culminación de la conferencia: la unidad duramente reconquistada. Lo que para el obispo es de un peso bien diferente al desastre político.

El pastor empieza a hablar del único aprisco a él confiado. El corazón del orador y el del público romano no tienen el mismo ritmo ni la misma escala de valores. El obispo de Hipona habla casi una hora. Silencio impresionante. No se oye ni una mosca. El orador desarrolla primero la tarea del buen pastor que ama a los suyos hasta dar su vida. Con esta luz, Agustín ilumina los recientes acontecimientos sucedidos en Roma. El silencio se hace más denso todavía. "No juzguemos según la carne; sería perder el tiempo. El mundo está sacudido; sacudan al hombre viejo. La carne está triturada, pero el espíritu corre a mares." A los descendientes de romanos, que mataron a Pedro en una cruz como a un meteco, a Pablo a espada, a Lorenzo en una parrilla, ¿cómo pueden tener tan poca memoria y reclamar?

El cuerpo de San Pedro está en Roma, según se dice, al igual que el de Pablo, de Lorenzo y de los demás mártires. Y Roma es infeliz. Roma es devastada, pisada e incendiada. ¡Qué matanza por medio del hambre, la peste y la espada! ¿Dónde están las memorias de los apóstoles? Digo simplemente: Roma sufre todos esos males. ¿Para qué sirven las tumbas de los apóstoles? Claro que están allí, pero no en ti. ¡Quiera Dios que se encuentren, para que no divagues así, tú que hablas con espíritu carnal, quienquiera que seas! ¡Ojalá sea alabada en ti la memoria de los apóstoles y vivas conforme a su santidad! Sabrías entonces si la felicidad prometida es de la tierra o de la eternidad.

Los romanos de la audiencia no sólo se quedan boquiabiertos, sino que están abrumados: Poco importa donde esté el cuerpo de Pedro. Su testimonio nos enseña a no apegarse a las cosas terrestres sino a buscar con fervor lo que perdura. ¡Animo! Te quejas, lloras porque se cayeron vigas y piedras y los mortales tienen la muerte como destino. Indícame un solo mortal que no muera. ¡Animo, si tienes valor! ¿Qué desapareció? ¿Qué cosa se ha derrumbado? Si tienes el ánimo en alto, allí donde está tu tesoro, allí tu corazón. Abajo con la carne. Si tus huesos tiemblan, que tu corazón permanezca sereno.

y el orador imagina un diálogo:

No he buscado esto.

-¿Qué cosa no has querido?

-Que sufra Roma de esta forma. No sabemos por qué.

- Y, ¿te las tomas con Dios y con su voluntad? El es Dios, y tú no eres sino un hombre. Tú dices: No. Dios dice: sí. No condena tu rechazo y tú blasfemas su disposición.

-Pero, ¿por qué lo quiere Dios? ¿Por qué?

-Tú eres un servidor y, ¿pides cuentas a tu Señor?

Agustín concluye: "Haz primero la voluntad de Dios y él hará la tuya." El orador cambia entonces de objeción:

Veo que refunfuñas. Roma es probada, en la era cristiana, probada y quemada. ¿Por qué hablas de era cristiana? ¿Así habla un cristiano? Responde tú mismo si eres cristiano. Porque Dios así lo quiso.

-¿Qué responderé al pagano que me insulta?

- Y ¿cómo te insulta?

Cuando ofrecíamos sacrificios a nuestros dioses, Roma estaba de pie. Ahora que los sacrificios a su Dios se han generalizado y que los nuestros están prohibidos y abolidos, he ahí lo que sucede a Roma.

- Tienes la memoria corta. Roma está ardiendo por tercera vez. La primera fue cuando la ocuparon los Galos y sólo el Capitolio quedó en pie; la segunda, bajo Nerón, bajo la orden del emperador Nerón, el esclavo de los ídolos, y el asesino de los Apóstoles. Bajo la orden de Nerón, se quemó Roma. Pero ¿por qué?

Quiero ver cómo fue consumida Troya, respondió con orgullo.

Agustín olfatea otra queja: el estado de deterioro de teatros y templos, desde el triunfo del cristianismo. El obispo pudo darse cuenta de ello, al visitar a caballo los monumentos descuidados de Cartago. Con

agudeza el orador se hace mordaz: "No quisieras a pesar de todo que Pedro haya muerto y fuera enterrado en Roma para salvar templos y piedras de teatros".

El sermón de Cartago surtió efecto. Los romanos cautivados a la vez habían escuchado y aceptado plenamente la filípica, que era como un viento nuevo en un campo en ruinas. La voz de los profetas se había levantado no para balar con el rebaño sino para señalarle el camino. El sermón de Cartago anuncia y explica la Ciudad de Dios.

Nuevas recriminaciones

El obispo de Hipona pasó el verano en Cartago. Poco después, tomó de nuevo, la palabra. Al saberlo, los cristianos, sobre todo los refugiados, se dijeron entre sí: "con tal de que no hable de Roma." El orador aprovechó para decirles: "¿Acaso les he insultado? ¿No soy yo servidor del Señor para exhortarles?"

Numerosos son los que preguntan: "¿Es el fin de Roma?". Agustín responde: "Sin duda que no, así lo deseo. Pero un día todo acabará. Si ha de pasar la creación de Dios, ¡cuánto más la de Rómulo"

Luego Agustín añade, un poco harto, al foro, haciendo un guiño a los cartaginenses que le escuchan:

-Esos viejos paganos reacios a la evangelización, que se habían refugiado en los templos, tuvieron finalmente lo que se merecían.

Cartago, purificada y limpia de sus templos por los comisarios imperiales, subsiste hoy, in nomine Christi (en el nombre de Cristo), aunque hace tiempo se echó abajo a la Celeste, porque no era celeste, sino terrestre. Es falso pues acusar a la religión cristiana y afirmar que se debe a Cristo la tragedia de Roma, tu tela da por dioses de piedra y de madera. Ahí ven a qué guardianes (tienen ojos y no ven) encomendaron hombres doctos la protección de Roma. Pues si eran capaces de salvar a Roma, ¿cómo antes perecieron ellos?

-No, dicen, no perecieron ellos, sino sus imágenes.

-¿Cómo, entonces, iban a guardar sus hogares, no pudiendo guardar sus imágenes?

Las réplicas chasquean como las respuestas de Juana de Arco a sus acusadores. Pero en un nuevo sermón, consagrado enteramente a la caída de Roma, el tono cambia. El orador debe de haber recibido informaciones precisas, dolorosas, horribles. El teólogo es hombre de carne y corazón. ¿Cómo no llorar con los que lloran?

Hemos sabido de las atrocidades cometidas: ruinas, incendios, rapiñas, matanzas y torturas de hombres. Es la verdad. Me han contado todo esto.

Gemí, lloré a menudo, casi inconsolable. No lo niego. Lo repito, todo esto lo escuché, todo lo que pasó en la ciudad.

La objeción es dolorosa, venga de los cristianos o paganos: "¿Por qué no salvó Dios la ciudad? ¿Acaso no había en Roma entre tantos fieles, religiosas, continentes, servidores y servidoras de Dios, cincuenta justos, ni cuarenta, treinta, veinte, ni siquiera diez". El orador responde:

La suerte de Roma no fue la de Sodoma, que fue arrasada, sin que quedara hombre, animal ni casa. En Roma, por el contrario, numerosas personas pudieron partir; muchos se quedaron y salvaron su vida. ¡Cuán numerosos son los que se refugiaron en las basílicas y no fueron molestados!

El obispo consuela a los prófugos que le escuchan: la mano de Dios golpeó Roma para castigada y no destruirla. En todas las épocas de catástrofe sopla un viento apocalíptico, que anuncia el fin del mundo. Los mismos cristianos se dejaron sorprender en Roma y Cartago. El obispo de Silone, en Dalmacia,

Hesiquio, pregunta a Agustín lo que se debe pensar de un presagio, por ejemplo, un eclipse solar que parecía anunciar el fin del mundo. Agustín le tranquiliza. La idea del fin del mundo pudo aflorarle por un instante al obispo de Hipona, pero sin trastornarle. El evangelio le enseñó a distinguir el fin de un mundo con el fin del mundo. Las civilizaciones mueren como los hombres. No le importa al cristianismo lo que muere, ya que ante él se erige la Ciudad de Dios. El maestro de Hipona, ante los acontecimientos de Roma e Italia, tiene finalmente las reacciones de un provinciano del Bajo Imperio, poco sensible al mito de la Roma eterna. Su lealtad se dirige al monarca porque es cristiano y no a una Roma aristocrática y pagana. Mala suerte por el clero que no tuvo el valor de exhortar y corregir a sus fieles.

El pagano Volusiano

La falta de celo de los sacerdotes romanos, a que alude Agustín, así como el pagano Amiano Marcelino, es precisamente el tema en debate. La observación de Volusiano, viejo pagano y embajador en Constantinopla, es muy significativa cuando se felicita por Proclo, el obispo de la ciudad: "Si tuviéramos en Roma a tres hombres como el obispo Proclo, ya no habría paganos." En Cartago donde se habían refugiado cantidad de familias prestigiosas, venidas de Roma, se formaron clubes, donde fueron admitidas las más notables personalidades africanas. Los patricios romanos trataban con cierta condescendencia a aquellos hidalgüelos provincianos, con los cuales compartían el culto del espíritu. Un marqués recibe con gusto al académico en su mesa. Con mayor razón un obispo, y mejor todavía si es culto.

Se conoce perfectamente a uno de ellos, Volusiano, amigo de Marcelino, que preside la conferencia del año 411, quien le pone en contacto con el obispo de Hipona. Fue pro cónsul de África a los 32 años de edad. No había esperado mucho para mostrar su valor. Dios sabe si aquel patricio era o no valeroso. Volusiano era de la familia de los Ceconii. De padres a hijos, ocupan los más altos cargos del Imperio, sin esfuerzos, más bien como de derecho, y dejan más brillo que provecho de su labor. La familia había dado a tres cónsules y un emperador, Juliano. El joven procónsul era hijo de un Prefecto de Roma; a su vez lo iba a ser en 416. Su padre se escribía con Ambrosio, que le había mandado un tratado sobre la Encarnación, al parecer, a pesar de que fuera pagano, como su amigo Símaco. Intercambios que son normales entre gente del mismo ambiente: en ese nivel, las diferencias religiosas se borran o se atenúan. Además, se había casado con una cristiana de distinción y fortuna. Fue ella quien hizo que Marcelino encontrara a Agustín a propósito de su hijo. Ella conocía bien las convicciones cristianas de Marcelino.

El tío de Volusiano, el mayor de la familia, había sido también cónsul en Numidia, como lo atestiguan inscripciones; allí se esforzó en dejar inscrita su memoria, para alegría de los arqueólogos. Su cargo de pontífice de Vesta, demuestra claramente su fidelidad a la Roma pagana, donde su madre visitaba los numerosos templos de Mitra. Al igual que su hermano, su mujer era cristiana, así como su hija, la madre de la famosa Melania, la joven mujer de Piniano, que había vivido siete años en África, antes de llegar a los lugares Santos. Verdad o ficción, Jerónimo describe a Melania en las rodillas de su abuelo, sacerdote de Vesta: "¡Quién diría que la pequeña del pontífice Albino, para gozo de su abuelo, pudiera cantar con su lengua balbuceante el Aleluya, y que ese anciano tuviera en sus rodillas a una virgen de Cristo!"

El tío y el padre eran amigos de Símaco y de Macrobo ambos de origen africano. Pertenecían igualmente a la aristocracia del pensamiento y de la literatura romana. Ambos hermanos figuran en las Saturnales, último fuego fatuo del género. Salón académico donde las conversaciones alegran a los hombres del pasado, y sirven de bastión a la religión de los antepasados. Esos personajes cultos, atrasados en su integrismo rígido, cierran los ojos a los cambios de la historia. "El Capitolio se desintegra, escribe Jerónimo; polvo y telas de araña envilecen los templos de Roma; la ciudad está estremecida hasta sus cimientos; las muchedumbres pasan frente a los santuarios semivacíos para acudir en tropel a las tumbas de los mártires." El interlocutor de Agustín, Volusiano, sigue las huellas de su padre y su tío, con la

desesperación de su madre. En él, la sangre de Juliano el Apóstata merece ser más poderosa que la de su madre. Con diferentes grados sociales, Albina, lo mismo que Mónica, comprueba la importancia de las mujeres en la evangelización de la familia; Volusiano frecuentó los ambientes literarios de su familia, particularmente un galo romanizado, Rutilio Claudio Mamatianos. Según Marcelino, los amigos de Volusiano le estimulan a que permanezca pagano. Rutilios, que precisa ciertas cosas sobre Volusiano en un poema que consagra a su viaje de regreso a Galia, pertenece a una familia de intelectuales, sin duda de Tolosa, que, en época del Bajo Imperio, ocupan los altos puestos del Estado. Sus alusiones al cristianismo, más en concreto a la vida monástica, expresan una cáustica reacción anticristianas.

A una cultura refinada, Volusiano añade dos cualidades eminentemente romanas: la elocuencia y el sentido político. La decadencia del paganismo, la caída de Roma, el ejemplo de su madre, de sus hermanas, su sobrina Melania y de Piniano, sembraron en él la duda y la intranquilidad. Veía que el cristianismo invadía el ejército, la ciencia, la cultura, los cargos y el mismo trono. Necesitaba ser iluminado. ¿Quién mejor que Agustín para informarle?

El obispo detecta en él, más que curiosidad; disponibilidad interior. Le invita a leer las Escrituras, que a él mismo le habían encaminado hacia la luz. Que escriba, y el obispo responderá. Volusiano leyó la carta de Agustín en un círculo de amigos, entre los cuales se encontraba Marcelino, en un salón ecléctico de Cartago. El patricio había encontrado a su maestro. Una nueva carta del procónsul relata la conversación en aquel salón, que congregaba la flor y nata de la sociedad. De la retórica, la conversación pasó a la poesía y luego a la filosofía, hasta el momento en que un interlocutor exclamó: "¿Habrá alguien que conozca a fondo la sabiduría cristiana para disipar mis dudas, a la luz de una creencia verdadera o por lo menos verosímil?" El nombre de Agustín fue lanzado, sin duda por Marcelino, ya que intervino a su lado y parecía, haber montado toda la operación. Uno de los amigos presentes, Eximio, rico propietario de los alrededores de Hipona, hizo unas reservas con una pizca de humor: él propuso las mismas preguntas al obispo y decía no haber sido satisfecho con la respuesta. En su propia carta, Marcelino completa el dossier de las interrogantes. Volusiano había escrito: "Se trata de su honor". Marcelino añade: "Se trata del honor de la Iglesia". No oculta la publicidad que se hará de su respuesta. El antiguo retórico, herido en lo vivo, lima su respuesta, de manera que no choque a los devotos de Virgilio y Cicerón. Primero, reconoce que la consulta tiene lugar en el más alto nivel: "Talento y elocuencia tan elevados, y tan ricos, son instrumentos de conquista." Las objeciones de Volusiano se referían principalmente a la encarnación de Cristo. La respuesta muy cuidada de Agustín, llegó a hacerse clásica y no dejó de ser citada en controversias y concilios. Marcelino había añadido objeciones de orden político: la posición de los cristianos ante los cargos oficiales y su actitud antimilitarista, problema ya discutido por Celso en el siglo II. Otro problema era la incompatibilidad del Evangelio con la conducta del Estado. ¿El Evangelio de las Bienaventuranzas podía ser regla política? Jamás devolver mal por mal, ¿acaso era un principio de gobierno? Agustín responde: "¿No es ésta una virtud que Cicerón alaba en César?" El obispo de Hipona defiende la tesis paradójica de que sólo los cristianos demuestran virtudes cívicas, porque el cristianismo permite una concepción sana de la Ciudad terrestre. Desarrolla su pensamiento en la Ciudad de Dios. Ciertamente escepticismo acompañaba las discusiones de esos salones literarios. Agustín sabía por experiencia que el movimiento es prueba de vida, la fe es un compromiso, un actuar, una praxis. "Aquel que ha hecho esas preguntas, que se haga cristiano, por temor de que, queriendo antes acabar con la cuestión de los Libros Santos, acabe con la vida, antes de pasar de la muerte a la vida."

Volusiano no parece haber seguido su correspondencia con Agustín. Hizo carrera en los límites trazados por un Imperio en agonía. Cuestor del Sagrado Palacio en 416, fue Prefecto de Roma en 421, y luego embajador al lado de Valenciano en Constantinopla. La visita de Melania a ese lugar, le determinó a dar el paso. ¡Qué sorpresa tuvo el diplomático cuando se le anunció la llegada de su ilustre pariente! La mujer cuya fortuna había hecho soñar a ricos y pobres, estaba vestida con sayal, como pobre de Cristo. El viejo embajador, cansado por la vida y los honores, se quedó conmovido al punto de no poder ocultar sus lágrimas. Dijo al sacerdote que acompañaba a Melania: "¡Si supieras, señor sacerdote, con qué refinamiento fue criada, más que cualquier otro miembro de nuestra familia! ¡Con que austeridad e indigencia anda hoy!"

Poco después, Volusiano enfermó. Quiso recibir el bautismo de las manos del obispo Prodo que veneraba y que le recordaba sin duda su estancia en Cartago, así como el rostro de Agustín. Lo que el obispo de Hipona no había conseguido, una mujer, y ¡qué mujer!, lo había conseguido, pero, ¡a que costo! La fe de Melania había finalmente triunfado sobre la sangre de Juliano el Apóstata.

CAPITULO XV: LAS DOS CIUDADES

Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios." Esta palabra del Evangelio sirvió de leitmotiv a numerosos cristianos en la ciudad romana, aún durante la travesía del desierto cuando el Estado era un perseguidor. Fue explotada por las corrientes opuestas, en la época llamada "el agustinismo político."

La Iglesia y la ciudad antigua

A quien entiende claro cual era la estructura de la polis antigua, el conflicto entre ambos poderes le aparece inevitable. Esta ciudad es totalitaria. El hombre coincide con el ciudadano. En la medida en que se siente hombre, se siente ciudadano y se integra en las estructuras. La ciudad le proporciona su lugar, su pan, sus ocios, sus templos y sus divinidades. La religión es la sacralización de la vida colectiva. Desde Augusto, el jefe de Estado es el soberano pontífice de la ciudad romana. En su calidad de Pontífice, el día de su llegada al trono, lleva el manto azul adornado de estrellas. Lo curioso es que este título, eminentemente pagano, pasó al obispo de Roma.

El ciudadano adepto a Mitra y Cibeles, puede profesar su culto, si promete fidelidad a los dioses de la ciudad. El culto dado por los romanos a los dioses domésticos, lares, genios y penates, es la proyección en lo sagrado de las necesidades fundamentales de la familia y la ciudad. Hunde sus raíces en las fibras más secretas y profundas del alma popular. No sorprende entonces si esas devociones de la vieja religión romana instaladas en cada hogar, y "hechas costumbres por haber sido tejidas lentamente durante generaciones, han opuesto al cristianismo la más larga y obstinada resistencia."

Como sucedió en Siria y Egipto, en África, Roma había operado por adición y no por supresión, acogiendo en un mismo panteón las divinidades de las naciones conquistadas. Un africano podía consagrar un altar a Mercurio, bajo la orden de la diosa de Cartago, según está escrito en el pedestal. A menudo, las divinidades romanas, fenicias y africanas, están asociadas en un homenaje común, como lo atestiguan las inscripciones de la época. En Cartago, por más que los romanos llamaran Baal Amón a Saturno, y Juno Caelestis a la popular Tanit, la muchedumbre les daba su nombre tradicional y seguía dando besos en el borde del vientre gordo que Tanit ofrecía. Tanit era gorda, barbuda, con los párpados caídos. Parecía sonreír. Se encontraba en el nuevo santuario suntuosamente adornado. Al lado, un mithreum acogía a su vez a los fieles del Dios sol venido de Persia.

Incluso después de la reconciliación de la Iglesia con el Imperio bajo Constantino, los monumentos indican la supervivencia de una liturgia que expresa el culto imperial. Unos cristianos llevaban el título de flamen. Es difícil extirpar costumbres no muy razonadas pero ya seculares.

Por acogedora que fuera la religión romana, practicaba una especie de poligamia, en un harén donde su autoridad mantenía disciplina y jerarquía. Esta concepción chocaba con la monogamia judía y cristiana, o sea el culto a un Dios único, alérgico a toda forma de arreglo. La ciudad antigua y su panteón heteróclito no podían sino oponerse al cristianismo, que se presentaba como una religión irreducible e inadmisibile, rechazando toda integración, a fin de no perder la identidad. La Iglesia se afirma como una sociedad de

orden diferente, sociedad histórica y también profética. Se sabía peregrina, según un término preferido en la Antigüedad cristiana; no conoce el estatismo de la ciudad terrestre; es movimiento hacia la otra patria.

A lo largo de su historia, la Iglesia busca un equilibrio inestable entre la aceptación y el rechazo, entre la absorción y el conflicto. Toda ciudad terrestre, como dice la epístola a Diogneto, le parecía extraña. Su mirada apuntaba siempre al más allá.

El conflicto se hizo inevitable, tan pronto como el mundo antiguo tomó conciencia del valor explosivo del fenómeno cristiano y vio hasta qué punto perturbaba y cuestionaba las ideas recibidas de la sociología de la época. El primer conflicto duró tres siglos, hasta la paz constantiniana. ¿Fue más dura la persecución en África? Se podría afirmar al hojear el martirologio, más rico por ser el mejor conservado. ¿El culto a los mártires en África tenía algo que ver con su número o con la disposición espiritual de los fieles? ¿Acaso se rechazaba el culto imperial para afirmar mejor la no asimilación al Imperio romano? Hay que evitar las simplificaciones, pero la implicancia política nunca está ausente de los comportamientos africanos.

Una vez conseguida la paz, la Iglesia, ayer al margen de la ley y hoy reconocida, sintió la gran tentación de instalarse en el lugar que le preparaban e integrarse en las estructuras de un Estado que no sólo la acogía sino que le dedicaba excepcional atención demasiada, según los paganos.

El donatismo al que sólo pudieron reducir la fuerza y represión romanas, es fenómeno eminentemente africano, y en sus motivaciones profundas aparece como una protesta contra el Imperio romano, la polis y la ciudad terrestre. En una visión un poco más histórica, se podría decir que católicos y donatistas representan en África, las dos tendencias que aparecen desde los orígenes cristianos: una que se podría llamar pauliniana, acepta el Estado, predica la lealtad, se inserta en las estructuras temporales y providenciales; la otra, escatológica, afirma su alergia radical por toda ciudad y se refugia en el milenarismo o la espera del fin del mundo. El donatismo, en todo caso, hace esta pregunta permanentemente: "¿Por qué se mete el Estado en las cosas de la Iglesia?" Es la primera afirmación de la separación de ambos poderes. En su pugna, Donato y sus seguidores resucitan el radicalismo primitivo. No sólo rechazan el Estado, sino el mundo y la cultura. Toda inserción en las estructuras temporales, todo diálogo con el arte o la filosofía, les parece una manera de endulzar la espera y una desmovilización de la esperanza.

Del otro lado, un cristiano como Eusebio, historiador, complacientemente instalado en el nuevo estado de las cosas, según una fórmula ya hecha célebre, -y ¡qué peligrosa!-, podía declarar al emperador como "el obispo de fuera". A veces las palabras resonantes, salen como veneno. Con una visión más lúcida, Ambrosio de Milán recuerda a Teodosio que su fugar está en la nave y no en el ábside. El mismo Optato de Milevi se muestra prudente cuando responde a Donato: "El Estado no está en la Iglesia; sino la Iglesia en el Estado, o sea en el Imperio romano." Esta fórmula también es ambigua y peligrosa. Ambrosio y Agustín no la hubieran suscrito. Para medir el camino recorrido, gracias al edicto de Milán, hay que recordar que diez años después de la sangrienta persecución de Diocleciano, los obispos viajaban con procónsules y senadores en el *curso publicus* (el carro oficial) para irse al concilio de Arlés en el año 314, donde condenaron la objeción de conciencia, concesión dada al Imperio hecho cristiano. En Nicea, en 325, los obispos con el semblante robusto de hombres de campo y de estepa, marcados para siempre por los suplicios sufridos, eran acogidos con los honores militares en el palacio imperial; el día del banquete final, les sirvieron en vajilla de plata. Era increíble. Según Eusebio, muchos padres se preguntaban si el reino de Cristo ya había llegado quizás. En África, en adelante, los obispos son personajes del Estado. Se les consulta, escucha y honra. La aplicación de las leyes imperiales sobre la represión del paganismo exigía por lo demás una colaboración constante entre ambos poderes. Es fácil discernir la acción de la Iglesia en la moralización de la vida pública y la regresión de la vida servil. El mismo pagano Amiano Marcelino reconoce la calidad de esta acción pastoral. Según su prestigio o habilidad, los obispos saben conseguir consentimientos de gobernadores y, en Ravena, obtener favores y contrarrestar lo arbitrario por parte de los funcionarios o de los municipios. El amigo de Agustín, Alipio,

buscado y admirado por Piniano y Melania, por su conocimiento escripturístico, se había hecho maestro en eficacia política. El antiguo agente de policía secreta conocía las costumbres de palacio. Sabía cómo solucionar con eficacia problemas en la corte. Arrancó la condenación de los pelagianos no con argumentos teológicos sino con la promesa de magníficos potros núbidos, engordados en propiedades de la Iglesia. Sabía que el argumento era irresistible para los oficiales de caballería, llamados a pronunciarse sobre la necesidad de la gracia. El efecto no se dejó esperar. Cuando los obispos de África supieron de la condena, dieron gracias, con su primado de Cartago, al Dios de quien viene todo don y porque "el corazón del rey estaba en manos del Señor."

A lo largo del conflicto donatista, los emperadores cristianos intervienen contra los promotores del cisma, a menudo con torpeza y brutalidad y se presentan como protectores de la Iglesia. Recurren a todos los medios que creen eficaces. Pablo y Macario, enviados por el emperador Constancio, esperaban restablecer la unidad a base de subsidios por afán del dinero. No conocían bien las pasiones religiosas africanas. Donato y sus seguidores rehúsan con altura e intransigencia dejarse comprar. Cuando Agustín ataca a su vez el conflicto donatista, evita comprometerse con el Imperio ni unirse con su destino, con riesgo de utilizar de manera pragmática las buenas disposiciones de los emperadores cristianos. ¿Cómo acabar de otra manera con un mal que desgarró no sólo a la Iglesia africana, sino a familias y ciudades, y compromete la unidad moral del Estado? Los emperadores son conscientes del hecho: su objetivo es tan político como religioso. Agustín podía hacer el elogio del príncipe, sin amarrar a la Iglesia por lo tanto con el destino del Estado, aun cuando fuera cristiano. En el proceso seguido por su pensamiento, el asunto donatista es considerado como un accidente de camino. Una vez restablecida la unión manu militari, se expresa lúcidamente en su obra maestra la Ciudad de Dios, de la que hablaremos enseguida. Según Agustín, las civilizaciones como los estados envejecen y se mueren. Lo importante es escribir cristiano en las líneas torcidas de la historia humana.

El cristiano en la ciudad

Después del edicto de Milán, Constantino continuó la obra de los emperadores paganos. A primera vista, nada parece cambiar en las estructuras estatales. Muchos patricios y altos funcionarios permanecen paganos. Los cristianos sienten entonces las ventajas de la paz y la libertad, después de dramáticos siglos. Entre ellos, los oportunistas, inevitable desecho de todos los mares, se preocupan por los beneficios que puedan sacar con el nuevo orden.

La Iglesia hereda las subvenciones y los privilegios dados antes a los templos. Entre otros, el derecho de asilo cerca de altares y santuarios, era una vieja institución conocida de casi todos los países de la Antigüedad. Permitía la impunidad para esclavos, deudores y todos los ciudadanos perseguidos por la policía. Grecia lo había respetado siempre. Roma parece haberlo admitido sólo con cierta reticencia. El derecho de asilo se introdujo posiblemente por la costumbre antes de ser consagrado por ley. El antiguo privilegio de los templos paganos pasó naturalmente a las basílicas cristianas después de la paz constantiniana. Teodosio lo consagró legalmente. La Iglesia ofrecía asilo en sus santuarios ya desde el siglo V y obligó a que todos los clérigos lo dieran. Si el Estado está por la justicia, la Iglesia está por la misericordia. Quiere ayudar a los infelices y ofrecerles posibilidad de enmienda. Se trata principalmente de esclavos fugitivos, deudores atrapados por acreedores, poderosos y a veces criminales verdaderos o considerados como tales. Así, el cristianismo presenta una especie de oasis de humanidad, en una época de régimen dictatorial, donde la policía y los poderosos propietarios son capaces de toda clase de crueldades y exacciones. Cuando el poder va demasiado lejos, el obispo de Hipona protesta con vigor.

Esa inmunidad deja nervioso a más de un alto funcionario. En Constantinopla, en la época de Agustín, el autoritario Eutropio, que era muy poderoso en la corte, quiso abolir el derecho de asilo. Juan Crisóstomo protestó con vehemencia. Una vez caído en desgracia, el sátrapa no pudo sino pedir a su vez asilo a la

basílica cristiana. Para el obispo Juan fue ocasión de conseguir uno de sus más brillantes éxitos oratorios. Constantinopla escuchó nuevamente la elocuencia de Demóstenes: "Era el sueño de una noche y todo se desvaneció con el día. Eran flores de primavera. Pasó la primavera, y todas se marchitaron." Lo mismo sucedió en Cartago. El conde Marino aterrorizaba a la población que se refugiaba en las iglesias, lo que aquel hombre veía con acritud. El fue responsable del asesinato de Marcelino. En Ravena, le llegó su hora de desgracia. No tuvo más remedio que pedir asilo a la Iglesia que tanto había hecho sufrir. La basílica de Hipona fue muchas veces refugio de personas perseguidas, a tal punto que el obispo previno a quiénes abusaban del derecho de asilo, a fin de no sobrecargar la tarea ya pesada de sacerdotes y pastores. En la Ciudad de Dios, esta inmunidad sirve para mostrar cuántas vidas humanas, sin excluir las paganas, fueron salvadas, particularmente durante las invasiones.

Muchos hechos relatados por San Agustín ilustran bien lo que era el derecho de asilo en Hipona:

Un deudor llamado Fascio fue perseguido por su pretor, por demás usurero: le debía diecisiete centavos de oro. El obispo estaba ausente. Escribió a la comunidad pidiéndole reunir la suma a fin de que Fascio pudiese cumplir con sus compromisos. Si la colecta no cubría aquella suma, pues se debía tomar del bien de la Iglesia. Finalmente el obispo fue obligado a su vez a pedir un préstamo para sacar al deudor del apuro. Y, como éste último no se apuraba en reembolsar al pastor, éste se encontró en aprietos para remitir el dinero al acreedor impaciente.

Un oficial odiado por sus injusticias en Hipona, fue linchado por la muchedumbre agotada. La basílica fue literalmente tomada por asalto por una chusma enfurecida y brutal. Los fieles tuvieron miedo de entrar. En tales circunstancias, confiesa el obispo, nadie puede arriesgarse en la calle ni detener a la gente, ni siquiera yo. Ante los culpables del asesinato reunidos en su catedral, Agustín deja caer estas palabras sobre la víctima: "Un malo ha muerto; es digno de doble compasión: ha muerto y era malo." Buscando sosegar en algo la atmósfera en la basílica invadida por una asistencia insólita que no respiraba el fervor religioso, el obispo añade:

Hay tres clases de personas que se refugian en la iglesia: los buenos que huyen de los malos; los malos que huyen de los buenos y los malos que huyen de los malos. ¿Cómo desenredar este ovillo? Si dejásemos que los malos partieran, ¿dónde buscarían refugio los inocentes? Más vale dar asilo a los unos y a los otros.

Por legítimo que sea el derecho de asilo, tiene límites. Unos campesinos se habían refugiado en la iglesia de Narco. Cometieron perjurios en las Santas Escrituras y fueron capturados por un destacamento del conde Clasiciano. El obispo excomulgó al conde junto con toda su familia. El pastor recién consagrado daba muestras de celo de neófito. Agustín intervino eficazmente, dirigiéndose a su colega para que retirara su decisión, mucho más cuando, al parecer, los culpables se retiraron por sí solos de la iglesia para entregarse a la justicia.

El caso Faventio pinta bien las costumbres de la época. Se trata de un granjero que temía una agresión de su propietario. A fin de evitarlo, se refugió en la iglesia de Hipona, esperando que el pleito fuera arreglado ante el obispo. Una noche, salió clandestinamente para cenar en casa de un amigo; fue llevado manu militari por un tal Florentino, alguacil del conde, ayudado por un destacamento militar. El obispo intervino ante Cresconio, tribuno encargado de la guardia del litoral, que pretendió no encontrar al interesado. Agustín dio por fin con su residencia y le mandó a un sacerdote a quien negaron todo contacto con el preso. Otra vez el obispo intervino ante el guardián para conseguir una demora de treinta días, prevista por ley; el acusado podría así poner sus cosas en orden, reunir el dinero y presentarse ante su jurisdicción. Agustín temía que el acusado fuera transferido ante el gobernador, "hombre muy adinerado".

Bajo la acción de la Iglesia, la ley del año 419 atribuye a los obispos el derecho de intervención a favor de los presos y les encarga de cuidar la exacta observancia de las leyes con respecto a ellos. De todas

maneras, como lo hace observar un vicario de África llamado Macedonio, al obispo de Hipona, el derecho de asilo se prestaba a abusos, sobre todo cuando se trataba de verdaderos criminales. De ahí que Agustín busque poner a consideración del concilio de Cartago la limitación del derecho de asilo dado en 399 a todo refugiado sin excepción, para excluir a la gente de mala fe que no mantenía la palabra dada.

Cultura antigua y cultura cristiana

En África cristiana, se había hecho una tradición mantener cierta distancia de la cultura clásica. Tertuliano, de formación escolar, era uno de los sujetos más brillantes y a la vez más críticos en Cartago. Lejos de ser un repetidor de clichés usados, sobresale como uno de los representantes más brillantes del barroco africano. Declara con soberbia: "¿Qué tienen en común Atenas y Jerusalén, la Academia y la Iglesia?" ¿Por qué buscar el diálogo con una civilización que no ofrece punto de apoyo a la fe? ¡Esta declaración no impedía que aquel retor impenitente de tono impresionante, probara en su libro *El Manto* a los admiradores de la cultura clásica, qué maestro incomparable habían formado las letras profanas!

Después de haber sido alumno de gramáticos y retóricos romanos, Cipriano de Cartago, abogado muy reconocido en la metrópoli, no se contentó con renunciar a la vida mundana de gran burgués; se impuso también romper con los clásicos griegos y latinos. En su considerable obra, en vano se buscaría una sola cita de Cicerón o Virgilio.

Este radicalismo va a la par con la intransigencia doctrinal y moral que hacen de él el prototipo del donatismo. En el mismo sentido, los discípulos de Donato en África, presumen de haber roto con la cultura antigua. "¿Por qué mancillar con horrores paganos la blancura de la Iglesia?", escribía Magno. Hasta hubo un pseudoconcilio de Cartago que prohibió formalmente que fieles y obispos leyeran libros paganos.

Ni Lactancio ni Agustín comparten semejante prejuicio. Como tiempo atrás, inmediatamente después de la paz constantiniana, los cristianos confían sus hijos al gramático pagano. Se considera que la formación religiosa puede inmunizar al joven cristiano contra el disimulado veneno de las obras profanas. "Dejar el veneno y libar la miel", tal es el consejo de Basilio en su famosa carta a la juventud. Esta posición moderada es sobre todo la de la Iglesia griega, de Gregorio de Nacianzo a Juan Crisóstomo. Así fue posible proteger el patrimonio clásico del vandalismo de los primeros cruzados. Poco a poco los Padres introdujeron una distinción fundamental que permite saber dónde está el peligro. Las disciplinas intelectuales como la gramática, la retórica y la dialéctica afinan la meta, facilitan el estudio de las Escrituras y sirven a la expresión y la difusión de la fe. No se puede decir lo mismo de los temas y las concepciones que profesan el politeísmo o una moral que el Evangelio reprueba. El obispo de Hipona los condena con la misma energía que el teatro y los espectáculos. Se trata entonces de un problema de discernimiento y de adaptación.

Ciertamente Agustín no hubiera llegado al extremo de imitar la aventura de un sacerdote cristiano, antiguo profesor, que, con su hijo, seguía fielmente los cursos de un sofista pagano, llevándole incluso a alumnos bautizados. Padre e hijo ni siquiera se volvían cuando el maestro entonaba el himno a Baco. El hecho fue seguramente un escándalo, pero demuestra cómo se interactuaban las dos sociedades en el Bajo Imperio.

Dos acontecimientos decidieron un viraje decisivo: el edicto del emperador Juliano prohibiendo que los maestros cristianos enseñaran en las escuelas públicas y que los niños y jóvenes de la Iglesia siguieran sus cursos; y la decadencia de una cultura que, en el siglo V, ya se mostraba jadeante. La Iglesia se vio obligada entonces a buscar nuevos caminos e inventar una cultura y una enseñanza cristianas.

Al igual que todos los Padres de su tiempo, Agustín se formó con maestros paganos. Se impregnó de la cultura antigua, de sus letras y sus discípulos. Por experiencia conoce sus seducciones y peligros. Para el autor de las Confesiones, la conversión había significado la ruptura con los temas literarios y filosóficos del paganismo y el descubrimiento de un libro nuevo señalado por la voz misteriosa: Tolle, lege (tómalo y lee). Una vez cristiano, el joven africano se reprochaba el haber llorado las desgracias de Dido, narradas por el mayor de todos los poetas y haberse embriagado con el vino del error que le habían servido maestros ebrios". El placer estético, trátase de arte o poesía, le parecía como una insignificancia al lado de "lo único necesario". La misma música le pone a la defensiva. La interpretación del arpa y la cítara que había emocionado su corazón, hiere en adelante su vestido de carne. Se cuida mucho más por cuanto sabe que su fervor musical le hace venerable y la influencia de la música sobre su sensibilidad es irresistible. Pintura y escultura son para él piezas del museo de las "vanidades". El hecho explica el oscuro lugar que ocupó el arte en las iglesias de Hipona y Cartago. La misma basílica mayor no hace concesión alguna al deleite de los ojos. Los mosaicos y esculturas del museo de Hipona son paganos. En realidad, las poses lascivas de Venus desnuda hacían sospechoso un arte que excitaba los ojos. Sin embargo, el obispo menciona una pintura representando a Cristo y sus apóstoles, el sacrificio de Abraham y un fresco que evoca la lapidación de San Esteban. Pero se queja del culto excesivo que ciertos fieles dan a las imágenes pintadas, que cubren sin duda con los mismos besos que habían dado antes a la estatua de Tanit. De ahí quizás la reserva de la Iglesia africana...

Agustín no se siente más solidario de la cultura antigua que del Imperio romano ¿Qué importan las bellezas que pasan ante las palabras que poseen la vida, aun cuando sean rugosas? La correspondencia imaginada en el siglo IV entre Séneca y San Pablo quería probar a su manera que el filósofo pagano había sabido, más allá de la forma, ir al fondo de las cosas. ¿Un defensor de la cultura pagana se inclinaba ante las letras cristianas! El obispo de Hipona a primera vista, más radical que Jerónimo, parece rechazar en bloque toda la cultura clásica. En realidad lo mismo evita el optimismo de los Capadocios como el fanatismo destructor de Tertuliano. Se compara con los Hebreos, a la salida de Egipto, que llevan en sus equipajes los vasos de oro y plata de sus enemigos y los usan a diario.

El gramático donatista Cresconio había reprochado a Agustín el uso que hacía del arte oratorio, cumbre de la formación literaria, contra sus adversarios que utilizan la misma arma. El obispo le respondió que la Escritura condena la sofística y no la elocuencia. Recomienda a sus clérigos no sólo la cultura sino más especialmente la retórica que permite persuadir bien y servir a la verdad. En adelante, busca el secreto de esta verdad no en los artificios de los maestros clásicos, sino en la meditación de las Escrituras, donde Dios se revela. "No existe nada más sabio ni más elocuente." Sólo la formación bíblica enseña al cristiano lo que constituye su finalidad, la santidad.

En África como en Galia e Italia, los niños cristianos siguen yendo a la escuela de los gramáticos y retóricas quienes, aun convertidos, educan a la juventud explicándole los autores clásicos. Los niños africanos, lloran los amores desdichados de Dido y palpitan cuando el profesor de letras les habla de la leche azul de Nausicaa.

Juan Crisóstomo se muestra ya más reservado que los Capadocios. Lo mismo que Agustín, conoce el ambiente escolar y sus peligros. En Antioquía, como lo confiesa el pagano Libanio, los muchachos guapos sufren el riesgo de convertirse a la vez en "prostitutos y proxenetas". El obispo de Constantinopla abre un surco nuevo, cambiando instrucción por educación, mucho más importante y difícil, porque "los actos son más difíciles que las palabras."

Si es verdad que no se hace buena literatura con buenos sentimientos, no se llega a mejor resultado con la simple repetición y los prejuicios esterilizantes. El cambio producido por la fe y la experiencia mística del hombre crean un género nuevo y una obra genial, las Confesiones, autobiografía donde la penetración psicológica alcanza una calidad raramente igualada en la historia. La obra de Agustín demuestra también hasta qué punto letras clásicas, pensamiento filosófico y fe cristiana están imbricados en la cultura de un

hombre del Bajo Imperio. Es el itinerario de un creyente al que acompaña inseparablemente igual progreso intelectual: "Noverim me noverim te" (conocerme es conocerte). Haciéndose eco en Agustín, un místico musulmán dice: "Durante treinta años, caminé hacia la búsqueda de Dios: cuando abrí los ojos, descubrí que Dios era quién me buscaba".

Hay algo más. Si comparamos la decadencia de las letras clásicas con el progreso de las letras cristianas, las Confesiones con la autobiografía de un Libio, debemos admitir que en adelante los odres viejos contienen vino nuevo. ¿Qué puede oponer el Imperio ante la brillante pléyade de los Padres latinos y griegos? Al mencionar sólo a África, basta comparar Apuleyo con Tertuliano, el Asno de oro y la Apologética. Extrañamente, Agustín no tiene a otros interlocutores, sino a algunos repetidores de Madaura. En el plano cultural, la Iglesia va viento en popa. Sale rejuvenecida de la prueba y sirve de polo de atracción para los que quieren expresarse o transmitir su mensaje. El cristianismo tiende a transformarse en centro de creatividad y una forma de cultura. El parto fue lento y no llegó a término sino después de siglos. Agustín que provenía de una burguesía en vía de proletarización, afirma también el acceso de nuevas capas sociales a la cultura. Esto le permite echar en ella una mirada "nueva, objetiva y crítica", que faltaba a todos aquellos para quienes era connatural, de alguna manera. En la época de los bárbaros, el profeta de la Ciudad de Dios da una última recomendación: que cuide bien la biblioteca de la Iglesia y conserve con diligencia los manuscritos para las generaciones futuras. "Utinam" (¡Plazca a Dios!).

Como ser soldado

El ejército reclutaba campesinos requisados y bárbaros asalariados. El servicio militar era un cargo que tenía relación con algunos bienes raíces. Las unidades fiscales debían presentar uno o varios reclutas. Los hijos de soldados eran alistados de oficio. Fue el caso del joven Maximiliano quien se presenta acompañado por su padre, Fabio Víctor, al procónsul, y rehúsa servir, Constantino declara que quien es reconocido apto, debe ser soldado, sino regidor municipal. Sólo Cartago, como provincia senatorial, poseía una guarnición. Numidia tenía una legión, la tercera Augusta, que acampaba en Lambese. Además de ese ejército, en cada lugar se reclutaban tropas auxiliares.

Los Nómadas eran especialistas en caminadas y reconocidos como excelentes jinetes. Se cree que el ejército de toda el África tenía unos 27,000 hombres de tropa a lo máximo. Las tres cuartas partes del sueldo se pagaba en víveres y la cuarta restante en dinero. En cada cuerpo de tropa, unos bonos para víveres permitían que los soldados se presentaran a los graneros estatales. Los soldados tenían también el derecho de demanda sobre la vivienda civil por un tercio de los lugares. A los veteranos, se les conceden tierras y empleos reservados, la inmunidad de cierto capital, si son comerciantes. Los jubilados tienen la función de transportar la anona militar de los graneros a la tropa.

Como parte de la estructura esencial del Estado, el ejército romano veneraba a los dioses de la patria. En el culto de los emperadores se fundaban y se confundían el servicio y la religión. En el campo africano de Lambese, numerosas dedicatorias afirmaban la celebración del culto de Augusto. "Toda la religión de las guarniciones reverencia las insignias, las adora y las pone por encima de todos los dioses", indica Tertuliano, que era hijo de un suboficial romano. A pesar de ese culto idolátrico, rechazado por el evangelio, los cristianos como el mismo Tertuliano lo reconoce eran numerosos en las guarniciones. En realidad, el fogoso sacerdote cartaginés acabó por impugnar la carrera militar para un cristiano. De hecho, los objetores de conciencia se multiplican en África, a comienzos del siglo IV. En Tebesa, Maximiliano le dijo al procónsul: "No quiero ser soldado, soy cristiano." Al debatirse cuando el funcionario le quiere medir la estatura, dice: "Jamás seré soldado - Hay que servir o morir", dice el otro. En Tánger, la situación, es algo diferente. Allí se juega el drama de conciencia de un cristiano llamado Marcelo. Un centurión de la legión Trajana, fue obligado a las idolatrías de las fiestas militares. Acercándose al trofeo

de las banderas, echó en el suelo arma y talabarte, diciendo: "Soy soldado de Jesucristo. A partir de este día, dejo de servir a sus emperadores, porque no quiero estar adorando a sus dioses de madera y piedra, ídolos sordos y mudos." Los emperadores cristianos se apuraron en hacer desaparecer el juramento y las ceremonias idolátricas del ejército. La principal queja contra la profesión de las armas desapareció por este mismo hecho. Otras objeciones se levantan, principalmente en medios monásticos, contra una profesión que amenaza con derramar sangre, y aun la misma sangre de los hermanos en la fe.

Los obispos Martín y Victricio, en Galia, eran antiguos militares que habían dejado el talabarte para consagrarse al servicio del Señor. Paulino de Nola les felicita por haber "cambiado las armas de la sangre por las armas de la paz." Su ejemplo hizo presión en adelante sobre la conciencia cristiana.

Un servicio público que ejerce la fuerza y se consagra a proteger imperios perecederos y a veces a promover imperialismos de conquista, se ve cada vez más controvertido. La Ciudad de Dios suscribiría fácilmente semejante tesis. ¿Por qué defender Roma, si está llamada a desaparecer? Volusiano hace posiblemente referencia a este punto en su carta a Agustín. En África, donde el martirologio recuerda a tantos soldados, ninguno parece haber conocido algún culto popular. El obispo de Hipona no lo menciona en ninguno de sus sermones. ¿Acaso tenía, el Maghreb vergüenza de haber servido al emperador? Esto haría que los donatistas se opusieran a esta ley, declarándose soldados de Cristo y utilizando como grito de guerra la aclamación *Deo Laudes*.

En verdad, el ejército no era popular en África. El soldado no era aquel joven típico que recuerda a los ciudadanos de algunos países a sus veinte años, sino un voluntario, o por lo menos indicaba la presencia romana, su autoridad y su policía. La tropa se confundía con la gendarmería, como en los países de América Latina. Los militares mantenían el orden público, vigilaban a los sospechosos, ejercían el control general. Además, se aprovechaban de la situación para operar exacciones y venalidades. Aunque se perfila la distinción entre ejército y policía a partir de Dioclesiano, demora mucho en imponerse y eliminar tantos perjuicios bien metidos en la mentalidad popular. La lectura de los hechos de los mártires aviva en las mentes el recuerdo de la época heroica y la concusión del ejército en el tiempo de las persecuciones. Recuerda el papel jugado por los militares en la caza de los cristianos, su arresto, su encarcelamiento y hasta su ejecución. Un soldado actuaba como verdugo, secator. Unos militares encendieron la hoguera de Policarpo y Carpio. En boca popular, soldado era sinónimo de espía, de carcelero y también de concusionario y venal, tanto en África como en el resto del Imperio. Es necesario volver a leer con cierto humor la palabra de Juan Bautista -que repetirá Agustín- dirigida a los soldados romanos, quizás oriundos de África, que le venían a interrogar: "Conténtense con su sueldo." Lo que significa: "No aprovechen del uniforme para conseguir un peculio deshonesto." Es exactamente lo que Tertuliano reprocha a los militares: chantajistas de la función policíaca, la explotan como una renta. Las ganancias no eran menudas. Le ruega al gobernador Escápulo que desató una persecución, que libere las provincias de las exacciones de los soldados.

Dos siglos más tarde, una vez restaurada la paz, los militares cambian de blanco pero no de método, en las barbas de los mismos emperadores cristianos. El poder de las *stationes*, puestos militares dispersos por toda África en las grandes propiedades imperiales en el cruce de los caminos, fue aumentando para hacer frente al bandolerismo y a los circunceliones. Las mansiones o paradas se transforman en estaciones del fisco, en el siglo IV. En las fronteras del limes, habitadas por poblaciones nómadas o no sumisas, ambos funcionarios militar y policiaco se confunden prácticamente. El soldado se transforma en guardia civil. Tanto en Asia Menor como en África, papiros e inscripciones indican a qué cantidad de vejaciones y extorsiones someten aquellos militares a la población rural. Lejos de mejorar la situación empeora durante el Bajo Imperio, y lo arbitrario se implanta cada vez más. La acción de los *curiosi*, que eran unos agentes secretos encargados de cuidar la seguridad del Estado, era temida y odiada como una gestapo. Un edicto de Constantino mandado a los africanos prohíbe que esas estaciones tengan cárceles o que le vigilen a uno. Se ve que la medida fue ineficaz ya que su hijo Constancio prohibió nuevamente que los *curiosi* y los comandantes de puestos encarcelaran a cualquiera. Esto lo dice todo en cuestión de costumbres

militares y policíacas. Las cárceles estatales colocadas bajo la dirección del gobernador de provincia eran cercadas y vigiladas por el ejército. Su director era un suboficial. Así se explica hasta que punto el ejército permanece asociado en la memoria de los cristianos a la pasión de los mártires. Los soldados concusionarios conocían la solidaridad que unía a los cristianos: la venalidad de los guardias se enriquecía con la generosidad de los fieles. Aquellas costumbres no se modificaron cuando las cárceles cambiaron de clientela. Tanto en África como en el resto del Imperio, los militares perciben los impuestos por su propia cuenta. Envían tasadores muy temidos por la población. Así se comprende cómo las legiones, además de su función de abastecedores, tuvieron pronto un rol fiscal. El impuesto pagado a los cinco años en cuanto a ciertas profesiones y el comercio, parece haber sido recaudado por la fuerza militar de que disponía el procurador. Esto permitía robar sin escrúpulo no sólo a taberneros y proxenetas, sino también a los comerciantes honestos. Aquel papel supletorio del ejército, el más tangible para la población civil, había provocado una gran animosidad contra todos los que llevaban uniforme, hasta Agustín se vio obligado a pedir que sus fieles dieran prueba de más prudencia y defendieran a los soldados contra los detractores incondicionales. Aprovechó la ocasión para pronunciar un juego de palabras célebres: es necesario distinguir entre milicia y malicia. ¡Malicia, en latín, es sinónimo de exacción y concusión!

Con cierto humor el obispo de Hipona, reconoce que los soldados no se parecen todos desafortunadamente al centurión del Evangelio, hombre de disciplina antes de ser modelo de creyente. Un sermón lo dice todo sobre la mentalidad del mundo rural en relación al ejército.

Todos los campesinos temen a los que hacen la guerra; les obedecen y tiemblan ante ellos. Si yo fuera agricultor, temería al soldado; y si fuera soldado, sería temido por el agricultor. ¡Insensatos que quieren ser temidos por aquel que es más pequeño que ustedes, teman al que es mayor.

La población se queja de la brutalidad y la insolencia de los legionarios. Agustín escucha las recriminaciones y les aprueba ¿Haría el proceso del ejército?

Este soldado les ha hecho algún daño. Pónganse en su lugar: ¿No harían lo mismo? No queremos que los soldados cometan violencias y opriman a la gente. Queremos que escuchen también ellos, las enseñanzas del Evangelio y las recomendaciones de San Juan. ¡Ah! si todos los soldados se conformasen con la exhortación del Bautista. ¡Qué estado feliz sería el nuestro!

Esta oposición a la profesión militar se confirma sin duda en la Iglesia del siglo IV. En el concierto de los Padres, la voz de Agustín es una de las más moderadas, y parece más reservado al elaborar años después la Ciudad de Dios. Sin embargo, esta toma de posición no es nueva, ya que Séneca había condenado el imperialismo y las conquistas de Roma. La posición firme del obispo de Hipona sobre la legitimidad de la vida militar tiene algunos matices en sus aplicaciones, según los interlocutores y las épocas de la vida, sobre todo, en su último período. Al gobernador de África, el conde Bonifacio, escribe: "No crea que es imposible complacer a Dios en las guarniciones: David era un guerrero." Le da otros ejemplos bíblicos y fija a la vez las obligaciones y los límites. ¡Cuán lejos de la época en que Tertuliano pretendía que al desarmar a Pedro, Cristo había disuelto las legiones. Ante los maniqueos que critican a los católicos por admitir la guerra, Agustín desarrolla su legitimidad. A los paganos que pretenden que los cristianos son responsables de los desastres militares, el obispo defiende enérgicamente el deber de ayudar a la patria. Incluso la guerra ofensiva le parece legítima, cuando se trata de defender el derecho y el honor y exigir devolución de lo adquirido injustamente.

Tanto en África como en Oriente, los paganos reprochaban a los cristianos su falta de sentido cívico, como lo indica Volusiano: llegaban a decir que carecían de patriotismo. Era una antigua acusación, formulada ya en el siglo II por el filósofo Celso, y que alegraba a Luciano de Samosata, por su inconformismo. Ni Orígenes ni Agustín responden de manera satisfactoria a la cuestión de fondo. Por su parte, Volusiano formula la objeción de modo hábil:

Ustedes pretenden que un hombre no puede servir a dos amos. ¿No será éste el lenguaje de la rebelión, el lenguaje de hombres que levantan una barrera entre ellos y el resto de la humanidad y quieren dejarlo todo? Si todo el mundo hiciera lo mismo que ustedes, el emperador llegaría a encontrarse abandonado y solo, mientras las riquezas cayeran en poder de los bárbaros más salvajes y crueles.

La objeción del pagano Volusiano tomaba evidentemente relieve especial en el momento en que los Vándalos inundaban el Imperio. Como lo haría Tolstoi más cercano a nosotros, opone el espíritu de las Bienaventuranzas a la razón de Estado. ¿Cómo conciliar política y mística? Peguy se hace la misma pregunta.

Servir al Estado

Cuando el comandante del ejército, el conde Bonifacio, se quedó viudo, en un estado de soledad, pensó hacerse monje. Agustín le desanimó. Le parecía demasiado importante, en los tiempos difíciles que vivía una África amenazada, poder apoyarse en un hombre de esa clase y con ese vigor. Treinta años antes, el mismo Agustín había hecho el largo viaje de Tagaste a Hipona para aconsejar a un amigo, agente secreto del Estado, que se hiciera monje. Hoy, de acuerdo con éste último, ya obispo de Tagaste, aleja de la función pública a otro gran funcionario, para que siga "protegiendo a las poblaciones bereberes contra los ataques de los bárbaros." Incluso, emprende un penoso viaje al fondo de Numidia, en los límites del Sahara, para invitarle a guardar su puesto. Además, ese viaje le permite constatar con sus propios ojos cuánto necesitan las poblaciones cristianas de un hombre fuerte en ese país lejano, a fin de protegerlas contra las incursiones salvajes de los nómadas. Esto demuestra cuán parcial es la afirmación de Ernesto Renan, a veces repetida por los historiadores, pretendiendo que los cristianos arruinaban el Estado romano, "secando su fuerza, y privando al ejército, sobre todo, de su élite." Agustín constataba con satisfacción que las jóvenes renunciaban al matrimonio para tomar el velo. Incitaba a los funcionarios de Estado a que no dejaran su puesto. El relevo cristiano en los mecanismos de la administración le parecía demasiado útil a la Iglesia para aconsejar la desertión, aun cuando fuera para el servicio del Señor.

En su fuerte convicción de que era posible conciliar el servicio de la fe con el del Estado, el obispo de Hipona llegó a hacerse amigo y consejero espiritual de Marcelino, alto funcionario de la administración romana, cuya integridad, buena conducta y curiosidad teológica apreciaba bastante. Agustín y Alipio conocían perfectamente a los grandes personajes del Estado. Macedonio, Bonifacio, Dulcitio y Marcelino, unos por su trabajo como "defensores de la ciudad", y la mayoría, gracias a los vínculos de amistad existentes. El obispo se hizo consejero espiritual de los cristianos y teólogo de servicio para los grandes funcionarios paganos. La correspondencia revela la profundidad de esas nuevas amistades, que se expresan en términos afectuosos y en palabras del corazón. Jamás, sin embargo, se presentó Agustín a la corte, cuando los asuntos eclesiales se lo exigían. Prefería delegar a Alipio, más al tanto de los mecanismos y las costumbres de la administración. Si hubiese vivido en Ravena, habría sido el confesor del emperador, sin ser por lo tanto un prelado de corte.

Agustín no tiene origen aristocrático ni experiencia de los asuntos públicos como Ambrosio. Le falta aquella "dosis de obstinación y confianza en sí para controlar los acontecimientos, virtudes tan marcadas en los grandes hombres de Iglesia de su época." Se encuentra desarmado e ineficaz ante las maniobras que cuestan la vida de uno de los funcionarios más prestigioso e íntegro, uno de los amigos más fieles, para quien la amistad era "la mitad de su alma". Lloró a Marcelino por no haberlo podido salvar. Sin duda, Ambrosio habría intervenido con el vigor y poder suficientes para no tener que lamentar un asesinato.

Esta reserva y timidez explican sin duda la deferencia que siempre tiene el obispo para con todos los personajes políticos. Conoce sus títulos protocolares y no pierde una ocasión de usarlos. Jamás confunde

a un clarísimo con un ilustrísimo. Se cuida de imitar a un obispo de la III República que no había hecho su servicio militar y llamaba coronel a todo aquel que llevaba quepí. Agustín concede al funcionario el prejuicio favorable. No interviene sino en el momento oportuno, cuando el abuso es evidente. Interviene y toma la defensa de un magistrado excomulgado por un obispo colérico, rogando que el joven pastor anule su decisión. Incluso se encuentra en una obra de juventud, *Del Orden*, el perfecto manual del candidato a la administración, o si se quiere, el ideal del funcionario visto por un alumno del ENA.

Los jóvenes que quieren adquirir la formación necesaria, deben evitar los placeres de la carne, excesos de la mesa, licencia en palabras, cuidado exagerado del cuerpo, vana pasión por el juego, adormecimiento y flojera, celos y calumnia, denigración y búsqueda ambiciosa de honores y dignidades. Sepan que el amor del dinero envenena todas las esperanzas.

Que castiguen sólo para conseguir mejoría; eviten la indulgencia que incita al mal. Con relación a sus subordinados, actúen como si se ruborizaran por las órdenes que dan, y manden como si su alegría fuera el servicio.

Agustín no se contenta con dar consejos generales. Finalmente, a los hombres de Estado pide no sólo virtudes cívicas, sino también cultura. "Que no aspiren a la administración estatal antes de ser perfectos y se apuren en serio, mientras tienen todavía edad senatorial, y aún desde su misma juventud". Y concluye: "La perfección moral, junto con una alta cultura -intelectual, afina el juicio, libera la mente, depura el gusto, da el sentido de la medida y precisión que permiten juzgar el valor de las ideas y de los hombres."

A la época en que Minucio Félix decía con orgullo: "Les dejamos sus túnicas con orlas de púrpura", sucede el tiempo del compromiso, en que los neófitos de la Iglesia están autorizados a conservar y tomar cargos públicos. Para los herederos de Lactancio, se trata de demostrar que, cuando el verdadero Dios sea honrado, ya no habrá más disensiones ni guerras; se trata de colaborar al advenimiento de esa edad de oro para la historia del mundo. ¡Bella utopía que la ironía de la historia se encargará de desmentir, sin poder jamás extirparla totalmente!

Ambrosio y Agustín no se contentan con predicar las virtudes cívicas; afirman que los cristianos son más aptos que cualquier otro para el servicio y el gobierno del país. La profesión cristiana acrecienta la acción pública pero no la paraliza. Agustín escribe a Ceciliano:

Una sola cosa me deja triste: es que, a su edad y con sus virtudes, usted quiera permanecer catecúmeno como si los fieles no pudiesen administrar el Estado, con tanta más fidelidad y talento cuanto ellos son más virtuosos y perfectos. En la labor de sus grandes cargos, ¿qué hace, sino promover el bien de los hombres?

El obispo de Hipona pide entonces que los cristianos acepten cargos públicos, y se muestra contento al ver que los fieles ocupan los servicios estatales. Critica a los que dejan su puesto por motivos religiosos. Sorprende constatar que lo hace todavía en la Ciudad de Dios donde su juicio es ya más reservado.

Nadie puede ser tan ávido de descanso que no piense en el prójimo, ni tan ahogado de trabajo que olvide la contemplación. En la acción, no se debe prestar atención a los honores ni a los cargos terrenales, ya que todo es vanidad bajo el sol. Hay que dar importancia a la obra que se realiza gracias a los honores y el poder. Se debe gobernar con orden y para la utilidad pública, esto es, para la salvación de los que se someten a nuestra autoridad, conforme a la voluntad de Dios.

La Iglesia enseña que la vida interior se acomoda muy bien a todas las situaciones y todos los géneros de vida. La santidad no es incompatible con la función de Estado, porque ésta es una de las formas más bellas de la caridad. Un día, el obispo pone a los funcionarios como ejemplo a sus oyentes de Hipona, diciendo: "Realizan las faenas en las ciudades por donde pasan. Todos justos y santos." ¡Bella hipérbole, oratoria que podría hacer pensar en cierta ceguera. La carta dirigida a "su hijo muy querido" Macedonio,

vicario de África, permite descubrir la clarividencia de Agustín: "Hay personas de inferior condición que reciben dinero de ambas partes, sin escrúpulo. Aquellas ventajas mantienen en sus funciones a muchos funcionarios que, como personas, son necesarios en los asuntos humanos." El obispo ataca especialmente a los agentes del fisco. Se conservó una carta llena de indignación dirigida a un funcionario de impuestos, hombre venal y extirpador; le trata de "dragón que lo devora todo". Agustín clama: "Dennos contribuyentes y recaudadores honestos, y verán que el Estado saldrá ganando."

Al obispo le parece particularmente oportuno que los cristianos sirvan al Estado, cuando los emperadores ya confiesan a Cristo. Lejos de sentirse extranjeros, se consideran como los mejores ciudadanos de su Majestad. Agustín felicita a un funcionario de Ravena en misión en África; le llega a aplicar la séptima bienaventuranza: "Felices los artesanos de la paz." A los altos funcionarios, el obispo no les predica el valor supremo de su cargo, sino más bien "la resignación". Se parecen un poco, si resumimos su pensamiento, al Padre Gaucher de Alfonso Daudet: "se condenan" a favor de la comunidad nacional. No hay proporción entre ambas ciudades.

Sería desconocer gravemente el pensamiento de Agustín si sólo viésemos en la presencia de los cristianos una consagración del orden público y de la ciudad terrestre, o aún una invitación positiva a contribuir a un orden temporal, aun cuando el Imperio fuera cristiano. De todas maneras, el autor de la Ciudad de Dios no habla jamás de "Imperio cristiano", sino de emperadores cristianos. La actividad cívica es un servicio y no la consagración de un orden perecedero. El Estado sigue siendo Estado. La presencia de los cristianos no cambia la naturaleza de la ciudad terrestre, marcada como toda la humanidad, por el pecado del mundo. Aún cristiana, Roma jamás es la ciudad de Dios. Agustín tampoco piensa mejorar una réplica que le parece envilecida y llamada a morir. Jamás se deja vencer por la exaltación ante la obra realizada por Constantino y sus sucesores. Esto podría hacer creer que el Imperio, gracias al cristianismo, hubiese entrado en una fase de perfección. Sólo admite el progreso en el campo espiritual que le parece el único imperecedero.

Para medir el camino recorrido, es necesario comparar la actitud de Agustín con el patriotismo de Nectario de Calama. El viejo pagano conservador imaginaba la ciudad actual y la futura como superpuestas y perfectamente estáticas. Los ciudadanos que habían vivido conforme a la tradición en las viejas ciudades donde habían nacido, serían naturalmente promocionados a la otra ciudad, totalmente simétrica con la primera. El obispo de Hipona rechaza esta concepción. Según él, el cristiano no realiza su tarea de ciudadano sino en la medida en que sus ojos están fijos en la ciudad futura, su verdadera patria. Siendo extranjero y viajero en la ciudad terrestre, está en camino hacia la ciudad de Dios. ¡Tanto peor para los paganos! "Disculpen si nuestra patria eterna entristece la suya." y en el comentario del Salmo "El Señor es mi luz y mi salvación", el pastor expone cuál es la patria del cristiano:

Existe cierta ciudad llamada Babilonia, propiedad del imperio terrestre. Es la capital de la que llaman la república y, como lo ven, envejece a diario y va degradándose. Hemos conocido a otra madre, la Jerusalén celestial, y hemos abandonado Babilonia.

CONCLUSION: LA CIUDAD DE DIOS

Al considerar la enormidad de estudios suscitados por la Ciudad de Dios, el libro más leído y el más a menudo traducido, se podría creer que Agustín, al final de su vida, fue más teórico de ambos poderes que profeta de la ciudad futura. Allí donde la teoría del teólogo espera el correctivo de la praxis, los inhábiles endurecieron a menudo en afirmación una meditación que acaba en puntillismo.

Al igual que la Biblia, su libro de cabecera, el obispo de Hipona, hasta en la Ciudad de Dios, parte de situaciones concretas, de objeciones escuchadas, de imágenes familiares, muchas veces desarrolladas en su predicación habitual, sugeridas por los salmos y la vida. A partir de las humildes realidades cotidianas, la paja y el grano, el oro y su crisol, la prueba y la lucha, la navegación y el viaje, el exilio y la patria, el obispo expone lo trágico de la condición cristiana, el progreso del pueblo de Dios. Del valle de lo cotidiano, su mirada contempla la Jerusalén prometida, construida en la montaña.

A primera vista, todo parece confuso, inextricablemente enmarañado, acontecimientos y hombres. Buenos y malos se codean, se enfrentan o se confunden. Condenados a vivir juntos, se hacen servicios recíprocos. Los tres jóvenes victoriosos de la hoguera, ¿acaso no fueron colocados encima de los sátrapas de Nabucodonosor? ¿No fue propuesto José para guardar las riquezas del Faraón? Los habitantes de la ciudad de Dios pueden ejercer el poder sobre Babilonia.

Todo es para todos en este mundo, para buenos y malos: los mismos cuerpos, la misma luz, las mismas fuentes, los mismos frutos, las mismas prosperidades, las mismas adversidades; pero otro es el deseo, otra la suerte final de los unos y de los otros. Esta prueba durará hasta el fin del mundo.

Jesús lo afirmaba ya en la parábola del grano bueno y de la cizaña, a que Agustín vuelve incesantemente: el grano bueno debe tolerar y soportar la cizaña hasta la cosecha. Agustín compara esta mezcla con el grano trillado en la era, luego aventado y colocado en el granero; también lo compara con el lirio que crece en medio de espinas, con el navío iglesia, sometido al vaivén de las olas, tranquilo porque Jesucristo camina en la cresta del oleaje. Recurre a una comparación sacada de la pintura: "¡Cuántas cosas hace un pintor con el negro: cabello, barba y cejas! Así, Dios saca partido del mismo hombre malo, haciéndole entrar en la armonía universal."

Los ciudadanos de la Ciudad de Dios administran los bienes de la ciudad terrestre, sin garantizados. La interpenetración jamás es integración. Esta impermeabilidad de las dos ciudades presentes, hace que Agustín se acerque curiosamente al radicalismo donatista: "¿Qué tienen en común los cristianos y los soberanos, los obispos y la corte?"

Al contemplar la historia desde el punto de vista de Sirio, el obispo de Hipona ve la humanidad como un torrente de agua: se forma y se amplía, llevando en su oleaje el bien y el mal mezclados, hasta que se pierde en el mar. Misteriosa en sus orígenes y luego en su desaparición, la humanidad no es sino un murmullo entre dos silencios.

Los donatistas temerarios e impacientes pretendían hacer la selección, olvidando que sólo Dios es el juez y que Cristo previno a sus discípulos contra la impaciencia. "¿Por qué anticipar el tiempo de la cosecha? ¿Por qué romper la red, antes que esté en la ribera?" Petiliano reviste el manto de gran inquisidor para juzgar y condenar. Agustín le responde: "Soy hombre de era; paja si soy malo, grano si soy bueno. Pero en todo caso, el harnero no puede ser la lengua de Petiliano." Antes de juzgar, Dios da a cada uno sus oportunidades. Paciencia de Dios que el obispo gusta poner como ejemplo contra las impacencias humanas. "Castiga poco en ese mundo y guarda muchas cosas para el último examen, a fin de dar mayor grandeza al juicio futuro."

La misma Iglesia, lejos de confundirse con la ciudad futura, se parece a la red de la parábola, que mezcla a buenos y malos. ¿Cómo distinguidos? ¿Quién puede seleccionar? Juzgado sin apelación, el obispo no juzga a los donatistas que hacen secesión. "Quien se cree adentro, se encuentra afuera, y quien se cree fuera, está adentro". "Embrollo que escandaliza y nos irrita, que nos impacienta y nos desanima incesantemente, pero que, a la vez, sigue entre nosotros su irremplazable misión." El grano bueno soporta su embarazosa vecindad y debe depurarse en su contacto. El cristiano es el blanco de otro cristiano, que en él hace crecer la duda:

Tú te imaginas verdaderamente que Dios se ocupa de la vida de los hombres. No es un pagano ni un enemigo sino un amigo encontrado en el foro quien así habla. La esposa del hogar se cambia en Eva, y el esposo frente a su mujer se transforma en Satanás.

¿Quieres saber cuál es tu ciudad ya qué jefe obedeces? Escudriña tu corazón, escudriña tu amor. El amor discrimina a los hombres y construye las ciudades. Seremos juzgados sobre el amor.

Desgraciadamente, nuestro corazón está dividido. ¿Quién ha sembrado esta guerra en mí? La frontera entre Cristo y el mal pasa por nuestro interior, entre mi alma cristiana y mi alma pagana. Frontera invisible a todos menos a Dios, que escudriña corazones y riñones.

Dos amores construyeron dos ciudades, el amor de sí hasta el desprecio de Dios, el amor de Dios hasta el desprecio de sí.

El uno se glorifica a sí mismo, el otro en el Señor; el uno mendiga su gloria entre los hombres. Dios, testigo de su conciencia es la gloria más grande del otro.

El tema de las dos ciudades, tan caro al exegeta donatista Ticonio, asedia la mente de Agustín, llena su predicación a lo largo de su episcopado y encuentra finalmente su calderón en la Ciudad de Dios. Agustín encuentra aquel título en la Biblia, al leer los salmos.

El obispo se acerca a la meta; el decapado purifica su corazón y su mirada; la ascensión le da altura; el horizonte se amplía y el ojo ve más lejos en ambas direcciones del tiempo: los comienzos y el final, el génesis y el apocalipsis. Con el arte de un escenógrafo genial, Agustín relaciona toda la historia del mundo al tema de las dos ciudades. Ambas tuvieron origen en el comienzo del mundo, en Adán ya dislocado, engendrando a Caín y Abel. Ambos hermanos representan las dos ciudades. Abel funda la Ciudad de Dios y es su primer ciudadano; Caín construye una ciudad, la ciudad del mundo. A su imagen, "todos los pueblos del mundo, por diferentes que sean sus hábitos o su lengua, se relacionan con estos dos reinos, con estas dos ciudades." La una se compone de los que quieren vivir según la carne, Babilonia; la otra, de los que quieren vivir según el espíritu, la Sión o Jerusalén. "Jerusalén comenzó con Abel, Babilonia con Caín. Están mezcladas, y mezcladas desde el origen del mundo y hasta el fin de los siglos." El cristiano está dividido entre la Babilonia del cautiverio que debe dejar y la Jerusalén celestial, meta de nuestra peregrinación.

Libro de esperanza en un tiempo de apocalipsis, la Ciudad de Dios, lejos de preconizar la fuga del mundo, es el arte de vivir cristianamente, arriesgadamente. En la confusión -Babilonia significa confusión- y el desconcierto, la fe permite que el cristiano mantenga su identidad, en el momento en que todo se derrumba cerca de él, y descubra la esperanza de un mundo nuevo.

La experiencia personal de las Confesiones va aumentando en la Ciudad de Dios hasta la dimensión del mundo; el nuevo fresco cubre la humanidad entera. La primera palabra de su historia es ternura, amor de Dios, moldeando la arcilla a su imagen, y la última palabra de Agustín, del cristiano, es esperanza. La Ciudad de Dios es una defensa de la esperanza.

Se da tiempo a la historia para que junte "un mundo roto; es Adán dislocado que, al romperse, llenó el universo con sus ruinas. Pero la misericordia de Dios reunió los fragmentos; los fundió en el fuego de su ternura; reconstruyó la unidad rota. ¡Obra inmensa, en verdad, pero fíjense quién es su autor!"

El arquitecto del universo, con sus andamios provisorios, construye la ciudad permanente hacia donde nos pide dirigir nuestros pasos. En vano, sería jugárselas por una ciudad frágil, trátase de repúblicas o del Imperio romano; sería una blasfemia querer movilizar a Dios, como lo hacían los nostálgicos romanos para socorrer estructuras temporales y entonces pereceras. Los imperios nacen, crecen y mueren como los hombres. Las pruebas de Roma se inscriben en la lógica de una humanidad marcada definitivamente por la caída; son la ilustración de las vicisitudes de la vida humana, navegación en una noche sin estrellas, en medio de escollos y en la tempestad, en búsqueda del puerto. En contrapunto, Agustín responde a una objeción que escucha todos los días: "Época mala, época difícil", dice la gente. El obispo de Hipona les responde: "Los tiempos son lo que somos. No hay época buena; no hay sino gente buena."

En vez de alimentar la nostalgia del pasado, Roma y los romanos deberían mirar hacia la otra ciudad. "He ahí lo que deberías desear, alma romana, he ahí el objeto digno de tus suspiros. Despierta, ha llegado la hora."

La caída de Roma y la innoble ejecución del conde Marcelino, deshojaron las últimas ilusiones de Agustín sobre el poder terrestre. El evangelio no tiene nada que esperar del príncipe. Los cristianos pueden ocupar un lugar eminente en la ciudad terrestre, con la condición de no perder jamás de vista la ciudad de Dios:

Ella sola reúne a los ciudadanos de todas las naciones. Constituye y congrega una sociedad de peregrinos de todas las lenguas. No se preocupa por la diferencia de costumbres, leyes e instituciones. No se inquieta por la paz terrestre (Alusión a la forma ¡pax romana!) que los unos tienen y los otros, no".

Los hombres se dividen ante la Ciudad de Dios, en terrestres y "peregrinos". Los terrestres ironizan todo el día e interpelan: aúllan contra los pequeños. Sólo se oyen blasfemias y ladridos: "Muéstrennos a su Dios. ¿Qué ven? Creyentes, ustedes están afligidos; su prueba es segura, hipotética su esperanza."

Pero la fe hizo manar en el corazón del feligrés la nostalgia, el país deseado. Como el vagabundo romántico de Gustavo Mahler, canta en el camino el país de su esperanza.

Agustín armoniza interiormente con la angustiosa nostalgia de los salmos que cantan la Jerusalén celestial. Se sabe desterrado, y cada día siente la distancia que le separa de Dios. Alegrías y fiestas de la vida no pueden y no deben hacer olvidar "dónde está la meta hacia donde nos debemos apresurar." La ciudad de la tierra no es sino figura y sombra de la otra ciudad, que se perfila en la línea del tiempo y se encuentra al final del camino. El obispo de Hipona se complace en describir el vagabundeo de la vida cotidiana.

Todo hombre anda errante y busca. ¿Qué busca? Busca el descanso y la felicidad. No hay nadie que no busque ser feliz. Pregunta a un hombre lo que desea y te responderá: la felicidad. Pero los hombres no conocen el camino que lleva a ella ni el lugar donde se encuentra. Yerran.

Cristo nos puso en el buen camino que lleva a la patria. ¿Cómo caminar? Ama y corre. Cuando más amas, más pronto corres hacia la patria.

El tema del camino y del viaje se irisa a la luz del cántico nuevo. Caminantes y peregrinos ritman su esfuerzo canoro para animarse: "Hoy, hermanos, cantemos no para agradar el descanso sino para aliviar la carga. Canta como canta el viajero, canta y camina. Avanza sin perderte ni atascarte. Canta y camina".

Dios está al final del camino. El Aleluya del camino se une al Aleluya de la liturgia. El misterio celebrado se sume en la vida, la anima, la transfigura: "Oh Señor, que los pueblos te celebren." Camino nuevo, viajero nuevo, cántico nuevo".

Desde su conversión, el obispo de Hipona se había alejado de la lira y la cítara para huir de la sirena que la tiraba de su vestido de carne. Poco a poco, Agustín se había apaciguado, recogido y unificado. En el

silencio ahora que le envuelve, le parece percibir no con el oído sino con el corazón, una música tal que cualquiera que la escuche de ahora en adelante, rechazará todo otro ruido. Un canto le viene del mundo nuevo que roza; atraviesa la pared...

Se han ido treinta y cinco años, durante los cuales el pastor se entregó al pueblo de Hipona, que lo consumió. En medio de los suyos, va a morir. Los vándalos sitian la ciudad. El obispo, alma de la resistencia, está clavado en su lecho, sin fuerzas. En adelante, quiere estar solo con el que buscó tan lejos, cuando estaba tan cerca, en lo más profundo de su espera. Los ojos que se cierran, descubren ya la otra ribera donde su esperanza echó el ancla para siempre.